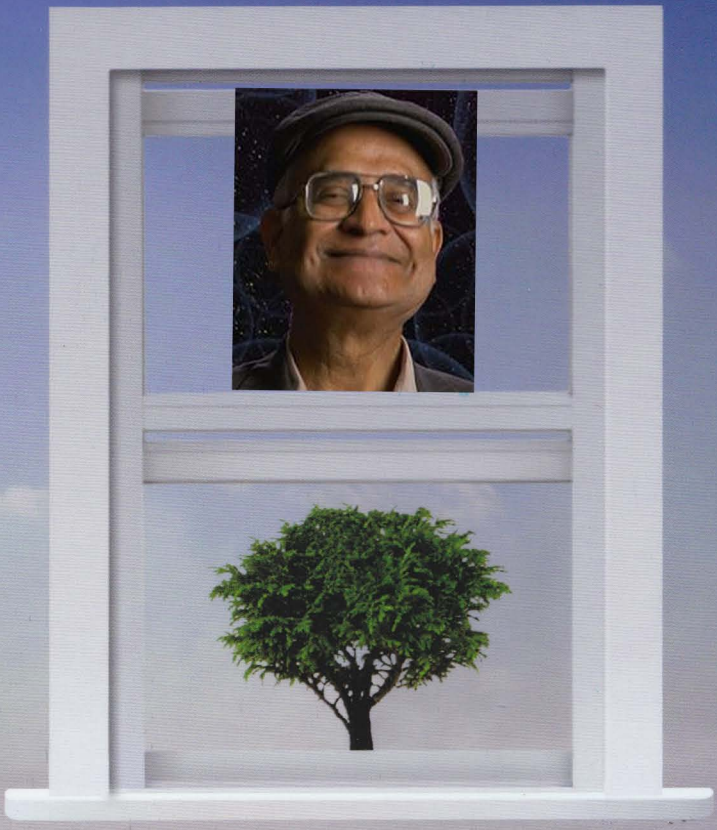
AMIT GOSWAMI

Prólogo de DEEPAK CHOPRA



LA VENTANA DEL VISIONARIO

Física cuántica para la iluminación espiritual

palmyra

LA VENTANA DEL VISIONARIO

Física cuántica
para la iluminación espiritual

Amit Goswami

LA VENTANA DEL VISIONARIO

Física cuántica para la iluminación espiritual

Traducción
Isabel Murillo

palmyra

Índice

Prefacio 11

Prólogo de Deepak Chopra 17

Primera parte: el salto cuántico 23

Capítulo 1. Yoga cuántico:
¿es posible reconciliar ciencia y espiritualidad? 25
Capítulo 2. La caída de la ontología materialista 55
Capítulo 3. ¿Somos los creadores de nuestra
propia realidad? 73
Capítulo 4. Preguntas y respuestas cuánticas 95

Segunda parte: la nueva cosmología 117

Capítulo 5. La reconciliación de la cosmología
científica y la cosmología espiritual 119
Capítulo 6. La evolución de la conciencia 133
Capítulo 7. La nueva ciencia como abanderada
de la cosmología sagrada 155
Capítulo 8. La ciencia y el espíritu de la reencarnación 179
Capítulo 9. Preguntas y respuestas sobre cosmología 197

TERCERA PARTE: LA CREATIVIDAD EN LA CIENCIA Y LA ESPIRITUALIDAD 213

Capítulo 10. Creatividad interior 215
Capítulo 11. La ciencia del ritual y la ética 247
Capítulo 12. El viaje espiritual 261
Capítulo 13. La creatividad del cuerpo vital y el significado del tantra 283
Capítulo 14. La liberación 315
Capítulo 15. Una guía de física cuántica hacia la iluminación espiritual 331

EPÍLOGO: LA POLÍTICA DE INTEGRACIÓN 361

REFERENCIAS 373

LISTADO DE FIGURAS 385

Para Swami Vishnuprakashananda
de Rishikesh, India,
y Swami Swaroopananda
de Isla Paraíso, Bahamas.

Prefacio

La separación institucional entre ciencia y espiritualidad se inició en Occidente en el siglo XVII, cuando el filósofo René Descartes dividió la realidad en mente (el dominio de la religión) y materia (el dominio de la ciencia). En los siglos XVIII y XIX, esta división se extendió por Asia a través del dominio británico. Pero en el siglo XX, el paradigma separatista de la ciencia, desarrollado más en profundidad por Newton y otros, dio paso a un nuevo paradigma, la física cuántica. Esta nueva interpretación ha abierto una ventana en la pared fronteriza que separa ciencia y espiritualidad. El presente libro es una de las primeras exploraciones a través de esta prometedora ventana.

La palabra «cuántica» hace referencia a una cantidad discreta y, con razón, evoca imágenes de objetos diminutos de tamaño microscópico. De hecho, la física cuántica empezó a partir del estudio de los fenómenos submicroscópicos. Pero después de casi un siglo de utilizarla para ahondar en el misterio de la materia, se hace evidente que la física cuántica, por sí misma, no está completa; para completarla se hace necesaria la presencia del observador, de la conciencia. La lógica dicta, como he demostrado, que esta conciencia, necesaria para cerrar el círculo de la física cuántica, es la misma

conciencia de la que hablan místicos de todo el mundo y a lo largo de toda la historia escrita. No puede ser casualidad.

Se abre así la ventana del visionario, la oportunidad de invitar a ese concepto de que la conciencia es la base de toda la existencia, a entrar en la ciencia y de reconocerlo como el fundamento metafísico de un nuevo paradigma de la ciencia: una ciencia dentro de la conciencia.

Durante muchas décadas, los materialistas han intentado subyugar el territorio espiritual, explicar la espiritualidad como un epifenómeno emergente de materia e interacciones materiales. Como resultado de ello, los filósofos espirituales, sobre todo en Occidente, se han puesto a la defensiva. Su defensa ha consistido, en parte, en delimitar territorios: la ciencia se aplica a los aspectos «inferiores» de la realidad, al comportamiento de la materia, la vida y la mente; las filosofías y las religiones espirituales se aplican a los aspectos «superiores» de la realidad. Esta «tregua» cartesiana, sin embargo, ha sobrevivido a su utilidad y refleja una inseguridad innecesaria.

Esta misma sabiduría defensiva intentaba mantener la división entre ciencia y espiritualidad afirmando que la ciencia cambia y que, por lo tanto, no puede confiarse en ella como camino hacia el espíritu eterno. Coincido en que el espíritu es eterno y en que la ciencia debe estar basada en la verdad existente dentro del espíritu eterno. Pero dentro de este espíritu eterno está la cuestión de la cosmología y su evolución, que las mismas tradiciones espirituales intentan constantemente descifrar. Es ahí donde la ciencia puede convertirse en un colaborador muy valioso.

El triunfo del paradigma separatista newtoniano basó su éxito en explicar el cosmos sin Dios, sin conciencia... o eso

parecía. Pero las paradojas siguieron surgiendo, así como los datos anómalos, no sólo en la física cuántica, sino también en la biología y la psicología. Es un hecho demostrado que la biología newtoniana no puede explicar la vida, ni la salud, ni la cognición.

La nueva ciencia que tiene en cuenta la conciencia reconoce el papel de esta en la cosmología y en la evolución del cosmos, incluyendo la evolución biológica. Es lo que me comprometo a demostrar. No sorprende entonces que la nueva cosmología esté en consonancia con la antigua visión de las tradiciones espirituales, que ayuda a construirla. Y de un modo tranquilizador, el actual paradigma newtoniano de la ciencia sigue siendo válido dentro de su propio campo establecido de aplicación.

Este libro no versa sólo sobre la contribución de las tradiciones espirituales a la construcción de una nueva ciencia integradora; en la última parte del libro, explico que la nueva ciencia puede pagar la deuda que tiene contraída con nosotros ayudándonos a comprender la eficacia de las prácticas espirituales. Este toma y daca entre ciencia y espiritualidad aplica en todo momento, tal y como debería ser para las dos iniciativas más amplias de la humanidad.

La cartografía del espacio interior que ofrezco es completa y satisfactoria y está en consonancia con todas las tradiciones espirituales del mundo. Sin embargo, a efectos de explicar este mapa, he utilizado muchos conceptos y términos orientales (en su mayoría en sánscrito) por el simple hecho de que la terminología oriental es muy precisa en este terreno.

En *The Self-Aware Universe* argumentaba, espero que de forma convincente, que la conciencia es la base de todo ser y que esta metafísica es la más global y apropiada para la ciencia

del presente y del futuro. En el presente libro demuestro cómo opera la nueva metafísica a partir de lo que Ken Wilber y otros denominan la gran cadena del ser: de la ausencia de vida a la vida, de esta a los seres con mente, de estos al alma y de esta al espíritu. A partir de tal reflexión sobre la cosmología científica y con las ideas innovadoras desarrolladas en este libro sobre las metodologías de la ciencia y las tradiciones espirituales, demuestro a continuación que la integración de ciencia y espiritualidad es hoy en día un hecho consumado. En este sentido, si *The Self-Aware Universe* podría compararse con los descubrimientos de Newton que iniciaron la ciencia moderna, *La ventana del visionario* podría compararse con los posteriores avances llevados a cabo por Maxwell y Einstein que completaron el punto de vista general de la física clásica.

Tal vez el mayor reto de vivir en el mundo actual sea el de la compartimentación, divididos como estamos entre dos visiones del mundo en competencia: la una la creación racionalizada y atea de la vieja ciencia separatista newtoniana, y la otra el conocimiento espiritual que reverbera permanentemente en nuestros corazones. Te ofrezco este libro a ti, mi querido lector, como una guía para la práctica del yoga cuántico. «Yoga» significa enyugar, es decir, unir o agregar. Cuando agregue e integre lo cuántico en la visión del mundo newtoniana, tendrá no sólo una visión nueva y más completa del mundo, sino que además habrá integrado su corazón espiritual con su cabeza científica.

Quiero dar las gracias a las muchas personas que me han ayudado con este proyecto. El filósofo y doctor Deviprasad Chattopadhyaya inició la idea del libro animándome a escribir una monografía sobre el tema de ciencia y espiritualidad para un proyecto de filosofía para el gobierno de la India que

él lidera. Me gustaría dar las gracias al doctor P. Krishna y a Swami Swaroopanda, que me ayudaron mucho a dar forma al manuscrito definitivo. Quiero reconocer también la ayuda de Margaret Free con la edición y la colaboración secretarial de Jan Blankenship. Gracias a Carolyn Bond por un trabajo de edición bien hecho.

Igualmente agradezco a Don Ambrose por su temprana ayuda con las cifras y a Madonna Gauding por su interpretación final. Quiero dar las gracias también a mi editora en Queso, Sharron Dorr, y al equipo editorial por su excelente trabajo en la elaboración del libro.

Agradezco a Rajiv Malhotra y a The Infinity Foundation, así como a Barbara Stewart por su apoyo durante gran parte del periodo dedicado a la redacción de este libro.

Deseo también expresar mi sincera gratitud a todas aquellas personas que me han ayudado a crecer en espíritu; por nombrar sólo a algunos: Ram Dass, John Lilly, Arthur Young, Richard Moss, el fallecido Franklin Merrell-Wolff, Joel Morwood, Ligia Dantes, Satyanarayan Sastry, Swami Dayananda Saraswati, Swami Vishnuprakashananda y Swami Swaroopananda. Finalmente, quiero dar las gracias a mi esposa, la doctora Uma Krishnamurthy, con quien mi práctica espiritual está profundamente relacionada, por las muchas discusiones útiles que hemos mantenido sobre el tema de las emociones.

Prólogo
de Deepak Chopra

Rara vez he leído un libro que me diera tanta esperanza de cara al futuro como el que tienes entre tus manos en estos momentos. Su autor ofrece respuestas brillantes a las preguntas más cautivadoras que se hayan formulado jamás. Pese a que místicos, santos, artistas, filósofos y locos nunca dejen de formularlas, me siento tentado a denominarlas preguntas de niños. ¿De dónde venimos? ¿Tengo alma? ¿Quién creó el mundo? ¿Qué sucede después de la muerte? ¿Por qué las cosas son reales? En todas las sociedades, estos misterios definitivos yacen enterrados bajo los escombros de la vida diaria. Ganamos y gastamos, nos casamos y trabajamos, y aun así, en nuestro interior, en esa delicada frontera donde el corazón observa con atención el horizonte invisible de la eternidad, seguimos sin enfrentarnos a lo que es real. En el mejor de los casos, la sociedad designa a un sacerdote como responsable de «las grandes preguntas». Como individuos vivimos con la esperanza de que nuestra alma se libre algún día de verse atormentada en exceso por estas preguntas.

Esta forma de escapismo es tremendamente problemática. Uno de los temas más humanos de este libro tan humano es la sensación de pérdida que expone el profesor Goswami, su lamento de que nuestro profundo anhelo espiritual ha quedado

pospuesto. ¿Y quién no estaría de acuerdo con esto? Cuando Jesús dijo «La verdad os hará libres», o Sócrates dijo «Una vida sin reflexión no merece ser vivida», o los antiguos Upanishads* decían «Tú eres Eso, yo soy Eso, y todo esto es Eso», tales sabios y maestros daban por sentado que estas eran las palabras más importantes que cualquiera podía escuchar. No estaban pensadas sólo para los sacerdotes. Y no estaban pensadas sólo para un tiempo lejano en un lugar remoto.

El profesor Goswami ha escuchado todas estas palabras, y muchas más, y ha decidido esclarecerlas con el detalle, el razonamiento y el rigor de un científico. Tiene la suerte de tener un pie en los dos mundos, de ser tanto un estudioso de la espiritualidad india como un reconocido físico. Durante los últimos veinticinco años, han sido muchos los libros que han intentado fusionar Oriente y Occidente, reconciliar el nirvana con la física nuclear. Algunos han alcanzado el éxito a nivel poético, ofreciéndonos bellas imágenes de partículas cuánticas bailarinas que se arremolinan en el espacio como derviches en éxtasis. Otros autores más literales han desplegado de forma soberbia los paralelismos entre la relatividad de Einstein y las doctrinas de Buda sobre el final del sufrimiento. Pero aun así, puedo afirmar con humildad que ninguno de nosotros ha conseguido igualar al profesor Goswami, que lanza su red más allá de meras imágenes o paralelismos intelectuales. Expone ante nosotros la única realidad que todo visionario y sabio ha proclamado y nos obliga luego a aceptar que la ciencia nunca logrará alcanzar el éxito a menos que reconozca esa misma unidad. El reino del espacio-tiempo-

* Libros sagrados del hinduismo. (N. de la T.)

espíritu nos espera más allá del horizonte de los hechos. El profesor Goswami, una de las personas más osadas en lo que a adentrarse en el nuevo mundo se refiere, se ha impuesto un proyecto impresionante, en el que no se elude ningún aspecto. ¿Es el universo consciente, como proclamaban en la antigüedad? ¿Está Dios presente en cada átomo? ¿Comunica el alma con nosotros en el mundo material? ¿Podemos considerar la muerte no como un final, sino como un acto creativo que nos abre a nuevas posibilidades? ¿Es la creación el ejemplo definitivo del salto cuántico? En estas páginas se explican con gran competencia, pasión y coherencia todas estas posibilidades, y muchas más. Me cuesta pensar en una «gran pregunta» que el profesor Goswami no ilumine con una convicción sorprendente.

El argumento principal es que la conciencia es la base del Ser y la fuente de la creación. Todo lo que vemos, oímos, tocamos, saboreamos y olemos es un flujo espontáneo que mana de esa fuente. La vida lo es todo, y todo está vivo. Esta postura fue afirmada por primera vez en India hace miles de años y fue posteriormente replicada de una u otra forma por todas las tradiciones místicas de Oriente y Occidente. Pero en nuestra época, el misticismo está en franca decadencia, rechazado y aparentemente derrotado por el materialismo. Los sacerdotes dirigentes de la ciencia se muestran unánimes en un punto: la mente es una creación del cerebro; por lo tanto, es una sombra de la realidad, un mero epifenómeno, por utilizar el término del profesor Goswami. Somos máquinas que han aprendido a pensar. Es el argumento de la causalidad ascendente. En primer lugar está la energía, luego la materia, luego el ADN, luego las células, hasta que en forma de vida se inicia el doloroso ascenso por la escalera, llegamos al cerebro,

momento en el cual una tormenta fortuita de sucesos químicos, desencadenada por minúsculas chispas de electricidad, da lugar al pensamiento, las sensaciones, los sueños, las emociones y a todos los demás aspectos de la mente. Con la ayuda de instrumentos sofisticados, podríamos observar el cerebro y, así, detectar el impulso electroquímico exacto que nos embauca y nos lleva a creer que estamos enamorados, o que tenemos un alma, la ilusión de las ilusiones.

La ceguera cultural nos ha hecho olvidar lo extraña que es en realidad esta visión mecanicista, lo alejada que está del gran río de la sabiduría humana. Toda tradición espiritual ha declarado su creencia en la causalidad descendente: primero fue la Unidad, o la conciencia omnipresente, que se dividió en un mundo interior y su imagen exterior. La vida tomó forma a partir de este inicio trascendente, pero sus semillas han estado siempre presentes en forma invisible. El ser fue imbuido de todo lo necesario para el despliegue espectacular del cosmos: tenía inteligencia, creatividad, dominio total del espacio y el tiempo, y un potencial para diversificarse en infinitas posibilidades.

Así pues, ¿somos máquinas que se engañan a sí mismas creyendo que tienen conciencia, o somos conciencia que ha construido una máquina para poder experimentar el mundo (un mundo que no es más que nosotros mismos pero con otro disfraz)? Queda demostrado que el conflicto entre causalidad ascendente y causalidad descendente es la guerra sagrada definitiva. El profesor Goswami, con su manera conciliadora por naturaleza de abordar las cosas, no se aposenta en las sangrientas batallas que han dividido ciencia e Iglesia. Su objetivo es demostrar que ambos bandos pueden resultar vencedores. Si la ciencia presta atención a sus descubrimientos

experimentales, deberá abandonar el materialismo extremo; y si la Iglesia abandona sus también extremos mitos, Dios estará disponible para todo el mundo. No pretendo entorpecer la aventura que supone la lectura de las argumentaciones del profesor Goswami, sólo diré que los dogmas que conocemos nos depararán muchas sorpresas. El ateo quedará tan rebajado como el fundamentalismo, pero ninguno se verá humillado. El profesor Goswami actúa con bondad, un excepcional obsequio del corazón, y salva tanto a Dios como a la razón. Su visión de una única realidad y una única conciencia abre la puerta a cualquiera que desee cruzarla. Como lector, abandonará este libro sin tener que comulgar con una nueva religión y sin la sensación de que sus preciosas creencias eran ignorantes y erróneas. Encontrar la verdad no es una cuestión de que los demás estén equivocados, sino de ver cómo es posible expandir cualquier creencia. El pecado que nos ha obsesionado ha sido la estrechez de miras que ha llevado tanto a científicos como a creyentes a explorar en el mismo pozo profundo de posibilidades. La unidad tiene cabida para todas las diversidades.

No sé si el término «yoga cuántico», tal y como se utiliza en este libro, acabará imponiéndose, pero merece que así sea. Los medios de comunicación proclaman sin cesar que estamos a punto de entrar en la era del genoma. En este nuevo amanecer, se decodificará el «origen de la vida» y se manipulará para el bien de la humanidad. Aun así, existe un código mucho más misterioso que lleva siglos a la espera de ser descifrado: «Tú eres Eso». Un código que parece muy simple. «Yo soy Eso». Suena casi vacío, sin contenido. «Todo esto es Eso». Estas tres frases, pronunciadas por vez primera en India hace aproximadamente tres mil años, nos explican más cosas sobre

el destino y la creatividad humana, sobre nuestros sueños y capacidades, que los tres billones de bits que componen el genoma humano. Una tecnología capaz de solucionar el enigma de una sola palabra, «Eso», liberaría a la humanidad de innumerables enfermedades y sufrimiento. «Eso» es la fuente invisible, ilimitada, eterna, nonata e inmortal que este libro tan bellamente dilucida. El misterio de la vida, tal y como el profesor Goswami demuestra con elocuencia, no está contenido en átomos ni en ningún suceso que nuestros cinco sentidos puedan captar. No nacimos ni en la explosión del Big Bang, ni en el seno de la creación, que sigue envolviéndonos y alimentándonos. Más allá del tiempo y el espacio está el hogar de infinitas posibilidades, una corriente de vida, verdad, inteligencia y realidad que nunca disminuye. Está tan lleno como siempre lo estuvo o como siempre lo estará. Es la promesa de los antiguos visionarios, y sigue siendo válida hoy en día. Llame y la puerta se abrirá, no sólo a un deseo, sino a todo lo que la humanidad pueda imaginar.

Primera parte

El salto cuántico

Capítulo 1

Yoga cuántico: ¿es posible reconciliar ciencia y espiritualidad?

En una ocasión participé en un panel de discusión que tuvo lugar en Berkeley, California, y que giraba en torno a la pregunta «¿Es posible establecer un diálogo entre la tradición científica y la espiritual?». El primer conferenciante, un budista norteamericano, expresó su malestar. Las dos tradiciones han divergido de tal modo, dijo, que ambas deberían regresar a los principios básicos y empezar de nuevo; tal vez entonces podrían mantener un diálogo. Yo hablé a continuación. Creo que le sorprendí, y también a muchos de los asistentes, diciendo que el diálogo no sólo podía existir, sino que además puede producirse y se producirá una reconciliación completa entre las dos tradiciones. De hecho, afirmé, la reconciliación ya ha empezado. ¿Cómo es posible?

Cuando mi amigo budista hablaba sobre ciencia, se refería a la ciencia basada en la física clásica, la física que Isaac Newton fundó en el siglo XVII y Albert Einstein completó durante las primeras décadas del siglo XX. Y su malestar era justificable. La mayor parte de la biología y la psicología y virtualmente todas las ciencias sociales funcionan a diario a partir de una base newtoniana. La ciencia newtoniana nos ha aportado fuertes prejuicios —como el determinismo, el énfasis

en la objetividad y el materialismo— que resultan apropiados para la investigación del mundo exterior. Pero el objetivo de la espiritualidad y la religión es la investigación de nuestra realidad interior, establecer el orden en nuestra vida interior, donde normalmente reinan el desorden, el conflicto y el malestar. La búsqueda espiritual trata de encontrar la felicidad más allá de la discordia; es una investigación de la conciencia. Y teniendo en cuenta que la espiritualidad exige que la conciencia juegue un papel causal, resulta difícil, o más bien imposible, dar cabida a la espiritualidad dentro de la ciencia objetiva y materialista.

Esto fue en mayo de 1996, y yo tenía razón además porque la ciencia había cambiado. En la década de 1920, la física clásica fue sustituida por una nueva física, la llamada mecánica cuántica. Y ahora, siete décadas más tarde, esta nueva física está provocando una revisión importante de nuestras creencias sobre los organismos vivos y sobre cómo desarrollamos la biología y la psicología y, en consecuencia, todas las ciencias sociales (Goswami, 1993; Herbert, 1993; Stapp, 1993; Eccles, 1994). El nuevo paradigma ofrece una verdadera oportunidad, una «ventana para el visionario», a través de la cual reconocer que la conciencia juega un papel importante en la configuración de la realidad. De este modo es posible reconciliar espiritualidad y ciencia.

La palabra «cuántica» tiene su origen en una palabra latina que significa «cantidad» y hace referencia a una cantidad discontinuamente discreta. En la física clásica, todas las cosas varían de manera continua, pero en la física cuántica las cosas cambian tanto de manera continua como discontinua. El cambio continuo tiene una causa material, incluso en la mecánica cuántica. ¿Qué es, entonces, lo que produce el cambio discontinuo?

Si postulamos que la conciencia produce el cambio, obtenemos la proposición que impulsa la variación de un paradigma divisivo a uno que integra ciencia y espiritualidad (Von Neumann, 1955). Pero hay más cosas a tener en cuenta.

Hemos hecho progresos enormes en el terreno de la ciencia. ¿Por qué no hemos hecho progresos similares en el de la religión, a pesar de los esfuerzos de las tradiciones espirituales de cara al cambio de milenio? En la ciencia, el trabajo queda hecho en cuanto unos pocos científicos descubren las leyes del orden universal; el resto lee el trabajo de esos científicos y con esto basta para apreciar la armonía del mundo exterior. En el terreno de la espiritualidad, sin embargo, figuras como Buda, Platón, Lao Tsu, Moisés, Jesús y Mahoma han dado grandes pasos. Pero sus descubrimientos no han supuesto la armonía y la felicidad para todo el mundo. Incluso hoy, seguimos siendo, en general, un grupo de violentos e infelices. ¿Por qué? El objetivo de la espiritualidad precisa mucho más tiempo para hacerse realidad porque la conciencia y la felicidad espiritual de una sola persona no se expanden a las demás. Encontrar la felicidad y establecer la armonía interior son, básicamente, procesos individuales.

La palabra sánscrita «yoga» significa unión, integración. He acuñado el término «yoga cuántico» para expresar la integración del mensaje cuántico dentro de una visión nueva y más completa del mundo que une ciencia y espiritualidad de tal modo que tenga sentido a nivel individual. Este libro no es sólo una introducción a la «ventana del visionario» que la física cuántica abre para nosotros, sino también una guía para la práctica del yoga cuántico que nos conducirá a la iluminación personal.

La palabra «diálogo» tiene su origen en dos palabras griegas: «día», que significa a través, y «logos», que significa palabra.

El físico David Bohm definió diálogo como «un flujo libre de significado entre personas que están en comunicación». ¿Es posible que exista un diálogo entre ciencia y religión, en el sentido que lo define Bohm?

De entrada, el diálogo entre ciencia y religión parece improbable. Tanto la ciencia como la religión son esfuerzos de búsqueda de la verdad. Ambos se basan en la intuición de que la verdad es única, no plural. El problema es que, aun sin haber llegado demasiado lejos en nuestra búsqueda, intentamos imponer a los demás nuestra verdad limitada. Esto es lo que han hecho tradicionalmente muchas religiones exotéricas y, ahora, la ciencia hace lo mismo, lo que desemboca en la actual polarización entre ciencia y religión.

Una breve historia sobre la fisura en Occidente

Para captar el significado del sistema de otra persona es esencial comprender la base metafísica que sustenta dicho sistema. Y ahí está la fricción. La metafísica de la ciencia, tal y como se ha desarrollado básicamente en Occidente a lo largo de los últimos trescientos años, parece diametralmente opuesta a la metafísica que sustenta la religión dominante en Occidente, el cristianismo.

Para decirlo en pocas palabras, el cristianismo, tal y como se practica popularmente, sostiene que un poder inmaterial, Dios, creó el mundo y ha supervisado sus asuntos desde siempre para mantenerlos en línea con su objetivo, que es el bien. Pero existe también el mal, cuya anulación restituye el orden y la felicidad de nuestra realidad interior. El objetivo de la religión es ayudar a la gente a derrotar el mal y a seguir

el camino de la bondad: el estilo de Dios. Aprendemos por experiencia: Dios recompensa nuestras buenas obras y castiga las malas. Aprendemos también el bien amando a Dios. Somos libres para elegir entre el bien y el mal, entre amar a Dios y no hacerlo. Para decantarnos por el bien, debemos tener fe: fe en la bondad de Dios, fe en la autoridad de la Biblia, fe en la autoridad de los líderes religiosos, etc.

En el mundo occidental medieval, incluso la realidad material estaba dividida entre la tierra, donde reina la imperfección, y el cielo, morada de Dios y de la perfección. En esta imagen dual, Dios está separado del mundo y el cielo está separado de la tierra. Popularmente, el cielo se entendía como el espacio exterior: la morada de la luna, el sol, los planetas y las estrellas. La ciencia nació a partir de la intuición de unas cuantas personas (Galileo, Kepler y Newton, entre otras) de que las leyes que rigen el movimiento terrenal «imperfecto» y las leyes que rigen el movimiento celeste «perfecto» no tendrían, de hecho, por qué ser diferentes. En primer lugar demostraron que el movimiento celeste no es en absoluto perfecto (por ejemplo, los planetas no son esferas perfectas y se mueven en elipses imperfectas, no en círculos perfectos). A continuación demostraron que los objetos de la tierra y el cielo (espacio exterior) se rigen por el mismo conjunto de leyes. Esto condujo finalmente a la osada afirmación de que Dios no es necesario para explicar el movimiento de la tierra o del cielo, al menos por lo que al mundo material se refiere.

En el siglo XX, el éxito de la ciencia desembocó en una serie de conceptos metafísicos de la realidad basados en la ciencia, todos ellos opuestos a los conceptos del cristianismo popular. Una de estas ideas es la objetividad que ya he mencionado previamente: la realidad es independiente de nosotros, de

modo que nuestro libre albedrío, nuestras decisiones de amar a Dios o seguir la ética, no afectan a los asuntos del mundo. Otras ideas son las del monismo material y su corolario, el reduccionismo: todas las cosas son reducibles a la materia y a sus partículas elementales y sus interacciones. El dualismo de Dios y el mundo fue cuestionado abiertamente: si la sustancia de la que está hecho Dios es distinta de la sustancia de la que está hecho el mundo, ¿cómo es que Dios interactúa con el mundo? Por lo tanto, tiene sentido postular que sólo existe una sustancia: la materia.

La física clásica, con lumbreras del nivel de Newton, Maxwell y Einstein al timón, introdujo otros prejuicios filosóficos. He mencionado ya el determinismo causal: el objetivo divino no ha lugar si el movimiento de las cosas (su forma de cambiar) está determinado causalmente. Otro principio es de la continuidad: todo movimiento es continuo. Y otro es el de la localidad: todas las causas y todos los efectos son locales, logrados mediante interacciones o señales que viajan a través del espacio en una cantidad finita de tiempo. La continuidad y la localidad hacen difícil concebir otra manera con la que la entidad no material pueda interactuar con la materia. Cualquier intervención no material parecería discontinua y no local desde el punto de vista del mundo material.

El éxito de la ciencia realizada bajo la enseñanza de estos supuestos metafísicos fomentó una vez más, el epifenomenalismo: todos los fenómenos subjetivos, como la conciencia y el yo, son epifenómenos (fenómenos secundarios) de la materia; son meramente ornamentales y carecen por sí solos de eficacia causal.

El conglomerado de estos seis principios metafísicos (objetividad, monismo material y reduccionismo, determinismo,

continuidad, localidad y epifenomenalismo) recibe diversas denominaciones: realismo material, realismo físico, realismo científico. Para resumir, esta visión sostiene que sólo la materia (y sus correlatos: la energía y los campos de fuerza) es real; todo lo demás son epifenómenos.

En los inicios de la ciencia, el físico y filósofo René Descartes dividió la realidad en mente y materia, entendiendo por mente el dominio de Dios y la religión, y por materia el dominio de la ciencia. Se postuló que la materia seguía leyes físicas. La mente tenía libre albedrío y el poder de dominar la tierra, incluyendo plantas y animales. La filosofía modernista que Descartes promulgó, definió al ser humano moderno y estableció que la prerrogativa del ser humano es predecir y controlar la naturaleza con la ayuda de la ciencia y la tecnología.

Al principio, y teniendo en cuenta que la mente era el dominio de Dios, la religión y la transformación espiritual hacia el bien tuvieron cabida dentro del modernismo. Pero a partir del concepto del epifenomenalismo, esta tregua temporal entre ciencia y religión se vio cada vez más atacada. El argumento era el siguiente: el mundo material contiene tanto orden como desorden, tanto armonía como caos. Por ejemplo, el movimiento periódico de los planetas alrededor del sol es armonioso, mientras que según la ley de la entropía, esta (la cantidad de desorden) siempre va en aumento. ¿Por qué no puede entenderse el mundo mental bajo estos mismos términos? La enfermedad y la tristeza (desorden mental), y la felicidad y la alegría (orden mental) podrían ser simplemente parte de la ley natural de la materia (en este caso, el cerebro). No existe ni la capacidad ni la necesidad de transformar nada. En resumen, la religión es superflua.

Más aún, la metodología propuesta por las religiones (la fe) es diametralmente opuesta a la metodología desarrollada por la ciencia. El método científico se basa en la prueba y el error: pruébalo y observa. Crea una teoría y verifícala. Los experimentos, y no la autoridad, son los árbitros definitivos de la verdad. El éxito generalizado de la ciencia habla en defensa de su metodología. En comparación, sólo unos pocos afirman haber alcanzado la transformación a través de la fe, y muchos de estos relatos son debatibles a los ojos de la ciencia. De este modo, lentamente, el modernismo dio paso al postmodernismo: la existencia fue considerada como esencia precedente o Dios, y los conceptos de bien espiritual y orden y cualquier metafísica que otorgara valor a estos conceptos fueron «deconstruidos».

Los defensores de la religión (en Occidente, el cristianismo como religión predominante) no se han desenvuelto bien contra este ataque frontal de la ciencia. Piense en el caso de la biología. Los biólogos occidentales plantean un buen ejemplo de argumento contra las ideas teológicas del cristianismo respecto a la creación del mundo por parte de Dios. Afirman comprender la vida a través de las ideas darwinianas de la evolución, según las cuales son mutaciones fortuitas las que producen variaciones genéticas y la naturaleza selecciona a los más adecuados para sobrevivir. La intervención premeditada de Dios deja de ser necesaria; todo se reduce a la casualidad y al instinto de supervivencia. Los adalides del cristianismo responden al darwinismo con el creacionismo, señalando los vacíos existentes en los argumentos de los científicos. El vacío más famoso es la ausencia de pruebas fósiles continuas que demuestren cómo las plantas se convierten en animales o cómo los reptiles se convierten en aves. Pero los creacionistas

proponen el relato bíblico como única alternativa a la evolución: Dios creó el mundo y toda la vida en seis días hacia el 4000 a.C. Este relato excluye por completo cualquier explicación relacionada con fósiles, excepto como capricho de Dios.

Los devotos religiosos tampoco lo han hecho mejor en su respuesta a los retos a los que se enfrenta el dualismo: si Dios y el mundo son entidades distintas, ¿qué es lo que arbitra la interacción entre los dos? Una interacción así, de acuerdo con la ciencia, exigiría un intercambio de energía; pero según la ley de conservación de la energía, la energía del mundo es una constante. ¡Cualquier intervención divina dualística tiene que ser un «milagro» que viole la ley de la conservación de la energía! Los materialistas se preguntan: ¿por qué Dios tendría que ser legal en los asuntos concernientes al mundo exterior, pero realizar milagros en los asuntos relacionados con la mente que, al fin y al cabo, deben de ser un fenómeno del cerebro? A lo que los devotos religiosos replican: ¿por qué deberíamos esperar que Dios obedezca nuestras reglas? El debate continúa.

¿Cómo es posible que exista un diálogo, una comunicación con sentido, entre una tradición científica que se mofa de conceptos «acientíficos», como los milagros y la teleología, y una tradición religiosa que aborrece el «cientifismo» (la ciencia practicada como religión en lugar de emplear argumentos estrictamente científicos contra Dios)? El debate en Occidente no ha superado este punto muerto. Y esta es la base del pesimismo de mi amigo budista que mencioné anteriormente.

Y la desgracia mayor es que el debate ha derivado en cinismo en cuanto a los valores. Mucha gente de Occidente no cree en la bondad de las personas, excepto en los casos de los más simplones, como el personaje que daba título a la película

Forrest Gump. Imagínese que Forrest Gump muere y va al cielo, donde San Pedro le para antes de cruzar las puertas celestiales.

—Lo siento, pero para entrar tiene que responder usted a tres preguntas —dice San Pedro—. La primera pregunta es: ¿cuántos segundos hay en un año?

—Esta es fácil —responde Forrest Gump—. Doce.

—¿Cómo lo ha sabido? —pregunta un sorprendido San Pedro.

—Cuéntelos usted mismo. Segundo de enero, segundo de febrero, segundo de marzo...*

—Entiendo —le interrumpe San Pedro—. De acuerdo, la considero superada. Vayamos ahora a la segunda pregunta. ¿Cuántos días de la semana empiezan con la letra «T»?

—Cuatro —responde muy seguro Forrest Gump.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Muy fácil. Martes, jueves, hoy y mañana.**

—De acuerdo, le concederé también esta —dice San Pedro, riendo entre dientes—. Pero deberá responder correctamente a la última. ¿Cómo se llama Dios?

—Andy —responde Forrest Gump.

—¿Y de dónde ha sacado usted esta idea? —le pregunta San Pedro, exasperado.

—Me enteré cantando himnos en la iglesia. «Andy camina conmigo, Andy habla conmigo...».***

* En inglés, se utilizan los números ordinales, y no los cardinales, para enumerar los distintos días del mes. De este modo, el día dos de cada mes es «el segundo», el día tres sería «el tercero», y así sucesivamente. (N. de la T.)

** En inglés, las cuatro «T» están en «*Tuesday, thursday, today and tomorrow*». (N. de la T.)

*** En inglés, Forrest confunde el nombre de «Andy» con la expresión «*and He*», que significa «y ÉI». (N. de la T.)

Con lo cual, San Pedro, sin poder evitar una sonrisa, deja entrar a Forrest en el cielo.

Las personas ingenuas suelen ser buenas porque creen que existe un cielo y que existe Dios. Las personas más sofisticadas que creen eso son las menos, aunque simpaticen con esa creencia y sus valores: estaría bien que la sociedad las siguiera. Los valores religiosos son, simplemente, un inconveniente para los cínicos, muchos de los cuales están demasiado ocupados compitiendo entre ellos y tratando de ser el «número uno»; al fin y al cabo, ¿no se basa en eso el realismo científico? Como seres biológicos que somos, ¿no es la supervivencia nuestro único valor?

Una breve historia sobre la fisura en Oriente

Las tradiciones espirituales orientales bailan una melodía metafísica diferente. El hinduismo, el budismo y el taoísmo postulan que la base de la existencia es una conciencia trascendente, y no la materia, y que todo lo demás, incluyendo la materia y el yo, son epifenómenos. Estas tradiciones consideran la búsqueda espiritual de la felicidad pura como la búsqueda de la verdadera naturaleza de nuestro ser, nuestra plenitud.

Las tradiciones orientales resuelven el problema del dualismo con el concepto de la trascendencia y su debida comprensión. La conciencia está tanto dentro como fuera de la realidad material del espacio-tiempo. Como trascendente (externa) es pura conciencia, no revelada. Inmanente (interna) aparece dividida entre la persona y el mundo, sujeto y objeto; pero la división, la separación, es un epifenómeno, puesto de manifiesto por una fuerza misteriosa denominada Maya en la

tradición hindú. A esta filosofía la denomino idealismo monista, pero recibe también el nombre de Vedanta en India y Tao en China.

En la espiritualidad occidental existe también un núcleo monista, místico, conocido como la filosofía perenne (Huxley, 1970). Las tradiciones esotéricas occidentales comprenden perfectamente que la conciencia, la base de la existencia, es trascendente; conocen también lo que esto significa. «El reino de Dios está dentro de ti, está también fuera de ti» (Guillamont y otros, 1959, 3). Pero el cristianismo populista, «exotérico», malinterpreta la trascendencia desde un punto de vista dual, como conciencia, o Dios, separada de la realidad material manifiesta.

Para ver con claridad las posturas diametralmente opuestas del monismo materialista y el idealismo monista, expondré la historia del rey griego Milinda y el monje budista Nagasena. El rey quería conocer la naturaleza de la realidad. Nagasena se acercó al carruaje del rey, desató los caballos y le preguntó:

—¿Son los caballos el carruaje, oh noble rey?

—Por supuesto que no —respondió el rey.

A continuación, Nagasena retiró las ruedas del carruaje y preguntó:

—¿Son estas ruedas el carruaje, oh noble rey?

El rey volvió a responder.

—Por supuesto que no.

El monje siguió desmontando el carruaje, preguntándole al rey si consideraba que cada una de las partes fuera el carruaje, hasta que acabó con todas las partes desmontables. Nagasena señaló entonces el chasis del carruaje y preguntó por última vez:

—¿Es el chasis el carruaje, oh noble rey?

Y una vez más el rey respondió:

—Por supuesto que no.

¿Qué es, entonces, el carruaje? Los monistas materialistas dirían que no existe carruaje sin sus distintas partes. Las partes son el todo, y el carruaje existe sólo como un epifenómeno de las partes. Cualquier carruaje distinto a sus diversas partes es un «fantasma en la máquina».

Pero no es esa la postura de Nagasena ni de ningún otro idealista monista. Nagasena quiso demostrarle al rey que, exceptuando la conciencia, los objetos carecen de naturaleza personal, igual que no existe naturaleza personal en el carruaje o en sus partes que no sea el material del que están hechas.

Un Nagasena de los tiempos modernos, el profesor de Vedanta Swami Dayananda, que vive en Saylorsburg, Pennsylvania, expone el mismo argumento cuando muestra al público un brazalete de oro y pregunta:

—El brazalete podría parecer real, pero ¿lo es? —Entonces, sonríe maliciosamente y continúa—. Si fundiéramos el brazalete y lo convirtiésemos en un collar de oro (una reencarnación), podría incluso sentirse superior al brazalete de oro. ¿Pero es real lo que cambia? Lo que es real es lo que no cambia, el oro. Los brazaletes y los collares son epifenómenos.[1]

La historia intelectual de Oriente podría considerarse como un largo debate entre tres «ismos» filosóficos: dualismo, idealismo monista y realismo material. Los dualistas orientales, igual que los dualistas occidentales, creen que Dios y el mundo (Dios y nosotros) son entidades separadas. Cuando estamos con Dios, nos sentimos felices; de modo que los dualistas ofrecen prácticas religiosas y éticas para ayudarnos a estar con Dios, de un modo parecido a lo que hace el cristianismo

exotérico en Occidente. Los defensores del idealismo monista apuntan que su filosofía se basa en la investigación, que la conciencia puede ser conocida directamente en su mismidad inclusiva porque «nosotros somos Eso». Cuando trascendemos el dualismo de la persona y el mundo a través del conocimiento directo, cuando descubrimos nuestra totalidad, nos sentimos felices, pues nuestra verdadera naturaleza es la felicidad. Para los idealistas monistas, los dualistas no han profundizado lo suficiente en la persona. Y los principios del realismo material, sostienen los idealistas, son o bien pura especulación o también el resultado de una investigación incompleta. Ante esta acusación, los realistas materiales contraatacan diciendo que es una tontería basar la metafísica en experiencias subjetivas. Y los dualistas se burlan de la idea de que la separación de Dios y el mundo sea el producto de Maya.

Más recientemente, bajo la influencia occidental, los científicos académicos orientales han exigido legítimamente un mecanismo que explique cómo la sola y única conciencia se convierte en muchas. Las tradiciones espirituales ofrecen el concepto de Maya como una vaga fuerza de creación de epifenómenos, pero no suministran más detalles comparables con los modelos científicos actuales. Incluso en Oriente existe una denigración tradicional del mundo de los epifenómenos en favor de la realidad del más allá, una perspectiva que lo único que ha provocado es miseria material en la vida de la gente normal y corriente. Para el científico oriental, se trata de una prueba más de la locura de la espiritualidad: mirad a Occidente, que ha alcanzado la prosperidad material pasando por encima de las supersticiones espirituales. Como respuesta, las tradiciones espirituales orientales destacan correctamente que la búsqueda de lo material ha llevado, sin duda, la

prosperidad a Occidente, pero también ha exacerbado la pobreza mental. Sin espiritualidad, sin el concepto de la propia conciencia, es imposible justificar los valores que guían la vida de las personas y sostienen sus sociedades. De hecho, bajo el ataque implacable de la ciencia, estos valores espirituales empiezan a ser abandonados por mucha gente de todo el mundo, lo que está provocando el caos.

La búsqueda de una base para la reconciliación

A partir de la observación de que las tradiciones espirituales y materiales utilizan a menudo metáforas similares para esclarecer sus conceptos, ha surgido un camino para un posible diálogo entre ciencia y religión. En la década de 1970, el físico Fritjof Capra escribió *El Tao de la física*, que investigó a fondo y reveló muchos paralelismos entre conceptos de la ciencia moderna y las tradiciones espirituales (Capra, 1975). Si la ciencia moderna utiliza las mismas metáforas que las tradiciones espirituales, quizá quiera decir que la ciencia está ya espiritualizada hasta el nivel en que debería de estarlo. Capra y otros (por ejemplo, los fundadores del movimiento de la ecología profunda) han enunciado una nueva visión ecológica del mundo con paralelismos con los puntos de vista animistas de determinadas formas de chamanismo: Dios está inmanente en todo, todas las cosas están interconectadas y vivas en espíritu. Bajo este punto de vista, no existe necesidad de pensar en los términos divisivos y reduccionistas de la ciencia newtoniana, ni de postular un ser trascendente.

Esta preferencia por lo inmanente con respecto a lo trascendente partió de una reacción al cristianismo exotérico. La

visión del mundo del cristianismo exotérico es claramente dualista: el mundo perfecto de Dios en comparación con el mundo vil e imperfecto del espacio, el tiempo, la materia y el movimiento. El mordisco de Eva a la manzana del conocimiento fue (mal) interpretado como un pecado, y el sentimiento de culpa se convirtió en uno de los temas principales del pensamiento occidental. El sentimiento de culpa posee un poder persuasivo en el cristianismo pero, de forma justificable, la psicología moderna occidental lo considera inhibidor. Teniendo en cuenta que la idea de un mundo trascendente estaba vinculada a la idea del sentimiento de culpa colectivo, la trascendencia en sí misma se convirtió para la mentalidad occidental moderna en un elemento sospechoso.

El filósofo Ken Wilber considera la visión ecológica del mundo como la defensora de un «lema» que «desciende hacia lo ecológico» (ecología/mundo) y que contrasta con el «lema» que «asciende desde el ego» que sostiene la visión del mundo cristiana (Wilber, 1996 a). Según Wilber, la visión cristiana del mundo subraya la trascendencia, que asciende a partir de las preocupaciones del ego y del mundo, mientras que la visión del mundo posmoderna fomenta la inmanencia, que desciende de las preocupaciones sobre Dios y la trascendencia. Pero, tal y como Wilber afirma acertadamente, la realidad no es dual; la realidad es una integración monástica de lo inmanente dentro de lo trascendente. La ecología profunda posmoderna, sin embargo, ha sido incapaz de integrar los aspectos ascendientes y descendientes de la realidad. De hecho, el efecto social de este tipo de espiritualidad de los nuevos tiempos ha sido permitir que los oportunistas se apropien de la espiritualidad con fines materiales egoístas.

Experimentando con otro camino para la integración, muchos científicos han intentado extender la ciencia tradicional para que explique la mitad subjetiva del mundo: la conciencia, la persona, la espiritualidad y los valores morales. Para estos científicos, explicar la conciencia es comprender el comportamiento del cerebro como máquina material compleja. La conciencia es un epifenómeno de materia. Y estos científicos preguntan: ¿qué es lo que, dentro de la complejidad del cerebro, lo torna consciente o hace que la moral cobre relevancia? ¿Puede un epifenómeno de materia tener el aspecto de eficacia causal e incluso de creatividad y espiritualidad?

La teoría del caos se ha mostrado también prometedora como contexto para un diálogo entre ciencia y espiritualidad. Los sistemas caóticos son aquellos tan sensibles a sus condiciones iniciales que resulta imposible predecir su comportamiento por mucho tiempo; las pequeñas inexactitudes u omisiones que se hayan realizado al leer los valores iniciales de posiciones y velocidades se multiplican de modo exponencial para que el comportamiento de los sistemas caóticos parezca creativo. Los pequeños cambios en el entorno permiten a los sistemas caóticos exhibir un nuevo comportamiento que se organiza a sí mismo (orden). ¿Podría la espiritualidad ser el comportamiento aparentemente creativo de un sistema caótico?

Pero si la espiritualidad es un epifenómeno del caos y el caos es la norma, la visión de la religión (sustituir el sufrimiento y el desorden en nuestra realidad interior por felicidad y orden) queda, una vez más, socavada. La visión espiritual tiene sentido sólo si la felicidad es el orden y el caos, o infelicidad, es el epifenómeno.

Es así que la reconciliación entre ciencia y espiritualidad en términos de la ecología o la teoría del caos es precaria. Wilber

(1996a) discute la locura de basar la espiritualidad en conceptos científicos. La ciencia, apunta, es una búsqueda evolutiva. Siempre surgen nuevas teorías que invalidan las más antiguas. Una filosofía perenne no puede basarse en conceptos efímeros, como los de una teoría de la conciencia emergente en el cerebro. Volvemos así a nuestro punto muerto.

¿Puede existir un diálogo y una reconciliación final entre ciencia y espiritualidad? Wilber tiene razón. Mientras nos aferremos a una ontología basada en lo material, no hay lugar para el verdadero diálogo, y mucho menos para la reconciliación, por el simple motivo de que la ciencia trata con fenómenos mientras que la espiritualidad se preocupa por lo que hay más allá de los fenómenos.

La integración de la metafísica

La pregunta crucial es la siguiente: ¿debe la metafísica de la ciencia basarse en el realismo material? De hecho, el paradigma actual de la física ha superado la ciencia newtoniana para situarse en la física cuántica. La física cuántica está basada en el concepto del «quantum»: cantidades discretas de energía y otros atributos de materia, como el momento angular. Las consecuencias de esta física en la descripción de la materia son profundas e inesperadas. Por ejemplo, se describe la materia como ondas de posibilidad. La física cuántica calcula posibles sucesos para electrones y la probabilidad de todos estos posibles sucesos, pero no puede predecir el suceso concreto que una observación en particular desencadenará. Así pues, ¿quién o qué, a partir de la miríada de posibilidades, desencadena la única realidad? O, para utilizar la jerga

favorita de los físicos, ¿quién o qué «colapsa» la onda de posibilidad en el electrón real, en el espacio y el tiempo reales, y en una dimensión de suceso real?

Hemos necesitado siete décadas para ver que esta pregunta, que yo denomino la «ventana del visionario», contiene la paradigmática consecuencia de reconciliar ciencia y espiritualidad. La idea básica, sin embargo, es extremadamente simple: la entidad que transforma la posibilidad en realidad es la conciencia. Es un hecho que, cuando observamos un objeto, lo que vemos es una realidad única, no el espectro completo de posibilidades. Por lo tanto, la observación consciente es condición suficiente para el colapso de la onda de posibilidad. El matemático John von Neumann (1955) defendió hace décadas que la conciencia es una condición necesaria para ese colapso. Todos los objetos obedecen a la mecánica cuántica; y esto incluye cualquier máquina que podamos emplear para facilitar nuestra observación. Pero cualquier máquina que ayude a realizar los cálculos, emparejada a una onda de posibilidad cuántica, genera una onda de posibilidad mayor que incluye también a dicha máquina. Para iniciar el colapso se necesita una entidad externa a la jurisdicción de la mecánica cuántica. Para Von Neumann, sólo existe una entidad capaz de esto: la conciencia.

Pero, debido al hecho de que en Occidente la conciencia está malentendida, esta potente idea quedó atascada en un desagradable debate. Para el materialismo occidental, el colapso de la conciencia contra una onda de posibilidad es una paradoja: si la conciencia, como epifenómeno de materia (el cerebro), no tiene eficacia causal, ¿cómo puede provocar el colapso de una onda de posibilidad cuántica? Y si la conciencia pertenece a un mundo dual, todas las objeciones contra el

dualismo citadas previamente vuelven a obsesionarnos. Se necesitaron siete décadas para que la luz del idealismo monista consiguiera clarificar la materia.

Esta es, entonces, mi tesis: cuando introducimos la conciencia como la base de la existencia, como trascendencia, como única, como un referente en todos nosotros (que es lo que nos han enseñado los diversos maestros espirituales del mundo), el debate cuántico queda establecido y las paradojas se resuelven.[2]

Y hay más aún. Posicionar la conciencia como la base de la existencia inspira un cambio de paradigma: de la ciencia materialista a la ciencia basada en la primacía de la conciencia. En esta ciencia, la materia tiene eficacia causal pero sólo hasta el punto de determinar posibilidades y probabilidades. La conciencia es la que crea en último término la realidad, porque la elección de lo que es real, suceso tras suceso, siempre depende de la conciencia. Por lo tanto, la conciencia puede imbuir e imbuye la realidad con su propósito creativo, tal y como muchos teólogos cristianos (los que no se aferran de forma dogmática a la visión creacionista) han intuido. Esta elección de una realidad a partir de las distintas posibilidades comprende el cambio discontinuo que he mencionado antes. El mundo es continuo, newtoniano y material sólo en apariencia. En realidad, es discontinuo, cuántico y consciente.

Y lo que es más importante, una ciencia así conduce a una verdadera reconciliación con las tradiciones espirituales, porque no pide a la espiritualidad que se base en la ciencia, sino que pide a la ciencia que se base en el concepto del espíritu eterno. En ningún momento se cuestiona la metafísica espiritual, sino que el punto de atención está en la cosmología, en cómo sucede el mundo de los fenómenos. La nueva

ciencia puede incluir tanto subjetividad como objetividad, cuestiones espirituales tanto como materiales. Es lo que denomino ciencia dentro de la conciencia o ciencia idealista.

La integración de cosmologías

En la Edad Media, influida por el pensamiento aristotélico, la creencia cristiana aseveraba que el universo era antropocéntrico. La Tierra estaba considerada el centro del universo. Los seres humanos estaban considerados superiores a los animales. La ciencia aniquiló estos componentes cosmológicos de la religión occidental. Copérnico demostró que el sol, y no la Tierra, era el centro del sistema solar. Trabajos posteriores llevaron más lejos la aniquilación de la cosmología cristiana: el sol no es más que una estrella de tamaño mediano situada en el extremo de una galaxia que es una más entre millones de otras galaxias. A escala cósmica somos insignificantes. Los científicos defienden ahora la creación del universo a partir del Big Bang, hace quince mil millones de años. A partir de esa creación inicial, la evolución de galaxias, sistemas solares, planetas y de la vida misma se ven como un juego de probabilidad con fluctuación estadística. La teoría de Darwin de que el ser humano ha evolucionado a partir de los animales y su argumentación posterior de que la evolución es un mero juego de probabilidad y el resultado del instinto de supervivencia, disminuye más la importancia de ser humano y sugiere que actividades humanas como la religión, carecen totalmente de sentido.

¿Cuál es la respuesta del cristianismo exotérico al Big Bang? Ya que el Big Bang es una singularidad en algunas teorías

cosmológicas, y ya que una singularidad es una crisis física, la ciencia cristiana podría ver en el Big Bang la firma de la divinidad (Jastrow, 1978). Pero en física también hay formas de evitar la singularidad (Hawking, 1993). La respuesta cristiana más elocuente al darwinismo sigue siendo el creacionismo que, en vista de las evidencias fósiles, no tiene sentido para la mente moderna.

En la sección precedente he comentado que dentro del esoterismo (llámese Vedanta, misticismo, filosofía perenne o idealismo monista), está la resolución del debate ontológico entre ciencia y religión. ¿Ofrece también la ontología esotérica, la conciencia como base de toda existencia, una resolución al tema de las cosmologías? Es un asunto que trataré en la segunda parte del libro.

Diversas coincidencias en la cosmología sugieren que el universo evoluciona hacia la manifestación de la vida y la sensibilidad, una idea que recibe el nombre de principio antrópico (Barrow y Tipler, 1986). El principio antrópico cobra perfecto sentido cuando hacemos ciencia dentro de la conciencia: el universo es un juego de conciencia. Evoluciona hacia la sensibilidad porque nosotros somos su significado (véase el Capítulo 5).

Los vacíos que presenta el registro fósil sugieren a algunos biólogos que el darwinismo no es la historia completa de la evolución (Eldredge y Gould, 1972). El creacionismo tampoco es completamente lógico; pese a la argumentación cristiana de que Dios interviene en los asuntos del mundo, incluso en la evolución biológica, en una ciencia dentro de la conciencia resulta creíble la idea de alinear el mundo con un propósito. Cabe tener en cuenta, sin embargo, que en esta ciencia el *propósito* no significa la causa final, una idea que entra en conflicto

con lo que sabemos sobre causas iniciales a partir de los físicos materialistas. Pero en la ciencia dentro de la conciencia podemos considerar los vacíos del registro fósil como la muestra de la intervención de la conciencia creativa, de modo que el propósito entra creativamente dentro de la evolución (véase el Capítulo 6; también Goswami, 1977a).

La cosmología materialista no se equivoca, pero no explica la totalidad de la historia. Para completar la historia, y para que la integración sea posible, tienen que converger las luchas cosmológicas entre ciencia y religión.

La integración de metodologías

La metodología de la religión es la fe, mientras que el método científico, por otro lado, es el de «pruébalo y observa el resultado». Una gran diferencia imposible de conciliar en apariencia. Pero si consideramos las tradiciones religiosas esotéricas, la división entre las metodologías de la religión y la ciencia no es tan grande. De hecho, existen paralelismos obvios. Aunque experimentales y subjetivas, las tradiciones esotéricas tanto de Oriente como de Occidente utilizan también el método científico de «pruébalo y observa el resultado». No definen la búsqueda espiritual como una cuestión de aceptación del dogma. La fe se reinterpreta y pasa de ser una creencia ciega en este o aquel sistema de conocimiento, a convertirse en una intuición que irá seguida por el compromiso de observar, de investigar.

La ciencia dentro de la conciencia nos permite ver que tanto las tradiciones científicas como las espirituales no han destacado un aspecto importante de sus búsquedas. Cuando

destacamos este componente oculto, queda claro que la ciencia y la espiritualidad han estado utilizando el mismo método. ¿Cuál es este componente desconocido? No es otro que la creatividad, el descubrimiento o la percepción de nuevos significados dentro tanto de viejos como de nuevos contextos (Goswami, 1996). Hasta hace muy poco, los científicos se han mostrado excesivamente entusiasmados por subrayar los procesos racionales y continuos de la investigación científica. Pero la creatividad es irracional y discontinua. Y la ciencia implica creatividad. «No descubrí la relatividad sólo a partir del pensamiento racional», dijo el inmortal Einstein. Un comentario que no encaja dentro del realismo material, pero ¿y qué importa?

Las tradiciones espirituales siempre han conocido la importancia de lo irracional (de la intuición que se convierte en fe, por ejemplo), pero tampoco ellas han subrayado universalmente lo imprevisto y lo discontinuo de las percepciones espirituales. La ciencia dentro de la conciencia nos permite desarrollar una teoría de la creatividad en la que la ciencia es el resultado de la investigación creativa en el terreno exterior, mientras que la espiritualidad es el resultado de la investigación creativa en el terreno interior.

Tal vez haya quien proteste: las tradiciones espirituales no siguen un camino, una técnica; cada una tiene sus propios métodos. En el caso de la creatividad se empieza con una pregunta que nos quema y la respuesta aparece de forma repentina. Esto podría describir la forma en que un buscador encuentra la verdad a través de lo que los hinduistas denominan el camino del conocimiento (jnana yoga en sánscrito); pero el cristianismo utiliza los caminos de la devoción a Dios y de la acción ética, y amar a Dios y actuar de forma ética no

son lo que normalmente identificamos como búsquedas creativas. ¿Es posible clasificar todos estos métodos como creatividad interior?

¿Es amar un acto creativo? ¿Exige la ética un proceso prolongado en el que la comprensión es la joya de la corona? Opino que reconociendo la creatividad en el amor y la ética se evapora el malentendido de que el cristianismo es dual. Es decir, el dualismo del cristianismo exotérico proviene en gran parte de la metodología que utiliza. Esta metodología, al exigir de entrada una separación entre Dios y nosotros, lleva a que tendamos a olvidar que existe una unidad más allá de la separación y que el método acaba llevándonos allí.

De modo que no sólo podemos tener un diálogo, sino que sostengo que el desarrollo de la ciencia dentro de la conciencia puede proporcionarnos una integración de ciencia y religión, una integración de metafísica, cosmología y metodología. La mayor parte de este libro presenta los detalles de esta integración.

La integración de las tradiciones espirituales

Ahora me gustaría dar grandes esperanzas. Propongo que lo que ha engendrado la tendencia a la división entre religiones es la ausencia de una buena cosmología. Las principales religiones del mundo, unidas en su núcleo esotérico (véase, por ejemplo, Schuon, 1984), difieren mucho de su expresión exotérica porque presentan la cosmología de una manera distinta. Incluso, en ausencia de una ciencia, mitifican sus cosmologías. Mis esperanzas están depositadas en que a medida que la ciencia cosmológica dentro de la conciencia vaya

ganando fuerza, estos mitos irán dando paso a una nueva aclaración de la unidad subyacente en todas las religiones.

Considere la trama de los mitos de la cosmología cristiana.[3] A partir del momento en que Eva mordió la manzana del conocimiento terrenal y convenció a Adán para que siguiera su ejemplo, la humanidad conoció la separación y se alejó de la perfección del Edén. Entonces Dios envió a su único y amado hijo, Jesús, para que recondujera a la humanidad caída hacia el Edén, a la perfección. En consecuencia, Jesús es la única puerta de regreso al Edén.

Pero la historia de la expulsión del Edén tiene su origen en la tradición judía, que tiene un matiz distinto en lo que al final de la historia se refiere. Sí, declaran las autoridades espirituales judías, al «final de los tiempos» habrá un Mesías que redimirá a la humanidad (o al menos a los elegidos) y le devolverá la perfección, pero Jesús no es ese Mesías.

Tenemos, pues, trazadas las líneas de batalla. Los judíos creen que los cristianos son «inferiores» porque se han conformado con un falso Mesías. Los cristianos creen que los judíos son «inferiores» porque son los «asesinos de Cristo». A los musulmanes les repele la idea del «hijo de Dios»: Dios envía mensajeros sólo para recordar a la humanidad que Él es su Señor. Moisés y Jesús fueron mensajeros, pero el último y el mejor de todos los mensajeros fue Mahoma.

Los hindúes parecen estar de acuerdo con los cristianos en que Dios puede aparecer y aparece en forma humana, como «hijo de Dios». Siempre que las fuerzas del mal dominan a las del bien, Dios se encarna en forma de avatara para elevar el bien por encima del mal, aunque sea temporalmente. Krishna fue uno de esos avatares, y también lo fue Buda y lo fue Jesús.

Los budistas defienden, en una variación más sobre el mismo tema, que los seres humanos ordinarios pueden recuperar la perfección a través de su propio esfuerzo. En lugar de regresar al «Edén», estos seres perfeccionados permanecerán en ese nivel como bodhisattvas hasta que toda la humanidad se haya redimido.

El postmodernismo, el desarrollo más reciente del pensamiento occidental, nos ofrece el deconstruccionismo («Dios está muerto» y toda la metafísica es falsa) y una visión del mundo ecológica en la que Dios está completamente inmanente en el mundo. El Edén está aquí y no hay necesidad de postular la trascendencia, la caída y el viaje espiritual de regreso.

¿Cuál es, entonces, la trama correcta? El debate, tal y como el último milenio ha dejado demostrado, nunca podrá darnos la respuesta. Pero propongo que a medida que vayamos comprendiendo mejor la cosmología de la condición humana y la naturaleza del camino espiritual, estas tramas dispares se verán como las expresiones de una única historia grandiosa. Es decir, creo que la integración de ciencia y espiritualidad permitirá que las distintas tradiciones espirituales reconozcan su unidad subyacente, una unidad que el poeta Rabindranath Tagore denominó «la religión del Hombre». Es lo que en el hinduismo se menciona a veces como sanatana dharma, la religión eterna. La diversidad de religiones seguirá existiendo, naturalmente, pero superpuesta a una unidad subyacente.

La organización de este libro

La primera parte del libro es una introducción metódica a la mecánica cuántica y demuestra de qué manera destruye los

principios del realismo materialista. Demuestra también cómo un análisis de la pregunta de la medición del quantum desemboca en la misma imagen de la conciencia que los maestros espirituales han descrito durante milenios.

La segunda parte establece las principales premisas y supuestos del nuevo paradigma con la intención de desarrollar una cosmología más general que la materialista. Sigo la pista de los orígenes de la división del mundo en lo secular y lo sagrado. Me ocupo luego de las cuestiones de los creacionistas y demuestro el propósito creativo de la evolución biológica. Finalmente, ahondo en la cosmología en su forma más general y demuestro que está en consonancia con la visión de las tradiciones espirituales.

¿Qué utilidad tiene la ciencia dentro de la conciencia? ¿Ayuda a comprender que la metodología de las tradiciones espirituales es fundamentalmente la misma que la de la ciencia? ¿Ayuda a establecer una ética sobre una base científica, una ciencia de la ética? En la tercera parte demuestro que sí. ¿Nos ayuda la nueva ciencia a comprender la búsqueda espiritual de la felicidad pura y la solución de esa búsqueda? ¿Puede utilizarse la nueva ciencia para reconciliar algunas de las profundas divisiones que existen entre tradiciones espirituales, e incluso las divisiones más profundas que tenemos interiormente a nivel individual? En esta última parte abordo todas estas preguntas.

Y podríamos preguntarnos, ¿acaso la idea de que la conciencia es la base de toda la existencia no es más que una nueva idea metafísica? ¿No deberíamos de pensárnoslo dos veces antes de declarar todo esto como la conclusión de nuestra búsqueda de la verdad? Las religiones esotéricas coinciden en que la metafísica que no puede expresarse en palabras

podría ser la verdad final, porque la verdad final sólo puede descubrirla directamente cada uno de nosotros. Sin embargo, hay metafísicas más inclusivas que otras y, en consecuencia, hay mejores maneras de apuntar hacia la verdad. Este libro demuestra que la metafísica del idealismo monista puede abarcar el realismo material y el dualismo.

En India, pese a que el principal envite del pensamiento espiritual ha conservado un contexto no dual, las expresiones de ese contexto han variado ampliamente. Buda predicó el vacío (*shunyata*); los Upanishads y el sabio filósofo Shankara predicaron «Dios es uno sin un segundo» (*ekam eva advitiyam*); la filosofía Sankhya adoptó la realidad como dual, un juego de conciencia individual (*purusha*) y materia (*prakriti*); y el Tantra y el Purana cantaron la gloria de los muchos, de Dios inmanente en el mundo. Repito, ninguna verdad descubierta por una persona se impone sobre otra excepto como un estímulo para observar. ¿Podemos revivir una vez más esta actitud inclusiva, en esta ocasión apuntalada por una nueva integración entre ciencia occidental (principalmente) y espiritualidad oriental (principalmente), una actitud que nos permite comprender los distintos papeles de visiones limitadas unidas en la búsqueda de la verdad? Busquemos la única verdad, siguiendo las mejores intuiciones de todas las tradiciones tanto científicas como espirituales y con respeto mutuo, sintiéndonos libres para elegir en ese camino la metafísica que mejor se adapte a nuestra fase en la vida, habilidades, gustos y necesidades.

Notas

[1] Para una muestra de la maravillosa exposición que Swami Dayananda realiza sobre los Vedanta, lea su *Introduction to Vedanta* (1993).

[2] Mi libro *The Self-Aware Universe: How Consciousness Creates the Material World* (1993) trata con detalle este tema. En el Capítulo 3 del presente libro encontrará un resumen sucinto y actualizado.

[3] Mi agradecimiento a Joel Morwood por la discusión sobre las ideas expuestas en esta sección.

Capítulo 2

La caída de la ontología materialista

La ciencia moderna ha arrinconado las tradiciones espirituales y los dogmas que se asocian a ellas proporcionando una visión del mundo alternativa y viable que explica los fenómenos sin confiar en ningún tipo de conceptos espirituales metafísicos; es un hecho conocido por todos. Lo que no es tan conocido es hasta qué punto la física cuántica ha arrinconado también a la ciencia convencional material-realista y a algunos de sus dictámenes. Para comprender el logro de la física cuántica, deberíamos echar un vistazo a los principios de la ciencia material-realista que ha refutado. A lo largo de sus trescientos cincuenta años de historia, la ciencia convencional ha adoptado como dogma lo siguiente:

- Determinismo causal: el mundo es una máquina determinada que funciona como un reloj. Todo cambio, todo movimiento de un objeto está determinado por las condiciones iniciales de dicho objeto (posición y velocidad) y por las fuerzas materiales que actúan sobre él. René Descartes, que dividió la realidad en un mundo dual de mente y materia, anticipó el determinismo. Isaac Newton desarrolló la física subyacente. Pero fue el matemático francés Pierre Simon Laplace quien enunció el determinismo con claridad y por vez primera. Laplace escribió un libro sobre mecánica

celestial, quizá el primer libro de su índole que no mencionaba a Dios como agente causal. Provocó un escándalo enorme en la corte francesa. Incluso el emperador Napoleón se sintió intrigado y acabó convocando a Laplace para preguntarle: «¿Por qué no habéis mencionado a Dios en vuestro libro?». A lo que se supone que respondió Laplace: «No he tenido necesidad de esa hipótesis en particular».

- CONTINUIDAD: con el determinismo causal llegó la hipótesis de que todo movimiento, todo cambio, es continuo.
- LOCALIDAD: todas las causas (y sus efectos) son locales, entendiendo por ello que se propagan en el espacio a una velocidad finita y en una cantidad finita de tiempo. Es decir, la acción simultánea a distancia es imposible. Einstein descubrió que los objetos materiales obedecen a una velocidad límite, la velocidad de la luz, que se sitúa en torno a los trescientos mil kilómetros por segundo. Por lo tanto, Einstein podría ser considerado el padre de esta sentencia.
- FUERTE OBJETIVIDAD: el mundo material es independiente de la conciencia, es decir, de nosotros, los observadores. Esta idea tiene sus raíces en el pensamiento de Aristóteles.
- MONISMO MATERIAL Y REDUCCIONISMO: todo está hecho de materia (átomos o partículas elementales) y de sus correlatos (energía y campos de fuerza), y todo fenómeno posee un origen material al que puede ser reducido. Tan fuerte era la creencia del físico Richard Feynman en el monismo material que dijo que si todo se destruyese y nos permitieran conservar una sola idea de la civilización científica actual, esa idea sería la de que «todo está hecho de átomos».
- EPIFENOMENALISMO: todos los fenómenos subjetivos (de hecho, incluso la conciencia) son epifenómenos de materia. «Epi» significa secundario, por lo que el término

> «epifenómeno» hace referencia a los efectos secundarios de las interacciones materiales subyacentes, efectos que en sí mismos no tienen eficacia causal. El epifenomenalismo es un evidente y necesario apéndice del monismo material. Según este punto de vista, todas las causas se filtran hacia arriba, y en una jerarquía sencilla, a partir de las partículas elementales de la materia: las partículas elementales crean los átomos, los átomos crean moléculas, las moléculas crean células vivas, las células (neuronas) crean el cerebro. En cada uno de estos niveles entran en juego nuevos fenómenos (la vida a nivel celular y la conciencia a nivel cerebral), pero en realidad son epifenómenos, reducibles a las partículas elementales y sus interacciones. Toda causalidad es una causalidad ascendente.

Es importante saber que ninguna de estas doctrinas es definitivamente demostrable. ¿Cómo demostramos experimentalmente que todos los fenómenos son materiales? Por ejemplo, ¿cómo demostramos que los pensamientos son fenómenos materiales? Vale decir que no todos los fenómenos están estudiados. Algunas de estas doctrinas material-realistas, como la objetividad, el determinismo y el epifenomenalismo, van claramente en contra de nuestro sentido común: es innegable que tenemos experiencias subjetivas, es innegable que somos conscientes y es evidente que asumimos poseer libre albedrío. A los colegas científicos que promocionan el epifenomenalismo les digo: «¿Por qué os tomáis tan en serio si creéis ser un epifenómeno?».

Efectivamente, ¿por qué gente inteligente se toma tan en serio estas doctrinas? Hay incluso muchos físicos cuánticos atrapados en el pensamiento material-realista tratando de explicar en vano la radicalidad del mensaje cuántico. En cierto

sentido, el éxito de la ciencia y de su resultado, la tecnología, se han asociado a la validez de estas doctrinas. La ciencia moderna se desarrolló principalmente en Occidente, donde para poder estudiar la naturaleza, los primeros científicos tuvieron que sufrir, en el sentido más literal del término, la persecución de los dogmáticos religiosos. Pero ahora que la ciencia posee su autonomía, ¿por qué continuar con la batalla de dogmas cuando nuestro objetivo es la verdad, y no tratar de comprender cuál es el dogma correcto? Debemos abandonar la aceptación rutinaria de las doctrinas material-realistas porque, francamente, la mecánica cuántica ha demostrado que algunas de ellas son categóricamente erróneas y ha sembrado graves dudas sobre la validez de las demás. Iniciemos nuestra discusión sobre física cuántica examinando de qué manera niegan estos dogmas los principios experimentalmente establecidos de la nueva física.

Más allá de la continuidad: saltos cuánticos

La continuidad es, de hecho, un supuesto de la ciencia de sentido común y necesario. Mire su entorno y cierre luego los ojos durante un segundo. Cuando abra de nuevo los ojos, ¿cómo sabe usted que está viendo el mismo entorno (por mucho que su aspecto sea el mismo)? Lo sabe porque está aplicando el supuesto de continuidad.

Los científicos se vieron atraídos por el supuesto de continuidad porque, en general, los fenómenos del macromundo, incluso bajo el escrutinio científico, no violan ese supuesto. Además, el supuesto de continuidad nos permite estudiar la física matemáticamente, objetivamente y lógicamente.

Pero la física cuántica, desde su concepción, ha machacado brutalmente la doctrina de la continuidad. Max Planck, el físico alemán que descubrió el concepto del quantum a finales del siglo XIX, vio que la energía no se intercambia continuamente sino de pedacito finito en pedacito finito. Un quantum de energía, como él lo denominó, es la cantidad más pequeña de energía susceptible a ser intercambiada entre dos cuerpos.

El físico danés, Niels Bohr, desarrolló un modelo del átomo en el que el concepto del movimiento discontinuo quedó descrito de forma bastante gráfica, por desconcertante que pueda resultar la imagen. Un átomo está compuesto por electrones que se mueven alrededor de un núcleo atómico. Según la física de Newton y la doctrina de la continuidad, los electrones en rotación deben emitir luz continuamente, perdiendo con ello su energía y su órbita de forma gradual hasta caer finalmente en el interior del núcleo. De modo que un átomo «clásico», aquel que obedece al principio de continuidad, no es estable (lo que contrasta con nuestra experiencia). Niels Bohr se dio cuenta de que el átomo es estable porque los electrones no emiten luz continuamente, sino sólo cuando saltan de una órbita superior a otra inferior. Si se encuentran en la órbita inferior, no existe otra órbita inferior a la que saltar; de ahí la estabilidad del átomo.

¡Pero piense en lo que todo esto implica, en lo que al salto cuántico se refiere, para que la teoría funcione! Bohr tuvo que asumir que las órbitas son los únicos lugares donde pueden estar los electrones; no les está permitido situarse entre ellas. ¿Cómo hace entonces un electrón para saltar de una órbita a otra? Desaparece de una órbita para reaparecer en otra, sin viajar nunca a través del espacio que hay entre ellas. ¿Se imagina usted saltando del peldaño más alto de una escalera al

peldaño más bajo sin pasar por el espacio que hay entre ambos peldaños? Esta es la imagen que Bohr tiene del salto cuántico (Figura 1).

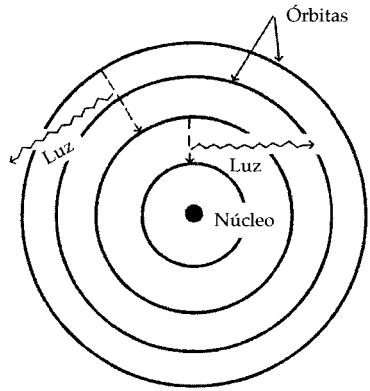


Figura 1. *Salto cuántico en el átomo de Bohr. Cuando un electrón salta entre órbitas, no pasa por el espacio intermedio.*

El descubrimiento de la mecánica cuántica, más de una década después de que Bohr desarrollase su teoría, reveló que la capacidad de salto cuántico del electrón tiene su origen en su naturaleza de onda; los electrones son ondas de posibilidad. Cuando el electrón atómico no es observado, y debido a su interacción con el campo electromagnético, el electrón se convierte en una superposición que está en dos (o más) órbitas a la vez... a pesar de la posibilidad. Cuando observamos el electrón, la posibilidad de que esté en dos (o más) lugares se convierte en la realidad de estar en un lugar momentáneamente... y simultáneamente se emite una luz cuántica. Este colapso de la onda de posibilidad del electrón con el electrón real que vemos tiene lugar de forma instantánea. Es discontinuo;

no existe colapso local a través del espacio a una velocidad finita y en un momento finito. La discontinuidad del salto cuántico sigue ahí.

Erwin Schrödinger fue el codescubridor de la nueva mecánica cuántica, en particular de la ecuación que obedecen las ondas de posibilidad cuánticas (más formalmente llamadas funciones de onda o superposiciones coherentes). Al tratar con ondas, que supuestamente son un fenómeno continuo, Schrödinger pensó inicialmente que había eliminado la discontinuidad de la física. Pero cuando visitó a Bohr en Copenhague, este le demostró lo contrario. Tan enfadado estaba con la innegable lógica de Bohr que espetó: «De haber sabido que estos saltos cuánticos discontinuos iban a estar ahí para siempre, nunca habría descubierto la mecánica cuántica».

Hace mucho tiempo, James Frank y Gustav Hertz proporcionaron la verificación experimental de que las energías atómicas existen como niveles de energía discontinuos, de que el electrón no está autorizado para adquirir energía entre estos valores discretos. La existencia de una discontinuidad espacial en el salto cuántico del electrón queda revelada de forma evidente en el fenómeno del túnel cuántico o de penetración de la barrera, que se observa en los transistores, por ejemplo: a saber, la capacidad del electrón de saltar por encima de una barrera que es energéticamente impenetrable (clásicamente hablando). El electrón cuántico posee esta capacidad porque desaparece en un lado de la barrera y reaparece en el otro, sin atravesar nunca esa barrera. (En consecuencia, el término «túnel» es poco apropiado para este fenómeno).

Uno hecho, nos faltan dos.

Más allá del determinismo: indeterminación, probabilidad y posibilidad

El físico Max Born fue el primero que interpretó los objetos cuánticos como ondas de posibilidad: el cuadrado de su amplitud de onda (el valor máximo de la disturbancia de onda) da la probabilidad de encontrar el objeto en una realidad concreta. Si medimos la onda de posibilidad del electrón (lo que técnicamente se denomina un paquete cuántico), encontramos unas veces el electrón aquí, otras veces allá. En el transcurso de un número elevado de experimentos, las probabilidades de encontrar el electrón en varias posiciones crea una distribución que adopta la conocida forma de una curva de campana (Figura 2a).

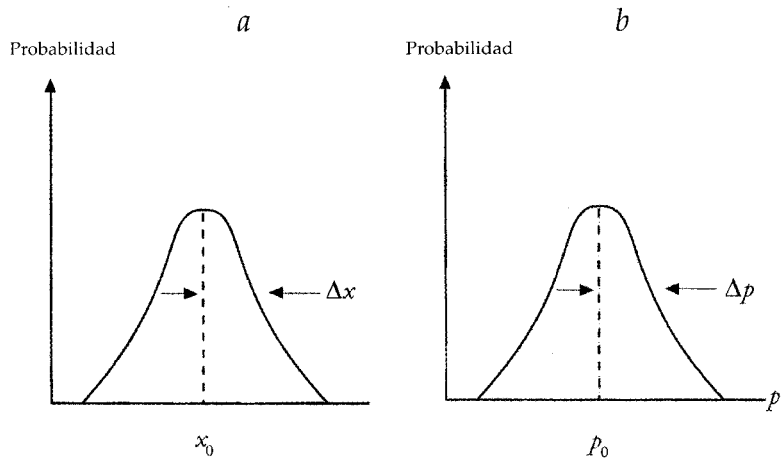


Figura 2. *(a) La distribución de probabilidad de la posición (Δx) de un electrón; (b) la distribución de probabilidad del momento (Δp) de un electrón.*

¿Qué significa que el comportamiento del electrón sea probabilístico, que podamos predecir sólo la probabilidad de que el electrón esté aquí o allá, pero no su posición definida? Si no podemos predecir las cosas de forma definitiva, ¿dónde está el determinismo? El determinismo está fuera de nuestra ventana. Werner Heisenberg, el otro codescubridor de la mecánica cuántica, explicó la indeterminación del mundo físico mediante el principio de la indeterminación: es imposible conocer con la máxima exactitud y de forma simultánea la posición y la velocidad de un objeto cuántico.

Las distribuciones en forma de campana nos ofrecen una visión cuantitativa del principio de la indeterminación. La Figura 2a ilustra la probabilidad de la posición del electrón. De modo similar, si trazamos la probabilidad para la velocidad o momento (que es la masa multiplicada por la velocidad), obtenemos otra curva en forma de campana (Figura 2b). Cada una de estas curvas en forma de campana define una anchura, un rango de desviación respecto a la media a partir del valor más probable (el valor máximo). Estas anchuras definen las indeterminaciones de la cantidad descritas por la distribución de probabilidad. La curva de campana de la posición proporciona la indeterminación de la posición; la curva de campana del momento define la indeterminación del momento.

Podemos ahora afirmar cuantitativamente la relación de indeterminación de Heisenberg: el producto de las indeterminaciones de posición y de momento es mayor o igual a una constante de naturaleza universal, designada como «h». Esta constante fue descubierta por Max Planck, quien la denominó «el cuanto de acción». Esta ley cuantitativa ha sido verificada mediante numerosos experimentos.

¿Por qué es importante el principio de la indeterminación? Porque revela que no podemos determinar con la máxima exactitud y de forma simultánea la posición y el momento (velocidad); por lo tanto, nunca podremos determinar los tan codiciados valores iniciales del determinismo newtoniano: la posición inicial y la velocidad inicial. Y sin valores iniciales exactos, resulta imposible predecir las trayectorias de objetos en movimiento, aun conociendo exactamente las fuerzas causales (aunque las leyes newtonianas sigan siendo ciertas). Por lo tanto, igual que le sucede a Humpty Dumpty,* una vez el determinismo inicia esta gran caída, ya no hay esfuerzo posible que logre recuperarlo de nuevo... la indeterminación prevalece.

Un comentario sobre la constante *h* de Planck: El principio de indeterminación deja claro que *h* fija una escala de la naturaleza, una escala en la que los efectos cuánticos suelen ser grandes. Sucede entonces que *h* suele ser una cantidad pequeña, camuflando así los efectos cuánticos (la indeterminación y la naturaleza de la onda de posibilidad) de los objetos grandes. La onda de posibilidad de un objeto grande se extiende entre dimensiones, pero se extiende muy lentamente, tan lentamente que sólo es apreciable en escalas de tiempo comparables con la edad de nuestro universo (quince mil millones de años).

No nos confundamos, sin embargo: incluso los objetos grandes son ondas de posibilidad cuánticas. Se extienden. Recientemente, y gracias a la exactitud de medición que la tecnología láser posibilita hoy en día, se descubrió que un aparato de una tonelada se extendía en un breve periodo de tiempo cien mil trillonésimas partes de un centímetro.

* Personaje en forma de huevo con piernas, protagonista de un cuento infantil del siglo XVII, que cae por una pared y nunca consigue reconstruirse de nuevo. (N. de la T.)

Dos fuera.

Si las fuerzas materiales y las causas materiales no determinan completamente el futuro, la creatividad y el libre albedrío tienen cabida en el mundo. Pero asumir que los objetos cuánticos tienen libre albedrío o son creativos en algún sentido sería llegar a una conclusión chapucera. La realidad es que el comportamiento de los objetos cuánticos es un comportamiento determinado (determinado por la ecuación matemática de Schrödinger); pero lo que está determinado no son las trayectorias, tal y como Newton y Laplace pensaban, sino las posibilidades y las probabilidades. Esto nos permite aun el determinismo estadístico necesario para la predicción y el control de grandes cantidades de objetos, es decir, el principal foco de atención de la física convencional. (Plantéese, por ejemplo, que un objeto grande del tamaño de un dedal contiene 10^{23} moléculas de agua). La creatividad entra en escena en el caso de la medida cuántica única, el colapso de un único suceso. Cuando la conciencia genera el colapso entre realidad y posibilidad, hay cabida para el libre albedrío, para la creatividad y para el propósito divino.

Más allá de la localidad: no localidad cuántica y trascendencia

¿Por qué es tan importante para la ciencia el supuesto de localidad? Imagínese que se encuentra delante de una fuente de agua y que el agua empieza a manar de pronto y le salpica. Tal vez se deba a una turbulencia en el flujo del agua, o tal vez a una pequeña ráfaga de viento. La situación podría estudiarse e incluso escribir un documento sobre la teoría del caos aplicada en la práctica. ¡Pero supongamos que alguien que ha tosido

en Nueva York ha provocado que el agua se moviese en Seattle! ¿Sería posible hacer ciencia bajo estas circunstancias?

Espero que su respuesta sea no. La ciencia acogió calurosamente la confirmación del supuesto de localidad que Einstein realizó a partir de su teoría de la relatividad. Esta teoría estableció la velocidad de la luz como el límite de velocidad de los objetos materiales: ninguna influencia en el espacio y el tiempo viaja más rápido que la velocidad de la luz. De modo que se asume que todas las influencias son locales, que precisan una cantidad de tiempo determinada para viajar por una cantidad determinada de espacio. Este supuesto nos permite realizar el seguimiento de las influencias que son importantes en una situación determinada.

Pero la mecánica cuántica viola la doctrina de la localidad. En la mecánica cuántica, el colapso discontinuo de una onda de posibilidad en extensión es instantáneo y, por lo tanto, no local. Al principio, todo eso parecía ser simple teoría. ¿Cómo es posible verificar experimentalmente que un objeto se extiende en amplias distancias en posibilidad pero colapsa en un punto de realidad instantáneamente en cuanto lo medimos? Gracias al trabajo de los físicos David Bohm y John Bell es posible pensar en sistemas cuánticos correlacionados no localmente. Parte de estos sistemas pueden moverse en la posibilidad y alejarse mucho los unos de los otros y aun así, cuando colapsamos una parte midiéndola, la otra parte colapsa instantáneamente en un estado que expone su correlación no local secreta (Bohm, 1951; Bell, 1965). Por ejemplo, piense en dos electrones correlacionados que empiezan juntos pero que posteriormente se mueven en direcciones opuestas. Cuando uno es colapsado en un estado con un indicador que señala hacia «arriba», el otro siempre se descubre colapsado

en un estado con el mismo indicador señalando hacia «abajo». Claramente, los electrones correlacionados bailan al mismo ritmo, de forma instantánea y sin señales locales.

¡Tres fuera y se acabaron los materialistas!

No es necesario ver este colapso no local como una violación de la teoría de la relatividad de Einstein. Las ondas de posibilidad residen en una fuerza trascendente, en un dominio que trasciende el espacio y el tiempo. La influencia no local es una influencia trascendente; influye la realidad manifiesta pero no implica señales en el espacio-tiempo. Una influencia no local opera desde fuera del espacio-tiempo pero tiene influencia dentro del espacio-tiempo. En relación al mundo trascendente, uno de los Upanishads afirma: «Está dentro de todo esto; está fuera de todo esto». ¿Es posible? Sí, es posible cuando entendemos lo trascendente como no local en términos de mecánica cuántica.

El físico Alain Aspect y sus colaboradores, que verificaron experimentalmente la correlación no local entre objetos cuánticos (Aspect y otros, 1982), fueron los primeros que llevaron a cabo lo que hoy aclamamos como metafísica experimental. No sólo demostraron la no localidad, sino que además confirmaron la existencia de un dominio trascendente de realidad más allá del dominio material del espacio-tiempo. Esto se sitúa en contradicción directa con el supuesto del mundo material del realismo material y apoya directamente el concepto de trascendencia presente en todas las tradiciones espirituales.

Objetividad, materialismo y epifenomenalismo

Por lo tanto, gracias a la física cuántica, tenemos prueba experimental directa de que la continuidad, el determinismo

y la localidad no se sustentan. En lo que a la negación de los demás principios del realismo material se refiere (objetividad, monismo material y epifenomenalismo), la mecánica cuántica es tremendamente sugerente, pero no definitiva (todavía). Esta es, en parte, la razón por la cual el realismo material sigue siendo un «ismo» válido en la mente de algunos.

¿Es el mundo independiente de nosotros? ¿O lo que vemos depende de cierta manera crucial de nosotros, de nuestras decisiones? El físico Niels Bohr nos ayudó a ver que jugamos un papel crucial en cuanto a dar forma a la realidad.

Los objetos cuánticos son ondas trascendentes en potencia, pero cuando las observamos colapsan en partículas localizadas. ¿Cómo podemos determinar experimentalmente su naturaleza de ondas trascendentes? Fácil, dijo Bohr. Mirémoslos a través de un aparato que mida las ondas, un aparato que se centre en sus propiedades como ondas. Una onda puede estar en dos lugares al mismo tiempo. De modo que si dejamos pasar electrones a través de una pantalla con dos pequeñas ranuras, pasaran a través de ambas ranuras como ondas de posibilidad, creando dos ondas posibles (Figura 3a). Las dos ondas se recombinarán e interferirán. Al detectar las ondas en una pantalla fluorescente situada detrás de la pantalla con las dos ranuras, veremos el efecto de esta división e interferencia. Las dos ondas procedentes de las dos ranuras llegarán a algunos lugares de la pantalla fluorescente en una fase idéntica; será en esos lugares donde se aumentarán mutuamente (Figura 3b), incrementando la probabilidad de que los electrones se manifiesten allí. Entre estas franjas iluminadas, habrá lugares en los que las dos ondas llegarán desfasadas y se cancelarán mutuamente (Figura 3c), produciendo una probabilidad cero y franjas oscuras. Este modelo de franjas alternativas iluminadas y oscuras

recibe el nombre de modelo de interferencia (Figura 3d), y su presencia garantiza que estamos viendo un fenómeno de onda. Porque si los electrones fuesen partículas, como bolitas, llegarían tan sólo detrás de las dos ranuras.

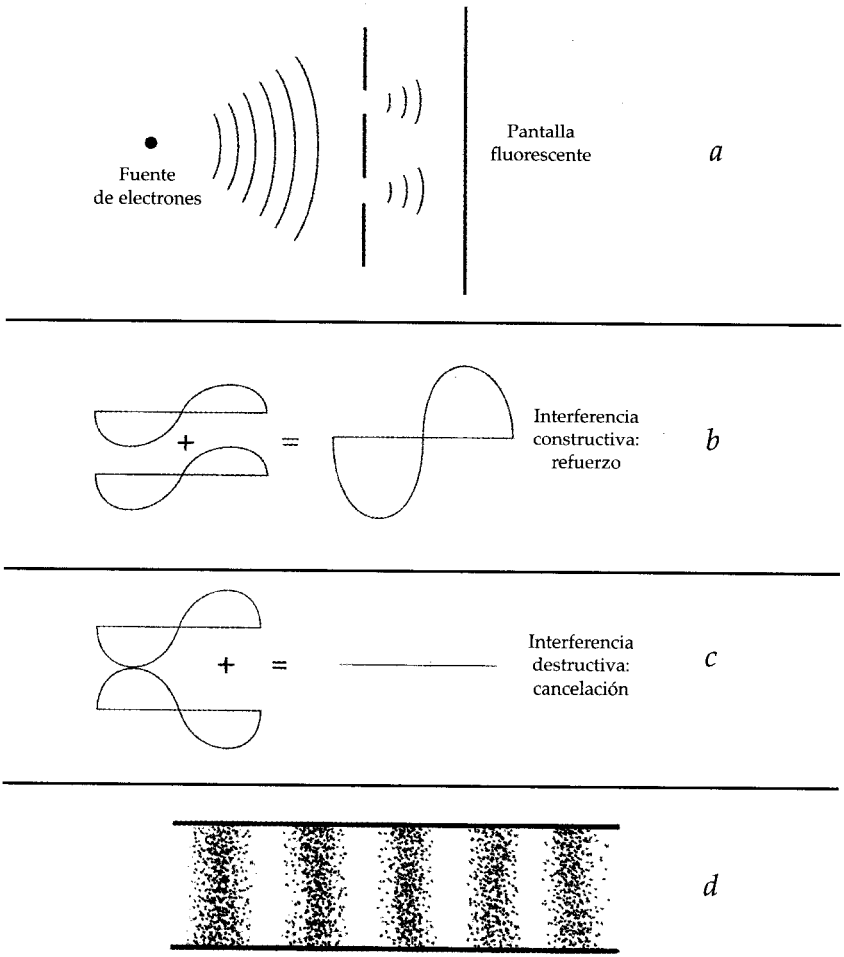


Figura 3. *(a) El experimento de la doble ranura; (b) las ondas de electrones en fase interfieren constructivamente; (c) las ondas desfasadas se cancelan mutuamente; (d) el modelo de interferencia de la doble ranura.*

A destacar, no obstante, la sutileza. Las ondas electrón son ondas de posibilidad y de probabilidad. Un único electrón siempre se manifiesta localizado en un lugar, en forma de partícula; pero al observar un gran número de electrones creando un modelo de interferencia llegamos a la conclusión de que cada electrón es una onda, de que cada uno de ellos es capaz de pasar a través de ambas ranuras e interferir consigo mismo.

Y se preguntará: A lo mejor los electrones pasan a través de una ranura y al llegar al extremo son desviados de modo que caen ocasionalmente en lugares extraños de la pantalla fluorescente, dando lugar a una interferencia sólo aparente. ¿Pasan a través de una sola ranura? Podríamos comprobarlo. ¿Pero sabe qué? Cuando intentamos ver por qué ranura pasa en realidad un electrón, nuestro intento de verlo colapsa con el electrón como una partícula en una de las ranuras, y aparece justo donde lo esperamos; detrás de esa ranura y en ningún sitio más (Figura 3e).

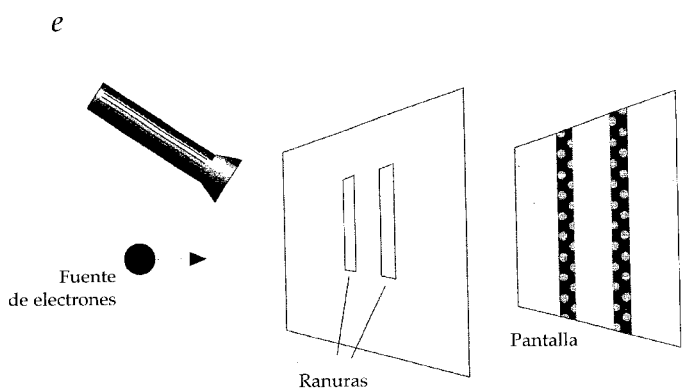


Figura 3. *(e) Cuando intentamos ver por qué ranura pasa el electrón, el modelo de interferencia de onda desaparece.*

El modelo de interferencia desaparece. Niels Bohr explica que en este caso estamos observando los electrones con un «aparato para medir partículas». Con nuestra intención de localizar el camino del electrón, acabamos convirtiéndolo en una partícula.

¡Mira por dónde! La naturaleza de onda y la naturaleza de partícula de los objetos cuánticos son complementarias; la naturaleza de onda es trascendente y la naturaleza de partícula es inmanente. Son también complementarias en sentido experimental: con un experimento dado, podemos medir o la naturaleza de onda o la naturaleza de partícula.

Los budistas Zen dramatizan la naturaleza fundamentalmente complementaria de la realidad. «¿Tiene un perro la naturaleza de Buda?». A veces, un maestro Zen respondería que sí; y otras, ese mismo maestro Zen negaría con la cabeza y diría no.

«¿Es el electrón una onda?». «Sí», dice Bohr, «si lo observas a través de un aparato para medir ondas». «¿Es el electrón una onda?». «No», dice Bohr, «si lo observas a través de un aparato para medir partículas».

¿Tiene el perro la naturaleza de Buda? Los maestros Zen más astutos responden diciendo «mu», ni sí ni no. Depende de cómo se mire. Elegimos la realidad según cómo la miremos. ¿Es la realidad independiente de cómo la miremos? ¿Cómo es posible? Elegimos cómo se revelará el electrón decidiendo qué experimento vamos a realizar. ¿Es la naturaleza del electrón independiente de nosotros, tal y como exige la doctrina de la objetividad? No. La cuestión no es tan sencilla.

Este no es el único contexto donde la conciencia elige la realidad. Al pasar por el experimento de la doble ranura, el electrón presenta una elevada probabilidad de llegar a cualquiera de las franjas iluminadas. A lo largo de un gran número

de sucesos, todas las posiciones de las franjas brillantes se llenarán con los electrones que vayan llegando. ¿Pero a qué franja llega un electrón determinado en una medida cuántica particular? El matemático John von Neumann decía que esta pregunta tenía sólo una respuesta sensata: la conciencia decide, nosotros decidimos, dónde se manifestará un electrón en un suceso en concreto (Von Neumann, 1955).

¿Dónde está la objetividad (fuerte) en la física, si tan esencial es la conciencia para determinar cómo se manifiesta la realidad? Y si la conciencia tiene el poder causal de decidir la realidad material, ¿podría ser un epifenómeno de materia? Piense una vez más en la simple imagen jerárquica de conciencia que nos ofrecen los materialistas: las partículas elementales crean átomos, los átomos crean moléculas, las moléculas crean células, las células crean el cerebro, el cerebro crea la conciencia... causalidad ascendente en todos los casos. El problema de esta imagen es que todos los niveles de jerarquía, desde las partículas elementales hasta el cerebro, siguen siendo ondas de posibilidad según la mecánica cuántica. La causalidad ascendente solamente puede producir posibilidad. La conciencia es imprescindible para colapsar la posibilidad en realidad a través de lo que, debe admitirse, es una causalidad descendente. La conciencia no puede hacerlo si es material, si está compuesta por posibilidad cuántica. De modo que no sólo se pone en duda la objetividad; sino que si la conciencia es no material, también se pone en duda el monismo material, porque entonces todas las cosas quedan fuera del reino de la materia. Y si la conciencia no es un producto del cerebro, el epifenomenalismo es dudoso.

Capítulo 3

¿Somos los creadores de nuestra propia realidad?

¿Cuál es la naturaleza de la conciencia si es capaz de resolver la paradoja de la medida cuántica, el problema de quién o qué colapsa la onda de posibilidad cuántica para hacerla realidad? Como hemos visto, posicionar la conciencia como el agente causal del colapso es una paradoja del realismo material porque, según esa filosofía, la conciencia en sí es un epifenómeno del cerebro material. ¡Un epifenómeno de materia no puede ser la causa de que una posibilidad material se convierta en una realidad!

A finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, esta paradoja de la medida cuántica y la pregunta asociada a ella sobre la naturaleza de la conciencia, ocuparon la mayoría de mi tiempo. El matemático John von Neumann había sugerido que la conciencia podía ser el elemento colapsador y a principios de la década de 1960, el físico laureado con el Nobel, Eugen Wigner, apoyaba esa idea (Von Neumann, 1955; Wigner, 1962; véase también London y Bauer, 1983). Pero tanto Von Neumann como Wigner consideraban la conciencia como parte de la mente, en cuyo caso el colapso de la conciencia sobre la función de la onda cuántica evoca el concepto de mente sobre materia, el mundo de la mente actuando sobre el mundo de la materia. Y este concepto nos lleva a caer en la

trampa del dualismo: ¿qué es lo que arbitra la interacción entre ambos mundos?, ¿y qué le sucede a la ley de la conservación de la energía si se produce esa interacción?

Debido a mi ascendencia india (estudié los Upanishads con mi padre a muy temprana edad), conocía los dogmas de la filosofía hinduista, según los cuales tanto la materia como la mente están incluidas dentro del Brahmán, la omnipresente base de la existencia consciente. Y yo estaba convencido de que era un concepto equivocado. El origen de mis convicciones se encontraba en la aseveración del físico Richard Feynman, expresada en *The Feynman Lectures in Physics*, de que todo (incluyendo la mente y la conciencia) está hecho de átomos. De un modo u otro, la mente y la conciencia tienen que ser epifenómenos emergentes del cerebro material, de los átomos que constituyen el cerebro y, a la postre, de las partículas elementales. Igual que muchos otros físicos y científicos, creía firmemente en esto. El Brahmán, una base de la existencia distinta a la materia, no tenía cabida dentro de mi filosofía de físico.

Una conciencia epifenómeno no posee eficacia causal para colapsar funciones de onda. Pero aun así, me resultaba imposible abandonar la idea de que la conciencia colapsa la función de onda cuántica. Sabía, por algún motivo, que aquello era algo de crucial importancia. Me quedé bloqueado en esta situación de punto muerto durante un tiempo. Mientras, seguí investigando directamente la naturaleza de la conciencia, meditando y codeándome con la mística. Y esta aventura desembocó finalmente en un logro.

Acompañé a mi amigo místico, Joel Morwood, a Ojai, California, donde asistimos a una conferencia ofrecida por el famoso maestro espiritual Krishnamurti. Finalizada la

conferencia, Joel y yo entablamos una acalorada discusión sobre mis problemas con la medida cuántica. Yo le dije:

—Creo que comprendo mi conciencia, pero...

Joel me interrumpió.

—¿Es posible comprender la conciencia?

—Por supuesto que sí —dije yo, con toda mi arrogancia de físico—. Ya te he explicado que nuestra observación consciente, la conciencia, colapsa la onda cuántica... —Iba a contarle que sabía que esa era la clave que daba acceso a la comprensión de la conciencia cuando Joel volvió a interrumpirme.

—Entonces, ¿precede el observador a la conciencia, o la conciencia precede el cerebro?

Entendí enseguida la trampa que me tendía Joel.

—Me refiero a la conciencia como sujeto de experiencias.

—La conciencia precede las experiencias. Tanto sin objeto como sin sujeto —dijo Joel.

—Claro, tú hablas con un lenguaje de misticismo anticuado, pero según mi lenguaje estás hablando de un aspecto de conciencia no local.

Pero Joel no se dejó intimidar por mi jerga cuántica.

—Tus anteojos científicos te impiden comprender. En el fondo, crees que la ciencia puede comprender la conciencia, que la conciencia surge del cerebro, que es un epifenómeno. Comprende lo que los místicos te dicen. La conciencia es lo primero y no está condicionada. Es todo lo que existe. No existe nada sino Dios.

Esa última frase provocó un vuelco en mi manera de pensar. De pronto me di cuenta de que la conciencia *es* la base de toda existencia, de lo que los rishis o visionarios de los Upanishads había llamado Brahmán. Si la conciencia es la base de toda existencia, entonces la materia existe como posibilidad

dentro de la conciencia. Y la conciencia elige entre las posibilidades disponibles reconociendo una posibilidad en particular para un suceso en particular.

Cuando miramos una imagen Gestalt de doble significado, como el famoso dibujo de la copa que también puede verse como dos caras de perfil (Figura 4), vemos solamente un aspecto del dibujo. Y cuando vemos el otro aspecto, no es porque hayamos alterado las líneas del dibujo. La posibilidad está ahí, y simplemente estamos reconociéndola.

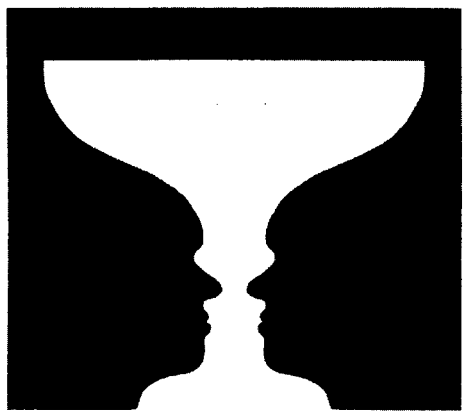


Figura 4. *El cáliz reversible, presentado por Edgar Rubin en 1925, sigue siendo una de las formas favoritas de demostrar la inversión entre figura y fondo. Puede verse un cáliz o dos siluetas de caras de perfil.*

Para evitar el dualismo tenemos que dar la vuelta a la metafísica materialista. La materia no es la base de la existencia, como afirmaba Feynman. Ni tampoco es el único origen de la causalidad. Evidentemente, las interacciones materiales que se producen entre las partículas elementales determinan

todas las posibilidades materiales y sus probabilidades bajo una situación dinámica concreta calculable mediante mecánica cuántica: causalidad ascendente y cambio continuo. Pero tenemos además la causalidad descendente, que se produce cuando la conciencia colapsa la onda de posibilidad en un suceso real. Se trata, entonces, de un cambio discontinuo.

Nuestra mirada cambia las cosas. El artista René Magritte vio un bonito pastel en el escaparate de una tienda y entró a comprarlo. Cuando el dependiente retiró el pastel del escaparate, le dijo Magritte:

—No quiero ese pastel; deme el que tiene en la trastienda idéntico a este —exigió. El dependiente se quedó sorprendido.

—Son todos de la misma hornada de esta mañana —dijo protestando.

—Usted no lo entiende —dijo Magritte—. El que está expuesto en el escaparate lo ha estado mirando todo el mundo.

Mi intuición de que la medida cuántica es la clave para comprender la conciencia era acertada. Pero esta comprensión exige saltos creativos discontinuos que desafían la sabiduría convencional. Dar estos saltos se convirtió en mi siguiente preocupación.

Somos Eso: la referencia de nosotros mismos

Las superposiciones cuánticas de posibilidades (paquetes de ondas de posibilidad relacionados por fases) se producen dentro de la conciencia. Cuando la conciencia reconoce una posibilidad en concreto, la elige; la posibilidad reconocida se convierte así en realidad. Pero esa realidad se revela dentro de una experiencia, y la experiencia introduce una división

implícita de sujeto y objeto, es decir, una dualidad. ¿Cómo surge esta dualidad? ¿Estamos de vuelta de nuevo al dualismo? Para evitar el dualismo, debemos responder a la siguiente pregunta: ¿De qué modo la conciencia indivisa, con todas sus posibilidades, se divide en sujeto experimentador y objeto experimentado?

Los rishis de los Upanishads eran verdaderamente estupendos tanto en su entendimiento de la verdad, como en su expresión de la misma. Entre las grandes frases de los Upanishads, la más grande, la más misteriosa, es la afirmación «Tú eres Eso» (tat tvam asi).

Si somos Eso (lo ilimitado), ¿por qué nos sentimos entonces tan limitados? Si somos Eso, el todo completo, ¿por qué nos sentimos entonces separados de los objetos de nuestra experiencia? ¿Cómo se convierte el todo en muchos? Tal y como el filosofo místico Shankara destacó, la respuesta de Vedanta, el idealismo monista basado en los Upanishads, el todo se divide a través de la acción de Maya, la fuerza de la ilusión. Lo que hace que lo ilimitado se experimente a sí mismo como limitado, como separado, es un malentendido. ¿Pero cómo funciona Maya, cómo surge el malentendido? En este caso, la respuesta de los Upanishads, de Shankara y de todo el mundo, no es otra que el silencio.

¿Podría la solución de la paradoja de la medida cuántica, a través de las ideas de los Upanishads sobre la conciencia, resolver un rompecabezas que dejó desconcertado incluso a Shankara?

Observemos el problema desde la perspectiva de los filósofos idealistas occidentales. George Berkeley causó estragos entre los realistas de su época al proponer los principios del idealismo, la visión de que lo que es real son las ideas. Rebatir

el idealismo es imposible, pues toda la información sobre los objetos materiales la obtenemos a través de las sensaciones y de las ideas que nos hacemos sobre ellos. Pero después de mucho reflexionar, los realistas le formularon a Berkeley la siguiente pregunta: si un árbol cae en un bosque y no hay nadie allí para oírlo, ¿se produce un sonido? Berkeley se quedó confuso. Pero después de darle unas cuantas vueltas a la pregunta, encontró una solución: ¡Dios sigue estando en el bosque! El sonido está allí gracias a la mente de Dios.

Esto, naturalmente, es dualismo. Y así es cómo Occidente ha considerado tradicionalmente la conciencia. La mente de Dios es distinta a nuestra mente; Dios es distinto a nosotros. Si Berkeley tenía razón, entonces la mecánica cuántica y su maravillosa tecnología basada en la propagación de las ondas de posibilidad no sería cierta, porque «Dios está siempre en el cuadrado». Cuando surgiesen las posibilidades y empezaran a propagarse, Dios observaría y las colapsaría para hacerlas realidad. El mundo material quedaría reducido a un mundo newtoniano determinista.

Pero la mecánica cuántica es cierta y su desviación respecto al determinismo es grande. ¿Por qué? El colapso de la función de onda cuántica exige un ser personificado y sensible (un ser humano, por ejemplo). La conciencia colapsa la función de onda cuántica eligiendo la realidad de entre una superposición de posibilidades, pero sólo en presencia de la percepción del cerebro-mente. En este contexto, considérese la percepción como el terreno experimental.

Es decir, debemos distinguir entre conciencia (Dios, la base de la existencia, el todo) y percepción (como división entre sujeto y objeto, implicando la presencia de un ser individual sensible). Cuando las ondas de posibilidad pasan por

el cerebro sin colapsar, tenemos presencia de conciencia (es la base de la existencia, ¿adónde iría si no?), pero no de percepción. Esta condición es lo que en psicología, siguiendo a Freud, recibe el nombre de inconsciente... un interesante y poco apropiado nombre. El colapso sólo se produce con percepción.

Pero esto presenta una paradoja: para que se produzca colapso es necesaria la percepción, decimos, pero la percepción implica una división entre sujeto y objeto. ¿Cómo surge esa división (en sí misma, una manifestación de percepción) sin un colapso previo?

La respuesta es que la división se produce a través de un surgimiento interdependiente. El sujeto (llamémoslo el ser cuántico) que elige y causa el colapso surge dependientemente de los objetos de percepción. De modo que aunque se trata sólo de una división aparente, no existe un dualismo definitivo. La conciencia ilimitada de la que surgen tanto sujeto como objeto se identifica con el «polo» sujeto de la dualidad de la experiencia, que se confunde a sí misma al considerarse separada del objeto de experiencia. Esta identidad confusa es la responsable del mundo sujeto-objeto de nuestra experiencia. La experiencia en sí no podría existir sin esta «confusión».

De modo que Shankara tenía razón en cuanto al mundo separado que surge a partir de una equivocación, de Maya. Y la filosofía budista, que postula el surgimiento interdependiente, paticca samuppada, es todavía más clara sobre el origen de la referencia que tenemos de nosotros mismos, de nuestra capacidad de vernos como algo separado de los objetos que vemos. ¿Pero cómo sucede esta aparición interdependiente? Algunos trabajos recientes sobre la teoría de la inteligencia artificial y las paradojas lógicas del lenguaje,

más concretamente, sobre las frases autorreferentes, nos proporcionan una pista (Hofstader, 1980).

Piense en la frase «Soy un mentiroso». Reflexionando un poco sobre la misma queda claro que la frase habla sobre sí misma. En una frase normal, el predicado define el sujeto. Pero en esta frase, el sujeto redefine el predicado, el predicado redefine el sujeto, y así sucesivamente: Si soy un auténtico mentiroso, entonces estoy diciendo la verdad, en cuyo caso soy un mentiroso, y así sucesivamente, *ad infinitum*. La jerarquía oscila indefinidamente del uno al otro. Es lo que se conoce como una jerarquía enmarañada. En cuanto entramos en una oscilación jerárquica enmarañada, no podemos salir de ella. Se trata de una frase autorreferente, única entre las frases del discurso.

¿Cómo se producen en el cerebro la autorreferencia y el surgimiento interdependiente? Por medio de la jerarquía enmarañada que allí tiene lugar. Von Neumann vio en el problema de la medida cuántica una cadena infinita. Podemos intentar medir una onda de posibilidad cuántica con un aparato de medición. Pero el aparato de medición es, en sí mismo, un objeto cuántico; él, también, se convierte en una onda de posibilidad. Podemos imaginar un número infinito de aparatos, cada uno de ellos «midiendo» a su predecesor en la cadena, y convirtiéndose todos ellos en una confusión de posibilidad cuántica incapaz de colapsarse de sí misma. La cadena de Von Neumann es infinita e, igual que la frase del mentiroso que oscila infinitamente, representa una jerarquía enmarañada. El cerebro consigue simular la infinidad de la cadena de Von Neumann para las medidas cuánticas que hay en su interior, y la referencia que tenemos de nosotros mismos surge a partir de estas medidas cuánticas con

jerarquía enmarañada. En el Capítulo 7 explicaré el proceso con más detalle (véase también Goswami, 1993).

¿Podemos evitar la separación autorreferente de la totalidad de la conciencia una vez nos hemos identificado con el sujeto «polo» de una experiencia? ¿Podemos solucionar la paradoja del mentiroso y escapar de la frase autorreferente? La autorreferencia no es real; es meramente una aparición que nos desconcierta únicamente mientras decidamos seguir adelante con la aparición. Cuando un vendedor puerta a puerta se presenta en su casa con un discurso imposible de contradecir («Tengo un producto excelente para usted, ¿al contado o con tarjeta?»), usted sabe que puede cerrarle la puerta en las narices (Oshins y McGoveran, 1980). De modo similar, podemos escapar de la situación en cualquier momento saliéndonos del sistema de la frase.

Y también de un modo similar, la división entre sujeto y objeto es sólo apariencia, el resultado de Maya, un epifenómeno; toda la fuerza causal del ser cuántico reside en la conciencia. Si no identificamos el sujeto de la división entre sujeto y objeto, podremos escapar de Maya. Esta conciencia es lo que la espiritualidad hindú denomina turiya, la conciencia en su mismidad. No existe una palabra que pueda traducir exactamente el concepto, aunque «*gnosis*» se le acercaría. El místico norteamericano, Franklin Merrell-Wolff ha acuñado el término «introcepción» para designar la conciencia sin un objeto (y, por lo tanto, sin un sujeto).

Más allá de la oscuridad de la ignorancia y de toda posible confusión producida por el error, se encuentra la luz brillante de la conciencia. En turiya, existe la sabiduría de la conciencia pura (jnanam, en sánscrito). Esta sabiduría es también la verdad absoluta (satyam, en sánscrito) y es infinita (anantam, en

sánscrito). Los místicos de todo el mundo son testigos de la misma verdad (véase también el Capítulo 7).

La conciencia es única

Si resulta que la medida, o colapso, está provocada por la elección del observador, surge la siguiente pregunta: en el caso de dos medidas simultáneas realizadas por dos observadores distintos, ¿qué elección se impone? Supongamos que un semáforo cambia de color por medio de un dispositivo cuántico; por ejemplo, por la descomposición de un átomo radiactivo. Usted y un amigo se acercan al semáforo procedentes de dos direcciones distintas y, siendo como son personas muy ocupadas, ambos eligen el verde. ¿Cuál de las dos elecciones prevalece?

Esta paradoja recibe el nombre de paradoja del amigo de Wigner, pues fue reconocida por el ganador de un Premio Nobel, Eugene Wigner. Wigner formuló la paradoja de una forma algo distinta. Supongamos que Wigner formula un experimento cuántico con resultado ambiguo, pero que en lugar de observar él mismo el resultado, envía a un amigo a hacerlo. ¿Colapsará la onda de posibilidad del experimento cuántico cuando el amigo mire? ¿O se quedará el amigo de Wigner en una animación diferida hasta que Wigner le pregunte por el resultado? Es decir, ¿quién acaba eligiendo, Wigner o su amigo (Wigner, 1967)?

En el caso de mediciones simultáneas, no podemos decir que ambos observadores acaben eligiendo pues esto, evidentemente, provocaría un pandemónium. ¿Qué criterio podría, entonces, ayudarnos a descubrir cuál de los dos observadores

es el que elige? En la filosofía conocida como solipsismo, yo soy el único observador consciente y todos los demás son fruto de mi imaginación, pues yo los veo sólo a través de imágenes interiores que únicamente yo puedo ver. Si el mundo fuese solipsista, yo o usted o cualquier otro experimentador sería el único observador legítimo, y la paradoja del amigo de Wigner no tendría cabida. Es decir, el amigo de Wigner no sería consciente y su elección carecería de valor. De modo que, a menos que nos decantemos por elegir el solipsismo como criterio, la paradoja existe. ¿Y quién se decantaría por el solipsismo, aun teniendo en cuenta que el solipsismo no puede ser rechazado por la filosofía occidental convencional?

Hay, no obstante, otra manera de resolver la paradoja del amigo de Wigner. Supongamos que el consciente que reconoce, elige y colapsa la onda de posibilidad cuántica es unitivo, que detrás de nuestra aparente individualidad e independencia existe una unidad trascendente que es la conciencia. El físico australiano Ludwig Bass, el físico de Rutgers Casey Blood (Bass, 1971; Blood, 1993) y yo mismo, propusimos independientemente esta resolución idealista monista.

La paradoja del amigo de Wigner surge debido a un gigantesco malentendido sobre la conciencia. Wigner supone que la conciencia es individual, que la conciencia es algo que poseemos, que poseemos una conciencia igual que poseemos un cerebro. Pero lo que sucede, en cambio, es que la conciencia nos posee a nosotros.

Somos entidades con cerebros en los que tiene lugar la medida cuántica autorreferente, lo que construye los recuerdos. Cuando nos tropezamos con un determinado estímulo por vez primera, no existe un recuerdo previo del mismo; la conciencia elige libremente entre las distintas posibilidades

cuánticas disponibles permitidas por la dinámica cuántica del cerebro. Es lo que yo denomino percepción primaria. Los actos posteriores de medida cuántica de estímulos similares quedarán reflejados en el espejo de los recuerdos previos, de las elecciones previas. Visitar de nuevo un recuerdo sirve para reforzarlo, y el resultado de un refuerzo repetido es el condicionamiento.

El recuerdo produce un estímulo interno, el cerebro responde a él con una superposición cuántica de posibilidades, y la conciencia colapsa una de las posibilidades para hacerla realidad, dándonos una experiencia de percepción secundaria. A destacar que ahora, la elección de posibilidades no es libre sino que está condicionada por la respuesta previa (Mitchell y Goswami, 1992). La probabilidad matemática de las ondas de posibilidad de sistemas cuánticos condicionados queda modificada de esta manera, una modificación que yo denomino memoria cuántica. Este condicionamiento es lo que produce la confluencia de tendencias concreta que conforma nuestra identidad personal... eso y la historia personal que acompaña nuestros recuerdos. La conciencia, al colapsar un resultado condicionado, se identifica con las costumbres condicionadas y con la historia para producir una falsa impresión de individualidad.

De modo que los místicos y los maestros espirituales siempre han llevado la razón. Elegimos, pero no en nuestro estado ordinario de ego consciente; elegimos en el estado no ordinario de una conciencia única. Esto es lo que las tradiciones espirituales quieren decir cuando afirman que todo es voluntad de Dios, no voluntad individual. Sin embargo, esto no significa que cuando Dios se identifica con un individuo, lo que denominamos el ego, a Dios no le quede libre albedrío (véase más adelante en este mismo capítulo).

La historia de dos personalidades: unidad e independencia

En uno de los Upanishads encontramos una exquisita metáfora sobre nuestra naturaleza de dos personalidades. Dos pájaros, siempre unidos y conocidos por el mismo nombre, se posan en el mismo árbol el uno junto al otro. Uno de ellos come los frutos dulces y amargos; el otro lo mira sin comer (Nikhilananda, 1964). El que come los frutos dulces y amargos del mundo es el ego personal; se experimenta a sí mismo como una entidad separada del mundo y está sostenido por esta independencia. El que mira es el atman universal, la unidad que hay dentro de nosotros, la personalidad cuántica, según nuestra terminología. Nos identificamos, en primer lugar, con la personalidad cuántica, el «polo» sujeto de la percepción primaria. Luego nos identificamos con el ego, la personalidad de elección limitada, la personalidad de nuestra historia personal. Adquirimos no sólo la aparente independencia que permite experimentar, sino también la identidad limitada de una personalidad individual.

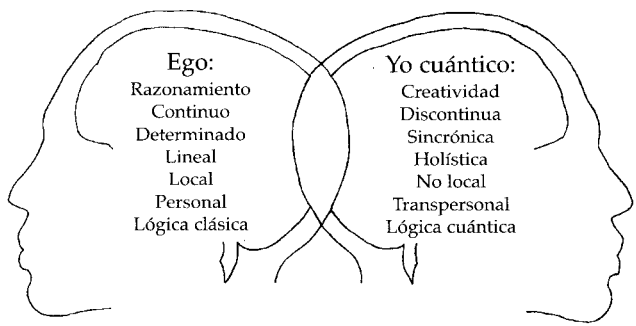


Figura 5. *El ego y el yo cuántico.*

Nuestra naturaleza de doble personalidad (Figura 5) tiene importantes consecuencias para nuestra espiritualidad, sobre la manifestación de la espiritualidad en nosotros y sobre el avance de nuestro viaje espiritual. El psicólogo norteamericano, Abraham Maslow, y el psicólogo italiano, Roberto Assagioli, han redescubierto a través de estudios clínicos el concepto de un yo transpersonal más allá del yo conductista (Maslow, 1968; Assagioli, 1976). Este reconocimiento de una identidad personal a dos niveles ha sido el inicio de la psicología transpersonal.

Hay que destacar que el ego y el yo cuántico no son una pareja dualística; más bien están «unidos para siempre». Ambos son identificaciones aparentes que la conciencia acepta en el proceso de manifestarse en un cuerpo físico y en un cerebro cuántico autorreferente. En la identificación con el yo cuántico hay unidad y alegría, hay libertad de elección y creatividad, en la relación entre sujeto y objeto(s) se produce una jerarquía enmarañada, hay una relación bidireccional y amor. En la identificación con el ego hay independencia y ansiedad, hay condicionamiento y dogmatismo, existe una jerarquía simple y una tiranía solipsista.

A pesar de todo, la espontaneidad del yo cuántico no es estable. Y sin la estabilidad del ego, la civilización es imposible. El yo cuántico nos da creatividad, pero el ego es esencial para aportar la perspectiva creativa a la manifestación y para aumentarla con razonamiento. Este proceso creativo que termina en una manifestación proporciona el andamiaje para la siguiente perspectiva y así es cómo crece la civilización. La metáfora bíblica del Edén y la caída del hombre en el pecado captura a la perfección este dilema. Adán y Eva eran felices en la unidad de identificación con el yo cuántico, pero no eran

muy humanos. ¡Vaya! Eva mordió la manzana y así se inició el viaje de la independencia individual, que es también el viaje de la civilización.

Intuyendo que algo faltaba en la independencia individualista, el cristianismo ha considerado este alejamiento de la perfección del Edén como el «pecado» original. En consecuencia, el viaje espiritual tiene que recordar en primer lugar la unidad, después arrepentirse del pecado y finalmente volver a la perfección. En el hinduismo, la naturaleza progresiva del viaje de intendencia queda capturada en el concepto de los cuatro yugas, o edades: satya, treta, dvapara y kali. La civilización y la tecnología han avanzado desde el satya yuga hasta el kali yuga. La espiritualidad era fácil cuando el satya yuga, pero la tecnología ha incorporado muchas diversiones al actual satya yuga; la unidad resulta más difícil de recordar y la sociedad está dominada por la independencia. La historia de la humanidad así lo certifica.

Y mientras la civilización fomentaba la independencia por todas partes, la ciencia y la religión siguieron también caminos separados. Surgieron además los conceptos distintos de «sagrado» y «profano». La unidad de la que cobramos conciencia cuando iniciamos el viaje espiritual se experimenta con respeto; por lo tanto, se califica de sagrada, en contraste con los asuntos profanos y mundanos. En el cristianismo, el mundo representa el pecado y nuestra caída del estado de gracia; en el budismo, el mundo se describe como dukka, incómodo. Las tradiciones espirituales parecen tener un prejuicio inherente contra el mundo, y no se dan cuenta de que la independencia es imprescindible para poder experimentar y de que forma parte del plan divino de manifestación. No comprender estos conceptos ha causado mucho dolor.

La ciencia moderna ha exacerbado el problema al subrayar tanto la independencia como la individualidad: las búsquedas «egoístas» materiales tienen sentido, e incluso tiene sentido la filosofía de que nada existe, excepto la materia. Lo que se olvida es que sin la creatividad que aporta nuestra personalidad unitiva, no podríamos ni siquiera descubrir esa ciencia que estamos elevando a categoría de divinidad.

Decir que el mundo es pecado es denigrar a Dios, pues el mundo no está fuera de Dios, fuera de la conciencia; sino que es el juego de la conciencia. Y decir y creer que no somos nada excepto materia, es estancarse dentro de los límites de la identidad condicionada. Se trata en ambos casos de puntos de vista extremos que, llevados a sus máximas consecuencias, excluyen la creatividad. Esta es la razón por la cual las religiones exotéricas acaban moribundas a veces; sin creatividad, el retorno a la integridad se hace imposible. Y esta es la razón por la cual el cientifismo, la ciencia como religión, no es ciencia; va en contra del empuje creativo de la ciencia. La integración de ciencia y espiritualidad se produce cuando comprendemos por completo que ninguna de estas posturas es sostenible, que ninguna de ellas es completa y que ninguna de ellas permite la creatividad.

El proceso creativo tiene cuatro fases: preparación (aprender lo que se sabe), incubación (procesado inconsciente de las posibilidades), revelación (una experiencia ¡eureka! Discontinua), y manifestación (expresada como un producto). Mientras que la primera y la última fase son básicamente procesos basados en el ego, las dos intermedias (el procesado inconsciente y la revelación ¡eureka!) podrían reconocerse como cuánticas. El procesado inconsciente se produce por la proliferación de superposiciones de posibilidad cuántica: existe un procesado, pero ni colapso ni percepción. La comprensión o

revelación creativa discontinua es el reconocimiento/colapso de lo nuevo; aquí, el yo cuántico se convierte en el protagonista principal. Pero la preparación y la manifestación requieren tanto la identidad ego como la identidad cuántica; de hecho, todas las fases de la creatividad las requieren. La creatividad es el encuentro del ego con el yo cuántico, descrita perfectamente por Miguel Ángel en el techo de la Capilla Sixtina con Dios y Adán alargando el brazo hasta tocarse (May, 1976; Goswami, 1996, 1999).

Creatividad y condicionamiento

Las tradiciones esotéricas reconocen que el juego de la conciencia se manifiesta como una lucha entre las dos fuerzas de la creatividad y el condicionamiento. Nuestra naturaleza las abarca a ambas. No podemos crecer y tener una identidad propia sin creatividad. De niños, somos creativos por naturaleza y descubrimos el lenguaje, las matemáticas, el pensamiento conceptual, las habilidades físicas, etc. A medida que crece el repertorio que aprendemos, crece también nuestra identidad ego, hasta que al llegar a la edad adulta tenemos un repertorio suficiente que nos permite movernos en nuestra sociedad y en nuestra cultura.

Desarrollamos el ego adulto a través de fases alternantes de arrebatos creativos (saltos cuánticos de descubrimiento de nuevos contextos) y adaptación homeostática (aprender a utilizar el nuevo contexto y asimilarlo dentro de nuestro repertorio de contextos). Esto es lo que nos dice la ciencia idealista, y esto es lo que el psicólogo Jean Piaget descubrió en sus estudios sobre el desarrollo del niño (Piaget, 1977).

A pesar de que en las fases de desarrollo y formación del ego todos participamos tanto de actividades creativas como condicionadas, cuando llegamos a la edad adulta, los modelos de costumbres que conforman nuestro carácter pueden llegar a dominar hasta tal punto nuestra identidad, que nos resistimos a cualquier cambio. Los que desarrollamos un talento conservamos una pequeña ventana de creatividad en el terreno exterior de nuestro campo de actividad; seguimos involucrándonos en la actividad de descubrir nuevos contextos de pensamiento dentro de esta pequeña área de experiencia. Las sociedades valoran esta creatividad externa, o al menos lo hacen hasta cierto punto. Pero en cuanto el ego está plenamente formado, en cuanto nuestro modelo de costumbres están plenamente establecido y nos hemos identificados con dicho modelo, ¿es posible liberarse de la identidad de este ego? Es decir, ¿puede el ego librarse del ego?

El ego es una identidad condicionada, pero el condicionamiento no está completo al 100 por ciento. El neurofisiólogo Benjamin Libet ha llevado a cabo un bello experimento que demuestra hasta qué punto la conciencia conserva su libre albedrío, aun identificándose con el ego (Libet, 1985). Los filósofos occidentales citan la acción de levantar un brazo como un acto que demuestra el libre albedrío. Los experimentos modernos, sin embargo, lo falsifican: si mi cerebro está conectado a una máquina de encefalogramas, la máquina registrará actividad eléctrica predecible (un potencial de disposición) en mi cerebro aun antes de que yo sea consciente de que voy a levantar el brazo por libre albedrío. ¿Dónde está mi libre albedrío si cualquiera puede predecir mi comportamiento simplemente mirando una máquina?

Libet le añadió al asunto un giro precioso. Pidió a los protagonistas de su experimento que ordenaran a su brazo que se levantase y que luego intentaran detener la acción en el brevísimo espacio de tiempo de unos pocos centenares de milisegundos que transcurren entre la aparición del potencial de disposición en el electroencefalograma y el acto en sí de levantar el brazo. Y fueron capaces de hacerlo. El experimento demostró con claridad que, incluso identificados con nuestro ego, tenemos la capacidad para poder decir que no a nuestros modelos de costumbres condicionadas.

De un modo similar, imagínese que está conduciendo y llega a un cruce en forma de T. ¿Hacía dónde irá? Si su lugar de trabajo se encuentra hacia la derecha, esa será la dirección que emprenderá si no está muy al tanto. Pero si está al tanto, será libre de elegir la dirección que desee. Todos hemos sido testigos de cómo, cuando no prestamos atención, nuestro comportamiento sigue el camino más condicionado aunque tengamos varias alternativas disponibles. Pero si prestamos la debida atención, seremos libres de elegir la opción que prefiramos.

Denominar este tipo de libertad el libre albedrío del ego es simplemente una cuestión de semántica. La cultura occidental está orientada hacia la acción y, en consecuencia, valora el individualismo. Por lo tanto, es apropiado pensar en términos de que el ego posee el libre albedrío suficiente para decir no al condicionamiento o, más en general, posee libertad para elegir entre alternativas condicionadas, abriendo de este modo la puerta a un cambio de carácter creativo, un proceso que yo denomino creatividad interior.

Pero los místicos saben que todo es voluntad de Dios, que incluso decir no a una costumbre condicionada es por la gracia de Dios. (Naturalmente, decir sí a un condicionamiento

también es por la gracia de Dios). No hay ego; el ego no es real; es una identificación falsa. Intuir esto es lo que conduce a la creatividad interior. Comprenderlo nos permite saltar más allá de la ignorancia y descubrir nuestra verdadera naturaleza. El trabajo del místico Armes Balsekar incluye una buena discusión sobre el tema del libre albedrío (a modo de introducción, véase Balsekar, 1989).

El principio de correspondencia

La física cuántica es esotérica en comparación con la física clásica newtoniana por el simple motivo de que los objetos cuánticos no pueden verse directamente; para verlos es necesario amplificarlos con un aparato de medición (como una cámara de niebla o un contador Geiger). Estos aparatos de medición captan una pequeña señal microscópica (procedente de un electrón con carga simple, por ejemplo) y producen una señal lo bastante grande como para ser vista en el mundo macroscópico. Los aparatos de medición también tienen tamaño macroscópico. Debido a su abundante masa, no dispersan rápidamente sus posibilidades, por lo que distintos observadores pueden compartir el resultado de una medición cuántica. Los aparatos de medición conservan además la memoria de la medición a largo plazo; necesitan mucho tiempo para regresar a su estado original. Es decir, el comportamiento de los aparatos de medición es clásico, y hacemos pleno uso de este hecho para «ver» un objeto microscópico cuántico.

Uno de los aspectos más importantes de la física cuántica de la materia es que, en el límite de las grandes masas, el

comportamiento cuántico tiende a dar paso al comportamiento clásico; para masas infinitas (que son imposibles de alcanzar), el comportamiento se torna exactamente clásico. Es lo que se denomina principio de correspondencia: la nueva ciencia se corresponde con la antigua ciencia en aquel terreno en que la antigua ciencia es válida.

Hay que destacar que un principio de correspondencia similar opera en la forma en que la ciencia dentro de la conciencia se relaciona con ciencia material-realista. A medida que nuestro condicionamiento aumenta, nos atrincheramos más y más en el ego, y una psicología determinista, como el conductismo, logra ser capaz de predecir nuestra conducta. A medida que nos acercamos al condicionamiento infinito (hay que reconocer que es una situación que nunca se produce), el conductismo se sostiene por completo. En el Capítulo 6 veremos un principio de correspondencia similar operando en la biología.

Todo esto resulta reconfortante. El ego y la ciencia material-realista van de la mano. Los últimos trescientos años han producido grandes avances en la ciencia material-realista y también han producido un inflamiento enorme del estado del ego. Y ahora, cuando en la continua saga de paradigmas científicos la corriente gira hacia la física cuántica y la ciencia idealista, nuestro ego puede empezar a dar paso a más creatividad interior y más espiritualidad.

Capítulo 4

Preguntas y respuestas cuánticas

La idea de este capítulo surgió a partir de una conversación con mi amigo Hugh Harrison. Cuando Hugh leyó mi libro *The Self-Aware Universe* (1993), se sintió intrigado por la idea de la ciencia dentro de la conciencia... tan intrigado que se apuntó conmigo a un ciclo de conferencias en la Universidad de Oregon. Durante muchos meses, Hugh y yo pasamos una hora a la semana discutiendo sobre las sutilezas de la física cuántica.

No era de extrañar que las preguntas de Hugh fueran a menudo muy básicas; por ejemplo: «¿Qué es una fuente de electrones?». Eran un reflejo de lo alejados que están los conceptos rutinarios de la física moderna de una persona extraña al ámbito científico. Las preguntas y respuestas sobre estos conceptos constituyen una parte sustancial (la primera sección) de este capítulo. Puede omitir libremente esta sección si conoce ya los conceptos cuánticos.

Con relación al desarrollo de la nueva ciencia, he viajado mucho ofreciendo conferencias y seminarios y me encanta recibir preguntas del público. Son preguntas a menudo metafísicas, y también sociopolíticas; por ejemplo: «¿Cuántos científicos apoyan su teoría?». Decidí complementar las preguntas que podía formularme Hugh con preguntas de este otro

tipo, pensando que el lector podría plantearse algunas de ellas. Estas preguntas sociopolíticas van directamente al corazón de una preocupación genuina que todos compartimos: Teniendo en cuenta lo que hoy en día tenemos (un buen principio para un nuevo paradigma en el que ciencia y espiritualidad aparecen integradas), ¿cuánto vamos a tardar en liberar nuestra mente de la conocida perspectiva materialista y basar nuestro pensamiento en el nuevo paradigma?

He finalizado el capítulo con un conjunto de preguntas y respuestas sobre el papel del cerebro.

Preguntas cuánticas básicas

P: ¿Cuál es la diferencia entre una onda normal y una onda de posibilidad?

R: Las ondas son perturbaciones periódicas que pueden desplazarse (onda viajera) o realizar su movimiento ondulante en un único lugar (onda estacionaria). Una onda normal (la onda viajera que forma una ola del mar) lleva a cabo su ondulación en un espacio y un tiempo manifiestos; es posible observar la perturbación, el desplazamiento del agua desde la posición inicial cambiando con el tiempo, el avance de las líneas de la cresta, etc. Por otro lado, la manifestación de una onda de posibilidad cuántica no es visible. Nuestro intento de ver la onda la colapsa en una partícula, por decirlo de algún modo.

P: Deme, por favor, un ejemplo de una onda de posibilidad.

R: Piense en un electrón que se mueve libremente en el espacio. En cuestión de segundos, la onda de ese electrón puede extenderse por toda la ciudad igual que se expande una

ola de agua, pero sólo en posibilidad. Sin duda, existe una elevada probabilidad de que el electrón llegue a algunos lugares y una probabilidad baja de que aparezca en otros. De hecho, estas probabilidades (que calcula la maquinaria matemática de la mecánica cuántica) forman una distribución, una curva de campana (véase la Figura 2a del Capítulo 2).

P: ¿Qué es una onda estacionaria?

R: En realidad, todo el mundo conoce las ondas estacionarias. Las notas musicales que produce una guitarra empiezan como ondas estacionarias. Si observa la cuerda, verá como vibra, como se ondea sin moverse de sitio (Figura 6).

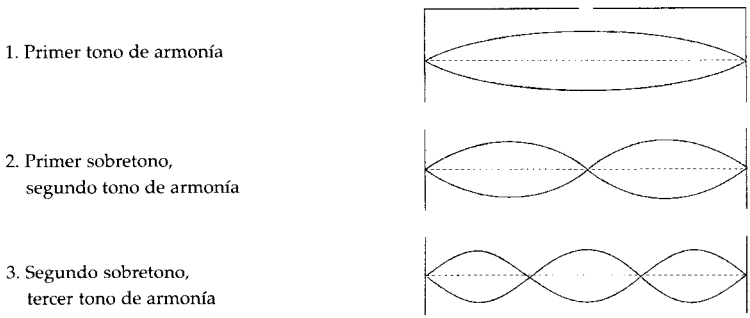


Figura 6. *Ondas estacionarias en una cuerda de guitarra.*

P: Deme, por favor, un ejemplo de onda de posibilidad estacionaria.

R: Considere la onda de posibilidad de un electrón en su estado de energía más bajo (estado fundamental) dentro de un átomo de hidrógeno. Ya que el átomo confina al electrón, el electrón queda descrito como una onda de posibilidad estacionaria. Según la física newtoniana que aprendimos en la

escuela, se supone que el electrón traza órbitas en torno al protón. Bajo el nuevo punto de vista, es posible imaginarse la longitud de onda del electrón trazando una vez la órbita (Figura 7a). Pero la diferencia entre la imagen clásica y la imagen cuántica es asombrosa. En la imagen cuántica, el electrón forma una distribución de probabilidad; la órbita simplemente describe los lugares donde es más posible que aparezca el electrón. Y una vez más, al realizar las mediciones, descubrimos que la imagen cuántica coincide con los datos experimentales (Figura 7b).

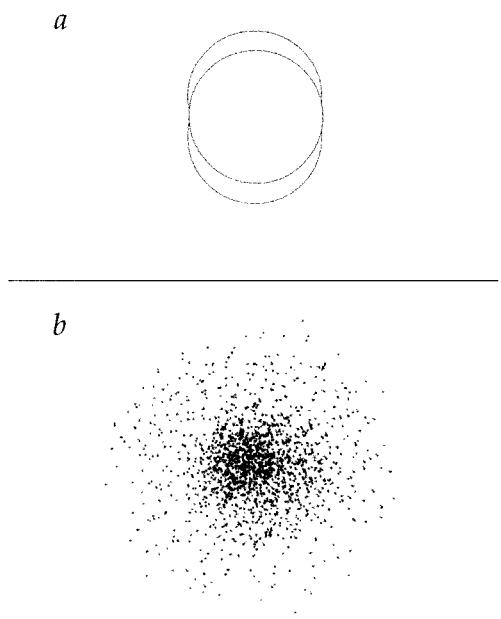


Figura 7. *(a) La onda estacionaria de un electrón en el estado fundamental de un átomo de hidrógeno; (b) los experimentos revelan la distribución de probabilidad del electrón.*

P: Dice usted que una medición colapsa la onda en una partícula y que, por lo tanto, el objeto cuántico siempre se encuentra en un solo lugar, no esparcido por todas partes. ¿Cómo sabe entonces que hubo una onda de posibilidad antes de la medición?

R: Cuando llevamos a cabo una cantidad grande de mediciones de electrones en situaciones idénticas, encontramos que los electrones que aparecen en todos los lugares predichos por la mecánica cuántica siguen una curva de distribución en forma de campana. Esta es la respuesta más general a su pregunta: la teoría coincide con el experimento, de modo que confiamos en la teoría, que dice que, antes de que lo veamos, el electrón es una onda de posibilidad.

En algunas situaciones, puede decirse que el electrón tiene naturaleza de onda, incluso sin preocuparnos por estudiar toda la distribución. Piense, por ejemplo, en el experimento de la doble ranura (véase el Capítulo 2). El mismo hecho de que los electrones aparezcan en la pantalla fluorescente en lugares distintos a los que quedan directamente detrás de las ranuras revela la naturaleza de onda subyacente en el electrón.

P: Hablando del experimento de la doble ranura, ¿qué es una fuente de electrones?

R: Estamos rodeados de electrones. Son los componentes de los átomos que forman el grueso de la materia que hay en la Tierra. Están especialmente disponibles en los metales, donde algunos de ellos se mueven libremente en el interior del metal. Para obtener electrones libres a partir de un metal, proyectamos luz sobre el mismo y obtenemos fotoelectrones. Las alarmas antirrobo se rigen por este principio. También es posible liberar electrones de su cautiverio metálico calentando

el metal. Si ha visto alguna vez un tubo termiónico, piense que se basa en este principio.

P: Volvamos por un momento al experimento de la doble ranura. ¿Por qué no puede un electrón colapsar su propia onda de posibilidad?

R: Diversos experimentos han verificado que el comportamiento promedio del electrón está completamente determinado por la mecánica cuántica. ¿Exhibe un único electrón en un único suceso libre albedrío al elegir la realidad a partir de las posibilidades? En la primera época, incluso Niels Bohr reflexionó sobre el tema del libre albedrío del electrón. Apenas ningún físico actual apoyaría ese tipo de idea. Pero es definitivamente una cuestión experimental y seguramente se soluciona experimentalmente (véase Herbert, 1993).

P: ¿Por qué no podemos decir que la pantalla fluorescente mide los electrones y al hacerlo colapsa la onda de posibilidad del electrón?

R: Porque eso contradeciría la mecánica cuántica, según la cual incluso la pantalla fluorescente tiene que describirse como una onda de posibilidad. El colapsador tiene que quedar fuera de la jurisdicción de la mecánica cuántica.

P: Me cuesta aceptar que los resultados del experimento de la doble ranura sobre la pantalla fluorescente sigan en el limbo de la posibilidad hasta que yo decida observar.

R: Piense en cada electrón por separado. El electrón puede aparecer en una de las ranuras luminosas (lo que hace variar las posibilidades). La pantalla fluorescente amplifica la señal del electrón en cada posición posible; este es

su trabajo. La onda total de posibilidad comprende ahora la superposición de cada uno de estos posibles electrones amplificada en una posible señal por la pantalla fluorescente. Pero cuando miramos, sólo se manifiesta una de estas posibles señales; en el lugar donde observamos la presencia del electrón.

Nótese que la medida colapsa automáticamente todas las cosas que están correlacionadas con el suceso. Por ejemplo, el punto iluminado forma parte de una pantalla entera. Nótese también que un aparato de medición realiza además un segundo trabajo: debido a su volumen, su onda de posibilidad se expande lentamente, de modo que varios observadores pueden compartir los resultados de la misma medida.

P: ¿Es por eso por lo que algunos libros lo califican como un aparato clásico de medición?

R: Sí. La descripción casi clásica del aparato de medición garantiza una realidad compartida por todos nosotros.

P: ¿Por qué la onda del electrón recibe el nombre de superposición coherente?

R: En general, las ondas son superposiciones de ondas simples, las que se conocen como ondas sinusoidales. Cuando escuche una nota musical en la cuerda de una guitarra, estará oyendo una superposición de varias ondas simples (Figura 8). Un sintetizador musical crea música mediante superposiciones de formas de onda simples.

A destacar que cuando sumamos ondas, debemos hacerlo algebraicamente, teniendo en cuenta no sólo las magnitudes de la perturbación de onda, sino también las fases. Lo mismo

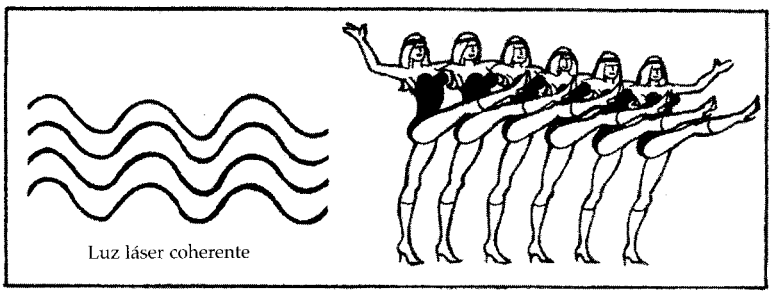
sucede con las ondas de posibilidad del electrón. Las diversas ondas simples de la superposición tienen relaciones de fase entre ellas.

Figura 8. *La superposición de ondas sinusoidales.*

P: Sigo sin comprender. Deme un ejemplo de una situación con coherencia de fase respecto a una situación de incoherencia de fase.

R: Piense en un grupo de coristas; eso es coherencia de fase (Figura 9a). Piense ahora en una pista de baile de una discoteca a última hora de la noche, sobre todo si el público ha estado bebiendo: así comprenderá el aspecto de la incoherencia de fase (Figura 9b).

a



b

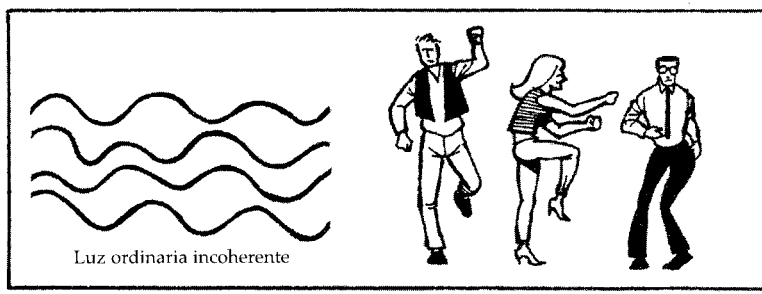


Figura 9. *(a) Coherencia de fase: la luz coherente del láser es como el baile de las coristas; (b) incoherencia de fase: la luz incoherente es como los bailarines en una discoteca, cada uno a su ritmo.*

P: La física cuántica suele decir que todas las cosas del mundo están interconectadas debido a su naturaleza cuántica. ¿Es esta interconexión lo que usted denomina conciencia?

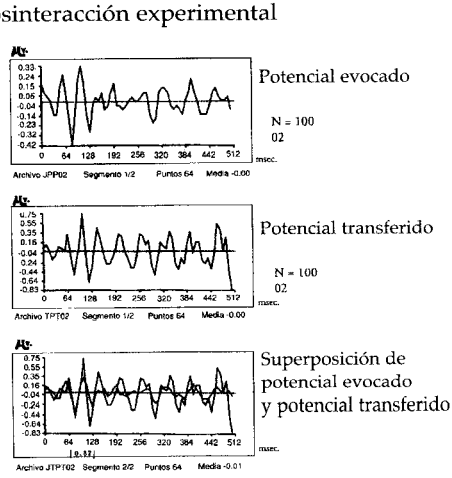
R: Decir que en la mecánica cuántica todo está interconectado es una exageración. De ser eso cierto, no podríamos realizar ningún cálculo en la mecánica cuántica sin implicar en él a todos los objetos del universo. La afirmación correcta es que todas las cosas están potencialmente interconectadas. Como ondas, los objetos cuánticos se expanden en la posibilidad; de modo que si esperamos un tiempo, se producirá superposición (interconexión). En el caso de los objetos grandes, esta expansión es muy lenta por lo que, en este sentido, la interconexión llevaría mucho tiempo.

En la ciencia dentro de la conciencia, la interconexión se produce a través de la conciencia. Esta, a través de la intención, puede correlacionar dos objetos, dos cerebros, y colapsar en ambos realidades similares. Gracias al trabajo del neurofisiólogo mexicano Jacobo Grinberg-Zylberbaum y sus

colaboradores, existen actualmente pruebas experimentales que sustentan este punto de vista.

En este experimento, dos individuos entran en correlación al meditar juntos con la intención de establecer comunicación directa. Después de recibir instrucciones para mantener la comunicación directa, son separados, colocados en cámaras aisladas electromagnéticamente y conectados a dos máquinas independientes de encefalograma. Cuando uno de ellos ve una serie de destellos de luz (un fenómeno que provoca un potencial evocado en el electroencefalograma de su cerebro), en el electroencefalograma del otro individuo aparece también un potencial transferido similar en fase y potencia al potencial evocado (Figura 10a). Los sujetos de control, sin embargo, no muestran un potencial transferido (Figura 10b). La conclusión es muy clara: la conciencia colapsa estados similares de realidades en ambos cerebros porque los cerebros están correlacionados a través de la intención consciente (Grinberg-Zylberbaum y otros, 1994).

a



b

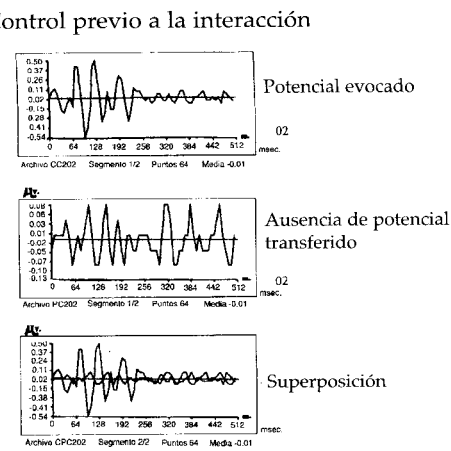


Figura 10. *(a) Cuando se analizan mediante un ordenador, los potenciales evocados y transferidos se comparan bien en cuanto a su fuerza e, incluso, en cuanto a su fase; (b) los sujetos de control no muestran un potencial transferido (a destacar la escala del eje y cuando se comparan los potenciales de los dos sujetos).*

P: Aquí aparece de nuevo esa palabra: correlación. ¿Qué significa?

R: *Correlación* entre dos objetos significa correlación en sus fases de movimiento, la condición característica de su ondulación. La coherencia de fase (el ejemplo de las coristas) es un caso de correlación. Puede pensarse también en correlación como entrelazamiento de fases.

P: ¿Cómo se comportan los electrones no correlacionados?

R: Los electrones no correlacionados pueden considerarse distintos e independientes. Sus ondas de posibilidad no están relacionadas en fase con otras ondas de posibilidad. Cuando se colapsan sus ondas, se producen colapsos individuales que

no afectan nada más en el universo. Cuando los electrones correlacionados se colapsan se convierten en electrones no correlacionados.

P: ¿Cuánto tiempo permanecen correlacionados los electrones?

R: Existen dos maneras de afectar la relación de electrones correlacionados. Si los dos electrones interactúan con un tercer objeto, la relación especial que mantienen se expande y se crea una relación correlacionada que implica los tres objetos. Pero si lo que se desea es anular por completo el comportamiento correlacionado cuántico, se tendrá que colapsar la onda de posibilidad de los electrones correlacionados midiéndolos. De este modo, los electrones perderán su correlación.

Preguntas metafísicas y sociopolíticas

P: Su enfoque depende totalmente de la conciencia. ¿Qué es conciencia? ¿Puede definirla?

R: Esta respuesta exige mucha cautela. La conciencia es la base de la existencia; es la única, lo absoluto. Las definiciones son posibles sólo si se hacen en términos de otros conceptos, pero todos los conceptos son secundarios a la conciencia. Esta imposibilidad de definición se expresa a veces en frases como: «El Tao que puede expresarse no es el Tao absoluto».

Pero no desespere. Los místicos del mundo se niegan a definir la conciencia, pero nos dicen cómo investigarla, cómo conocerla en su mismidad. Es como intentar comprender la música con palabras; una definición con palabras sería inadecuada, pero un maestro puede mostrarle el piano y enseñarle a tocarlo.

P: ¿Cómo demuestra experimentalmente que la conciencia trasciende la materia?

R: Es fácil si toma su propia experiencia a modo de datos. Su libre albedrío (el que se produce en un acto creativo o en un acto relacionado con una decisión moral) tiene causalidad descendente sobre la materia (el cerebro) y demuestra la trascendencia de la conciencia. Gracias al experimento de Grinberg-Zylberbaum tenemos también disponible una prueba experimental. Sólo una conciencia trascendente y no local puede mantener la correlación en dos cerebros que han sido separados por la distancia y colapsar en ellos realidades similares.

P: ¿Ha replicado alguien el experimento de Grinberg-Zylberbaum?

R: Lo ha replicado en Inglaterra el neuropsiquiatra Peter Fenwick. Además, existen actualmente datos adicionales sobre interconectividad que sólo pueden explicarse debidamente con un modelo de conciencia trascendente. Se ha descubierto que cuando muchas personas se concentran en un único acontecimiento, como podría ser un partido de fútbol o el juicio de O. J. Simpson, pueden acabar correlacionándose. Esta correlación produce una conducta anómala mensurable. Al mismo tiempo, investigadores estudiaron generadores de números aleatorios (basados en descomposiciones radiactivas) y descubrieron que su comportamiento se torna positivamente no aleatorio en presencia de dicha correlación (Radin y Rebman, 1996). Pero, ¿qué es lo que produce la correlación a distancia y la mantiene a lo largo de toda la duración de la medición? En la actualidad, sólo se conoce una entidad capaz de hacerlo: la conciencia trascendente y no local.

P: Estoy de acuerdo en la importancia de estudiar la conciencia, pero ¿necesito la mecánica cuántica para hacerlo?

R: El físico Henry Stapp demostró en un documento que la física determinista clásica sólo puede tratar la conciencia de dos maneras (Stapp, 1995). La primera es el epifenomenalismo: la conciencia es un epifenómeno causalmente impotente. La segunda es el dualismo: la materia está regida por las leyes de la física, y la mente y la conciencia pertenecen a un mundo distinto. Esto es, naturalmente, pensamiento cartesiano, pero tal y como Daniel Dennett ha señalado, esta imagen dualista está al acecho como un supuesto oculto en la obra de muchos científicos cognitivos e investigadores de la inteligencia artificial (Dennett, 1991). La respuesta que ofrece Dennett es el operacionalismo, que básicamente significa olvidarse de la metafísica, ¡y olvidarse del tema! Evidentemente, la solución no es satisfactoria. Muchos pensadores holísticos, el físico Paul Davies, por ejemplo, reconocen que la conciencia es el principio organizador que falta en la ciencia actual (Davies, 1989). Pero el holista se ve obstaculizado sin saber cómo ir más allá del dualismo. En los círculos filosóficos de moda, la pregunta «difícil» de hoy en día es cómo encontrar una explicación a la división entre sujeto y objeto que excluya el dualismo (Chalmers, 1995). La mecánica cuántica ofrece un ámbito genuino, hasta el momento el único ámbito, para responder a esta pregunta difícil: la «ventana cuántica del visionario».

P: ¿Cómo está usted tan seguro de que reconocer la conciencia como la base de la existencia es la respuesta a esa pregunta difícil?

R: En cuanto reconocí la conciencia como la base de la existencia y vi que es posible construir una ciencia sobre esa base

metafísica, no tuve más necesidad de especulaciones filosóficas. Mi hipótesis secreta es que la literatura espiritual del mundo contiene una cantidad inmensa de puntos de vista y datos empíricos relacionados con la naturaleza de la conciencia y su manifestación. Pero la validez de estos puntos de vista y estos datos es difícil de apreciar hasta que no se investiga a fondo la propia espiritualidad. Yo utilizo la literatura mística del mundo, junto con la práctica personal, como guía de mi investigación sobre la conciencia. Hasta el momento, la estrategia no me ha fallado.

P: ¿Es la interpretación idealista de la mecánica cuántica fruto de su cerebro, o han contribuido a ella otros científicos?

R: Como ya he mencionado, fue el gran matemático John von Neumann quien abrió la ventana cuántica. Quizá su abertura no fue más que una rendija y yo he ayudado a abrir la ventana de par en par.

Existen muchos físicos que, de forma independiente, han llegado a conclusiones iguales a las mías. Fred Wolf acuñó la frase: «Somos los creadores de nuestra propia realidad». Casey Blood y Ludwig Bass descubrieron independientemente la resolución de una sola conciencia a la paradoja del amigo de Wigner (Bass, 1971; Blood, 1993). En su libro publicado en 1986, *Quantum Reality*, Nick Herbert reconocía la interpretación de Von Neumann como una de las ocho imágenes viables de la realidad (Herbert, 1986). Y en 1993, Herbert publicaba otro libro, *Elemental Mind*, en el que aseveraba (aunque no en los términos claros que a uno le gustaría) la primacía de la conciencia (Herbert, 1993). El físico de Berkeley, Henry Stapp, es quizá quien más se aproxima a mi trabajo. Aun así, se muestra dudoso en cuanto a suscribir una postura mística

sobre la naturaleza de la conciencia, decantándose más por las ideas de William James (Stapp, 1993).

P: ¿Por qué no hay más científicos preocupados por el experimento de Aspect, que demuestra la no localidad cuántica? Tal vez si los hubiera, podrían ver con mayor claridad la fuerza convincente de la idea de la conciencia trascendente.

R: Un artículo publicado en 1984 en *Physics Today* hablaba de lo que un físico le había dicho a otro en los pasillos durante una reunión de una sociedad de físicos: «Quién hoy en día no esté preocupado por el teorema de Bell (la teoría detallada que sustenta el experimento de Aspect) es que debe de tener piedras en la cabeza». Así que los científicos están preocupados. Pero como personas que somos, tenemos una capacidad infinita de autoengaño y los científicos no son la excepción. La ventana cuántica es una enorme invitación a la libertad real que la conciencia nos ofrece. Pero también da mucho miedo. En cuanto se ve la conciencia como la base de la existencia, resulta difícil seguir adelante en los programas de investigación, frecuentemente materialistas y sin sentido, que forman el grueso de la investigación académica, gubernamental e industrial. ¿Comprende el problema?

P: Hace ya tiempo, los filósofos cristianos buscaron la firma de lo divino en el destacable orden que observamos en la naturaleza viva. Lo atribuyeron al diseño exquisito de un relojero grandioso. Pero su relojero resultó estar ciego pues, tal y como demuestra con claridad la teoría de Darwin, la vida evoluciona como una cuestión de azar y necesidad. De un modo similar, ¿es posible que nuestra única conciencia y verdadera libertad pueda explicarse también en términos de puro azar?

R: No esté tan seguro de que Darwin tuviera la última palabra en lo que a la evolución de la vida se refiere. Todo lo contrario, creo que la conciencia juega un papel crucial en la evolución biológica (véase el Capítulo 6). La nueva teoría no sólo rescata la teoría de la evolución de la reciente controversia, sino que además nos proporciona una definición satisfactoria de lo qué es la vida.

Aquí está el tema. Nuestra perspectiva cambia cuando veamos los distintos rompecabezas y paradojas de la ciencia ordinaria y descubrimos que la ciencia idealista los responde todos, al menos cualitativamente. Sin embargo, para ver el poder de la nueva ciencia basada en la conciencia, los científicos tienen que explorar a fondo todas las anomalías de sus actuales sistemas de creencias (no por partes, sino exhaustivamente). Por desgracia, hay muy poca gente dispuesta a desarrollar la amplitud interdisciplinaria requerida para una tarea de este calibre. Este es el mayor inconveniente.

P: ¿Resulta difícil de creer que todo nuestro libre albedrío resida en el colapso de la función de onda cuántica?

R: Recientemente, Ken Wilber elaboró una extensa lista de los distintos caminos que la gente sigue en la investigación de la conciencia. En ella se incluyen la ciencia cognitiva, la neurofisiología, la introspección, la psicoterapia individual, la psicología social, la psiquiatría clínica, la psicología desarrollista, la medicina psicosomática, los estados de conciencia no normales, las tradiciones orientales y contemplativas, la conciencia cuántica, y la investigación de energías sutiles (Wilber, 1996a). Algunos de estos caminos (como la ciencia cognitiva, la neurofisiología y la psiquiatría clínica) están basados en el antiguo paradigma newtoniano. Otros (como la medicina psicosomática, los

estados de conciencia no normales y la investigación de energías sutiles) reclaman un paradigma basado en la conciencia. Sea cual sea la teoría que integre estas visiones dispares, debe tener un principio de correspondencia. El enfoque cuántico (que postula que el colapso de la función de onda cuántica es un acto del libre albedrío de la conciencia) integra estos puntos de vista dispares de forma precisa porque incorpora en el paradigma desde el inicio un principio de correspondencia.

P: Menciona anomalías en la ciencia actual. La mayor anomalía, por supuesto, es la percepción extrasensorial. Pero muchos científicos dicen que, al no ser estrictamente replicables, son datos que no deben tomarse en serio. ¿Cómo responde usted a esa crítica?

R: El criterio que utilicemos para evaluar los datos depende del fenómeno que estudiemos. Mientras los fenómenos estudiados fueron fenómenos clásicos, los criterios de objetividad fuerte (la realidad es independiente del observador) y de replicabilidad estricta tuvieron sentido. Pero con la física cuántica, nos vimos obligados a abandonar la fuerte objetividad en favor de una objetividad débil, que dice que la realidad es independiente, no de cualquier observador, sino sólo de un observador concreto (véase también d'Espagnat, 1983). Es decir, con la objetividad débil, cualquier dato que obtuviéramos debería, en promedio, ser consistente de un observador a otro. Los experimentos de percepción extrasensorial bien realizados superan este criterio con éxito. Es importante destacar que un experimento cuántico ordinario, como el de la detección de un suceso de descomposición radiactiva, no es estrictamente replicable y supera también el criterio de objetividad débil, aunque no el de la objetividad fuerte.

Sobre el cerebro

P: ¿No asume usted, implícitamente, que el cerebro es un dispositivo cuántico de tamaño macro? Mientras que la incertidumbre cuántica y el juego de la posibilidad prevalecen a nivel micro, el comportamiento cuántico a nivel macro tiende a dar paso a lo clásico. El comportamiento cuántico a nivel macro está presente sólo en situaciones especiales como láseres, superconductores y superfluidos.

Vale decir que, el cerebro opera a temperatura ambiente, lo que dificulta el establecimiento de la coherencia cuántica debido al ruido térmico. ¿No es cierto que, sólo por eso, es dudoso que el cerebro pueda exhibir un comportamiento cuántico macroscópico? ¿No es este el principal punto débil de la teoría?

R: Existe un tipo de teorías que proponen que el cerebro es macro cuántico y que todas las maravillas sobre nosotros y la conciencia provienen de la naturaleza cuántica del cerebro, por ejemplo, el yo cuántico (véase, por ejemplo, Zohar, 1990). La teoría actual es distinta, más fundamental y mucho menos conjetural. La teoría actual afirma sólo que la medida cuántica que tiene lugar en el cerebro está jerárquicamente encadenada y, por lo tanto, es autorreferente. Nadie niega que el proceso de un estímulo en el cerebro implique procesos cuánticos a nivel micro. La teoría actual afirma que la amplificación de tamaño micro a macro, a través de la cual el cerebro presenta una superposición de posibilidades macroscópicamente distinguibles para que el cerebro elija entre ellas, está jerárquicamente encadenada. Esto podría compararse con el contador Geiger, que también amplifica una señal entrante, aunque la amplificación no está jerárquicamente encadenada. ¿Por qué es tan especial el cerebro? No es complicado de verlo; y el argumento se ofrece en el Capítulo 7.

P: Si el cerebro presenta posibilidades macroscópicamente distinguibles entre las que elegir, ¿no debería de ser esto verificable experimentalmente?

R: Por supuesto. Esta verificación podría ya existir. El psicólogo Tony Marcel realizó un experimento hace dos décadas que resulta muy difícil de explicar con modelos del cerebro generados por ordenador, pero que cuando se interpreta con el modelo cuántico dentro de la conciencia, proporciona evidencias sólidas de superposiciones cuánticas en el cerebro a nivel macro (Marcel, 1980).

Ofrezco un rápido repaso del experimento de Marcel: Marcel pidió a los individuos sometidos al experimento que observaran cadenas de tres palabras, siendo la palabra intermedia de dichas cadenas de significado ambiguo. Dejó un espacio de tiempo entre las palabras y calculó el tiempo que se tardaba en reconocer la última palabra de la cadena. A veces, las cadenas eran congruentes, como mano-palma-muñeca, y a veces eran incongruentes, como árbol-palma-muñeca. Cabría esperar que en el caso congruente, la palabra de inicio, mano, precipitara el significado de la misma de la palabra ambigua, palma, y que eso facilitase el reconocimiento de la palabra muñeca. En el caso incongruente, debería de suceder lo contrario. De modo que con espacio de tiempo de 600 milisegundos entre palabras, Marcel midió un tiempo re reconocimiento de 499 milisegundos para el caso congruente y de 547 milisegundos para el caso incongruente. Todo parecía funcional.

Pero surgieron resultados inesperados cuando la palabra intermedia quedaba enmascarada por un modelo superpuesto. Las mediciones dejaron de distinguir, entonces, entre casos congruentes e incongruentes. El tiempo de reconocimiento de

la palabra final era prácticamente idéntico en ambos casos: 511 milisegundos para el caso congruente y 520 milisegundos para el incongruente.

¿Qué consigue el enmascaramiento del modelo? Con el enmascaramiento del modelo, la palabra deja de ser visible para el proceso de cognición ordinario que separa sujeto y objeto, pero los experimentos sugieren que esa percepción sigue produciéndose, aunque inconscientemente. Es decir, existe percepción, pero sin tener conciencia de la misma. Estos fenómenos han constituido una parte apasionante de la investigación psicológica llevada a cabo desde la década de 1970, cuando se descubrió que un hombre externamente ciego era capaz de evitar los obstáculos que se interponían en su camino el 100 por cien de las veces y negó siempre que viera alguna cosa (Humphrey, 1972). Esta «visión ciega» se explica en la actualidad como una percepción inconsciente que se produce a través de la visión colicular. De un modo similar, si se proyecta de forma intermitente y a toda velocidad la imagen de una abeja delante de los ojos de un individuo, dicho individuo afirma no ver una imagen discernible, pero si se le realiza un test de asociación su resultado evoca palabras como aguijón y miel, indicando con ello que se ha producido una percepción. El individuo ve, pero de forma inconsciente. El enmascaramiento del modelo es otra manera de garantizar la percepción inconsciente.

Con modelos del cerebro generados por ordenador es muy difícil, y creo que lógicamente imposible, distinguir entre percepción consciente e inconsciente. Conoce ya, sin embargo, la distinción según el modelo cuántico: en la percepción inconsciente no hay conciencia de la misma; en consecuencia, la onda de posibilidad del cerebro no colapsa. En nuestro ejemplo,

esto significa que la palabra palma está enmascarada, de modo que tanto los casos congruentes como incongruentes acceden a su significado «mano» y a su significado «árbol», razón por la cual los tiempos de reconocimiento son prácticamente idénticos. Sin embargo, el tiempo de reconocimiento queda ahora en un punto intermedio entre el tiempo del caso congruente y el tiempo del caso incongruente, porque la palabra intermedia adopta el significado «mano» sólo la mitad de las veces.

En resumen, el experimento sugiere con fuerza que cuando el cerebro ve una palabra ambigua, como palma, el cerebro se convierte en una superposición de dos posibilidades macroscópicamente distinguibles, una correspondiente al significado «árbol» y la otra correspondiente al significado «mano» (véase McCarthy y Goswami, 1993, para más información sobre el tema).

P: ¿Existen otras maneras de verificar si el cerebro entra en una superposición de posibilidades cuánticas de tamaño macro en respuesta a los estímulos?

R: Por supuesto. La naturaleza cuántica de los objetos puede verificarse empíricamente encontrando evidencias de (1) superposiciones coherentes de posibilidades, como acabamos de discutir; (2) discontinuidad; y (3) no localidad. Como ya he dicho, en el comportamiento del cerebro se produce una acumulación de datos sobre la no localidad, incluyendo la de los potenciales transferidos. Los datos de la discontinuidad cuántica proceden de nuestra creatividad, la protagonista de la segunda parte del libro.

Segunda parte

La nueva cosmología

Capítulo 5

La reconciliación de la cosmología científica y la cosmología espiritual

La cosmología es el logos del cosmos, la teoría sobre cómo surgió el universo manifiesto. Todas las religiones explican más o menos la misma historia: básicamente, que Dios creó el mundo. Durante mucho tiempo, la ciencia siguió la misma trama en lo que a la creación del universo se refiere. Pero poco a poco fueron acumulándose preguntas complicadas. Si Dios es el creador, ¿es entonces un agente aparte? Sabemos que las leyes de la ciencia no permiten ese dualismo.

En Occidente, donde se desarrolló la ciencia moderna, se gestó una tregua no oficial y se dividieron los territorios. Los teólogos apelaron a argumentos con Dios, ángeles y similares para apoyar la moralidad, el concepto de una vida después de la muerte, y cuestiones por el estilo. Los científicos buscaron descripciones del mundo con espacio, tiempo, materia y movimiento que no requirieran la presencia de Dios ni de ningún agente sobrenatural.

Pero la tregua nunca llegó a mantenerse muy bien. En primer lugar, la ciencia siguió extendiendo las fronteras cubiertas por sus historias. Según las religiones judeocristianas, Dios creó el mundo y la humanidad. Newton y LaPlace desafiaron la primera doctrina y, por si eso no fuera suficiente, Darwin desafió la segunda en favor de una teoría de la evolución que

no otorgaba ningún papel a Dios. Los humanos hemos evolucionado a partir de los animales, los animales a partir de las plantas, y las plantas a partir de organismos unicelulares, dijo Darwin; Dios es superfluo.

Pero las religiones han contraatacado últimamente. Las respuestas de la ciencia a determinadas preguntas cosmológicas, como las de quién creó el mundo o quién creó la humanidad, han mostrado grandes pozos sin fondo. Los científicos han calculado que el universo fue creado en un momento finito de tiempo, hace aproximadamente quince mil millones de años, a partir de un Big Bang. Pero el problema del concepto de un momento singular de creación es que representa una singularidad real en la de otro modo fluida y matemática descripción del cosmos que Einstein nos ofreció. Esta singularidad destruye las leyes de la física. Y este agujero en el argumento cosmológico de la ciencia constituye lo que los teólogos po-drían aclamar como la firma de la divinidad.

La trama darwiniana presenta también un agujero. La prueba de la evolución son los fósiles, los restos de los seres vivos de épocas pasadas. El registro fósil sugiere que las especies tienen un principio finito y que en la actualidad se han extinguido muchas especies. Existen también evidencias de que algunas especies han experimentado cambios importantes desde su origen. Sin embargo, no existe evidencia fósil de una evolución continuada de una especie a otra de la manera que sugiere la teoría de Darwin. Las evidencias fósiles revelan lagunas inequívocas entre plantas y animales, entre reptiles y aves, entre primates y humanos.

En el relato científico existen graves huecos, pero las alternativas teológicas tampoco resultan más atractivas. Es necesario plantear una nueva visión para solucionar estos vacíos.

Y si la tomamos en serio, esta nueva visión nos llevará también a la reconciliación de argumentos antagónicos. En este capítulo, me ocupo del caso de la historia cosmológica, postergando la historia biológica al próximo capítulo.

El cosmos cuántico y la medida cuántica

La creatividad del mundo queda camuflada en gran medida por el determinismo; no es casualidad que la física clásica determinista fuese descubierta antes de que tuviésemos acceso sensorial a la creatividad de la mecánica cuántica. En general, los cuerpos macroscópicos, con sus enormes masas, se expanden (en forma de paquetes de ondas de posibilidad) tan lentamente que tendemos a verlos moviéndose por trayectorias predecibles. Sólo muy recientemente, con la medición por láser, hemos sido capaces de comprobar que incluso los objetos de tamaño macroscópico están sujetos al principio de incertidumbre de Heisenberg, que sus paquetes de ondas se expanden. Incluso así, espacio y tiempo, al parecer, no pueden «cuantizarse» (subdividirse en unidades pequeñas pero mensurables); nadie ha encontrado evidencias sólidas que demuestren que la división del espacio y del tiempo tiene límites. Por lo tanto, en masa, el universo parece ser clásico y, en consecuencia, determinado.

La cosmología del Big Bang (la teoría de que el universo fue creado a partir de una explosión de proporciones cósmicas) describe bien la expansión observada del universo. En la teoría de Einstein de la relatividad general, el universo está considerado como una analogía tridimensional de la superficie en expansión de una rebanada de pan de pasas cuando

sube en el horno. A medida que el pan se expande, la distancia de separación entre las pasas va haciéndose cada vez mayor; de manera similar, las galaxias se alejan más las unas de las otras a medida que el espacio entre ellas se expande. La prueba empírica del universo en expansión descansa sobre la medición de la recesión de galaxias. La prueba empírica del Big Bang es la reliquia de microondas que hoy vemos, emitidas originalmente cerca de un millón de años después del gran suceso. Esta radiación de microondas de fondo nos baña desde todas las direcciones y es, por lo tanto, de origen cósmico. Los cálculos muestran que su frecuencia encaja más o menos con las predicciones basadas en un origen de la expansión universal a partir de un Big Bang.

Hasta aquí vamos bien. Pero hay una pega. Reflexione sobre la siguiente historia: San Agustín estaba un día predicando sobre cómo Dios creó el cielo y la tierra. Uno de sus seguidores le preguntó: oye, Agustín, siempre nos cuentas que Dios creó el cielo y la tierra. ¿Pero qué hacía Dios antes de crear el cielo y la tierra?». Agustín se quedó en blanco, aunque sólo por un instante. Replicó: «¡Dios estaba creando el infierno para la gente que, como tú, formula este tipo de preguntas!».

Pero la pregunta sigue ahí. Cuando quiera que se postule un momento finito de creación podemos preguntar: ¿qué había antes de la creación, antes del Big Bang?

Una forma más sofisticada de preocuparse sobre el punto de origen del universo es percatarse de que en la teoría de la relatividad general, el punto de origen es una singularidad matemática en un momento en que el universo era infinitamente denso. Esto significa que la teoría de Einstein no es válida cuando se acerca al punto de la singularidad. Se hace

necesario, pues, encontrar otra cosa, otra teoría, que reemplace la relatividad general para esos primeros tiempos.

El físico Steven Hawking y otros han sugerido que el universo primitivo era un objeto cuántico: que el universo empezó como una función de onda, como una superposición de muchos pequeños universos de posibilidad. El supuesto de un universo cuántico soluciona el problema de un principio del universo. La respuesta es simple: el principio no existe; sólo existe posibilidad. Y la pregunta trascendental entonces sería: ¿De qué modo la posibilidad se convierte en realidad? El universo de posibilidades existe en potencia, pero, ¿cómo se manifiesta para convertirse en realidad física? En la primera parte, dije que es la medida (la observación) lo que colapsa la función de onda de un electrón o de cualquier otro objeto material. En el idealismo monista, la conciencia trasciende la realidad física. La conciencia trascendente colapsa la función de onda del universo desde el espacio y el tiempo exterior en un acto de observación.

Tal vez haya quien rebata que la conciencia sólo se manifiesta en seres como nosotros, que tardaron un tiempo en evolucionar. ¿Cómo es posible que la conciencia observe antes de que exista un ser consciente? Una objeción muy válida. Pero nadie ha dicho que la expansión de la onda de posibilidad del universo y la evolución del cosmos tengan lugar únicamente en la realidad manifiesta. El idealismo monista propone que el universo evoluciona en potencia, como una superposición de posibilidades, hasta que un ser sensible sobreviene en una de las ramas de posibilidad y, a través de la observación, completa el bucle autorreferente. De hecho, este punto de vista soluciona un complejo problema sobre las pequeñas probabilidades que existen en algunas fases de la evolución cósmica,

como la de la evolución de la vida. La probabilidad de que la vida evolucione a partir de materia no viva, aunque finita, es extremadamente pequeña. Pero si el universo se manifiesta sólo cuando la conciencia se observa a través de los sentidos del primer ser sensible, el problema planteado por las probabilidades pequeñas deja de ser disuasivo.

¿Pero cómo es posible? Resulta difícil creer que el universo permanezca potencialmente a la espera hasta que un ser vivo evolucione en un insignificante y pequeño planeta de una de sus ramas de posibilidad y, entonces, observe. Por suerte, existe un experimento que acabará con nuestra incredulidad; es lo que se conoce como el experimento de la elección retardada.

El experimento de la elección retardada

El físico John Wheeler fue quien primero sugirió el experimento de la elección retardada utilizando un divisor de haces de luz (Figura 11), que claramente demuestra la importancia de la elección consciente en la conformación de la realidad cuántica. Con la ayuda de un espejo argentado sólo en una de sus mitades, M_1, se divide un haz de luz en dos haces de igual intensidad; estos dos haces son reflejados entonces por dos espejos argentados por completo (A y B) en un punto de cruce P. Si decidimos detectar el modo partícula de los fotones (el cuanto de luz), colocamos detectores o contadores más allá del punto de cruce P, tal y como se muestra en el cuadrado inferior izquierdo de la Figura 11. Uno u otro contador se activará, definiendo el sendero localizado de la luz cuántica y mostrado su aspecto de partícula.

Para detectar el aspecto de de onda de la luz, aprovechamos el fenómeno de la interferencia de onda. Si colocamos un segundo espejo argentado sólo en una de sus mitades, M_2, en P (cuadrado inferior derecho en la Figura 11), las dos ondas creadas por el haz que se divide en M_1 se verán forzadas por M_2 a interferir constructivamente en un lado de P (donde el contador seguirá marcando) y destructivamente en el otro lado (donde ahora el contador nunca marca). A destacar que cuando estamos detectando el modo onda de los fotones, debemos agregar que cada fotón viaja por ambos senderos, A y B; de lo contrario, ¿cómo podría producirse la interferencia?

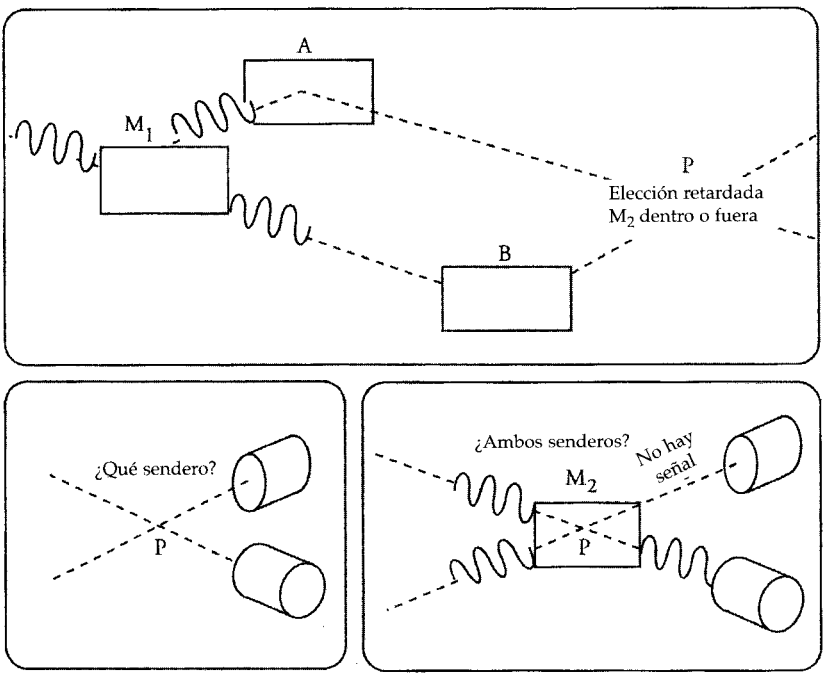


Figura 11. *El experimento de la elección retardada.*

¡Y ahora la sutileza! En el experimento de elección retardada, el experimentador decide en el ultimísimo momento, en el ultimísimo nanosegundo (10^{-9} segundo), si insertar o no el espejo argentado sólo en una de sus mitades en P, es decir, si medir (u observar) o no el aspecto onda. En efecto, esto significa que los fotones (considerándolos como objetos «reales» hechos realidad) ya han viajado más allá del punto de dividirse en M_1. Incluso así, insertar el espejo M_2 en P siempre muestra el aspecto onda de la luz, y no insertar el espejo siempre muestra su aspecto partícula. ¿Se movía cada fotón por un sendero o por los dos? Los fotones parecen responder igualando nuestra elección retardada instantáneamente... ¡y retroactivamente! Un fotón viaja por un sendero o por ambos senderos en armonía exacta con nuestra elección. Y esto se convierte en un gran rompecabezas hasta que nos damos cuenta de que no existe un fotón manifiesto hasta que lo vemos.

El principio de la elección retardada se aplica incluso si el objeto a observar es la totalidad del cosmos. No existe cosmos manifiesto (sólo posibilidades, posibles vías de desarrollo) hasta que un ser sensible observa el universo. Y con esa «primera» observación, todo el camino de posibilidad que conduce al suceso se manifiesta retroactivamente, retrocediendo en el tiempo.

El experimento de la elección retardada ha sido verificado en el laboratorio con un tiempo de retracción de escasos nanosegundos (billonésimas de segundos) (Helmuth y otros, 1986). A escala cósmica, la elección retardada puede ser verificada al menos como principio, aunque no experimentalmente (Wheeler, 1983). En el cosmos existen unos objetos muy lejanos, brillantes y compactos, conocidos como quasares

(fuentes de radiación casi estelar) que a veces se ven por duplicado. ¿Por qué? Lo que vemos es tanto el quasar como su imagen, que está formada por la «lente gravitacional» de una galaxia intermedia. La gravedad deforma la luz curvándola, como una lente. Einstein lo predijo mucho tiempo atrás, una predicción que ha sido verificada mediante observaciones basadas en la Tierra. La galaxia intermedia puede curvar la luz hacia la izquierda o hacia la derecha, creando dos senderos, como en el experimento de elección retardada. Naturalmente, en este caso, unir los dos senderos en un punto P para crear la situación de ese experimento no es fácil, ya que en general, la distancia recorrida por la luz en los dos senderos sería ampliamente distinta. Pero, en principio, con la posibilidad de viajar por el espacio con naves espaciales, siempre podemos encontrar el punto P.

Desde la posición ventajosa que supone el punto P, los brazos del aparato tienen una longitud de miles de millones de años luz. ¡Sí! Los quasares están a esa distancia de nosotros. Y de este modo, el tiempo de retroacción, el tiempo de manifestación hacia atrás, es probablemente de miles de millones de años, un fragmento considerable de la edad del universo. De esta manera, podemos incidir e incidimos sobre lo que suponemos ha sido antes de que pensáramos clásicamente; porque sólo nosotros, los observadores conscientes, podemos colapsar una posibilidad cuántica y crear realidad.

El principio antrópico fuerte

Para resumir, estamos aquí debido al universo, y el universo está aquí debido a nosotros. Esta idea, conocida como el

principio antrópico fuerte, lleva algún tiempo cosechando popularidad (Barrow y Tipler, 1986).

En cierto sentido, estamos invirtiendo la historia de la ciencia. La ciencia moderna empezó con Copérnico, cuyo modelo de nuestro planeta girando alrededor del sol puede calificarse de antiantrópico; nos alejó del concepto aristotélico de la Tierra (y del ser humano que la habita) como centro geográfico del universo. Ahora estamos de vuelta ahí, no como centro geográfico del universo (¡según los actuales y sofisticados conceptos de espacio-tiempo, ese centro no existe!), sino como centro espiritual.

El principio antrópico fuerte explica muchas coincidencias: por qué el universo está tan afinado en muchos y diversos sentidos. Si la constante de gravedad o la carga eléctrica del electrón fuesen siquiera ligeramente distintas, o si el porcentaje de reacción nuclear del núcleo de tres helios que forma el núcleo del carbono no estuviese mejorado por un juego de resonancia (el mismo proceso que posee el potencial de destruir un puente si un grupo de soldados marcha sobre él al unísono), el universo no habría producido seres sensibles y, a su vez, nunca se habría tornado manifiesto.

Muchos físicos piden disculpas por el principio antrópico; lo sienten como una espina clavada porque viola el principio de objetividad fuerte que tantísimo aprecian. Pero el idealista monista sabe que la objetividad aparente del universo a nivel macro no es más que un camuflaje. El universo es un juego de conciencia, y la autorreferencia manifiesta es la cortina del telón que se abre a este juego.

El universo creativo y el origen de la vida

El objetivo del universo es manifestar creativamente las ideas de la conciencia. Por este motivo, los *rishis* (sabios) de los Upanishads se dirigían a Brahmán como *kavi*, poeta. La manifestación es necesaria para que la conciencia se «vea» a sí misma y a sus ideas. Los idealistas monistas imaginan que estas ideas existen como arquetipos no manifiestos hasta que la materia evoluciona y llega a manifestarlas. Los famosos arquetipos platónicos, como la verdad, la belleza y la justicia, son ejemplos de ello; pero Platón no fue el único que trabajó este concepto. Los hindúes lo tenían también. El concepto hinduista de *nirguna* Brahmán (Brahmán sin atributos) hace referencia a la conciencia indivisa. Nirguna Brahmán es un gran silencio; nunca sucede nada; sólo existen posibilidades ilimitadas. Pero está también el concepto de *saguna* Brahmán (Brahmán con atributos), que hace referencia a arquetipos de manifestación.

Al principio, existen posibles temas, temas arquetípicos como el amor, la belleza, la verdad, la justicia, las leyes físicas, etc. Posteriormente, surge la materia en posibilidad y, con ella, la posibilidad de manifestar los temas materialmente. Las leyes de manifestación forman parte importante del tema colectivo. Con la llegada de la ciencia idealista, las leyes de la manifestación empiezan a clarificarse. La materia son ondas de posibilidad cuántica. Los temas se manifiestan cuando estas ondas de posibilidad son colapsadas y hechas realidad según las leyes de manifestación.

La posibilidad definitiva es consciente de sí misma, se ve a sí misma a través de ojos manifiestos como materialmente separada del mundo. «No podemos escapar del hecho de que

el mundo que conocemos está construido para (y, por lo tanto, de tal forma que sea capaz de) verse a sí mismo», destaca el matemático G. Spencer Brown. «Pero para conseguirlo, es evidente que primero tiene que dividirse en al menos un estado que vea, y al menos otro estado que sea visto».

Para que se produzca una división entre sujeto y objeto, debe haber una distinción entre las ondas de posibilidad microscópicas y macroscópicas. Y, de hecho, debido al principio de incertidumbre, la materia submicroscópica se expande rápidamente en posibilidad; nunca podemos determinar las trayectorias de comportamiento que seguirán pequeños conglomerados de materia submicroscópica. Pero los conglomerados grandes de materia submicroscópica exhiben un comportamiento casi clásico; se expanden tan lentamente en posibilidad que podemos asignarles trayectorias futuras de comportamiento a todos los efectos prácticos (al menos, en principio).

El mundo empieza su evolución como una triada de posibilidades: los temas invariables, los objetos cuánticos que presentan oportunidad creativa expandiéndose rápidamente en posibilidad, y los objetos casi clásicos que conservan un punto de referencia, un andamiaje, una vez que la conciencia ha colapsado la realidad en la posibilidad.

Mientras que las formas de posibilidad simple (átomos y moléculas) son estables, los conglomerados complejos formados a partir de ellas y que crean las macromoléculas de vida, son inestables debido a su interacción con el entorno. Se forman y se deshacen hasta que, a través de la evolución, evoluciona un dúo compuesto por el sistema simbiótico cuántico y el aparato de medición, que es estable y también autorreferente. El primer sistema de este tipo, una célula

viva, puede organizarse a sí misma, conservarse a sí misma, reproducirse a sí misma y, lo que es más importante, percibirse a sí misma como algo separado de su entorno. La base de todas estas capacidades es la elección consciente. La dinámica cuántica proporciona posibles líneas de actuación (bifurcaciones, si prefiere llamarlo así). La conciencia es quién elige; recientemente, en Occidente, hemos utilizado el nombre de Gaia para referirnos a la conciencia en este papel de elegir autorreferencialmente la organización de lo que llamamos vida en la Tierra, aunque con una connotación ligeramente distinta.[1]

La aparición conjunta y autorreferente de Gaia como la célula viva y su entorno manifiesta, por primera vez, la posibilidad de vida en la realidad. Esta manifestación consiste en la elección, de entre todos los demás caminos que sólo conducirían a una situación sin vida, de un camino casual que desemboca en una medida autorreferente cuántica en la célula viva.

El tiempo real nace en el instante en que la vida se manifiesta en la primera célula viva y retroactivamente regresa hasta el origen de modo que, con posterioridad, todo el camino casual puede ser estudiado como el pasado. El primer acto de creación del universo creativo queda así completado. El proceso creativo continúa entonces, ofreciéndo las maravillosas fases a través de las cuales la evolución de la vida se ha desarrollado en la Tierra. En el siguiente capítulo, discutiré la evolución de la vida.

Notas

[1] El concepto de Gaia fue revivido en la biología moderna por James Lovelock (1982) y Lynn Margulis (1993).

Capítulo 6

La evolución de la conciencia

Las tradiciones espirituales sostienen que el universo está hecho de conciencia, creado por la conciencia (Dios), y diseñado para la conciencia, para su juego intencionado y creativo. En la ciencia prevalece una visión radicalmente opuesta. No hace tanto tiempo que la mayoría de científicos creía en una visión más bien sombría del universo: fue creado hace aproximadamente quince mil millones de años a partir de maquinaciones aleatorias de materia como una fluctuación gigante y ha ido en decadencia a partir de entonces. La entropía es la cantidad de desorden que hay en un sistema, y según la ley de la entropía física, la entropía siempre aumenta o, como mucho, permanece igual. El universo, como cualquier sistema físico, obedece a la ley de la entropía. De ahí el veredicto: el universo va en decadencia, desde el estado de orden relativo en el que fue creado hacia estados de desorden cada vez mayores. El universo ha evolucionado en este escenario sin ningún objetivo. Las galaxias, las estrellas, los planetas, la vida incluso, aparecen en escena como las fluctuaciones locales que permite la ley de la entropía. ¿Algún significado? ¡Qué va!

¿Cómo reconciliar, o incluso integrar, una visión optimista y subjetiva de la creación con una visión pesimista y objetiva?

El individuo es sensible gracias a un poquito de historia occidental: la batalla disputada en Occidente entre ciencia y tecnología. Muchos teólogos cristianos, basándose en una interpretación estricta del Libro del Génesis, afirmán que el universo fue creado hace aproximadamente seis mil años. Declaran también que todas las especies biológicas fueron creadas a la vez por Dios y siguiendo un plan grandioso.

Mientras, a mediados del siglo XIX, los científicos empezaron a acumular pruebas de la evolución de la vida a partir de registros geológicos y fósiles. Charles Darwin estableció la visión evolucionista de la vida con una teoría tan contundente que ha guiado los pasos de la biología desde entonces. Darwin dijo que el cambio biológico se produce a partir de un proceso de dos fases: Existen mecanismos que producen mutaciones en el material hereditario de los organismos dando como resultado variaciones en la descendencia. La naturaleza, entonces, selecciona entre esas variaciones y sólo sobreviven los mejor adaptados. A lo largo de una escala de tiempo prolongada, una variación que presente aunque sea una mínima ventaja de supervivencia, se impondrá sobre la homeostasis existente. Por lo tanto, el cambio (la evolución) es factible. Cuando Gregor Mendel descubrió los genes, el material hereditario de los seres vivos donde se produce la variación, su trabajo fue reconocido por el darwinismo como un triunfo. Esta y algunas elucidaciones más llevaron al dogma que se conoce ahora como neodarwinismo: la vida evoluciona a través del dinámico dúo de la variación y la selección; detrás de la vida no existe ni plan ni propósito.

Pero en las últimas décadas, ambos puntos de vista han sido cuestionados. La visión de la cosmología sin objetivo y sin significado se ha visto desafiada por los mismos científicos

con el descubrimiento del principio de antrópico, es decir, con la idea de que el universo fue creado con el propósito de evolucionar seres sensibles (véase el Capítulo 5). Las muchas coincidencias en la manera en que ha sido construido el universo (el ajuste de los valores de las constantes físicas, como la carga eléctrica de un electrón; incluso la geometría específica del universo, que continúa expandiéndolo durante el tiempo suficiente para proporcionar la escala de tiempo que requiere la evolución de la vida) sugieren que podría ser que el universo tuviera un destino con significado, un propósito cósmico: evolucionar observadores como, por ejemplo, nosotros, los seres humanos.

También los teólogos han combatido el embate del neodarwinismo haciendo hincapié en las debilidades de esa teoría. De hecho, la teoría de Darwin es débil en muchos aspectos. Para empezar, propone que las variaciones tienen lugar a nivel microscópico (el material genético, el genotipo), mientras que la selección tiene lugar a nivel macroscópico (las características, el fenotipo). Normalmente, no existe una conexión directa entre los niveles microscópico y macroscópico. Y lo que es más problemático, para producir una nueva característica a nivel macroscópico que resulte útil para la supervivencia son necesarios muchos cambios coordinados a nivel microscópico, muchas mutaciones genéticas. Resulta complicado imaginarse cómo estos cambios gigantescos (denominados a veces «monstruos esperanzados») pudieron producirse de repente. También resulta complicado ver cómo pudieron producirse gradualmente; los cambios genéticos individuales no suelen tener un valor de supervivencia y, por lo tanto, no serían seleccionados. Piense, por ejemplo, en la evolución del ojo. Debe haber exigido centenares de mutaciones

genéticas, quizá miles. ¿Qué bien puede aportar una sola mutación? ¿Una milésima parte de un ojo? ¿Una centésima, quizá? ¿Tal vez la mitad?

Por otro lado, la teoría de Darwin tampoco es muy compatible con la ley de la entropía. La ley de la entropía dice que todas las cosas deberían avanzar del orden al desorden. La ley define una «flecha de tiempo»; al ver que la entropía ha aumentado hoy en comparación de ayer, es posible discernir que ayer era el pasado y que ha transcurrido un tiempo. Pero la evolución biológica avanza en dirección contraria: de menos orden a más orden, de lo simple a lo complejo. También define una flecha de tiempo; viendo que la vida en el pasado era más simple que la de hoy, podemos discernir el pasado. Pero la teoría neodarwinista no contiene nada que explique la flecha de tiempo biológica. Las mutaciones son aleatorias, no direccionales; la selección no presenta tampoco una preferencia direccional hacia la complejidad. Tal y como el físico Paul Davies ha argumentado, la selección natural selecciona pensando en la fecundidad, no pensando en la complejidad.

Y finalmente, dicen los adversarios del neodarwinismo que los datos fósiles, la joya de la corona del caso biológico contra el argumento teológico de la creación por diseño divino, presentan vacíos. No existen evidencias claras de una evolución continua de una especie a otra.

Por desgracia, la alternativa teológica, el creacionismo, cojea por el dogma que insiste en una interpretación literal del Libro del Génesis: toda la vida fue creada de un solo golpe hace seis mil años. ¿Y los fósiles? ¿Y los seres humanos que al parecer existían antes de 6000 a.C.? Bien, dicen los creacionistas, los fósiles y las evidencias arqueológicas también fueron creados hace seis mil años.

¿Tienen razón los creacionistas? La verdad es que sus críticas al neodarwinismo tienen mucho sentido. Pero su visión de un Dios creador-emperador creando toda la vida en un momento pasado relativamente reciente no es sostenible en la época científica actual, ni necesaria como preocupación fundamental.

Pero a pesar de críticas y defectos, el neodarwinismo tiene mucho éxito. No es toda la historia, pero ciertamente es parte de la historia de la evolución; existen muchas evidencias de que las variaciones genéticas y la selección natural existen. Lo que otorga a los evolucionistas un problema de credibilidad es su rechazo unánime al propósito y al diseño divino. Y lo que proporciona munición a sus oponentes es la incapacidad del neodarwinismo de explicar científicamente cómo se produce la evolución de las especies.

¿Hay algún modo de solucionar el antagonismo entre creacionismo y evolucionismo? Lo hay. Para ello es necesario trasladar el campo de batalla de la cultura occidental a la cultura mundial. Las religiones orientales no sostienen que Dios creara la vida hace seis mil años. Pero sí creen en la existencia de un propósito. Plantean que la evolución tiene que ser resultado del juego creativo de la conciencia. Los hinduistas sostienen incluso que Dios se reencarnó diversas veces en el reino animal en lo que equivale al orden evolucionista: como pez, anfibio, mamífero, en formas intermedias entre animal y humano, y sólo entonces como humano. Reconocen, claramente, la fuerza convincente de la evolución.

La ciencia debe cambiar también de una cosmología enraizada en unas creencias newtonianas clásicas a una cosmología basada en la física cuántica. En una cosmología cuántica, el universo se crea en una posibilidad cuántica y la conciencia

se hace imprescindible para convertir la posibilidad en realidad; no existe universo manifiesto hasta que se produce una medida u observación cuántica autorreferente.

La pregunta para la cosmología cuántica como ciencia dentro de la conciencia es la siguiente: ¿cuándo tuvo lugar la primera medida cuántica autorreferente? Podríamos tomar una postura similar a la de la teología cristiana, una postura muy antropomórfica, y decir que la primera medida cuántica autorreferente tuvo lugar con nosotros, los seres humanos. Pero esto sería como la solución solipsista a la paradoja del amigo de Wigner; negaría la conciencia autorreferente a plantas y animales. Los animales tienen una personalidad, por rudimentaria que sea (aunque el cristianismo exotérico lo niegue). Incluso en una bacteria diminuta, existe una distinción entre personalidad y entorno. Incluso una bacteria es autorreferente y, por lo tanto, capaz de conseguir que todo el universo pase de ser algo en potencia a ser una realidad.

¡No se alarme innecesariamente por el poder de las bacterias! Todo poder, tanto el nuestro como el de las bacterias, procede de la conciencia. La idea importante que debemos captar aquí es que la *vida* es algo que compartimos con las diminutas bacterias; no existe necesidad de convertir en antropomórfico el principio antrópico. El universo evoluciona en posibilidad para hacer posible la sensibilidad perceptiva. De entre todas las posibilidades cuánticas que abrían una variedad de universos con una variedad de constantes físicas y geometrías espaciales, la que fue colapsada es aquella en la que surge la percepción. Entonces tuvo lugar una medida cuántica: un ser se observó a sí mismo como un ente separado de su entorno (¡aunque el estado de separación es mera apariencia, es una apariencia grandiosa!). Se creó una distinción

entre vida y no vida, elementos que se crean mutuamente a través de la medida cuántica autorreferente.

¿Son creación de Dios el universo y la vida? Sí, si se considera que Dios es ese principio creativo al que denominamos conciencia. La primera medida cuántica autorreferente es un gigantesco salto cuántico de creatividad. Pero la creatividad de Dios no termina aquí. La vida evoluciona a través de la creatividad, desarrollando más y más complejidad. ¿Tienen razón los creacionistas? Ya lo creo. Dios crea toda la vida. Pero, sin embargo, el creador no es un Dios emperador que vive en el cielo, sino el principio infinitamente creativo de la conciencia. Y para hacer su trabajo ha necesitado tres miles de millones de años, no unos pocos días, y muchos actos individuales de creación.

La evolución cuántica

La teoría neodarwinista de la evolución niega que esta tenga un objetivo y declara que toda evolución se explica como un proceso gradual que implica mutación casual y selección natural. Utilizando las palabras del biólogo Ernst Mayr: «Toda evolución se debe a la acumulación de pequeños cambios genéticos, guiados por la selección natural».

¿Cómo se produce la «especiación» (la separación o división de una nueva especie de otra antigua) bajo el supuesto neodarwinista de la evolución gradual? Como se ha mencionado anteriormente, las mutaciones únicas rara vez resultan beneficiosas y tienen escaso valor de supervivencia. Para conseguir un cambio significativo en una característica a nivel macroscópico (fenotipo), se necesitan muchas mutaciones

genéticas a nivel microscópico. ¿Cómo puede estabilizarse el gran número de mutaciones necesarias frente a la competencia que ofrece la especie antigua y estable?

Según un concepto conocido como especiación alotrópica, cuando un pequeño subgrupo de una población original se queda geográficamente aislado, la «barrera» geográfica impide los cruces entre los dos grupos. La reserva genética del subgrupo se ve severamente restringida. Las variaciones genéticas aleatorias graduales que tienen lugar en ambos grupos y la selección natural que provocan los dos entornos distintos, producen entonces tanta divergencia genética entre ambos grupos que el cruce entre ellos sería imposible aun en el caso de que volvieran a reunirse. El aislamiento geográfico, la reserva genética relativamente pequeña del subgrupo y la selección medioambiental separan de forma efectiva las dos especies.

Pero este escenario de ensueño presenta un gran inconveniente. Mientras que existen abundantes evidencias fósiles de la evolución gradual dentro de una especie, no existen registros fósiles realmente convincentes de la evolución gradual de una especie a otra. No encontramos, por ejemplo, una serie gradual de fósiles que muestren las características de un pez siendo sustituidas gradualmente por las características de un anfibio. Más bien al contrario, los registros fósiles muestran flagrantes vacíos en la evolución de las especies.

Es por eso que en los últimos años ha ido ganando terreno una visión alternativa. El biólogo Gaylord Simpson acuñó el término «evolución cuántica» (saltos cuánticos) para explicar por qué hay escasos registros fósiles, que evidencien el origen de muchos grupos de organismos para los que sí existen otras evidencias fósiles que describen periodos de evolución

gradual normal. Del mismo modo, los destacados «eslabones perdidos» entre grupos que muestra el árbol evolutivo podrían quedar explicados por la evolución cuántica.

Algunos paleontólogos, entre los que cabe destacar a Niles Eldredge y Steven J. Gould, han realizado la osada declaración de que los registros fósiles muestran de forma manifiesta largos periodos de estabilidad de especies seguidos por la aparición repentina de una nueva especie. Así surge la idea de un equilibrio interrumpido, la idea de que la evolución no es un proceso gradual y continuo sino que está interrumpida por rápidos cambios en los momentos en que surgen las nuevas especies (Eldredge y Gould, 1972).

El biólogo Verne Grant (1985) ha propuesto el término especiación cuántica, un término que adoptaremos en este capítulo, para denominar el fenómeno de la especiación a través de la rápida evolución cuántica. Reservaré el término más general, evolución cuántica, para el espectro total de la evolución rápida a nivel macroscópico, que abarca en su seno la especiación. Demostraré que los términos especiación cuántica y evolución cuántica son tremendamente apropiados para el fenómeno de la evolución rápida a nivel macroscópico porque hacen referencia a un mecanismo cuántico, un salto de creatividad cuántico por el cual el propósito y los planes de la conciencia entran en el mundo biológico.

Para resumir, la teoría del equilibrio interrumpido sugiere que en la evolución biológica existen dos ritmos distintos, dos escalas de tiempo distintas. Uno de esos ritmos es continuo y gradual, acomoda cambios evolutivos adaptativos graduales a lo largo de una escala de tiempo prolongada, quizá de millones de años, y lo encontramos dentro de una misma especie. El otro ritmo es rápido y repentino, como un signo de puntuación...

como un salto cuántico. Y a esto le añado que es a través de ese ritmo rápido que la conciencia guía la evolución hacia una complejidad cada vez mayor, reflejando con ello el modo creativo de la evolución. La evolución lenta entre saltos cuánticos es neodarwiniana y refleja el modo condicionado del cambio evolutivo.

Desde que la teoría del equilibrio interrumpido fuera formulada en la década de 1970, sus críticos han exigido un mecanismo para ese rápido cambio que puede conducir hasta la especiación. Por desgracia, los creadores del concepto, Gould y Eldredge, fueron incapaces de proporcionar este mecanismo y sólo pudieron aseverar que «los procesos básicos (mutación, selección, etc.) podrían entrar en explicaciones a todos los niveles [...] pero trabajan de formas distintas en el material característico de diversos niveles».

Propongo que la evolución biológica posee creatividad, que la especiación es literalmente un salto cuántico creativo (Goswami, 1997a). El vacío fósil indica una discontinuidad real. Igual que con cualquier acto creativo, la discontinuidad es una importante evidencia circunstancial a favor de la creatividad.

Analogía con los niveles de aprendizaje

El aprendizaje ordinario implica normalmente dos elementos: un componente de prueba y error (por ejemplo, un generador de números aleatorios) y un componente que selecciona (que juega al juego de prueba y error). En el caso de la evolución gradual darwiniana, las mutaciones genéticas incluyen el elemento aleatorio, y la naturaleza, a través de su adaptabilidad,

actúa a modo de selector. Es lo que Gregory Bateson denominó aprendizaje de nivel uno: aprender por el método de prueba y error dentro de un contexto fijo (Bateson, 1980). Este aprendizaje es similar también al condicionamiento; condiciona el sistema para que responda de la manera aprendida.

Podemos describir la evolución darwiniana utilizando el lenguaje conductista del condicionamiento medioambiental en los siguientes términos: la selección natural refuerza determinados cambios genéticos aleatorios (a nivel macroscópico, fenotípico) después de que hayan tenido lugar, igual que la buena conducta se ve recompensada en el condicionamiento (operante); y la selección inhibe determinados cambios genéticos o sus funciones fenotipo equivalentes, igual que la mala conducta se ve castigada. El efecto del condicionamiento es producir un individuo estable. De modo similar, el efecto de la selección natural es producir una especie estable.

La analogía con el condicionamiento revela con claridad que la evolución darwiniana no es evolución en el sentido habitual, es decir, no es una forma de producir nuevas especies, sino que es una forma de conservar una especie existente, de mantener su homeostasis mejorando su capacidad de adaptación. Uno de los ejemplos más conocidos de la evolución darwiniana corrobora esta conclusión. En Inglaterra se descubrió que la oruga de la encina cambiaba de color en respuesta a la contaminación ambiental. En su repertorio genético estaba ya el ala de color marrón, más compatible con la supervivencia en un entorno contaminado. Con el recuerdo, ese color se apoderó rápidamente de la población. De este modo, la selección natural garantizó la estabilidad de la especie. Esto no excluye, sin embargo, la posibilidad de una especiación ocasional «accidental» por el método de prueba y error

del proceso neodarwiniano... ¡algo similar a la rareza que sería escribir un poema creativo por prueba y error!

Bateson reconoció también lo que denominó aprendizaje de nivel dos o aprendizaje creativo, la capacidad de ver un nuevo contexto. La evolución creativa incluye esta capacidad de ver un nuevo contexto, una nueva función, que podría ser posible a través de una serie de mutaciones aleatorias inconexas.

¿Quién posee esta capacidad de visión? ¡La conciencia, por supuesto! No se puede hablar de creatividad sin conciencia. La respuesta a la pregunta de por qué las mutaciones individuales aleatorias no están seleccionadas a nivel individual es que esa mutación es, fundamentalmente, un proceso cuántico. Como proceso cuántico, la serie de mutaciones importantes para una nueva función a nivel del fenotipo sigue siendo potencial hasta que la conciencia, a través de la elección, colapsa con esa serie.

La visión que estamos adoptando es que la especiación biológica es un proceso creativo, repentino y discontinuo, similar al aprendizaje de nivel dos, mientras que el gradualismo es un proceso estabilizador que, de modo similar al aprendizaje de nivel uno, conserva la especie una vez está establecida. Son buenas razones para postular una mecánica cuántica para la especiación y la evolución. La mecánica cuántica ofrece los dos aspectos del cambio evolutivo rápido que estamos buscando: un mecanismo para un salto cuántico discontinuo en la evolución (siendo la discontinuidad una característica fundamental del movimiento cuántico) y una manera de propagar el cambio mutado sin selección o adaptación (en forma de la propagación de superposiciones de posibilidades no colapsadas, la otra característica fundamental del movimiento cuántico).

Medida cuántica y evolución cuántica

Como hemos visto, el problema fundamental que debe abordar cualquier teoría para un mecanismo de evolución cuántica es que las mutaciones individuales apenas tienen ventaja selectiva; si la selección actuase sobre las mutaciones individuales, existirían abrumadoras probabilidades de que la mutación fuese eliminada. Pero si algunas mutaciones consiguiesen escapar de algún modo de la selección individual, podrían acumular una ventaja selectiva como grupo y entonces, ser seleccionadas favorablemente por medio de la selección natural.

Para ver cómo un grupo de mutaciones con ventaja selectiva como conjunto podría evitar la selección natural individual, se hace necesario un planteamiento radicalmente nuevo. Mi sugerencia es que la mecánica cuántica y los conceptos de medida cuántica (véase el Capítulo 3) podrían proporcionar este planteamiento. Los supuestos engañosos son que cada mutación genética de micro evolución debería corresponderse con un cambio fenotípico manifiesto (una nueva característica), y que la única manera que tiene el cambio de escapar de la eliminación a través de la selección natural es o bien por aislamiento geográfico, o bien por neutralidad selectiva (la nueva característica no es competitiva a nivel de selección) (Kimura, 1983). Pero la teoría de la mecánica cuántica y de la medida cuántica permite una tercera posibilidad.

Las mutaciones genéticas, independientemente de que sean mutaciones puntuales causadas por radiación o reordenaciones de cromosomas (o incluso inversiones) que tienen lugar en secciones del ADN cuando este se duplica o se

recombina, son fenómenos cuánticos. En el caso de una mutación puntual, un agente radiactivo produce una superposición de posibilidades cuánticas, nuevas y viejas; la probabilidad de que se produzca una posibilidad está correlacionada con la función de probabilidad de la descomposición radiactiva. En el caso de reorganización de cromosomas, se produce una superposición de posibilidades porque, como ha destacado el físico Walter Elsasser, muchas de las posibilidades cuánticas relevantes tienen la misma o prácticamente la misma energía, una situación que técnicamente se conoce como «degeneración» (Elsasser, 1981, 1982).

Debido a su lealtad al realismo científico, los biólogos asumen que la superposición de posibilidades obtenida por cualquiera de estos mecanismos de mutación colapsa inmediatamente con uno de los resultados de acuerdo con las probabilidades asignadas por la dinámica cuántica. Pero esto va en contra de los principios de la mecánica cuántica. Según la teoría de la medida cuántica discutida en el Capítulo 3, un colapso de este tipo no puede producirse hasta que la conciencia elige entre las posibilidades ofrecidas por la dinámica cuántica de la situación.

¿En qué momento elige la conciencia? Es evidente que, antes de que se produzca la elección, debe tener lugar una amplificación de las mutaciones genéticas microfísicas. Esta amplificación conlleva una expresión del fenotipo (una nueva característica que existe en potencia). No existe colapso, no existe elección entre las superposiciones de posibilidades que se desarrollan a partir de las mutaciones genéticas acumulativas, hasta que se produce un cambio suficiente para hacerse merecedor de la expresión del fenotipo en términos de una nueva característica que esté de acuerdo con el

propósito, o plan grandioso, de la conciencia. La amplificación en potencia la llevan a cabo ácidos nucleicos y proteínas de diversos tipos.

Aquí está, pues, la solución a nuestro problema. Dejarse arrastrar lejos de la condición homeostática implica genes mutados, que son selectivamente neutrales a nivel individual. No son mutaciones manifiestas; son superposiciones de posibilidades, transmitidas como posibilidades a generaciones posteriores. Sobre estas superposiciones no colapsadas se acumulan más superposiciones de posibles mutaciones, creando un entramado de complicadas superposiciones; el proceso de amplificación, en potencia, crea nuevos aminoácidos y proteínas, que llevan entonces a superposiciones de muchas nuevas y potenciales características. Es entonces cuando la conciencia elige, entre todos los caminos posibles, la nueva forma, que es compatible con el propósito de la conciencia. Si la nueva organización independiente, la nueva característica, evita también cruzarse con la antigua, tendremos una nueva especie: especiación cuántica.

Percátese de que, en este escenario, se manifiesta todo un conjunto de mutaciones a nivel microscópico suficiente para (1) encontrar la expresión del fenotipo a nivel macroscópico y (2) dar un salto cuántico hacia una nueva especie. La selección natural tiene todavía la última palabra en cuanto a si la nueva forma sobrevivirá o no. Pero en lugar de aplicar a mutaciones individuales, la selección aplica ahora a todo el conjunto de mutaciones responsable del salto cuántico hacia una nueva especie. Es lo que en la literatura biológica se menciona a veces como selección de especies (Stanley, 1979). Esto soluciona los habituales rompecabezas neodarwinistas, a saber, cómo la evolución a nivel microscópico conecta con la

evolución a nivel macroscópico y cómo se produce una especiación altamente novedosa (como el cambio de toda una clase o categoría taxonómica.

El supuesto de que el colapso autorreferente se produce cuando llega el momento adecuado para un salto creativo cuántico hace posible la evolución cuántica a nivel macroscópico, pues la selección contra las fases intermedias queda eliminada. ¿Y qué sucede con las probabilidades? Desgraciadamente, la probabilidad de colapso sigue siendo pequeña independientemente de que se produzca o no colapso en las fases intermedias. Esto se aplica a cualquier proceso creativo. Lo que ayuda en este caso de evolución biológica creativa es el largo tiempo disponible para el proceso inconsciente. Por encima de todo esto, están los campos morfogenéticos (véase el Capítulo 7) que contienen la forma específica que define la especie que la conciencia está esperando. El colapso se desencadena cuando tiene lugar una «resonancia» entre la forma arquetípica incorporada en el campo morfogenético y su manifestación. El biólogo Rupert Sheldrake presenta una idea similar (Sheldrake, 1981).

¿Es en realidad cierto que las superposiciones de posibilidades cuánticas permanecen a la espera, sin ser colapsadas, hasta que la conciencia esté preparada para colapsarlas y hacerlas realidad? En experimentos realizados por el parapsicólogo Helmuth Schmidt, contadores y ordenadores registran e imprimen sucesos aleatorios de descomposición radiactiva. Nadie observa los resultados del ordenador ni lo que pueda salir impreso, y las impresiones se guardan bajo llave. Pasados unos meses, un observador independiente en posesión de los impresos guardados elige la dirección de la desviación de la aleatoriedad que desea ver. Entonces los físicos, los

primeros que en realidad ven los resultados generados por el ordenador, intentan influir psicocinéticamente en la dirección especificada la aleatoriedad de la descomposición radiactiva. Lo consigue, aun a pesar de los meses transcurridos desde la descomposición original. Experimentos de control verifican que si un observador examina de antemano y con detalle los resultados impresos, no existe maniobra psíquica capaz de influir sobre los datos. La conclusión es simple, directa y asombrosa: los sucesos cuánticos permanecen en la posibilidad hasta que la conciencia los observa y los hace realidad.[1]

Correspondencia clásica y neodarwinismo

La especiación cuántica o la evolución cuántica son un acto de creatividad para las especies vivas como un todo. La superposición cuántica de posibilidades juega un papel crucial en la evolución. El colapso de la nueva forma creativa posee completa libertad de elección, siempre y cuando la dinámica cuántica de la mutación haya puesto a su disposición todas las posibilidades necesarias.

La vida y su evolución tienen también una modalidad condicionada. Puesto que todas las formas biológicas están conectadas a una primera célula a través de la herencia, el condicionamiento opera a lo largo de todo el árbol de la vida. Por lo tanto, en los intervalos que se producen entre episodios de especiación cuántica, tenemos un comportamiento parecido a la estasis; lo he mencionado ya. También he mencionado ya la similitud entre el conductismo y la evolución normal darwiniana durante los periodos de estasis. Cuando una determinada variedad de oruga sufre un cambio de coloración para

adaptarse a la contaminación ambiental, estamos ante un cambio darwiniano que se efectúa desde un modo ya seleccionado hacia otro (adaptación). En la reserva genética de la especie se encontraban ya todos los genes necesarios para el cambio.

Si el organismo ya está adaptado al entorno, la modalidad cuántica queda reprimida y domina la estasis. Pero en presencia de cambios rápidos en el entorno, como los que se produjeron con el advenimiento del periodo Cambriano en la prehistoria, se extinguieron muchas especies que no pudieron asimilar genéticamente los cambios exigidos por el entorno. Otras se adaptaron a través de la readaptación, recurriendo a respuestas ya seleccionadas y disponibles en su reserva genética. Unas pocas dieron el salto creativo hacia una nueva especie, ofreciéndonos especiación cuántica y, a veces, una evolución cuántica aun más significativa: un gran salto cuántico hacia una nueva familia o categoría taxonómica. Con el tiempo, a medida que estas últimas especies desarrollan más reservas genéticas adaptables, disminuye la necesidad de respuestas creativas a los cambios del entorno a nivel de especie. Por lo tanto, con el paso del tiempo, hay menos especiación cuántica y evolución cuántica. Esto es lo que se encuentra empíricamente: no ha aparecido ninguna nueva categoría taxonómica desde la revolución cambriana.

La célula viva es fundamentalmente un sistema autorreferente, consistente en un sistema cuántico y su aparato de medición, que ofrece posibilidades cuánticas distinguibles a nivel macroscópico para que la conciencia pueda elegir entre ellas. A lo largo de milenios de condicionamiento, sin embargo, el comportamiento cuántico del sistema queda eliminado excepto para sucesos de especiación cuántica relativamente excepcionales (o para los más excepcionales grandes cambios

de la evolución cuántica). Esta es la razón por la que los biólogos celulares no suelen tener necesidad de referirse a procesos cuánticos cuando describen la célula; les basta con las explicaciones clásicas deterministas. Esta eliminación de la conducta cuántica explica también, a un nivel fundamental, por qué, a medida que la evolución avanza, hay cada vez menos proliferación de familias, órdenes, clases y categorías taxonómicas.

Intencionalidad y direccionalidad en la evolución

La evolución cuántica ofrece también una agradable solución de compromiso al dilema de la intencionalidad en la evolución. La evolución gradual neodarwiniana está regida por la casualidad: lo que ahora existe como organismo y como entorno ejerce presión para la selección y determina el futuro. La intencionalidad, por otro lado, se ve normalmente como una causa final que tira de los organismos desde el futuro. Si se interpreta la intencionalidad como causa final, significa que el futuro está ya determinado con detalle; esto no encaja con la idea de que causas antecedentes, como la mutación casual o la selección medioambiental, juegan también su papel.

Pero ¿y si la intencionalidad fuera creativa? La idea de la creatividad en la evolución abre la puerta a una nueva manera de considerar la intencionalidad. Si la conciencia elige (creativamente, de un modo oportunista y dependiendo de los cambios del entorno) formas vivas de una complejidad cada vez mayor, la evolución tiene, entonces, una direccionalidad. Y, de hecho, vemos que así es. No es necesario decir que las cosas suceden según una teleología predestinada.

Esto no significa que la evolución no pueda progresar de vez en cuando hacia una complejidad menor. La conciencia es libre de elegir, entre las mutaciones posibles disponibles, un modelo de posibilidad cuántica que lleve a una especie menos compleja, si esta especie forma parte del plan: las formas arquetípicas de los campos morfogenéticos. Lo que da lugar a la flecha del tiempo biológica es la intencionalidad general hacia la complejidad. En la literatura idealista monista, esta intencionalidad queda referenciada como el deseo de la conciencia de verse en su plenitud.

La evidencia del quantum en la biología

La respuesta a la vieja pregunta de «¿Quién tiene razón, los creacionistas o los neodarwinistas?» parece ser que es «ambos y ninguno». El neodarwinismo funciona, pero sólo en la parte de la evolución biológica que mantiene la homeostasis de las especies a pesar de los cambios ambientales. El creacionismo, en el sentido bíblico literal, es injustificable, pero puede constituir un argumento favorable para la creación de un orden biológico por parte de la conciencia a través de un mecanismo de medida u observación cuántica.

¿Existe en la biología alguna evidencia independiente del quantum? Un aspecto espectacular de cualquier mecanismo cuántico es la posibilidad de correlación no local: partes de un sistema separadas por la distancia y que se mueven en fase, de forma coordinada y coherente. ¿Existe evidencia de correlación no local en la biología, y más especialmente, en la evolución biológica?

La complicada manera en que los genes contribuyen a un rasgo macroscópico parece evidenciar la no localidad cuántica. Una característica macroscópica puede estar asociada a muchos genes, y estos genes pueden localizarse muy lejos los unos de los otros dentro del cuerpo del ADN. Evidentemente, si estos genes actúan de manera coherente para crear un rasgo determinado, significa que existe algún tipo de acción a distancia, algo que no está «permitido» en la biología determinista.

En cualquier ser individual complejo también está presente una no localidad sutil. Aunque el ser humano tiende a vivir más en la cabeza que en el cuerpo (en Occidente, al menos), la mayoría estaría de acuerdo en que estar vivo es un sentimiento unitario, no fragmentado. Por ejemplo, no percibimos nuestra condición de estar vivos en el dedo gordo del pie derecho, por un lado, y en la oreja izquierda, por el otro.

Una demostración menos sutil de acción unitaria a pesar de la distancia física nos la sugiere lo que se conoce en neurofisiología como el «problema vinculante». Ahora que es posible fotografiar las neuronas cerebrales mientras el individuo piensa, sabemos que nuestras experiencias mentales implican simultáneamente diversas áreas del cerebro. Y aun así, en ningún momento dudamos de la unidad de la experiencia. Por lo que el neurofisiólogo se pregunta: ¿cómo se vinculan los distintos procesos que tienen lugar en diferentes áreas del cerebro para darnos una experiencia unitaria? Se trata de un caso claro de no localidad cuántica.

La no localidad cuántica aparece también de forma espectacular en la coevolución biológica, en la que dos especies completamente distintas tienen que evolucionar juntas para que ambas puedan sobrevivir. El argumento convencional (en el que cada especie pone presión selectiva en las variaciones

aleatorias de la otra como parte del entorno de la otra) ignora la probabilidad extremadamente baja de que se produzcan mutaciones individuales beneficiosas, y aun mucho menor de que sean mutuamente beneficiosas. Una respuesta más factible es que las mutaciones mutuamente beneficiosas se conservan en el limbo hasta que llega un momento en que ambas especies están preparadas para realizar un cambio repentino. Una vez más, el cambio tiene un carácter no local.

En el trabajo del biólogo Mae Wan Ho, que documenta numerosos ejemplos de acciones coordinadas entre moléculas biológicas, aparecen más evidencias de posible no localidad. La rapidez de estas actividades coordinadas a gran distancia invalida cualquier explicación en términos de los procesos clásicos de coherencia. Podrían muy bien ser ejemplos de correlación cuántica no local (Ho, 1994).

Notas

[1] Schmidt (1993): téngase en cuenta, sin embargo, que el experimento de Schmidt no se ha replicado todavía.

Capítulo 7

La nueva ciencia como abanderada de la cosmología sagrada

Uno de los Upanishads relata un bello episodio. Un hijo le dice a su padre, que es un sabio *rishi*, que quiere saber qué significa en realidad, Brahmán. El padre le dice:

—Medita y descúbrelo.

El chico medita sobre Brahmán y se dice: «Brahmán es *anna*, comida», de la cual está hecho nuestro cuerpo físico. Se lo explica a su padre, quien confirma su descubrimiento pero le pide que medite un poco más. El hijo regresa a la meditación y pronto es recompensado con otra visión. Vuelve a su padre y le dice:

—Brahmán es prana, la energía vital.

Su sabio padre le responde:

—Tienes razón, pero medita un poco más.

Después de meditar más, el hijo tiene otra visión.

—Brahmán es manas, la mente —anuncia entonces a su padre, y el padre vuelve a confirmárselo y le envía de nuevo a meditar. El hijo regresa y anuncia:

—Brahmán es vijnana, los temas o contextos de todos los movimientos.

La respuesta del chico es del agrado del padre, pero vuelve a enviarlo a meditar. Esta vez, el hijo descubre la verdad más profunda.

«Brahmán es ananda, la alegría espiritual», se dice. Y ya no tiene necesidad de volver a su padre para que le dé su confirmación; lo sabe.

Estos cinco cuerpos de Brahmán (conciencia) —annamaya (físico), pranamaya (vital o emocional), manomaya (mental), vijnanamaya (intelectual) y anandamaya (dicha)— recibieron el nombre de koshas, envolturas que esconden la luz de la conciencia. Se trata de la doctrina de las panchakoshas, las cinco envolturas, llamada así por los buscadores espirituales de la verdad. Para mí, el concepto de cinco cuerpos de conciencia resulta un útil trampolín hacia la comprensión científica moderna de la cosmología y la evolución. De las cinco, el cuerpo de la dicha es la conciencia como base de la existencia y como tal ha sido ya el foco de gran parte de nuestra discusión. En este capítulo, nos concentraremos en los cuatro cuerpos restantes.

Una rápida nota de pasada. ¿Existe en otras tradiciones religiosas algo parecido al concepto de cuerpos de conciencia? Sí. Dijo Jesús: la casa de mi padre tiene muchas mansiones; sabía que poseemos algo más que un cuerpo físico. La analogía más clara a la descripción de los cinco cuerpos de los Upanishads, sin embargo, se encuentra en la cábala judía. Según la cábala, la manifestación divina del Uno (Ein sof) tiene lugar en términos de cuatro mundos: Atziloth, el mundo más cercano al espíritu puro, la fuente de la creación (el mundo del tema arquetípico); Beriah, el mundo mental; Yetzirah, el mundo vital o del sentimiento; y Assiah, el mundo más denso, físico (Seymour, 1990; Kamenetz, 1994). Tiene sentido conceptualizar que no tenemos sólo un cuerpo físico, sino también cuerpos correspondientes a cada uno de los demás mundos.

¿Equivale la mente al cerebro?

Según el punto de vista del Vedanta, la conciencia no es sólo un producto de la mente (trasciende tanto la materia como la mente), sino que además, la mente se diferencia del cerebro. Ambos conceptos son cruciales para el desarrollo de la ciencia dentro de la conciencia.

Cuando los investigadores especializados en inteligencia artificial hablan sobre el cerebro como algo análogo a un ordenador, sólo tienen razón en parte. Conceptualizar la mente como un software de ordenador es válido hasta que sacamos a relucir el tema del significado. Los ordenadores son máquinas procesadoras de símbolos en las que los símbolos actúan como tales. ¿Cómo pasamos de un software procesador de símbolos al significado?[1] Si cree que podríamos reservar algunos de los símbolos para designar el significado de otros símbolos, vuelva a pensarlo bien. En este caso, necesitaría símbolos que designaran el significado de esos símbolos, indefinidamente.[2] No. El significado se procesa en la mente del programador informático, que es quien asigna su correspondiente significado a los símbolos de sus programas. Lo mismo sucede con el cerebro, si lo consideramos como una máquina procesadora de símbolos (albeit quantum); necesitamos una mente que asocie significado a lo que el cerebro procesa.

Piense en cómo nuestro cerebro da sentido al mundo exterior. Un ordenador solamente es capaz de procesar sus propios símbolos. Del mismo modo, el cerebro considerado como un procesador de símbolos sólo es capaz de procesar el mundo hasta el punto en que el mundo afecte sus símbolos, que son interpretados en el cerebro por la misma lógica interna

utilizada para el efecto de los símbolos sobre los símbolos. El cerebro no puede procesar el mundo tal y como el mundo es en realidad.

Esto presenta dos problemas; uno relacionado con el significado, el otro relacionado con el conocedor. Un ordenador carece de ambas cosas. En capítulos anteriores hemos hablado del conocedor, de la conciencia no local. Desde el punto de vista de nuestra conciencia no local, todo el mundo material está dentro de nosotros. Conocemos la lógica simbólica que esconden las diversas partes del mundo porque nosotros las originamos. El mundo material está determinado por las leyes que residen en cuerpo intelectual, vijnanamaya kosha; las leyes de la física, por ejemplo, que podemos descubrir creativamente. Pero para dar significado al mundo, necesitamos otro cuerpo, el cuerpo mental, que está dentro de la conciencia.

Cuando veo una flor, por ejemplo, en mi percepción hay dos objetos. Uno es la flor externa, la de mi percepción externa. Esta flor externa es la que comparto con cualquier otra persona que esté mirándola, es pública. Pero concomitantemente, percibo la flor interna de mis pensamientos, que da sentido a lo que veo. Esta percepción interna es privada. Sólo yo la percibo. De esta manera experimentamos directamente que la mente es distinta al cerebro. El cerebro puede conectarse a un electroencefalograma, abrirse mediante cirugía, o explorarlo mediante una tomografía para ver lo que sucede en su interior mientras miro la flor. Pero esos instrumentos no elucidarán mi percepción interna de la flor.

Esta mente, cuyos objetos son internos y privados sólo para nuestra percepción, es lo que da significado a los objetos físicos de la percepción externa para los que el cerebro

proporciona el aparato sensor, que es cuántico y autorreferente. El cerebro registra además un recuerdo, una representación o mapa de la observación, de modo que la próxima vez que se encuentre con el mismo objeto, saldrá a la luz ese mismo estado mental que la conciencia utilizó la primera vez para su interpretación.

Los lectores que conozcan los Upanishads reconocerán que lo que he hecho aquí ha sido exponer el caso de la mente más allá del cerebro como un prakriya, una metodología sistemática utilizada ampliamente en los Upanishads para atravesar las capas (de ahí la palabra kosha, envoltura) de los cuerpos más gruesos y llegar a los más sutiles.

La solución al problema del dualismo

El dualismo mente-cuerpo (entendido también como el dualismo mente-cerebro) propuesto en el siglo XVII por Descartes, fue adecuadamente desacreditado por las objeciones generales al dualismo (véase el Capítulo 1). Pero ahora podemos deshacernos de estas objeciones. Con la física cuántica hemos descubierto que la materia es menos material de lo que pensábamos; no es más que posibilidades cuánticas en la conciencia. Podemos pensar en los movimientos de la mente en estos mismos términos cuánticos, considerarlos como posibilidades cuánticas de dinámica mental, o pensamientos en posibilidad. Supongamos que la conciencia colapsa no sólo las posibilidades cuánticas del cerebro (materia), sino también las de la mente, y las colapsa simultáneamente, para hacer realidad una experiencia. Nótese que en este proceso no existe dualismo (véase el Capítulo 3).

¿Existe alguna evidencia de que la conciencia pueda colapsar simultáneamente posibilidades en dos cuerpos distintos sin señal de contacto, sin interacción local entre ellos? Sí. Así es como funciona la telepatía mental, la comunicación directa de mente a mente y de cerebro a cerebro entre dos personas sin que exista intercambio de señales. El trabajo de Grinberg-Zylberbaum y sus colaboradores ha aportado más evidencias objetivas. Se pide a dos individuos que mantengan una comunicación directa no local a través de la intención consciente. Cuando a uno de los individuos se le muestra una serie de luces centelleantes, lo que produce en su cerebro un potencial evocado, el cerebro del otro individuo registra un potencial transferido sin ver ningún destello de luz (véase el Capítulo 4). Es evidente que la conciencia media en la interacción entre los dos cerebros correlacionados (dos cuerpos distintos) colapsando realidades similares en ambos cerebros.

De modo que aunque no existe interacción local directa entre el cuerpo físico y mental (dos cuerpos distintos), la conciencia media en la interacción entre ellos colapsando realidades correlacionadas, una en el cerebro, la otra en la mente.

El nuevo y crucial supuesto es que la mente, el cuerpo mental distinto que estamos postulando para seguir con el modelo panchakosha, obedece a la mecánica cuántica. ¿Qué evidencias existen para apoyar la naturaleza cuántica de la mente?

De hecho, la naturaleza cuántica del pensamiento se experimenta directamente. El físico David Bohm ha apuntado que en los pensamientos opera un principio de incertidumbre (Bohm, 1951). Si nos concentramos en el contenido del pensamiento, perdemos la dirección que el pensamiento sigue. Por otro lado, centrarse en la dirección del pensamiento lleva a la pérdida de su contenido.

Vemos así que en cualquier proceso creativo realizamos saltos discontinuos de pensamiento sin seguir pasos condicionados, continuos. Y, como hemos visto, una de las características destacadas del quantum es el salto cuántico discontinuo: un electrón salta de órbita en órbita sin pasar por el espacio intermedio y mientras emite un quantum de luz (Goswami, 1996).

Tal vez la mejor evidencia de la naturaleza cuántica del pensamiento, sin embargo, sea la no localidad, tal y como demuestra la telepatía. La no localidad nunca ha podido ser simulada por objetos newtonianos (Feynman, 1981).

Normalmente, pensamos que tanto el mundo físico como el mental están hechos de sustancias, que son mundos concretos. La sustancia mental es más sutil, por supuesto, no podemos cuantificarla del mismo modo que cuantificamos la física, pero sigue siendo una sustancia, o eso creemos. La imagen cuántica, sin embargo, nos permite considerar de forma diferente los mundos físico y mental. Tenemos que cambiar nuestro punto de vista. Ni siquiera el mundo físico es sustancia en el sentido ordinario del término; tal y como dice el físico Casey Blood, los objetos físicos son simplemente entidades matemáticas. Lo mismo aplica a los objetos mentales. Tanto el mundo físico como el mental siguen siendo superposiciones de posibilidades cuánticas hasta que la conciencia les otorga realidad al colapsar una experiencia real.

La cognición es identificación

Los modelos cognitivos de percepción dicen que el cerebro crea una representación del objeto que los sentidos perciben. Pero, ¿cómo es capaz el cerebro de trasladar esa representación

de nuevo al objeto (para que veamos el objeto, no la representación)? ¿Y cómo puede hacerlo de manera que se establezca un consenso con los demás cerebros en lo que al nombre y a la forma del objeto se refiere? ¿Puede la actividad neuronal del neocórtex evocar una percepción de un objeto en el espacio-tiempo exterior?

El modelo de representación no funciona a menos que consideremos la percepción como una cuestión de identificación, no de cognición. La conciencia sitúa la representación del objeto en el cerebro físico con la ayuda de los estados del cuerpo mental. Un nuevo estímulo, generado por un objeto físico visto por vez primera (que no es más que un modelo de tendencias inconexas antes del colapso), genera una imagen en el cerebro físico que adopta la forma de posibilidades distinguibles a nivel macroscópico, pero estas posibles imágenes están desprovistas de significado. La medida cuántica autorreferente del cerebro colapsa de forma simultánea (1) el objeto físico en nuestra percepción externa, que incluye el espacio-tiempo; (2) la representación del cerebro; y (3) el objeto mental en la percepción interna. El estado del cerebro físico elegido en el colapso se convierte en memoria y forma el símbolo sintáctico de la representación, y el estado del cuerpo mental elegido de forma correlativa proporciona la semántica; juntos forman una representación del estímulo que tiene sentido. Una vez creada esa representación, la respuesta subsiguiente del cerebro al estímulo (aprendido) es una operación del mismo estilo que la que lleva a cabo un ordenador.

Cuando la conciencia aborda la reserva de posibilidades cuánticas del cerebro físico y, en respuesta a un estímulo aprendido, reconoce y colapsa de entre todas ellas un determinado

estado aprendido, reconoce y elige también el estado mental correlacionado. Por lo tanto, cuando durante el proceso de percepción el cerebro físico elabora representaciones del mundo físico, se produce un cambio en el cuerpo mental correlacionado a través de la modificación de las probabilidades de las posibilidades mentales experimentadas. Las posibilidades no cambian; sólo las probabilidades de colapsarlas se inclinan a favor de un colapso previo. La imaginación es el proceso recíproco: reconocemos y elegimos estados mentales que están representados en el cerebro físico a través de un colapso correlacionado.

Así pues, y siempre que el cerebro se encuentra con un determinado objeto/estímulo, la percepción repetida genera una tendencia en el cuerpo mental hacia un determinado estado a colapsar. De este modo, los estados del mundo mental se individualizan para encajar con una determinada historia de condicionamiento. Es decir, aunque en potencia todos compartimos estructuralmente la misma mente (la mente es un todo indivisible), la adquisición de nuestros modelos individuales nos permite decir que adquirimos una mente personal, desde el punto de vista funcional.

¿Por qué la experiencia de los objetos mentales es privada?

¿Por qué los aspectos mentales de la percepción (pensamientos, conceptos y otros objetos mentales) son internos y privados, mientras que los aspectos físicos son externos y públicos? Se trata de un rompecabezas sin solución para la ciencia material-realista. Pero nuestra nueva ciencia de la mente cuántica puede explicarlo.

Según el principio de incertidumbre, no se puede observar o medir simultáneamente y con la máxima exactitud la posición y el momento de los objetos cuánticos. De hecho, nuestra observación de un objeto afecta ese objeto. Para percibir el mundo físico, debemos utilizar un cuerpo de tamaño macroscópico a modo de intermediario, es decir, un aparato de medición macroscópico, con el que amplificar las posibilidades cuánticas de los objetos cuánticos microscópicos antes de que podamos observarlos. Cuando colapsamos las ondas de posibilidad del objeto cuántico, la onda de posibilidad del aparato de medición también colapsa en una realidad única, en una lectura única de algún tipo mensaje. La onda de posibilidad del objeto cuántico empieza a propagarse rápidamente. Las ondas de posibilidad de la lectura del mensaje, por otro lado, se propagan con extrema lentitud. Es por ello que podemos compartir la lectura con otras personas. Por lo tanto, el precio a pagar (la pérdida del contacto directo con el microcosmos) nos aporta alguna ventaja: tenemos una realidad compartida de objetos físicos en el macrocosmos; todo el mundo puede ver simultáneamente los cuerpos de tamaño macroscópico.

En lo que al mundo mental se refiere, tal y como Descartes intuyó correctamente, la sustancia mental es indivisible; esta no se desintegra en piezas cada vez más pequeñas, no se descompone en piezas microscópicas cuya suma genera el objeto macroscópico. El mundo mental es un todo, o lo que los físicos denominan a veces un medio infinito. En este medio infinito hay ondas (ondas de pensamiento), ondas de posibilidad cuántica que obedecen a un cálculo de probabilidad. Estos modos cuánticos los observamos directamente, sin tener como intermediario el aparato de medición, porque no lo hay.

Pero la experiencia directa también supone un precio a pagar. La observación, o experiencia, de un modo mental de movimiento, un pensamiento, está sujeta al principio de incertidumbre; perturba de tal modo al pensamiento, que otra observación no sería la misma experiencia de pensamiento. Por lo tanto, dos observadores distintos no suelen compartir pensamientos: los pensamientos se experimentan internamente; son privados.

¿Por qué las experiencias mentales no pueden colapsarse sin un cuerpo físico?

Resulta también que la mente no puede operar independientemente: para que la conciencia colapse la onda de posibilidad es imprescindible la presencia del cerebro. Es decir, el colapso de la onda de posibilidad requiere la particular dinámica autorreferente de una jerarquía enmarañada, que a su vez requiere la distinción entre el tamaño macroscópico y microscópico que sólo un cerebro material puede ofrecer. Según se ha discutido previamente, una jerarquía enmarañada es la oscilación infinita de la eficacia causal entre los niveles de una jerarquía: el nivel inferior causa el superior, que causa el inferior, que causa el superior, *ad infinitum*, como en la frase, «Soy un mentiroso».

En el cerebro, la medida cuántica es autorreferente porque existe una jerarquía enmarañada. En el cerebro existen sistemas microscópicos cuánticos que responden a un estímulo externo, como podría ser un fotón; la señal que emite este sistema cuántico es entonces amplificada por otros sistemas macroscópicos cuánticos que también existen en el cerebro

(podríamos denominarlos aparatos de medición), pero con una jerarquía enmarañada.

Las medidas cuánticas ordinarias, como podría ser la observación de un electrón a través de un contador Geiger, poseen una jerarquía simple. El sistema microscópico cuántico que medimos (el electrón) y el aparato de medición de tamaño macroscópico (el contador Geiger) que utilizamos para la amplificación y para facilitar nuestra visión, tienen tamaños distintos. Tenemos claro cuál es el sistema cuántico y cuál es el aparato de medición. Pero en un sistema autorreferente, sea un cerebro o una célula viva, la distinción es confusa, pues el supuesto sistema cuántico no tiene un tamaño tan microscópico como el del electrón y el supuesto aparato amplificador no tiene un tamaño tan macroscópico como el contador Geiger. Tal y como el físico Henry Stapp ha destacado, ambos poseen un tamaño intermedio. En verdad, estos sistemas se amplifican mutuamente. Otra manera de realizar la distinción entre las mediciones cuánticas que se llevan a cabo en el contador Geiger y las que se llevan a cabo en el cerebro es percatarse de que mientras en el primero el emparejamiento entre el sistema cuántico y el aparato de medición es débil, en el último ese emparejamiento es fuerte.

Sin embargo, por muchas amplificaciones que haya, aun siendo la interacción fuerte, nunca podrán colapsar por sí mismas la realidad a partir de una superposición de posibilidades. Esto sólo puede hacerlo la conciencia, desde un nivel trascendente. Con la conciencia tenemos todos los elementos de una jerarquía enmarañada. Un ejemplo excelente de una jerarquía enmarañada es el cuadro del artista holandés M. C. Escher, *Manos dibujando*, en el que representa la mano izquierda

dibujando mientras la derecha dibuja la izquierda. Aunque sabemos que Escher las ha dibujado a las dos.

¿Por qué la conciencia no puede colapsar por sí sola las ondas de posibilidad del cuerpo mental? Porque en la mente no existe diferenciación entre lo microscópico y lo macroscópico. En efecto, no hay posibilidad de amplificación. Por lo tanto, una situación de jerarquía enmarañada, de medida cuántica, es imposible. Y sin una jerarquía enmarañada, no hay colapso de posibilidades cuánticas. Pero cuando se correlacionan con las ondas de posibilidad del cerebro, las ondas de posibilidad de lo mental pueden colapsar en una caída en picado de medida cuántica autorreferente.

Según el punto de vista de la ciencia idealista, la subjetividad de nuestras experiencias, tanto físicas como mentales, procede de la conciencia. Los filósofos modernos formados en la tradición occidental podrían encontrar extraño que estemos hablando de la mente de una manera objetiva, pues tradicionalmente han cometido el error de considerar la conciencia como un aspecto de la mente. Pero la nueva posibilidad que se abre ante nosotros cuando corregimos el error es evidente: ahora deberíamos ser capaces de estudiar la mecánica de la mente con matemáticas. Y ya se ha empezado a trabajar en este sentido (véase, por ejemplo, Sirga, 1993; Stapp, 1994).

Los estados de conciencia

Como he mencionado anteriormente, los Upanishads «demuestran» al lector la naturaleza definitiva de la conciencia a través de una metodología que en sánscrito se conoce como prakriya. Además de la panchakosha prakriya (la prakriya de

las cinco envolturas), otra conocida prakriya de los Upanishads es la que se relaciona con los estados de conciencia. Con la ayuda de lo que hemos desarrollado hasta el momento, reconstruiré una versión moderna de esta prakriya.

Cuando los neurofisiólogos y los neurofilósofos hablan sobre conciencia, se refieren a conciencia de vigilia. Pero existen además otros dos estados de conciencia que todo el mundo experimenta de manera regular: los sueños y el sueño profundo. ¿Quién dice que los sueños son menos reales que la conciencia de vigilia? Solemos decir que no son reales porque aparentemente carecen de la continuidad de experiencia que posee la conciencia de vigilia. Podemos hablar y analizar nuestros sueños mientras estamos en estado de conciencia de vigilia, pero no al revés. Y aun así, si se dedica a estudiar sus sueños durante un periodo prolongado, descubrirá una sutil continuidad, una progresión en su vida en sueños, una progresión a nivel de significado. De modo que podría ser que la continuidad no fuese en realidad un argumento importante contra la realidad de los sueños. Los aborígenes australianos tienen fama de tomarse más en serio su «tiempo de sueño» que su conciencia de vigilia. Estudios recientes sobre sueños de lucidez han empañado la diferencia entre el estado del sueño y el de vigilia.[3]

El filósofo chino Chiang Tzu soñó que era una mariposa. Cuando despertó, se preguntó en voz alta: «¿Soñé con la mariposa o era la mariposa la que soñaba conmigo?». Y se encontró planteándose tan en serio la realidad del sueño como la conciencia de vigilia.

La conciencia es un factor común tanto en la vigilia como en el sueño. Ambos son estados de conciencia, pero los sueños son más sutiles. Y en ambos existe colapso de ondas de

posibilidad (del cerebro y de la menta) y una división entre sujeto y objeto.

¿Cuáles son las diferencias entre ambos? En el sueño sólo existe percepción interna de pensamientos e imágenes cerebrales internas, construidas a partir del Rorschach de «ruido» electromagnético que abunda en el cerebro. No existe percepción externa compartida. Los sueños, en sus propios términos, son reflejos del significado de nuestra vida interior, contienen experiencias que progresan con el tiempo, dan lugar a ideas y utilizan como input adicional lo aprendido durante la conciencia de vigilia. ¿Alguna duda respecto a que el sueño es un importante estado de conciencia?

En general asumimos que cuando estamos dormidos y no soñamos, estamos inconscientes. Antiguamente, los científicos consideraban la conciencia como una propiedad del estado de vigilia. Pero en la ciencia dentro de la conciencia, la conciencia es la base de la existencia. De modo que la conciencia tiene que estar también presente mientras dormimos. De lo contrario, argumenta Vedanta, ¿cómo sería posible que al despertarnos tantas personas dijeran «Qué feliz he dormido»? Pero en el sueño profundo permanecemos inconscientes en el sentido freudiano del término; la conciencia existe, pero no hay percepción, ni interna ni externa.

En la actualidad existe el consenso general de que el estado de vigilia, el sueño y el sueño profundo son distintos estados de conciencia, tal y como apunta la presencia de ondas cerebrales en los tres estados. La frecuencia de las ondas cerebrales disminuye progresivamente y la amplitud va en aumento a lo largo del continuo que lleva del estado de vigilia al sueño y al sueño profundo. Es así que, los Upanishads declaran que la conciencia en su mismidad (svarupa) existe en los tres estados pero

que además los trasciende como turiya. A veces, encontramos turiya clasificado como un cuarto estado.

Hay quien comete el error de afirmar que ya que el sueño y turiya son indistinguibles a nivel operacional, deben ser la misma cosa: conciencia sin una división entre sujeto y objeto. El error queda revelado a través de la meditación, que conduce a un estado conocido como nirvikalpa samadhi, un estado parecido al trance en el que no existe división entre sujeto y objeto y en que, al salir del mismo, hay una sensación de pura dicha. Mientras que la felicidad que se siente en el sueño profundo es básicamente apagada (en India se conoce como la felicidad del perezoso), en nirvikalpa samadhi la felicidad es dinámica y creativa. Una forma de alcanzar el nirvikalpa samadhi es practicando el sueño creativo, el sueño del yoga (yoganindra, en sánscrito). Turiya, sin embargo, trasciende incluso el nirvikalpa samadhi (véase el Capítulo 14).

El cuerpo vital

Una de las cinco envolturas, o cuerpos, postulados por Vedanta es el cuerpo vital, el pranamaya kosha. El cuerpo vital, como el cuerpo mental, no tiene extensión; siendo un medio infinito, su forma de movimiento recibe el nombre de prana en sánscrito (chi en chino y ki en japonés). En occidente, la forma de movimiento del cuerpo vital recibe el nombre de energía vital. El poeta William Blake escribió:

> ¡El Cuerpo del hombre no es distinto del Alma!
> Pues lo que llamamos Cuerpo es una porción del Alma,
> discernida por los cinco Sentidos,

principales entradas al Alma en nuestros tiempos.
La energía es la única vida y emana del Cuerpo;
y la razón es el confín o la circunferencia.
Externa de energía.
La energía es la dicha eterna.

BLAKE, 1981

La energía que Blake experimentaba como dicha eterna no es la energía de la que hablan los físicos, sino la energía vital o prana.

El contenido del cuerpo vital son las funciones vitales representadas por los diversos órganos del cuerpo físico, igual que el contenido del cuerpo mental está representado como un software dentro del hardware del cerebro. En el Capítulo 6 vimos que los saltos cuánticos en la evolución biológica, en los que la conciencia colapsa una configuración global y completa de posibilidades genéticas, llevan a una nueva característica y, por lo tanto, crean una nueva especie. ¿Pero dónde está el diseño que la conciencia reconoce cuando elige la configuración apropiada? Está en los campos morfogenéticos que son parte del mundo vital.

¿Podrían describirse los modos de movimiento del cuerpo vital (prana, chi o ki) como las ondas de posibilidad cuántica del medio infinito del mundo vital? Ya que tanto el sistema indio como el chino hablan sobre senderos o canales para el flujo de energía vital, la energía vital debería de ser más localizable que su análoga mental. Sin embargo, resulta interesante que los senderos indios (conocidos como nadis) no coincidan exactamente con los chinos (conocidos como meridianos en Occidente). De hecho, un especialista en acupuntura necesita la ayuda de la sensación que su paciente tiene del chi para

localizar un punto de acupuntura determinado, de modo que la localización de los meridianos no es estrictamente fija. Además, la localización del punto de acupuntura y la dirección del meridiano son complementarias, como la posición y la velocidad de los objetos físicos; la determinación exacta de uno hace inexacta la determinación del otro. El sistema chino expresa esta complementariedad diciendo que el chi posee dos aspectos: el yin y el yang.

Igual que el pensamiento, el movimiento de prana exhibe saltos cuánticos de creatividad. Es así que, la energía vital, como el pensamiento, se experimenta internamente (véase la discusión en relación con el cuerpo mental en este mismo capítulo). Ambos hechos vienen a confirmar la naturaleza cuántica de los modos vitales. Y naturalmente, como el pensamiento, el movimiento de prana se torna también condicionado, camuflando así su naturaleza cuántica.

Los aspectos condicionados del flujo prana los conocemos, aunque es posible que no los reconozcamos como tales. Los sentimientos que experimentamos en la zona del corazón relacionados con el romanticismo, el nudo que sentimos en el estómago cuando estamos nerviosos, esa sensación de ahogo en la garganta cuando cantamos o hablamos por vez primera en público, la presión y el calor entre las cejas cuando nos concentramos... todo se debe a los movimientos condicionados de prana. Los puntos donde sentimos los movimientos condicionados de prana reciben en sánscrito el nombre de chakras y están siendo redescubiertos por muchos científicos del cuerpo, tanto en Oriente como en Occidente (Motoyama, 1971; Joy, 1979). El movimiento creativo de prana se expresa mediante la emergencia del kundalini shakti (prana latente) y la «reapertura» de los chakras; rompe la homeostasis del condicionamiento

del prana y es la fuente de los grandes avances creativos que el ascenso del kundalini suele iniciar (Krishna, 1971).

Investigaciones científicas llevadas a cabo en China indican que algunos maestros chigong (maestros del movimiento de chi) son capaces de influir el ritmo de las reacciones bioquímicas de cultivos celulares *in vitro*. Si proyectan un chi pacífico, el crecimiento y la respiración de las células cultivadas aumenta; si proyectan un chi destructivo, disminuye el ritmo de reacción bioquímica del los cultivos celulares (Sancier, 1991). Esto sugiere que el movimiento del chi es no local y, por consiguiente, cuántico.

En el Vivekananda Kendra de Bangalore, India, el físico e investigador del yoga, R. Nagarathna, trabaja con un curador espiritual, Asha Jain. Con un barrido pránico sobre un individuo, Jain puede conseguir que ese individuo pierda su fuerza rápidamente y de manera demostrable; esa fuerza se recupera con un barrido en sentido inverso.[4] Se trata de una demostración clara de no localidad cuántica de la experiencia de prana. Estoy convencido que la no localidad de la experiencia pránica y de que juega un papel importante en la curación (véase el Capítulo 12).

El cuerpo intelectual y el platonismo matemático

El matemático Roger Penrose, en su libro *La nueva mente del emperador*, nos invita a considerar el famoso teorema de Goedel para ver la naturaleza no algorítmica de los descubrimientos matemáticos. Esencialmente, nos ofrece lo que constituye nada menos que una prakriya para establecer la validez del cuerpo de conciencia intelectual como un cuerpo más sutil que el cuerpo vital y el cuerpo mental.

El contenido del teorema de Goedel es el siguiente: aunque todo sistema de algoritmos matemáticos utilizado para averiguar la verdad matemática esté suficientemente elaborado, resulta incompleto o inconsistente; siempre contiene una proposición que el sistema no puede demostrar. Pese a que el matemático ve sin duda alguna la validez de la propuesta, la lógica algorítmica del sistema es incapaz de demostrarla (Penrose, 1989). Es decir, cuando los matemáticos descubren nuevas verdades matemáticas, no utilizan ni algoritmos ni lógica, sino que saltan fuera del sistema: deben aportar una verdad matemática ya existente de un mundo que trasciende el mundo mental, donde opera el proceso de la prueba y la lógica. Este es el mundo intelectual, el cuerpo intelectual de la conciencia.

Las leyes físicas son matemáticas, un hecho que deja perplejos a muchos científicos. Pero del mismo modo que la prueba de Penrose, si las leyes científicas matemáticas guían el comportamiento de los objetos materiales, deben existir a priori que la materia y trascender el mundo material. Se trata del concepto conocido como platonismo matemático, pues Platón comprendió que los movimientos del mundo material están guiados por símbolos matemáticos pertenecientes a un mundo arquetípico.

El cuerpo intelectual es el repertorio de leyes perteneciente no sólo al cuerpo físico, sino también al cuerpo vital y al cuerpo mental. Contiene no sólo materia sino también leyes que rigen la materia, no sólo el contenido del pensamiento sino también los contextos que rigen el pensamiento. Los datos empíricos sobre creatividad sugieren que clasificamos los actos creativos en dos tipos: situacional y fundamental. La creatividad situacional es la exploración de nuevo significado

en contextos ya conocidos; es la creatividad a nivel mental. La creatividad fundamental es el descubrimiento de nuevo significado en un nuevo contexto (Goswami, 1996, 1999). Concierne a los movimientos que van de la posibilidad a la realidad de no sólo el cuerpo mental, sino también del cuerpo intelectual.

Involución y evolución

Vedanta tiene otro concepto que dos filósofos modernos, Sri Aurobindo en India y Ken Wilber en los Estados Unidos, han destacado (Aurobindo, 1955; Wilber, 1981). Se trata de la idea de que antes de que tenga lugar el ascenso, o evolución, de la conciencia tiene que producirse su descenso, o involución.

Según esta cosmología, y para conocerse, la divinidad trascendente (Brahmán, o conciencia) se proyecta en niveles cada vez más toscos. El primer nivel es lo que denomino el cuerpo intelectual (conocido también como intelecto), el cuerpo de los contextos de todos los movimientos posteriores (las leyes de la ciencia, por ejemplo). La conciencia se limita tornándose legal, tornándose inteletual de un modo fijo y determinado. Los dos niveles siguientes son el mental y el vital, que dan contenido a los temas que serán representados. El nivel más tosco de manifestación es en nivel físico, en el que se representarán como en un mapa esos contenidos (Figura 12).

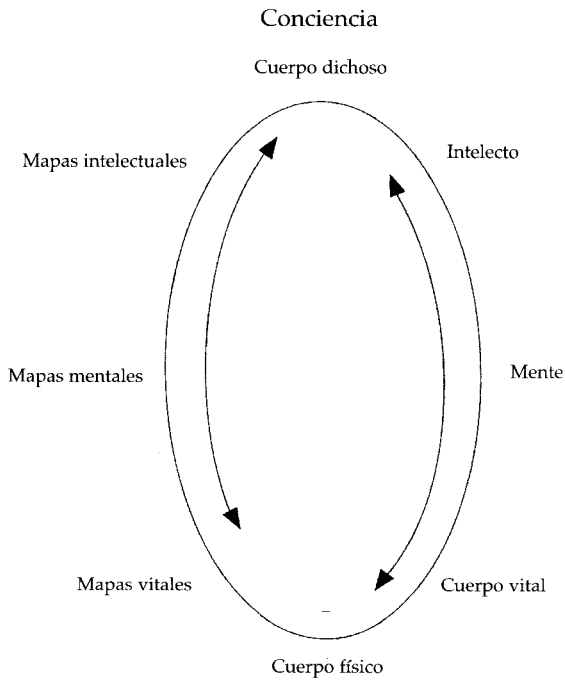


Figura 12. *La involución y la evolución de la conciencia.*

A medida que la conciencia desciende, va también olvidándose y vinculándose con la ignorancia. Cada nivel de descenso delega el nivel anterior a la inconsciencia y se corresponde con otro nivel de pérdida mayor de memoria y disminución de la libertad. En el nivel más bajo, el nivel material, todo es inconsciente. Califico este viaje como de involución porque los niveles más elevados siguen siendo potenciales en materia, siguen listos para desplegarse.

Completada la involución, se inicia la evolución. Pero la imagen de la evolución de la materia en esta cosmología es

bastante distinta de la imagen de los materialistas. La vida no emerge únicamente de la materia (de las propiedades y las interacciones materiales), pues un nivel superior nunca puede surgir a partir de un nivel inferior. Se entiende que la vida existe ya en potencia y emerge al nivel de complejidad de materia allí donde puede ser sustentada. La mente emerge, de un modo similar, en un determinado nivel de complejidad de la vida (el cerebro), pues estaba ya allí en potencia.

Estos niveles no son dualistas. Esta separación en la conciencia es ilusoria, simple apariencia. La conciencia se olvida por el bien del juego... simula olvidar, por decirlo de alguna manera.

La cosmología que acabo de presentar es típica de las tradiciones religiosas esotéricas; en cierto modo, tiene sentido y resulta muy satisfactoria, aunque carece de detalles. ¿Cómo se produce el olvido, o Maya? ¿De qué modo lo potencial se convierte en real?

La ciencia idealista, como ya hemos visto, ofrece una respuesta satisfactoria a la primera pregunta: la manifestación se produce a través de una jerarquía enmarañada, provocando la ilusión de una diferenciación, lo que a su vez provoca una amnesia temporal. Es decir, en el nivel mental e intelectual de la ascendencia, los sutiles cuerpos cuánticos del intelecto y la mente presentan a la conciencia estructuras de posibilidad que contienen contextos de pensamientos y el pensamiento en sí mismo. La conciencia y sus posibilidades mentales y contextuales siguen siendo un todo indiviso. Sin embargo, cuando la conciencia colapsa de modo autorreferente las posibilidades para hacerlas realidad en un nivel inferior (físico) de la ascendencia, se crea una aparente separación entre sujeto (pensador) y objeto (pensamiento), que lleva a olvidar la unidad. De un modo similar, en el siguiente nivel de ascendencia, el

nivel vital, la conciencia crea el potencial para la separación (aparente) entre vida y entorno (una separación aun mayor) y existe la posibilidad de un olvido aun mayor. Pero, como se ha comentado anteriormente en este capítulo, el colapso o separación de los cuerpos intelectual, mental y vital no se produce de hecho hasta que el cuerpo físico entra en escena.

¿De qué modo lo que es potencial en materia se convierte en realidad? Cuando se alcanza un determinado nivel de complejidad de materia física, entran en juego la jerarquía enmarañada y la medida cuántica. La conciencia puede ahora sobrevenir y se produce el colapso de las ondas de posibilidad cuántica de los cuatro cuerpos (tema, mental, vital y físico). Y la conciencia recuerda los niveles de vida, mente e intelecto que llegaron antes de la materia. Utiliza la materia, igual que nosotros utilizamos un ordenador, para programar la vida (las funciones vitales) en formas vivas. La evolución de la vida puede tener lugar entonces (véase el Capítulo 6). Con la evolución, el conglomerado de células conocido como cerebro entra en juego para que la mente pueda ser programada y personificada. Finalmente, con más desarrollo de la forma física, incluso el intelecto podría entrar en el mapa de una futura evolución de la humanidad... esta es la visión de Aurobindo.

Notas

[1] Para una buena discusión sobre esta cuestión, véase Varela *et al.* (1991).

[2] Banerji (1994) ve esto como un ejemplo del teorema de la imperfección de Goedel.

[3] Para una revisión del trabajo científico más reciente sobre el sueño lúcido, véase Wolf (1994).

[4] R. Nagarathna en una comunicación privada.

Capítulo 8

La ciencia y el espíritu de la reencarnación

A finales del siglo XIX, los teosofistas, bajo el liderazgo de Madame Helena Blavatsky, redescubrieron para Occidente las antiguas verdades orientales. Tenían clara la verdad de la ontología perenne: que la conciencia es la base de toda la existencia. Reconocieron también dos principios cosmológicos. Uno es el principio de repetición para la totalidad del cosmos, la idea de que el universo se expande a partir de un Big Bang sólo para replegarse en una gran crisis para después volver a expandirse, rebotando de un lado a otro de forma cíclica (un modelo oscilatorio del cosmos, en terminología moderna). El segundo principio era la idea de la reencarnación, la idea de que antes de esta vida hubo otra y de que habrá vida después de la muerte; ya estuvimos antes aquí y renaceremos muchas veces más.

La reencarnación es un concepto algo absurdo para la mente moderna. Bajo la presión implacable de la ciencia materialista, nos identificamos casi totalmente con el cuerpo físico, de modo que la idea de que parte de nosotros sobrevive a la muerte del cuerpo físico resulta difícil de digerir. Más difícil es incluso imaginarse el renacimiento de esa parte en un nuevo cuerpo físico. La imagen de un alma separándose del cuerpo muerto y entrando en un feto que esté por nacer

parece especialmente fastidiosa, pues da por sentado la existencia de un alma diferenciada del cuerpo. ¡Con todo lo que hemos sufrido para intentar erradicar el dualismo de nuestra visión del mundo!

Pero nuestro monismo no tiene que ser necesariamente un monismo basado en la materia. Si la base de la existencia fuese la conciencia, en lugar de la materia, la primera dificultad (aceptar que una parte de nosotros sobrevive a la muerte) quedaría considerablemente mitigada; la conciencia, y nada más, sobrevive a la muerte del cuerpo físico.

Y después, cuando comprendemos que la nueva ciencia necesita incluir los cuerpos mental, vital e intelectual para capturar el significado de lo que sucede en el nivel material de la realidad, y que el cuerpo físico es algo parecido a un ordenador (cuántico), en el que las funciones vital y mental están programadas en un software fácilmente utilizable, resulta fácil aceptar el concepto de alma. No, esto no implica dualismo. Ninguno de nuestros cuerpos (físico, vital, mental o intelectual) es una sustancia sólida de la cosecha clásica newtoniana; son, más bien, posibilidades cuánticas en la conciencia. La conciencia colapsa simultáneamente posibilidades paralelas de estos mundos para crear su experiencia momento a momento.

De los cuatro cuerpos, sólo el cuerpo físico está estructural y materialmente localizado; se le conoce como cuerpo denso por ese motivo. Los cuerpos vital y mental son enteramente funcionales, creados por el condicionamiento. En el proceso de creación de mapas en el cuerpo físico, desarrollamos propensiones hacia determinadas confluencias de funciones vitales y mentales. Estos modelos de costumbres constituyen la memoria cuántica: el condicionamiento de las probabilidades cuánticas asociadas con las funciones de onda cuánticas de

estos cuerpos. Se trata de una buena descripción científica de la parte de nosotros que sobreviviría a la muerte: el cuerpo sutil (el conglomerado formado por los cuerpos vital, mental e intelectual), en el que el recuerdo de propensiones pasadas (lo que los hindúes denominan karma) viaja a través de la matemática cuántica modificada de los cuerpos vital y mental. Este conglomerado recibe el nombre de mónada cuántica. (Junto con los cuerpos sutil y denso, existe un tercero, el cuerpo causal, formado por el cuerpo de la dicha del modelo panchakosha, que por supuesto sobrevive a la muerte porque es la base de la existencia. ¿Adónde iría si no?)

La reencarnación se eleva ahora a la categoría de fenómeno merecedor de investigación científica; y la mejor prueba científica de la existencia de un cuerpo sutil con sus componentes vital y mental sería la evidencia de su supervivencia y reencarnación. Este es el principal propósito de este capítulo.[1]

La mónada cuántica superviviente, según nuestro modelo, retiene la memoria cuántica de modelos de costumbres y propensiones de vidas pasadas. Y existen muchos datos que sustentan la idea de que las propensiones sobreviven y se reencarnan. Sin embargo, todas las tramas que acumulamos a lo largo de la vida, toda nuestra historia personal, acostumbran en general a morir junto con nuestro cuerpo físico, con el cerebro; las mónadas cuánticas no acarrean estas historias. Incluso así, hay datos que demuestran que algunas personas, sobre todo niños, son capaces de recordar tramas de vidas pasadas, y a menudo con un nivel de detalle asombroso. ¿Cuál es la explicación de esta memoria en la reencarnación? La no localidad cuántica a través del tiempo y el espacio sería la responsable de ello.

Creo que todas las reencarnaciones de una determinada mónada cuántica se conectan de manera no local a través del

tiempo y el espacio, y se correlacionan en virtud de la intención consciente. Poco antes del momento de la muerte, cuando entramos en el estado que los budistas tibetanos conocen como el *bardo* (transición), nuestras identidades ego se relajan considerablemente: cuando caemos en el yo cuántico, entramos en contacto con una ventana no local de recuerdos pasados, presentes y futuros. Cuando morimos, compartiríamos una relación no local con nuestra próxima encarnación aún por nacer, de modo que las historias que recordamos se convertirían en parte de sus historias, uniéndose a sus recuerdos de infancia. Estos recuerdos podrían recordarse posteriormente bajo hipnosis. Y en algunos casos, los niños podrían recordar espontáneamente estas historias de vidas pasadas.

¿Cómo sabe la mónada cuántica dónde renacer? Si las distintas encarnaciones físicas están correlacionadas a través de la no localidad cuántica y la intención consciente, sería nuestra intención (en el momento de la muerte, por ejemplo) la que transportaría nuestra mónada cuántica de un cuerpo encarnado a otro. Existe una palabra sánscrita, sutratman (que significa literalmente, el hilo del atman) que describe a la perfección este aspecto de la mónada cuántica. El hilo es no localidad cuántica e intención consciente.

A menudo me preguntan: suponiendo que el alma existe, ¿por qué hay en el mundo hoy en día más personas que antiguamente? ¿Acaso no viola este hecho la conservación del número de almas? Este asunto sería un argumento serio contra las afirmaciones dualistas de almas individuales y eternas que encontramos en la filosofía india Sankhya y que están también implícitas en los supuestos del cristianismo popular. Sin embargo, en el modelo no dual de conciencia que yo he adoptado, este problema no existe. La individualidad del

alma, la mónada cuántica, es un epifenómeno de materia; es ilusoria. No existe ninguna necesidad de considerar el número de almas individuales como una constante en un momento determinado.

Evidencia de supervivencia y reencarnación

Existen tres tipos de evidencias a favor de la teoría de la supervivencia y la reencarnación del cuerpo sutil:

- Experiencias relacionadas con el estado alterado de conciencia en el momento de la muerte. Dentro de esta categoría encontramos las visiones en el lecho de muerte, las experiencias cercanas a la muerte y las experiencias de revisión de la vida. Estos datos apoyan la idea de una ventana de no localidad cuántica que conecta la muerte y el renacimiento de la mónada cuántica.

- Datos de reencarnación. En ellos se incluyen recuerdos de vidas pasadas, detalles de las cuales han sido verificados y han superado el escrutinio científico; recuerdo de vidas pasadas a través de hipnosis, LSD, respiración holotrópica y otras técnicas; lecturas de vidas pasadas de otros realizadas por un médium, como Edgar Cayce; y personas con talentos fuera de lo común o psicopatologías imposibles de explicar solamente como experiencias condicionadas de esta vida. Estos datos apoyan la idea de una conexión no local entre encarnaciones, así como la propagación de la memoria cuántica de las propensiones a través de la mónada cuántica.

- Datos sobre seres incorpóreos. En esta categoría entran no sólo el trabajo del médium y la canalización, sino también el fenómeno de los ángeles. Estos datos apoyan directamente la idea de la supervivencia de la mónada cuántica entre encarnaciones.

Visiones en el lecho de muerte y experiencias cercanas a la muerte

Un tipo de evidencias son las que se producen en el umbral de la muerte, durante la experiencia de la muerte. Las experiencias de visiones comunicadas psíquicamente a familiares y amigos por personas moribundas están documentadas desde 1889, cuando Henry Sidgwick y sus colaboradores iniciaron un trabajo de cinco años de duración, bajo los auspicios de la sociedad británica para la investigación de Psychical, en el que elaboraron un «Censo de Alucinaciones». Sidgwick descubrió que un número importante de las alucinaciones documentadas tenían que ver con personas que estaban muriendo a una distancia considerable del sujeto de la alucinación y que se producían dentro de las doce horas posteriores a la muerte. Hay datos recientes más sugerentes si cabe. En el estudio realizado por los psicólogos Osis y Haraldsson, el sujeto no experimenta las alucinaciones de una persona moribunda que está sufriendo, sino que la comunicación representa más bien una experiencia de percepción extrasensorial con una persona sana (Osis y Haraldsson, 1977). Pero si una persona moribunda puede comunicar la paz y la armonía de una persona sana, ¿no será que está experimentando un estado de conciencia alterado que trasciende el dolor y el sufrimiento de la muerte?

Más conocidas, naturalmente, son las experiencias cercanas a la muerte, en las que el individuo sobrevive y recuerda la experiencia. En las experiencias cercanas a la muerte encontramos la confirmación de algunas de las creencias religiosas de muchas culturas; quien la experimenta describe a menudo un viaje a través de un túnel hacia otro mundo, con frecuencia guiado por una figura espiritual conocida en su tradición religiosa o por un familiar fallecido (Moody, 1976; Ring, 1980; Sabor, 1982).

Tanto en las visiones en el lecho de muerte como en las experiencias cercanas a la muerte, el individuo parece trascender la situación de moribundo que, al fin y al cabo, suele ser dolorosa y confusa (Nuland, 1993). El individuo parece experimentar un campo de conciencia «dichoso», distinto del campo físico de la experiencia ordinaria. Existen evidencias de que incluso los enfermos de Alzheimer recuperan su lucidez cuando se acerca la muerte (Kenneth Ring, comunicación privada).

En mi opinión, tanto las visiones en el lecho de muerte como en las experiencias cercanas a la muerte corroboran la imagen teórica propuesta en la anterior sección. La dicha o la paz comunicada telepáticamente en las visiones en el lecho de muerte sugiere que la experiencia de la muerte es un encuentro profundo con la conciencia no local y sus diversos arquetipos. En la comunicación telepática de una experiencia alucinatoria, la identificación con el cuerpo moribundo y sufriente sigue siendo fuerte. Pero la liberación posterior de esa identificación permite una comunicación no adulterada de la dicha de la conciencia del yo cuántico, que está más allá de la identidad del ego.

Las experiencias cercanas a la muerte son encuentros con la conciencia no local y sus arquetipos confirmados por datos

directos. Una nueva dimensión de la investigación sobre las experiencias cercanas a la muerte muestra que una experiencia de este tipo puede llevar a una transformación profunda en la forma de vida del superviviente a la misma (Ring, 1992). Por ejemplo, muchas de esas personas dejan de sentir ese miedo a la muerte que obsesiona a gran parte de la humanidad. Exhiben a menudo una tendencia marcada hacia el amor y el desinterés, lo que sugiere que los conocimientos adquiridos a través del encuentro con el yo cuántico provocan una transformación creativa.

¿Cuál es la explicación a esa imaginería concreta que describen los individuos que han pasado por una experiencia cercana a la muerte? Las imágenes vistas (figuras espirituales, familiares cercanos como padres o hermanos) son claramente arquetípicas. Si comparáramos las experiencias de estos individuos con los sueños podríamos aprender mucho, pues el estado que experimentan es similar al estado del sueño: la identificación con el cuerpo disminuye y el ego deja de estar ocupado controlando y monitorizando la situación.

En lo que los psicólogos de la escuela de Jung denominan un sueño «grande», experimentamos imágenes arquetípicas. Coincidiendo con las más recientes ideas neurofisiológicas, soy de la opinión de que construimos estas imágenes (tanto en un sueño «grande» como en una experiencia cercana a la muerte) a partir del Rorschach de señales aleatorias electromagnéticas que están siempre presentes en el cerebro. Utilizamos estas señales para trazar el mapa mental de la imaginación que está detrás del sueño. Pero este ruido cerebral es de naturaleza cuántica (no es determinista, como los neuropsicólogos asumen) y la conciencia colapsa modelos

adecuados en cuanto los reconoce. La clave para comprender las experiencias cercanas a la muerte es la disminución, o la liberación incluso, de la identidad del ego. Esto permite al individuo recordar imágenes arquetípicas que tenía olvidadas.

Recientemente se ha producido un importante debate en torno a si la experiencia de luz que acompaña una experiencia cercana a la muerte es simplemente un fenómeno fisiológico. Bajo mi punto de vista lo es. Pero lo que los materialistas pasan por alto es que los individuos próximos a morir se hacen con todo lo que está disponible fisiológicamente en el cerebro y elaboran un nuevo significado con su ayuda, algo similar a lo que sucede en una experiencia creativa. Es decir, la conciencia, y no el cerebro, ordena los sucesos neurológicos para obtener una experiencia única.

Muchos individuos próximos a la muerte dicen que por sus ojos pasa toda su vida entera, o partes importantes de la misma. Esto encaja también con nuestro modelo. Cuando la persona moribunda tiene una experiencia en la que repasa toda su vida, el niño por nacer que será su reencarnación lo comparte con ella, y la experiencia se convierte en parte de la memoria infantil de reencarnación de la próxima encarnación.

Finalmente, muchos individuos que han pasado experiencias cercanas a la muerte comentan que han salido fuera de su cuerpo físico (experiencia extracorpórea) y se han identificado literalmente con un cuerpo incorpóreo. No es más que una verificación directa de la existencia de una mónada cuántica más allá del cuerpo físico.

Datos sobre la reencarnación

Las pruebas de la existencia de una memoria de la reencarnación las aportan principalmente los relatos de niños que recuerdan su vida pasada con detalles verificables. El psiquiatra Ian Stevenson ha reunido una base de datos que incluye cerca de dos mil recuerdos de reencarnación verificados. En algunos casos, llevó incluso a los niños a los lugares que recordaban de vidas pasadas para comprobar sus relatos. Pese a no haber estado nunca en esos lugares, los niños reconocieron los detalles y fueron capaces de identificar las casas en las que habían vivido. A veces reconocían incluso a miembros de su anterior familia. En un caso, el niño recordó dónde se había escondido una determinada cantidad de dinero y se encontró, efectivamente. Los detalles sobre este trabajo se encuentran en los libros y artículos de Stevenson (Stevenson, 1974, 1977, 1987). Uno de los colaboradores de Stevenson, Satwant Pasricha, ha recopilado también una cantidad considerable de datos (Pasricha, 1990).

Una forma de verificar nuestro modelo actual (que la memoria de la reencarnación tiene lugar a muy temprana edad a través de una comunicación no local con el yo moribundo de la anterior vida) es ver si los adultos son capaces de recordar experiencias de vidas pasadas cuando realizan una regresión a la infancia.

Criado en India, era para mí habitual oír de niños y niñas que recordaban las experiencias de sus vidas pasadas. Allí, padres y hermanos comprenden este fenómeno. Lo mismo sucede en Tibet. «Es normal que los niños que son reencarnaciones recuerden objetos y personas de sus vidas anteriores», dice el Dalai Lama. «Algunos recitan incluso los libros

sagrados, pese a no haberlos estudiado todavía». Pero en las culturas occidentales, el recuerdo de la memoria de la reencarnación se considera extraño y por este motivo, los niños que lo experimentan aprenden rápidamente a reprimirlo. Los recuerdos reprimidos, no obstante, pueden recuperarse con hipnosis. Pese a que las regresiones hipnóticas tienen mala reputación por la cantidad de individuos que recuerdan haber sido Cleopatra o Napoleón en sus vidas pasadas, existen también buenos datos de recuerdos hipnóticos de vidas pasadas (Wamback, 1979). De hecho, el psiquiatra Stan Grof ha despertado el recuerdo de vidas pasadas en muchos individuos adultos utilizando diversas técnicas: terapia primal, renacimiento, LSD y respiración holotrópica (Grof, 1992).

Existen también datos de trasmigración de propensiones especiales y fobias; en nuestro modelo, podemos explicar estos datos como tendencias transportadas a través de la mónada cuántica desde una encarnación a la siguiente. ¿Qué es lo que da lugar a las fobias, al querer evitar determinadas respuestas o, en términos de nuestro modelo, a negarse, por culpa de un trauma, a colapsar determinadas posibilidades cuánticas para hacerlas realidad? Stevenson ha correlacionado ciertas fobias con recuerdos de vidas pasadas. En la teoría psicoanalítica, las fobias están conectadas con experiencias traumáticas de la infancia. Pero existen casos de fobias en las que no aparece ningún trauma infantil relevante. De modo similar, la confusión de género (como el travestismo) tampoco tiene una explicación genética o ambiental. Hay casos de condicionamiento que fluyen de una vida pasada hasta la actual. En este caso, la regresión a la vida pasada tendría beneficios terapéuticos. De hecho, existen pruebas de que la

memoria de la reencarnación a través de la hipnosis resulta terapéuticamente útil (Netherton, 1978; Goldberg, 1982; Lucas, 1993).

Stevenson ha correlacionado también talentos especiales con la memoria de la reencarnación. ¿Cómo se explica que Mozart sería capaz de tocar el piano tan bien a los tres años de edad, o Ramanujan capaz de sumar una serie matemática infinita sin haber recibido una formación matemática excepcional? Las respuestas habituales que argumentan un condicionamiento genético o ambiental parecen inadecuadas. Los genes son instrucciones para fabricar proteínas; no existen genes específicos para el talento que las personas podamos heredar. Y el condicionamiento ambiental tendría que verificarse en cada caso de niño prodigio. De hecho, existen bastantes casos, como el de Ramanujan, en el que hay una clara ausencia de un condicionamiento ambiental que explique el talento especial. Lo que sugiere con fuerza que el talento se debe a condicionamientos de la vida pasada.

Es posible transmitir incluso el condicionamiento del cuerpo vital. Consideremos el siguiente caso investigado por Stevenson: un hombre nacido en el este de India, recordaba con claridad que en su anterior vida había sido un oficial británico que sirvió en el ejército durante la Primera Guerra Mundial y que había muerto en batalla como consecuencia de un disparo de bala en la garganta. El hombre le proporcionó a Stevenson numerosos detalles (verificados posteriormente) sobre la ciudad natal escocesa de su anterior encarnación, detalles inaccesibles para él en su actual vida. Y lo que es más interesante, Stevenson descubrió que el hombre tenía un par de marcas de nacimiento en el cuello que recordaban exactamente las heridas de bala que describía en su anterior vida.

Esto sugiere que a través de la mónada cuántica, se transmitió ese recuerdo del cuerpo vital de una encarnación a la siguiente.

«Me descubro pensando cada vez más en el concepto de un "cuerpo no físico" intermedio que actúa a modo de transportador de estos atributos de una vida a la otra», dice Stevenson. Y coincido con él. El cuerpo sutil en forma de mónada cuántica es el transportador de los atributos de una vida a la otra.

Datos sobre entidades incorpóreas

Hemos estado hablando de datos relacionados con experiencias de gente en la realidad manifiesta. Pero existen otros datos, muy controvertidos, de supervivencia después de la muerte en los que una persona viva (normalmente un médium en estado de trance) afirma comunicar y hablar con una persona que lleva un tiempo fallecida y que aparentemente habita en un terreno más allá del tiempo y el espacio. Esto sugiere no sólo la supervivencia de la conciencia después de la muerte, sino también la existencia de una mónada cuántica sin un cuerpo físico.

¿Cómo comunica un médium con una mónada cuántica incorpórea? La conciencia no puede colapsar ondas de posibilidad en una mónada cuántica aislada (véase el Capítulo 7), pero el colapso puede producirse si la mónada cuántica incorpórea se correlaciona con un ser vivo físico (el médium). Los canalizadores son aquellas personas que poseen un talento particular y están abiertas para actuar con esa capacidad. A través de la pureza de su intención, pueden establecer una

correlación no local con una mónada cuántica incorpórea con la que nunca anteriormente tuvieron una relación. Se sabe que mientras está en el proceso de canalización, el comportamiento del canalizador, su forma de hablar e incluso, su manera de pensar, sufren cambios asombrosos. Esto se debe a que el cuerpo sutil del médium se ve temporalmente sustituido por la mónada cuántica incorpórea y el médium adopta su modelo de costumbres.

He sido testigo directo de la experiencia de la canalizadora JZ Knight, que canaliza a un maestro espiritual llamado Ramtha. Cuando canaliza a Ramtha, Knight se transforma en un maestro espiritual masculino y autoritario y adopta modales masculinos. En su estado natural, Knight no es una persona dominante en su conversación y tampoco posee una extensa experiencia espiritual. El filósofo Robert Almeder realizó la misma observación con la médium Willett. Mientras canalizaba, la señora Willett exhibía una sabiduría filosófica que no era suya, demostrando con ello que su propensión a la argumentación filosófica era «prestada». Esta propensión procedía de mónadas cuánticas incorpóreas que conservaron las propensiones de sus vidas pasadas (Almeder, 1992).

En la actualidad disponemos de evidencias basadas en datos de ondas cerebrales que nos llevan a afirmar que cuando el médium canaliza, entra en un estado de conciencia alterado. Los parapsicólogos Gilda Moura y Norman Don estuvieron trabajando en Brasil con una entidad canalizada, supuestamente un cirujano alemán llamado doctor Frisk. Descubrieron que mientras se produce la posesión (durante la cual el canalizador es capaz de realizar intervenciones quirúrgicas complejas), la frecuencia de las ondas cerebrales del canalizador salta a una frecuencia beta extraordinariamente elevada,

por encima de los cuarenta hercios (Moura y Don, 1996). De un modo similar, el comportamiento de JZ Knight mientras canaliza ha sido sometido a prueba a través de ocho indicadores psicofisiológicos distintos, y los resultados obtenidos son notablemente distintos a su rango normal de respuestas fisiológicas (Wickramsekhara y otros, 1997).

El fenómeno de la escritura automática se explica también en términos de canalización. Las ideas creativas y las verdades espirituales están al alcance de todo el mundo, pero acceder a ellas requiere una mente preparada. ¿Cómo fue capaz el profeta Mahoma de escribir el Corán siendo prácticamente analfabeto? Por decirlo de algún modo, el arcángel Gabriel (una mónada cuántica) le prestó una mente a Mahoma. Además, la experiencia transformó a Mahoma. Un reciente y espectacular caso de escritura automática es *Curso de milagros*, canalizado a través de una pareja de psicólogos, uno de los cuales ni siquiera comprendía muy bien lo que significaba ser canalizado.

Ángeles y bodhisattvas

En todas las culturas existen conceptos de seres que se corresponden con lo que el cristianismo ha denominado ángeles. Los devas son los ángeles del hinduismo. Con frecuencia, los ángeles o devas pertenecen al reino arquetípico trascendente del cuerpo intelectual, al que Platón denominó el reino de las ideas. Son los ángeles informes. Son los contextos a los que damos forma en nuestros actos creativos. Pero en la literatura, e incluso en época moderna, existen también ángeles experimentados por la gente como ayudantes (como

Gabriel, que ayudó a Mahoma). Si lo consideramos en términos de nuestro modelo, un ángel de este tipo podría ser una mónada cuántica incorpórea cuya implicación en el ciclo de nacimiento y renacimiento ha terminado.

La escuela mahayana del budismo habla de bodhisattvas, seres liberados que después de la muerte renacen en forma sambhogakaya (forma posibilidad, en terminología científica); se trata de una metáfora para indicar que hay dejado ya de identificarse con cuerpos físicos. Estas mónadas cuánticas ya no necesitan trasmigrar propensiones y tareas inacabadas de una vida a la otra, pues sus obligaciones kármicas han finalizado. Por lo tanto, sus mónadas cuánticas incorpóreas están a la disposición de todos nosotros, y sus mentes y sus cuerpos vitales sirven a todos aquellos que desean ayuda. El budismo reconoce también bodhisattvas sin formas arquetípicas, como por ejemplo Avalokiteshvara, el arquetipo de la sabiduría.

De modo similar, en el hinduismo existe el concepto de arupadevas y rupadevas. Los arupadevas son contextos informes, puramente arquetípicos. Los rupadevas representan las mónadas cuánticas incorpóreas de personas liberadas.

El juego servicial y alegre de ángeles ayudantes, rupadevas y bodhisattvas llega a nosotros no sólo a través de casos espectaculares de escritura automática, como el Corán y *Curso de milagros*, sino también como inspiración y guía en nuestros momentos más difíciles. La intención de ayudarnos de bodhisattvas y ángeles es omnipresente. Cuando nuestra intención coincide con suya, nos correlacionamos con ellos; entonces ellos actúan a través de nosotros y viven a través de nosotros.

Cuando el sabio Ramana Maharshi estaba muriendo, sus discípulos le suplicaban que no se marchase. Al final, Ramana

les reprendió: «¿Dónde iré?». De hecho, una mónada cuántica incorpórea como la de Ramana viviría, para siempre si fuera necesario, en el reino rupadeva, guiando a quien quiera que desee ser guiado por él. Destaca también el hecho de que el reino rupadeva no es necesariamente distinto del reino físico que conocemos. Los reinos trascendentes están paradójicamente «dentro de todo esto» y «fuera de todo esto».

Notas

[1] A destacar que Wolf (1996) ha construido un modelo de supervivencia después de la muerte incluso dentro del paradigma materialista. Sin embargo, en esta teoría hay muchos supuesto que podrían no ser viables; por ejemplo, su modelo de supervivencia es válido sólo si el universo termina replegándose.

Capítulo 9

Preguntas y respuestas sobre cosmología

La evolución del cosmos es un juego creativo de conciencia con el propósito de revelarse a sí mismo en manifestación. Los materialistas declararon prematuramente que la cosmología (e incluso la evolución biológica) no es más que casualidad ciega. Pero las religiones se equivocaron también al ver en la cosmología y la evolución un propósito determinista, no un propósito creativo.

Pare revelarse creativamente a sí misma, la conciencia pasa a través de una serie de pasos, cada uno de ellos más limitador que el anterior: el cuerpo intelecto, el cuerpo de las leyes y los contextos; el cuerpo mental, el cuerpo del significado y el pensamiento; el cuerpo vital, el cuerpo de la vida; y finalmente, el cuerpo físico, el cuerpo que traza el mapa de las representaciones de lo vital y lo mental. A través de la «ventana cuántica del visionario» vemos cómo media la conciencia en la interacción entre los reinos físico, vital y mental, una interacción que no implica dualismo.

La perspectiva que esta cosmología espiritual aporta a la evolución es realmente asombrosa. Ya no es necesario ver la vida, la mente y la conciencia en términos de teorías exóticas e imposibles sobre epifenómenos de materia emergentes, como sucede si se basan en conceptos materiales. La evolución,

en cambio, es una evolución de la representación, o un mapa, de lo que está ya en la conciencia. Una solución satisfactoria, comprensible. Es lo que estamos haciendo con nuestros ordenadores.

En la nueva cosmología vemos la verdadera enormidad de nuestra propia evolución. No somos distintos de nuestro ecosistema. Un punto de vista basado en la reencarnación nos permite disfrutar de la vista espectacular que proporciona el alcance de nuestras vidas pasadas. Nos hemos reencarnado como seres unicelulares, como plantas y como animales pese a hacerlo como «grupo de almas» o especie consciente) y ahora como seres humanos. La conciencia aprende sobre sí misma a lo largo del largo viaje a través de todas estas encarnaciones; cada uno de nosotros ha recorrido de esta manera el espacio y el tiempo repetidas veces. Esta mónada cuántica viajera proporciona una perspectiva intermedia de nuestro ser que complementa nuestro ego local y el yo cuántico completamente no local e impersonal.

De modo que, de forma gradual, empieza a destacar una nueva ciencia que sustituirá la actual ciencia materialista, una ciencia dentro de la conciencia. En este capítulo planteo preguntas hipotéticas sobre este cambio de paradigma.

Simplicidad

P: Ha urdido usted una ciencia fantástica en la que no sólo hay uno, sino cuatro mundos de conciencia. ¿Qué me dice de la navaja de Occam, del valor de la concisión?

R: Eisntein solía decir: «Todo debería explicarse de la forma más simple posible, evitando simplificarlo». Los psicólogos

conductistas, con su imagen limitada del ser humano como ser condicionado, llevan a cabo sus investigaciones sustituyendo al hombre con ratas; eso simplifica las cosas. De un modo parecido, en biología, el concepto de que toda la vida surge a partir de los genes es muy simplista: los organismos, incluyendo el ser humano, no son más que máquinas de genes, y los deterministas genéticos pueden incluso estudiar biología en sus laboratorios sin siquiera estudiar un organismo.

Pero estas imágenes tan simples olvidan lo más importante de todo: la conciencia. Estos intentos de la biología y la psicología de reducirlo todo a la genética y al determinismo conductista (similar a la física clásica) no han hecho más que crear una actitud llena de prejuicios y, por lo tanto, poco científica, hacia todos los aspectos de la biología y la psicología que no encajan con este punto de vista reduccionista.

P: De modo que dice usted que el estudio de la vida y de la mente no puede reducirse únicamente al estudio del cuerpo físico; ¿tenemos que tener también en cuenta el cuerpo vital, mental e intelectual?

R: Exactamente. En los viejos tiempos, podíamos apuntar al fenómeno del duelo (la gente llora cuando mueren sus seres queridos) para sugerir que somos algo más que nuestro cuerpo físico; de lo contrario, ¿por qué llorar cuando el cuerpo del fallecido sigue aún ahí? En la actualidad, tenemos que pasar por argumentos más sofisticados, pero la verdad sigue siendo la misma.

Preocupaciones sobre dualismo

P: En *The Self-Aware Universe* presentaba usted la mente como parte del cerebro. ¿No está dando un paso atrás hacia el dualismo al proponer que la mente y el cerebro son cosas distintas?

R: *The Self-Aware Universe* era el principio de la construcción de un paradigma basado en la conciencia. En ningún momento pretendió ser la última palabra sobre ese paradigma. Después de la publicación de ese libro, empecé poco a poco a ver el problema que planteaba considerar que la mente es el cerebro: no abordaba la cuestión del significado. Piense en un televisor. Físicamente, las imágenes que aparecen en la pantalla son un juego de electrones, sobre eso nadie tiene la menor duda. Pero mirar la imagen como un juego de electrones no nos dice nada sobre las historias de los personajes de la telenovela que se emite en pantalla. Es la mente la que proyecta la historia (el significado) en las imágenes que crean los movimientos de los electrones. La mente permite a la conciencia ver significado, que el cerebro no puede procesar. No hay manera de solventar este problema de significado sin proponer una distinción entre mente y cerebro.

P: Un darwinista incondicional diría que la percepción del significado es resultado de la evolución; surge porque tiene valor de supervivencia.

R: Pero un poco de lógica demuestra lo contrario. A fin de cuentas, un cerebro material es una máquina de procesar símbolos. Incluso un cerebro mecánico cuántico procesa símbolos, aunque en posibilidad. En él no hay espacio para el significado, para la semántica.

El cuerpo vital

P: Podría aceptar el argumento de que la mente no es el cerebro, pero, ¿qué me dice del cuerpo vital? ¿No hace ya tiempo que los biólogos descartaron esa idea por considerarla una carga adicional? ¿Qué uso propone usted para el mismo?

R: Para empezar, el cuerpo vital procesa las funciones de lo que denominamos vida. Piense en la supervivencia, por ejemplo. Darwin convirtió la supervivencia en el punto cardinal de su teoría, y nadie niega que la supervivencia sea básica para la vida. ¿Pero qué razón física existe para que los seres biológicos tengan instinto de supervivencia? La realidad es que la conducta molecular puede explicarse por completo sin el concepto de supervivencia, sin exigir una propiedad adicional conocida como «deseo de supervivencia», y aun así los seres vivos, que son conglomerados moleculares, quieren sobrevivir.

P: Está bien. ¿Pero para qué sirve el cuerpo vital en la práctica?

R: Su utilidad se ve clara en una situación creativa. Normalmente, nuestro cuerpo físico funciona de forma admirable con sus representaciones condicionadas de las funciones vitales. Pero cuando una de estas representaciones, o el movimiento vital asociado a ella, se tuerce (una situación que denominamos enfermedad), necesitamos la creatividad del cuerpo vital.

Cuando las representaciones funcionan, cuando los mapas son los correctos, las correlaciones vitales actúan en tándem, de forma automática y a la perfección. La conciencia colapsa

simultáneamente ambos conjuntos de posibilidades para garantizarnos ese funcionamiento que denominamos salud. Pero cuando los mapas son erróneos o los modos del cuerpo vital (prana o chi) se desequilibran, las representaciones físicas dejan de evocar el modo vital adecuado y viceversa, y sentimos una falta de plenitud, una enfermedad.

Las ciencias curativas de China e India destacan el papel del cuerpo vital. La rehabilitación del cuerpo vital en la ciencia idealista, por lo tanto, integra la medicina oriental, que subraya lo vital, y la medicina occidental, que subraya lo físico (véase el Capítulo 13).

P: ¿Para qué le sirve el cuerpo vital a la gente sana?

R: Piense en las emociones. Resulta fácil ver que las emociones tienen un componente vital además de componentes físicos y mentales. Cuando nos enamoramos, existen signos físicos inconfundibles y también pensamientos que percibimos rápidamente. Pero además, existen sensaciones inconfundibles, sobre todo en la zona del corazón, que no pueden clasificarse ni de físicas ni de mentales. Tan sobresaliente es esta sensación del cuerpo vital que en todas las culturas se asocia el amor con el corazón. ¿Pero qué tiene que ver el corazón físico con el amor además de latir un poco más rápido?

En muchas tradiciones hay prácticas espirituales que se dice conducen al dominio de las emociones. Si las estudiamos con detalle, descubriremos que esas prácticas (artes marciales asiáticas y prácticas de kundalini hindú, por ejemplo) están relacionadas con la creatividad del cuerpo vital en las personas sanas.

P: ¿Calificaría de creatividad ordinaria la creatividad del cuerpo mental?

R: Sí, por supuesto. Y la creatividad mental puede ser también un salto hacia el intelecto. La creatividad es el descubrimiento de un nuevo significado (creatividad del cuerpo mental) o de un nuevo contexto de pensamiento (salto creativo hacia el cuerpo intelectual). Por ejemplo, las leyes de la física residen en el reino temático, y operan ya en los movimientos del universo físico. Descubrir estas leyes les otorga un significado en el reino mental que nos permite predecir y controlar la manifestación de estas leyes en nuestros asuntos.

Milagros

P: Si incluso el cuerpo vital puede ser creativo, ¿existe algo parecido a la creatividad del cuerpo físico? ¿Puede el universo físico estar sujeto a una creatividad que esté más allá de la legitimidad normal?

R: ¿Por qué no? Una integración de ciencia y espiritualidad que no tenga tratos con la creatividad de lo físico no sería completa. Es decir, en la nueva ciencia tendríamos que aceptar que podría ser posible alcanzar unas cumbres de creatividad tan elevadas que hicieran incluso posibles los milagros. En la creatividad mental, los creativos trascienden los pensamientos mentales ordinarios y entran en nuevos temas o contextos del cuerpo intelectual, que incluyen nuevas leyes físicas. En la creatividad física, los creativos dan un salto cuántico hacia el cuerpo intelectual y doblegan las leyes físicas a su voluntad creativa (momentáneamente, al

menos). Naturalmente, esto implica conseguir un control atípico del cuerpo intelectual, de los movimientos supramentales.

Lo sorprendente es que las tradiciones espirituales se muestran unánimes respecto a la existencia de la creatividad supramental; independientemente del tiempo, el espacio o la cultura. Basta con observar la gran cadena del ser contemplada por un antiguo filósofo occidental, Plotino, y por un filósofo moderno oriental, Sri Aurobindo (Figura 13). Se trata prácticamente de la misma visión, y ambos reconocen una existencia más allá de la mente.

PLOTINO	SRI AUROBINDO
Uno absoluto (divinidad)	Sacchitananda / Supermente (divinidad)
Nous (mente intuitiva)	Mente intuitiva / Sobremente
Alma / Mundo-alma (psíquico)	Mundo-mente iluminado
Razón creativa (visión-lógica)	Mente superior / Red mental
Capacidad lógica	Mente lógica
Conceptos y opiniones	Mente concreta
Imágenes	Mente inferior
Placer / Dolor (emociones)	Vital-emocional; Impulso
Percepción	Percepción
Sensación	Sensación
Función vital vegetativa	Vegetativo
Materia	Materia (física)

Figura 13. *La gran cadena del ser según Plotino y Sri Aurobindo.*

P: ¿Existe algún experimento controlado que sustente los milagros?

R: Se puede decir con toda seguridad que estamos aún en pañales en lo que a las exploraciones de la conciencia se refiere. Los recientes prejuicios científicos a favor del materialismo no han ayudado a salir de la situación en la que nos encontramos. Tenemos que avanzar mucho en nuestras exploraciones de la conciencia, tanto a nivel individual como colectivo, antes de poder estabilizar lo bastante la aparición de milagros y poder realizar experimentos controlados.

P: ¿Es por eso por lo que habla de prácticas de transformación, como la meditación, mientras que la mayoría de filósofos de la conciencia se limitan a omitir el tema?

R: Exactamente. Lo mejor de la ciencia dentro de la conciencia es que todo el mundo puede convertirse en explorador, todo el mundo *es* un explorador. Pero esto no significa que tengamos que estar reinventando la rueda constantemente.

En la tercera parte investigaré a fondo las prácticas espirituales concebidas para la exploración creativa de la mente, en primer lugar, y luego del cuerpo vital, que pueden abrirnos hacia una existencia más amplia, hacia identidades que van más allá de la identidad ego y se acercan al intelecto supramental y a los cuerpos dichosos. Esto le proporcionará la perspectiva adecuada para pensar en milagros.

Preguntas psicosociales

P: La mayoría de científicos *new age* que hablan sobre la integración de ciencia y espiritualidad no parecen tan radicales.

No hablan sobre transformación, y mucho menos de milagros, como hace usted. ¿Por qué?

R: Porque la mayoría de estos científicos, a veces sin querer, aun ven la espiritualidad dentro de una metafísica materialista, y esto les limita. ¿Cómo es posible hablar sobre la creatividad de los cuerpos mental y vital, e incluso del cuerpo físico, cuando se cree que la materia y las leyes materiales son sólo fuerzas causales del universo?

Recomendaría a estos científicos que apoyaran a la espiritualidad y crearan un entorno que apoyase más el diálogo. Pero dentro del materialismo, la espiritualidad es un fenómeno emergente. En consecuencia, las experiencias espirituales se ven como aventuras interesantes, pero no reciben ni eficacia causal, ni un significado definitivo. Es decir, estos científicos, limitados por su sistema de creencias materialista, ignoran el aspecto transformativo de sus experiencias.

Es por eso que el fallecido filósofo Willis Harman subrayó el compromiso a la transformación personal como un prerrequisito para el científico de la conciencia (véase, por ejemplo, Harman y De Quincey, 1994). Sin ese compromiso, resulta difícil alcanzar la comprensión creativa sobre cómo la conciencia, y no la materia, es la base de la existencia.

P: ¿Existe entonces algún científico que apoye la cosmología espiritual como ciencia?

R: Sí. En 1999 estuve presente como orador en diversas conferencias internacionales sobre la conciencia. En todas ellas, científico tras científico fue informando de un cambio en su pensamiento, desde una base material hacia una base consciente. En una conferencia, después de un debate, firmamos un comunicado conjunto declarando que había llegado el

momento de reconocer que una metafísica que reconoce la primacía de la conciencia es la forma más efectiva de hacer ciencia. Y en otra conferencia descubrí que todos los allí presentes habían asumido ya la nueva visión y habían avanzado aplicándola a todos los terrenos humanos de trabajo.

P: Los materialistas dicen que los científicos que mantienen este punto de vista intentan vender el misticismo como base de sus creencias, y eso no es ciencia.

R: Temo decir que hablan así porque no conocen lo qué es la meditación, ni el misticismo. El misticismo no es un sistema de creencias; es un sistema transformativo basado en «ver por uno mismo». La meditación nos permite ver a través de nuestros condicionamientos, nuestros sistemas de creencias, y nos ayudan a trascenderlos y a llegar a conclusiones nuevas y creativas en base a nuestra nueva experiencia.

P: Del mismo modo, ¿existen biólogos que hayan propuesto ideas similares a las suyas?

R: Cuando estaba elaborando su modelo, Rupert Sheldrake no pudo disfrutar de la totalidad del nuevo paradigma que nos ofrece la ventana cuántica; pero aun así, por pura intuición, fue capaz de ir más allá del determinismo biológico y proponer los campos morfogenéticos y la resonancia mórfica como mecanismos no materiales y no locales para la creación de formas biológicas. Con la nueva ciencia, podemos respaldar teóricamente y de forma adecuada las ideas de Sheldrake (Goswami, 1997b).

P: Admito que si sus ideas sobre la evolución biológica y la morfogénesis llegaran a arraigar, se habría dado un importante

paso hacia la reconciliación entre el cristianismo y la ciencia moderna, pues le ha incorporado a Dios (conciencia) un papel creativo en la evolución biológica sin negar el darwinismo. Pero me sorprende que insista en la idea de la reencarnación como parte de la cosmología espiritual. ¿No es la reencarnación, básicamente, un concepto oriental?

R: Es cierto, si tiene en cuenta que las principales religiones, incluyendo el cristianismo, tienen sus orígenes en Oriente. Pero, ahora en serio, la cábala, que según muchos pensadores proporciona la base mística al judaísmo y, por lo tanto, a todas las religiones judeocristianas, acepta la validez de la reencarnación en su concepto de gilgul (estar en la rueda kármica). Y recientemente, ha habido filósofos que han argumentado que el concepto cristiano del purgatorio es perfectamente consistente con la reencarnación (MacGreggor, 1992). Finalmente, todo el mundo está de acuerdo hoy en día que el rechazo de la reencarnación por parte de la iglesia cristiana, que tuvo lugar en el siglo V, fue principalmente una cuestión política (Bache, 1990).

La ciencia y la gran cadena del ser

P: ¿Qué puede hacer por nosotros la cosmología espiritual que la cosmología materialista sea incapaz de hacer? Ese es el tema, ¿verdad? ¿Cuál de las dos cosmologías resulta más útil?

R: Así es. Pero debemos ir con cuidado y no restringir la utilización de la cosmología espiritual a un dominio más pequeño del que se merece. La cosmología materialista es bastante adecuada para los aspectos condicionados del cosmos. Sólo cuando nos abrimos a preguntas sobre saltos cuánticos de

evolución creativos, empezamos a sospechar de la incompetencia del punto de vista materialista.

La jerarquía del ser en el mundo manifiesto de la evolución es lo que a veces se conoce como la gran cadena del ser. En Occidente nos referimos a menudo a esto como el trío cuerpo-mente-espíritu, una expresión que presenta una sutileza frecuentemente olvidada. La palabra hebrea que origina el concepto de «espíritu» en este trío significa animación (a través de la respiración, por ejemplo). De modo que en este contexto, espíritu significa lo que nosotros conocemos como el cuerpo vital. La gran cadena del ser es la cadena de lo físico a lo vital a lo mental y al intelecto. Los saltos cuánticos conducen de un nivel a otro del ser, y también se producen dentro de cada nivel.

P: ¿Está diciendo con esto que los materialistas no consideran la totalidad de la gran cadena del ser, sino sólo la parte condicionada de la misma?

R: Exactamente. La física material es física condicionada: física clásica. La biología materialista (biología molecular y neodarwinismo) es el estudio de los aspectos homeostáticos de la vida y de los aspectos condicionados de la evolución: adaptación. La psicología material (conductismo y ciencia cognitiva) es el estudio de los programas condicionados de la mente, para los que ya existen representaciones en el cerebro. Por otro lado, la ciencia idealista trata con la totalidad de los cuerpos físico, vital y mental, tanto en su aspecto condicionado como creativo (Figura 14).

CIENCIA CONVENCIONAL (LA REALIDAD FÍSICA ES LO PRINCIPAL)		CIENCIA IDEALISTA (LA CONCIENCIA ES LO PRINCIPAL)
_____	**Espíritu**	Ciencia de la supermente
_____	**Alma**	Ciencia de la mónada cuántica
Psicología (conductismo / ciencia cognitiva)	**Mente**	Ciencia del mapa del intelecto y el cuerpo mental
Biología (neodarwinismo / biología molecular)	**Cuerpo**	Ciencia del mapa del cuerpo vital
Física / Química (mecanismos newtonianos-einstenianos / cuánticos)	**Materia**	Teoría de la medida cuántica con la conciencia como agente causal

Figura 14. *La gran cadena del ser vista por la ciencia convencional y la ciencia idealista.*

P: ¿Por qué excluye la física cuántica de la física materialista? La verdad es que la física cuántica ocupa un lugar destacado en todos los planes de estudios de Física de la actualidad.

R: Sí, pero sólo en un sentido estadísticamente determinista. Es decir, la física cuántica se utiliza para realizar cálculos en física. Los físicos ignoran la cuestión de la medida cuántica individual, la ventana a través de la cual la conciencia tiene un propósito y la creatividad entra en el mundo manifiesto de

los vivos. Correctamente interpretada, la física cuántica pertenece a la ciencia idealista.

P: Presenta usted la conciencia como la base de la existencia, en primer lugar, y luego como el sujeto manifestado a través de la autorreferencia en la célula y el cerebro. Por otro lado, muchos antropólogos definen la conciencia enteramente por su aspecto social, la sociedad del cerebro. ¿Niega usted que exista un aspecto social de la conciencia? Todo el mundo conoce la historia del chico que fue criado por una loba durante los primeros años de su vida. Cuando entró en la sociedad humana, no podía adaptarse; su conciencia no estaba todavía lo bastante desarrollada. ¿Por qué no se reencarnó en su cuerpo una mónada cuántica de propensiones humanas desarrolladas?

R: La reencarnación está regida por sutiles leyes de correlación. Y me temo que los misterios de las leyes del karma están aún por descubrir.

Pero la ciencia idealista no ignora el aspecto social de la conciencia. Recuerde, coincide con el conductismo en el límite del condicionamiento infinito, que incluye el condicionamiento social. La nueva ciencia simplemente dice que en nuestro ser hay algo más, además de física y condicionamiento.

De hecho, la nueva ciencia incluye aspectos de interacción social que el conductismo ignora. Es lo que Ken Wilber denomina aspecto intersubjetivo o interior de la conciencia; la ética, por ejemplo (véase el Capítulo 12) (Wilber, 1997).

P: De modo que, según usted, esta nueva ciencia puede integrar todos los aspectos de la conciencia dentro de una cosmología y desarrollar una ciencia para toda la gran cadena del

ser, una ciencia que no sólo trata de la homeostasis condicionada de estos seres, sino también de la evolución, que requiere saltos cuánticos. Un paso que merece la pena dar.

R: Me alegro de que lo comprenda. Esto, finalmente, sitúa la ciencia en la misma categoría que las humanidades y las artes, como un gran vehículo con el cual podemos investigarnos. Ahora que en nuestra ciencia incluimos el cuerpo físico, el cuerpo vital, la mente y el intelecto (los cuatro niveles de la existencia), podemos también buscar la metodología para la integración de estas existencias, que es precisamente lo que proporciona el yoga y donde está el valor definitivo del misticismo. Este es el tema de la tercera parte.

Tercera parte

La creatividad en la ciencia y la espiritualidad

Capítulo 10

Creatividad interior

¿Qué es creatividad? Definirla como el conocimiento de algo nuevo es únicamente una definición parcial. Escribir una nueva historia de amor, ¿es eso creativo? Sólo si la historia revela un nuevo significado en el conocido contexto del amor. Encontrar una nueva ecuación en el terreno de la física, ¿es eso creativo? Sólo si la ecuación abre un nuevo contexto para posteriores investigaciones. La creatividad, entonces, es el descubrimiento de algo nuevo en un nuevo contexto (creatividad fundamental) o el descubrimiento de un nuevo significado en un viejo contexto (creatividad situacional).

Descubrir un nuevo significado en un viejo contexto es un concepto que nos resulta familiar. Ilustraré con un ejemplo lo que significa descubrir un nuevo contexto. Si tenemos nueve puntos dispuestos en tres filas de tres (Figura 15a), ¿cuál es el número mínimo de líneas rectas que pueden utilizarse para conectar todos los puntos sin levantar el lápiz del papel? Si su respuesta es cinco, significa que usted está atrapado en el contexto de asumir que, para conectar los puntos, debe mantenerse dentro del espacio definido por la matriz; pero, en realidad, en las instrucciones nadie ha establecido ese límite. La respuesta es cuatro, tal y como verá si se permite dar un salto de contexto (Figura 15b).

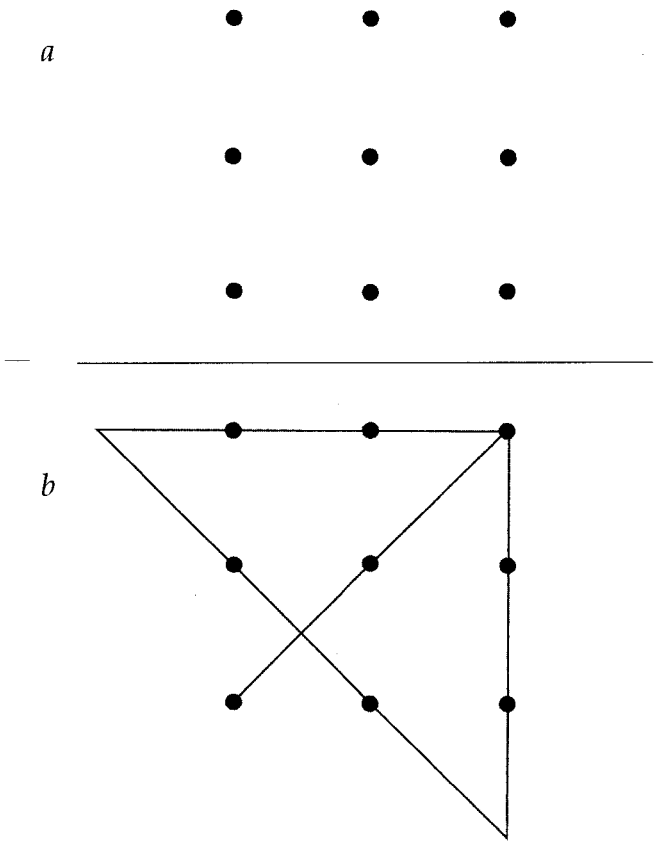


Figura 15. *(a) El problema de los nueve puntos; (b) la solución.*

Toda creatividad se produce a través de un proceso de cuatro fases: (1) preparación: leer «buenos libros», el material existente sobre el tema; (2) incubación, o proceso inconsciente: permitir que el inconsciente procese pensamientos sin colapsarlos, es decir, permitir que los pensamientos se expandan en posibilidad, se tornen ambiguos y, como consecuencia

de ello, nos ofrezcan muchas más opciones entre las que elegir; (3) comprensión, o la experiencia «eureka»: el salto cuántico discontinuo en el pensamiento, el colapso de una solución creativa, una Gestalt consistente, a partir de la ambigüedad generada por un proceso inconsciente; y (4) manifestación: la expresión de la nueva revelación en la vida vivida (Wallas, 1926).

Estas fases no son lineales, e implican el encuentro entre el ego y el yo cuántico.[1] Vamos esforzándonos y relajándonos de forma alternativa, topándonos con el yo cuántico hasta que decide responder. Entonces llega la gracia de la revelación. Y finalmente, está la expresión en forma de producto. En la creatividad externa, ese producto es arte, música, una nueva ley de la ciencia. En las artes intentamos expresar un nuevo significado en contextos de amor, justicia y otros temas arquetípicos. En la ciencia, buscamos leyes físicas, nuevos contextos a los que obedece la dinámica de nuestros diversos cuerpos. El producto de la creatividad interna es más sutil: autorenovación, una forma de ser más feliz y completa, la transformación del contexto en el que vivimos y descubrir la manera de poder ser permanentemente felices. Expresar el significado del amor en un relato requiere creatividad externa, pero convertirse en una persona que ama es creatividad interna (Goswami, 1996).

La ciencia como creatividad externa, la religión como creatividad interna

La ciencia es una búsqueda de la verdad, igual que la religión. ¿Es la verdad la misma en la ciencia y en la religión? ¿Qué es la verdad y cómo buscamos la verdad?

¿Qué son las verdades científicas sino las leyes de la ciencia que rigen el movimiento de la materia, la mente y el cuerpo vital? Una paradoja del material-realismo es que si la materia es la verdad definitiva, no tiene sentido que las leyes de la física rijan la materia, o que las matemáticas apliquen a la física. Pero en la ciencia dentro de la conciencia, tiene sentido tener leyes de la ciencia. Para jugar con propósito en la manifestación, la conciencia desciende a través de una serie de mundos, el primero de los cuales es el mundo vijnana de los temas, que incluye las leyes que establecen el contexto de movimiento para lo que viene después, a saber, los cuerpos mental, vital y físico. El trabajo de la ciencia consiste en la búsqueda de estas leyes. Las leyes están ya en la conciencia; un científico intenta descubrirlas y expresarlas en el lenguaje de las matemáticas o el pensamiento. El proceso de descubrimiento requiere creatividad.

Las verdades espirituales son distintas; son verdades sobre nuestro ser fundamental, sobre la conciencia en sí. Su descubrimiento nos permite vivir felizmente, sin conflictos.

De modo que la ciencia es la creatividad exterior, el descubrimiento de los contextos objetivos del movimiento con los que la conciencia crea el mundo manifiesto. La espiritualidad es la creatividad interior, el descubrimiento de niveles cada vez más profundos de nuestro ser, más allá del ego. La similitud está en que en ambos tipos de creatividad nos alzamos más allá del pensamiento, más allá de la continuidad. En ambos, reconocemos los límites del pensamiento racional. En la ciencia, el pensamiento racional nos permite explorar sólo aquello que ya se conoce. En la búsqueda espiritual, el pensamiento racional siempre acaba en conflicto, incluso en paradoja, sus límites expuestos. Para descubrir y explorar

nuevas leyes de vida, debemos saltar hacia la comprensión más allá del pensamiento.

La comprensión se alcanza a través de un salto cuántico, de una transición discontinua. El dibujo de «El profesor de física», de Sydney Harris lo demuestra perfectamente. Einstein, con sus pantalones que le cuelgan por todos lados, está frente a una pizarra, dispuesto a descubrir una ley de relatividad. Ha escrito «$E = ma^2$» y lo ha tachado; debajo ha escrito «$E = mb^2$» y lo ha tachado también. Dice la leyenda: «El momento creativo», y nos echamos a reír, reconociendo que la revelación creativa no es producto de argumentos racionales ni de pasos algorítmicos.

Ordinariamente, existen tres maneras de conocer: percepción, concepción y emoción. Vemos una cosa con nuestro aparato sensorial, y lo conocemos. Concebimos algo a través del intelecto y de los pensamientos, y obtenemos un conocimiento abstracto de ello. Sentimos una emoción, y la conocemos también. La comprensión o revelación creativa atrae nuestra atención hacia una cuarta forma de conocer: conocer a través de nuestro ser trascendente.

Aquí existe también una diferencia entre ciencia y religión. En la creatividad exterior, la ciencia, la creatividad devuelve la comprensión, un nuevo contexto, y lo expresa en un pensamiento, en una nueva ley. De modo que a veces decimos que la creatividad exterior es un salto cuántico de pensamiento, de viejos contextos hacia nuevos contextos o, como mínimo, hacia un nuevo significado. En la creatividad interior, la comprensión o revelación se convierte en el objetivo. De modo que cuando «regresamos», lo hacemos inspirados para cambiar nuestra forma de vida hacia otra que resulte más propicia para la revelación, somos más felices.

La revelación se produce en el momento en que nuestro ego no se interpone en el camino. En la creatividad exterior, la revelación se produce cuando somos parcialmente libres en nuestra modalidad cuántica para ver la Gestalt de posibilidades de pensamiento cuántico que el proceso inconsciente nos ofrece, posibilidades que contienen la respuesta a nuestra pregunta. En la creatividad interior, la revelación equivale a trascender la identidad ego de la conciencia ordinaria.

Los estados de la mente cuántica están disponibles universalmente para todos nosotros. Entre todos constituimos la autopista de la información universal. Metafóricamente hablando, formamos parte de un holograma universal; cada uno de nosotros retiene información de la totalidad. Pero, en nuestro ego, perdemos este acceso. Este acceso lo recuperamos en el encuentro con el yo cuántico, y así descubrimos el conocimiento necesario para la creatividad exterior.

El encuentro es también el secreto de la creatividad interior. La experiencia del yo cuántico sucede a cada momento, siempre y cuando estemos abiertos a ella. No debemos aferrarnos eternamente a nuestra identidad ego adulta. Incluso turiya, la conciencia en su mismidad, está próxima a nosotros. Turiya está siempre presente; es atemporal, o se sitúa más allá del tiempo. No puede ser de otra forma.

El viaje interior: más allá del ego

Reiteremos la distinción entre experiencias de percepción primarias y secundarias. Las experiencias de percepción primarias se producen en el complejo cerebro-mente en el primer colapso de las ondas de posibilidad cuántica que surgen como

respuesta a un estímulo. La «división» de la conciencia entre sujeto y objeto se produce a este nivel, pero el sujeto sigue siendo universal; el énfasis se sitúa en el verbo *experimentar,* no en el experimentador ni en lo que se experimenta. Este yo universal (el yo cuántico) es el yo transpersonal de la psicología transpersonal; es también el atman de la filosofía Vedanta, el no-yo del budismo, y el Espíritu Santo del cristianismo. Pero las experiencias (medidas cuánticas en el cerebro-mente) causan recuerdos. Las experiencias de percepción secundarias a través del reflejo en el espejo del recuerdo de un complejo cerebromente individual proporcionan un sentido de identidad personal, el ego (véase el Capítulo 3). La capacidad de reflejar surge como parte del proceso de percepción secundaria. La falta de claridad de la jerarquía enmarañada del proceso primario es fundamental para la identificación de jerarquía simple de nuestra persona con el ego: «Yo» (ahamkara en sánscrito).

Cuando somos niños, vamos descubriendo de forma creativa muchos nuevos contextos de vida; somos creativos internos. Pero a medida que esos contextos van acumulándose, vamos condicionándonos para operar en base al repertorio aprendido. Finalmente, cuando llegamos a adultos, acabamos encasillados en nuestro ego condicionado para la mayoría de nuestros actos. Habituados así, nuestra felicidad depende cada vez más de los estímulos externos; es como si perdiésemos la llave que aporta la felicidad a nuestro yo interior.

El mulá Nasruddin está en la calle junto a un semáforo y busca desesperadamente alguna cosa. Un transeúnte le pregunta:

—¿Qué buscas, mulá?

—He perdido la llave; estoy buscando mi llave —murmura el mulá.

El transeúnte empieza también a buscar la llave. Pasa el tiempo.

—¿Dónde perdiste la llave, mulá? —pregunta.

—En casa —responde el mulá.

—¿Y entonces por qué la buscas aquí, tonto? —le grita el hombre exasperado.

—Porque aquí hay más luz —le dice el mulá, sin perder la calma.

En el mundo exterior de los estímulos sensoriales hay más «luz» y por eso buscamos allí la felicidad. Pero la verdadera fuente de la felicidad está en el interior, con el yo cuántico, y más allá, en turiya (la conciencia en su mismidad).

¿Es posible entender este viaje más allá del ego, el viaje espiritual, el viaje más valioso de toda la humanidad, en términos de esta nueva ciencia dentro de la conciencia? Elucidar el proceso del desarrollo del ego está bien, pero ¿nos permite la nueva ciencia ver por qué las tradiciones espirituales utilizan métodos como la meditación y el samadhi, métodos que nos permiten dar un salto para alejarnos de nuestra identidad ego y que tradicionalmente constituyen nuestro viaje espiritual? Veremos que estos métodos contribuyen a la plenitud de nuestro potencial humano, que forman parte de un proceso creativo de autodesarrollo y que aumentan nuestros logros creativos externos.

Entre las ramas exotérica y esotérica de la religión, existe una diferencia primordial. El principal propósito de las religiones exotéricas es amar y servir a Dios y, en consecuencia, estas tradiciones enseñan principios éticos y morales. El objetivo de las religiones esotéricas es *convertirse* en Dios; enseñan cómo convertirse en alguien capaz de vivir verdaderamente según la ética enseñada en las tradiciones exotéricas. Las religiones

exotéricas utilizan el sentimiento de culpa (en Occidente) y el de vergüenza (en Oriente) para acercar a la gente a la ética, aunque con éxito limitado. La oración, que forma parte de todas las religiones exotéricas, funciona mejor, pero a menudo se utiliza de un modo egocéntrico, lo que contribuye muy poco a la transformación espiritual. Por otro lado, todas las tradiciones esotéricas se concentran en métodos para conseguir la transformación. Es decir, las religiones esotéricas enfatizan la creatividad interior.

La verdad es que es muy difícil comprometerse con un valor derivado de la experiencia de otra persona. Pero aun así, el exoterismo descansa fuertemente en preceptos de este tipo: hay que ser bueno porque Jesús lo dijo. El esoterismo exige creatividad interior y el empleo de métodos que llevan a descubrir con la práctica la base de un principio ético. En esta perspectiva de transformación, la actividad ética se convierte en la forma natural y evidente en que uno desea vivir.

Creatividad interior: el principio

La creatividad interior empieza normalmente con una pregunta candente que surge a partir de una insatisfacción general con un conflicto interno en la identidad del ego (lo que Buda denominó dukka, pesar). En el mito del Santo Grial, Percival llega al Castillo del Grial y su intuición le lleva a preguntar al rey, que está mutilado: «¿Qué te ha sucedido?». Pero le habían explicado que un aspirante a caballero nunca formula preguntas, de modo que decide evitar el posible conflicto. Y no pasa nada. Si no formulas tu pregunta, la puerta que se abre a la transformación creativa permanece

cerrada, impidiendo el acceso hacia la felicidad y el rejuvenecimiento. Percival convivió pacientemente con sus conflictos durante seis años, hasta que acabó dirigiéndose al Rey Grial y le formuló su pregunta. Como resultado de ello, el reino recobró fuerza.

El lisiado Rey Grial es la metáfora de una psique dominada por el ego. Sólo formulando las preguntas adecuadas y abordando nuestros conflictos conseguiremos transformarnos y liberarnos de la esclavitud del ego para identificarnos con el yo cuántico creativo.

La creatividad interior puede empezar también a partir de la intuición de que existe una personalidad más allá del ego. Esto lleva a un intenso deseo de conocer el yo, cuya naturaleza es consciente en sí misma, lo que impulsa la pregunta «¿Quién soy yo?», la pregunta que es la marca distintiva del gran místico indio Ramana Maharshi.

El viaje hacia la creatividad interior podría empezar también con otra pregunta profunda: ¿cómo puedo amar? Cuando soy egocéntrico, vivo en una red de solipsismo: lo único real es mi propia conciencia, los demás existen sólo en relación a mí. Esta identidad egocéntrica sólo nos permite amar con condescendencia, desde un nivel superior y en una relación jerárquica. Pero esto no es amor y conduce únicamente al aislamiento. Acabaremos preguntándonos por qué nos sentimos solos, por qué no nos sentimos amados y por qué, en realidad, no podemos ofrecer amor incondicional a los demás.

La creatividad interior puede empezar también con la experiencia espontánea que provoca la dicha de la sensación de unidad con todo el universo, una experiencia que en India recibe el nombre de samadhi. Es lo que en la psicología

transpersonal moderna se conoce como experiencia culminante; en la literatura sobre la creatividad se menciona a veces como experiencia matizada (Briggs, 1990). En estas experiencias pretendemos descubrir la fuente de nuestra dicha más pura; nos tornamos sensibles a una conexión interna con el universo, con el «universo unido» al que pertenecemos, que es nuestra casa. Y queremos estar en casa.

¿Y qué viene a continuación, después de este principio? El Bhagavad Gita discute cuatro caminos espirituales para el viaje más allá del ego. Estos caminos son karma yoga, el yoga de la acción; bhakti yoga, el yoga de la devoción; jnana yoga, el yoga del conocimiento; y raja yoga, el «yoga del rey», el camino de la meditación y los samadhis. Todas las tradiciones enfatizan uno o más de estos caminos. El budismo Zen, por ejemplo, destaca el camino jnana, los sufíes el camino bhakti, y el cristianismo los caminos bhakti y karma.

¿Es posible describir estos caminos en términos de la nueva ciencia? Sí. La superación del ego puede entenderse como la superación de dos obstáculos: el condicionamiento y la jerarquía simple. El jnana yoga, el camino de la búsqueda de la verdad a través del conocimiento adquirido con la creatividad mental, supera los hábitos condicionados de pensamiento. El raja yoga utiliza la meditación para trascender los hábitos condicionados de cognición. El bhakti yoga emplea la práctica de la jerarquía enmarañada en la relación personal para ir más allá de la jerarquía simple y los confines limitados del ego. El karma yoga se centra en percatarse en plena acción de que la causa de toda esa acción proviene de un nivel trascendente (el nivel intacto de la jerarquía enmarañada); nosotros no somos el ejecutor. Entonces podemos renunciar a la identificación limitadora con el ego.

Desde otra perspectiva, los cuatro caminos se han concebido para investigar la realidad a través de los tres aspectos de la conciencia: verdad, cognición e infinitud. El camino jnana investiga la realidad a través del aspecto de la verdad, el camino de la meditación a través de la cognición, y los caminos de la devoción y la acción a través del aspecto de la infinitud.

¿Es posible alcanzar la iluminación a través de esos caminos? El místico Krishnamurti solía decir: «La verdad es una tierra sin caminos». ¿Para qué sirven entonces los caminos? La paradoja no existe si nos damos cuenta de que estos caminos anunciados no son recetas; no están labrados en el suelo, llevan a ninguna parte. La comprensión espiritual es un salto discontinuo hacia un ser más profundo; los caminos establecen el contexto para este salto.

El camino del conocimiento

El jnana yoga es la ciencia del yo y trata de obtener conocimiento del yo a través de la comprensión creativa. No basta con simplemente leer sobre la nueva ciencia o los textos sagrados. Eso no es más que la preparación. El proceso de la creatividad interior se completa yendo paso a paso, empezando por la preparación y el proceso inconsciente, para seguir por el encuentro entre el ego y el yo cuántico, la comprensión y, finalmente, la manifestación.

Es decir, el pensamiento nunca conduce directamente al conocimiento de uno mismo, aunque lo utilizamos con entusiasmo a lo largo del camino del conocimiento. Siempre acabamos frustrados; pero el pensamiento sigue siendo útil.

Podríamos utilizar el pensamiento racional para negar lo que pensamos que podría ser el yo, para determinar lo que el conocimiento de uno mismo podría comportar. Podríamos entretenernos con pensamientos cada vez más sutiles. Podríamos intentar resolver rompecabezas paradójicos, como los koans del Zen: «¿Cómo te llamabas antes de nacer?». Podríamos leer o escuchar el discurso de un maestro sobre el yo, intentando no sumarle al mismo nuestras propias ideas.

Y mientras nos esforzamos con nuestros pensamientos, no hacemos nada, meditamos, procesamos inconscientemente. A veces tenemos experiencias flujo contemplando dichosamente el yo durante un tiempo prolongado, al menos en parte a través de un proceso de pensamiento que es más sutil que el razonamiento. Pero, desgraciadamente, la dicha de llegar a alguna parte no dura. Hay también episodios difíciles, «noches oscuras del alma», en las que tenemos la sensación de que la práctica no nos lleva a ninguna parte. Entonces, un día, un maestro dice alguna cosa y la escuchamos, directamente, sin que el pensamiento actúe a modo de intermediario. O una frase de un buen libro nos llama la atención y comprendemos directamente, en el interior, produciéndose un cambio radical en nuestros modelos de pensamiento habituales. Eso es comprensión. Según explica Ramana Maharshi:

> «Las sadhanas [las prácticas] son necesarias [...] para poner fin a los obstáculos. Finalmente, llega una fase en la que una persona se siente inútil a pesar de las sadhanas. Es incapaz de realizar incluso la tan apreciada sadhana. Es entonces cuando [...] el yo [cuántico/atman] se revela».
>
> RAMANA, 1978

Existe una diferencia entre la comprensión intelectual y la certidumbre de esta comprensión-revelación. La comprensión intelectual resulta satisfactoria, pero sólo temporalmente. Si intentas comentarla con un amigo, es muy probable que necesites recurrir a tus notas. Por otro lado, la comprensión alcanzada a través de la revelación es permanente y certera. Estará presente en toda su forma de vida porque ha transformado la totalidad de su Gestalt conceptual.

En 1919, el día después de que Einstein verificara experimentalmente su teoría general de la relatividad, un periodista le preguntó: «Doctor Einstein, ¿cómo se habría sentido si su teoría hubiese resultado estar equivocada?». A lo que Einstein le respondió: «Lo habría sentido por Dios. Mi teoría es correcta». Las revelaciones alcanzadas a través del jnana yoga se mantienen con la misma certidumbre.

De los cuatro caminos, el camino del conocimiento o la sabiduría es el que más se parece a la creatividad exterior. Existe una gran diferencia, sin embargo, en cómo se manifiesta la revelación. Le daré un ejemplo de mi propia cosecha.

Empecé mi carrera científica como físico teórico nuclear, reflexionando sobre la estructura cuántica del núcleo atómico. Cuando llegué a los Estados Unidos para cursar mis estudios de posdoctorado, tuve la suerte de encontrar como mentor a un gran físico. Yo realizaba modelos para las soluciones al problema en el que trabajaba y me emocionaba ante las posibilidades que presentaban. Y él me decía siempre: «Consúltalo con la almohada. Vuelve a comentármelo mañana». Él conocía muy bien el proceso inconsciente. Y cuando hablábamos, solía encontrarle el punto débil a mi modelo, y ya estaba; de vuelta de nuevo a hacer números en la pizarra. Un día, pensé que de verdad había encontrado una buena solución,

pero él también le encontró el punto débil y yo me desmoralicé. Bajé a la cafetería del sótano (que todo el mundo conocía como el Hoyo de la Serpiente, un nombre que encajaba a la perfección con mi estado de ánimo), me senté en una mesa con una taza de té y empecé a sentir lástima de mí mismo. Pensé incluso en abandonarlo todo. Y entonces, de pronto, me vino la solución a la cabeza, y supe que era la correcta. Corrí escaleras arriba al encuentro de mi mentor, quien confirmó mi solución. Pasé feliz el resto de la tarde. En un plazo de tres meses, después de algunos cálculos más, todos básicamente algorítmicos, redactamos un documento con la solución de aquel día. No fue un salto cuántico gigantesco para la creatividad científica al estilo de Einstein, pero sirve igualmente para ilustrar el proceso.

Contraste esto ahora con mi experiencia de creatividad interior. Cada vez me interesaba más la teoría de Von Neumann de la medida cuántica, de modo que empecé a investigar la naturaleza de la conciencia. Leía de forma voraz: Ram Dass, Krishnamurti, Rajneesh, Franklin Merrell-Wolff, los Upanishads y mucho Zen. Entre medio de todo ello me dediqué también a meditar y a codearme con la mística. Después de varios años, descubrí que estaba completamente atascado. Era un materialista con la firme creencia de que la conciencia es un fenómeno del cerebro. ¿Qué otra cosa podía ser? Pero, pese a ello, tenía la fuerte intuición de que Von Neumann tenía razón, que la conciencia colapsa la posibilidad cuántica y la hace realidad. Pero si la conciencia es un fenómeno del cerebro, es también una posibilidad. Estaba atrapado en esta paradoja. Entonces un día, hablando con un amigo místico, mi mente se abrió de repente. Me dijo él: «No existe nada sino Dios», como suelen decir los místicos. Pero aquella vez lo

escuché; lo escuché directamente, no en el pensamiento, ni acompañado de otra idea. Y fue una dicha intensa. Además me sentí seguro de mi conocimiento; nunca volví a tener dudas sobre la primacía de la conciencia.

No escribí de inmediato un documento sobre la teoría de la medida cuántica (aunque acabé haciéndolo). Mi primera inspiración fue intentar transformar mi ser, estabilizar la dicha que sentía. Esta necesidad de transformación es algo natural en la creatividad interior; es la manifestación de la comprensión creativa.

Después de su revelación «¡eureka!» en una cárcel india, el sabio y filósofo Sri Aurobindo pasó largos años en silencio. Hui Neneg, el sexto patriarca del budismo Chan, siguió siendo un humilde cocinero durante doce años después de tener su revelación, hasta que las circunstancias lo catapultaron hacia la vida pública.

El camino de la meditación y el samadhi

El camino de la meditación, raja yoga, se basa en el Yoga Sutra de Patanjali, que enseña el control psíquico (Tainmi, 1961). Yoga chittavrittinirodhah, escribió Patanjili: «El yoga es el control de las tendencias salientes (la vinculación a los objetos, por ejemplo) de la mente». Este control no significa necesariamente un control activo y no significa tampoco la eliminación forzosa de los pensamientos y de otros objetos de la percepción interna. No prestar atención a los pensamientos cuando surgen (control pasivo) hace maravillas. Según Patanjali, el control psíquico pleno requiere ocho pasos de autodisciplina, que incluyen posturas de hatha yoga y prácticas de

respiración, la retracción de los órganos sensoriales del mundo exterior, meditación y samadhi.

¿Qué es la meditación? Cuando nos identificamos con nuestro ego, siempre nos aferramos a alguna cosa para mantenernos ocupados. Puede ser que lo que capte nuestra atención sean los estímulos externos. O puede ser un pensamiento, una fantasía. Pero el resultado es el mismo: acción condicionada. La meditación es una forma de interferir en nuestros modelos condicionados. Volcamos nuestra atención en una palabra o frase (un mantra) que repetimos en silencio o en un estímulo externo como la llama de una vela.

¿Por qué funciona la meditación, siendo como es un proceso tan simple? Hemos visto que el principio de incertidumbre aplica a los pensamientos y a la complementariedad de su contenido, o característica (similar a la posición que ocupa un objeto material), y a su dirección (similar a la velocidad de un objeto). En la meditación, prestamos atención a la característica y, en consecuencia, perdemos el control sobre la dirección del pensamiento. Cuando nos concentramos por completo en la característica y conseguimos perder por completo la dirección, significa que estamos centrados en el presente. Esta concentración en el presente nos impide seguir nuestras tendencias externas salientes, hacia el futuro o hacia el pasado.

Es importante reconocer que aunque este tipo de meditación nos ayuda a alcanzar la comprensión, no es suficiente por sí sola. El sabio budista Hui Neng vio un monje meditando. Cogió de inmediato dos piedras y empezó a golpearlas con fuerza la una contra la otra. De entrada, el monje trató de ignorar el sonido. Pero pasado un rato lo dejó correr, abrió los ojos y preguntó:

—¿Por qué haces tanto ruido?

Hui Neng dijo:

—Estoy fabricando un espejo pulido.

A lo que el monje le replicó con incredulidad:

—¡No puedes hacer un espejo con esas piedras!

Hui Neng le respondió muy serio:

—Y tú no puedes alcanzar la comprensión meditando.

Hui Neng tiene razón. El tipo de meditación que el monje practicaba, la meditación por concentración, es esfuerzo. Es un verdadero trabajo. Para completar el proceso creativo, debemos complementarlo con relajación. Otro tipo de meditación, la meditación de conciencia plena, también puede ayudarnos. A partir de ella, cobramos conciencia de nuestros pensamientos sin cerrarnos a ningún pensamiento. Cabe destacar, una vez más en términos del principio de incertidumbre, la naturaleza complementaria de la meditación de conciencia plena y la meditación por concentración. En la meditación de conciencia plena prestamos atención a la dirección del pensamiento, sacrificando con ello el contenido de cualquier pensamiento en concreto. Dejando que los pensamientos desfilen por el territorio de nuestra mente, somos simples testigos de su paso sin «subir a bordo del tren» e implicarnos en su significado. Cuando nos convertimos en testigos perfectos, el contenido se vuelve completamente incierto y la vinculación al pensamiento desaparece.

De modo que, igual que con la creatividad exterior, la creatividad interior se reduce también a la práctica. Como ya he mencionado, el aspirante espiritual debe ir alternando entre profundizar en el proceso inconsciente, que es una forma de no hacer, y esforzarse en busca de la comprensión, que es una forma de hacer.

¿Cómo colabora la meditación en todo esto? El esfuerzo por encontrar la comprensión creativa se ve ayudado por la concentración en el presente que la meditación por concentración va construyendo poco a poco, incluso cuando no meditamos activamente. Y la meditación de conciencia plena nos ayuda siendo, no haciendo. Un verso del Bhagavad Gita sugiere que en la acción puede haber inacción y que en la inacción puede haber acción. La práctica de no hacer en la meditación de conciencia plena (inacción) nos muestra que aun existe acción condicionada, aunque no estemos haciendo nada. Cuando nos concentramos plenamente en no hacer, escapando con ello del condicionamiento, somos libres para actuar creativamente.

Trabajar con regularidad en la meditación por concentración y en la meditación de conciencia plena nos abre a la experiencia flujo que Patanjali denomina dhyana, la propia fluidez (ekatanata en sánscrito). Somos capaces de mantener fija la atención durante periodos prolongados; surgen los pensamientos, pero rotan inofensivamente en torno a nuestro centro de atención, y la paz y la tranquilidad impregnan nuestra disposición.

Patanjali ofrece también descripciones detalladas de samadhi, el estado de revelación descubierto con la meditación, que es la puerta que nos conduce más allá del ego y hacia el despertar del buddhi. Hay dos tipos de samadhi. El primero, savikalpa, nos acerca cada vez más a la experiencia de percepción primaria del yo cuántico, pero la división entre sujeto y objeto permanece siempre ahí, aunque cada vez más implícita. Muchas experiencias místicas (satori en Zen, «ver la luz interior» para los cuáqueros, la experiencia budista del no yo, la experiencia culminante de la psicología transpersonal)

caen dentro de esta categoría. En el segundo tipo de samadhi, relativamente excepcional y conocido como nirvikalpa, la separación entre sujeto y objeto desaparece por completo. Dentro de cada una de estas categorías, Patanjali enumera distintos samadhis con diversos niveles de dicha.

Utilizando las revelaciones de la imagen cuántica desarrollada en este libro, podemos explicar mejor los procesos cognitivos que tienen lugar a medida que profundizamos en el terreno de los sucesos de colapso de percepción secundaria, un terreno que los psicólogos denominan preconciencia. En cualquier experiencia ego normal, los muchos sucesos de colapso de percepción secundaria (reflejos en el espejo de la memoria) anulan toda discontinuidad. De modo que la experiencia del ego es continua. Cuando penetramos en el preconsciente a través de la meditación y la práctica del flujo, podemos caer de repente en un suceso de colapso secundario en el que exista algún reflejo de memoria, pero el yo cuántico brilla también. Esto es savikalpa samadhi, y su marca característica es la espontaneidad, la dicha, y la integridad del yo cuántico. Después de más esfuerzo, y de nuevo espontáneamente, se puede caer en estados de percepción secundaria que se acerquen cada vez más a la experiencia de percepción primaria: estados cada vez más elevados de savikalpa, acompañados por niveles superiores de dicha. Además, existe la posibilidad de caer en el hueco existente entre colapsos de percepción secundaria, en el proceso inconsciente, que es nirvikalpa samadhi.

De especial importancia es el estado de colapso de percepción primaria en sí mismo, en el que el yo cuántico brilla plenamente y el conocedor, conociendo, y el campo de conocimiento convergen. En este estado no existe reflejo de memorias

pasadas, de modo que se experimenta como dinámico, eternamente nuevo y, aun así, intemporal, porque sin memoria el tiempo no existe. En este estado tiene lugar la sabiduría que la tradición denomina turiya, la sabiduría de conciencia definitiva e inefable en su mismidad. Turiya no es una experiencia porque no hay división entre objeto y sujeto. Pero al ocasionarse esta sabiduría en el sucedo de colapso de percepción primaria, el sabio se refiere a ella como la «Cuarta».

¿En qué se diferencia nirvikalpa samadhi del sueño profundo y sin sueños? Para comprenderlo, ahondemos de nuevo en la diferencia entre vigilia, soñar y sueño sin sueños. En el estado de vigilia, está presente la división entre sujeto y objeto y existe percepción tanto externa como interna. Cuando soñamos, existe sólo percepción interna, pero no hay percepción externa y la división entre sujeto y objeto continúa. En el sueño profundo, no hay percepción de sujeto ni objeto, ni interna ni externa. ¿Existe en el sueño profundo conciencia, pero no percepción? Sí, se trata de conciencia. Una persona que se despierta del sueño profundo dirá enseguida: «Qué feliz he dormido», lo que sugiere conciencia.

El proceso inconsciente en el sueño profundo y la conciencia que lo acompaña están condicionados por la probabilidad que predispone las posibilidades cuánticas del complejo personal cuerpo-mente. De modo que en el sueño existe felicidad, pero el «yo» que duerme no cambia. En nirvikalpa samadhi, este proceso inconsciente que predispone la probabilidad, un proceso que está condicionado por samskaras del pasado (propensiones aprendidas) da paso cada vez más a una libertad pura e imparcial. Así pues, nirvikalpa samadhi recibe el nombre de ritambhara en sánscrito (tan lleno de verdad que la verdad sale de él a borbotones) y es transformador.

El «yo» que se despierta del nirvikalpa samadhi nunca es el mismo «yo» que entró en él.

Los investigadores hindúes cuantifican incluso la diferencia entre samadhi y sueño profundo en términos de los niveles de dicha experimentados. Según los tratados hindúes, el nivel de dicha del nirvikalpa samadhi es de una magnitud muy superior al del sueño profundo ordinario. Calcular los niveles de dicha no es tan imposible como parece; por ejemplo, una medida es el tiempo que se prolonga esa dicha. Con el sueño profundo, se trata de unos pocos minutos. Pero la dicha que aporta un samadhi, incluso un savikalpa samadhi, puede prolongarse durante días.

En una ocasión realicé una japa (la repetición interna de un mantra) durante siete días y fui recompensado por un suceso de percepción de unidad con el yo universal (savikalpa samadhi); fue mi matiz, mi punto de acceso al viaje de la creatividad interior. La experiencia duró sólo una décima de segundo. Pero la dicha que le siguió se prolongó, con toda su fuerza, durante dos días completos y fue desvaneciéndose gradualmente durante los días siguientes. El filósofo Franklin Merrell-Wolff escribe que cuando tuvo su primera revelación mística (también un savikalpa samadhi, pero más profundo del que yo experimenté), su dicha se prolongó durante más de noventa días (Merrell-Wolff, 1995). Ramana Maharshi alcanzó turiya a los dieciséis años de edad; la dicha de ese suceso se prolongó durante toda su vida.

Yoga es control psíquico, control de las tendencias salientes de la mente, decía Patanjali. Otra definición sería: «Yoga es la tranquilidad de la mente». Pero la mente no puede controlarse ni tranquilizarse si ello representa un esfuerzo; una estrategia mejor consiste en alternar voluntad y rendición

hasta convertirse en un testigo desvinculado. Cuando la mente se vacía, se trasciende la mente ordinaria del discurso y nos hacemos sensibles a la realidad creativa primaria del yo cuántico. O mejor aún, caemos en nirvikalpa samadhi, trascendiendo por completo la percepción de sujeto y objeto. Entonces, la vida espiritual florece.

Sucede cuando uno menos se esfuerza por ello, cuando menos lo esperamos, como en la historia de Subhuti, un discípulo de Buda. Subhuti estaba meditando bajo un árbol cuando empezó a caerle encima una lluvia de flores y escuchó voces cantando:

—Te elogiamos por tu discurso sobre el vacío mental.

—Pero si no he hablado —dijo un sorprendido Subhuti.

—Tú no has hablado y nosotros no te hemos escuchado; este es el verdadero vacío —respondieron las voces. Y las flores siguieron cayendo sobre él.

Los caminos de la devoción y la acción

La mayoría de los nacidos en Occidente lo hacen bajo la tradición cristiana y, en consecuencia, se crían con cierta familiaridad con la práctica espiritual cristiana, que consiste en la devoción hacia Dios y en hacer ofrendas a Dios a través de acciones éticas. En la práctica religiosa, establecemos una relación personal con Dios, como si Dios fuese un ente distinto a nosotros. En el cristianismo laico, por lo menos, existe una relación jerárquica en la que Dios es el maestro y el devoto es el sirviente. Esta percepción dualista de la relación de Dios con las personas entra en conflicto con el individualismo que domina la sociedad occidental y con la ciencia, donde el dualismo está

«desautorizado». Esta desavenencia establece siempre una disonancia cognitiva en el corazón y la mente de muchas personas inteligentes y sinceras.

Por lo tanto, resulta extremadamente importante comprender, desde un punto de vista científico, qué es lo que intenta conseguir el método de devoción, o bhakti. Solemos estar dominados por pensamientos y emociones egoístas (instintos de supervivencia), que se convierten en esa pequeña crisálida que conocemos como ego. En el bhakti yoga, las fronteras del ego se ven trascendidas por el descubrimiento creativo del amor, una experiencia no local de unidad a pesar de su aparente división; no sólo del amor hacia Dios, sino también del amor hacia otras personas, según dice la frase «ama a tu prójimo». Pero todo esto esconde una sutileza.

¿Existe el amor en una relación jerárquica simple? Si ha vivido usted una relación de este tipo, conocerá la respuesta. No. La jerarquía simple establece condiciones que son contrarias al amor: tú me das sexo y yo te mantendré, etc. El amor verdadero es incondicional y sigue una jerarquía enmarañada; ambos componentes de la pareja tienen que partir de un intercambio causal con igualdad de condiciones. Pero el ego se rige por una jerarquía simple, es el jefe en todas las relaciones. Por lo tanto, nos resultará imposible amar incondicionalmente mientras sigamos identificados con nuestro ego. El bhakti yoga, la práctica del amor y la devoción incondicional, supone una afrenta para el ego.

Un caso destacado de práctica de bhakti yoga lo encontramos en la vida de Yashoda, la madre adoptiva del niño Krishna, la encarnación de Dios en el hinduismo. ¿Se imagina la relación de Yashoda con Krishna? Krishna es su hijo y necesita cuidados. Pero ella también sabe que Krishna es Dios, que

reina sobre todo el mundo, también sobre ella. Amar y cuidar al hijo y además tratarlo como si fuera Dios es una práctica de jerarquía enmarañada en la relación. En India, hasta hace poco, los niños estaban considerados como Dios, dando con ello a sus padres la oportunidad de practicar el bhakti yoga en su máxima expresión.

Pero la forma que tienen las iglesias cristianas de enseñar la devoción a Dios es claramente de jerarquía simple; no conduce, y no puede conducir, a un cambio de identidad más allá del ego. ¿Cómo se establece una jerarquía enmarañada con Dios? No sólo se le canta y se le reza y se le venera a Dios como el Maestro, sino que también se le exige a Dios como sirviente. Esto es a lo que se refería el filósofo judío Martin Buber cuando hablaba de una relación Yo-Tú con Dios (Buber, 1970). Meister Eckhart desarrolló lo mismo dentro de la tradición cristiana, aunque cualquier cristiano normal y corriente seguramente lo evitaría; el condicionamiento de ser siempre el sirviente de Dios es demasiado fuerte.

Exacerbando el problema, las iglesias enseñan sólo la práctica de la oración y la devoción. Pero con la práctica no basta; la práctica debe incorporarse dentro de todo el proceso de creatividad interior. Es necesario descubrir el amor incondicional, el amor con jerarquía enmarañada. Es crucial tener una revelación creativa discontinua con el amor; sólo entonces se manifiesta el amor en nuestra vida.

En la oración, hablamos con Dios y esperamos ser escuchados; en la meditación, escuchamos lo que Dios nos dice. En ambas existe la posibilidad de una jerarquía enmarañada. Y a medida que la oración progresa, desde la oración inicial centrada en uno mismo solicitando ese Cadillac o esa casa de nuestros sueños, a rezar por el bienestar de los hijos, a rezar

por el bienestar de todo el mundo, a rezar por la habilidad de resignarse a la voluntad de Dios, y finalmente el silencio, la oración acaba siendo idéntica a una meditación profunda. Es entonces cuando se alcanza la jerarquía enmarañada.

Hoy en día, al menos en Occidente, tal vez lo mejor sea practicar el bhakti yoga con la propia pareja. El movimiento de liberación de la mujer ha creado un entorno de apoyo para que tanto hombres como mujeres practiquen la devoción hacia uno y otro siguiendo una jerarquía enmarañada. Primero se practica, tanto esforzándose en ello como de manera relajada; pasado un tiempo, la relación se convierte en un flujo, una experiencia ininterrumpida de amor y atenciones. Pero esto no dura mucho. Invariablemente, aparecen altibajos y entran ganas de dejarlo correr. Entonces, de repente, llega la revelación y nos damos cuenta de lo que es la jerarquía enmarañada. Finalmente, la jerarquía enmarañada se manifiesta sin ningún esfuerzo en la relación y el amor se manifiesta con ella.

El karma yoga es el yoga de la acción correcta, o ética. ¿De qué modo las acciones correctas nos conducen hasta más allá del ego? Las acciones egocéntricas sirven simplemente al ego, mientras que las éticas exigen que actuemos optimizando tanto los intereses de los demás como los nuestros. El karma yoga nos permite ver que ambos tipos de acciones son importantes. «Si no soy por mí mismo, ¿quién soy yo? Si soy sólo por mí mismo, ¿qué soy yo?», decía Rabbi Hillel.

El karma yoga nos ayuda además a comprender que nosotros, como ego, no somos los hacedores de nuestras acciones, sino que simplemente participamos en un laberinto de acciones condicionadas. La excepción aparece cuando somos creativos. La práctica del karma yoga lleva a ser partícipe de acciones

creativas como agentes de Dios. Esto significa diferir nuestra voluntad limitada a la voluntad de Dios. Pero en el cristianismo exotérico, al considerar a Dios como algo distinto a nosotros, se origina una confusión y se genera una dinámica dualista.

De modo que el camino de la devoción y el camino de la acción son sutiles en su forma de gestionar el dualismo. En los caminos del conocimiento y la meditación, observamos la naturaleza dualística del pensamiento para trascender el pensamiento. En el bhakti yoga y el karma yoga utilizamos la dinámica dualística de la relación para trascender el dualismo.

En una ocasión, le formularon la siguiente pregunta a Chaitanya, un gran místico hindú del siglo XV: ¿es Dios un ente distinto a nosotros, tal y como se enseña en el bhakti yoga, o quizá Dios (la conciencia) es no dual, como enseña el jnana yoga? La respuesta de Chaitanya es famosa: Dios es distinto a nosotros y es no dual. ¿Y cómo es posible? Darse cuenta de que Dios es dual y no dual es algo que queda más allá del pensamiento, dijo Chaitanya.[2] Tenemos que percatarnos de ello directamente, a través de la revelación. En el Capítulo 11 exploraremos con más detalle el bhakti yoga, el karma yoga y la ética.

¿Cuál es su camino?

La pregunta fundamental que todo el mundo debería hacerse es cuál es su camino. El famoso físico Wolfgang Pauli estaba aparentemente consternado en el aeropuerto, esperando que saliese su maleta. Otro físico intentó tranquilizar a Pauli.

—No te preocupes. Todo el equipaje llegará por la cinta número dos, donde estamos esperando.

A lo que Pauli le respondió irritado:

—¿Y a quién le preocupa todo el equipaje? Yo simplemente quiero mi equipaje.

Así que también podríamos decir: ¿qué camino es el camino de usted?

La elección del camino depende de la naturaleza de cada uno. Los cuatro yogas se corresponden muy bien con la clasificación en cuatro grupos que hizo Jung del ser humano. Si es usted una persona orientada hacia el pensamiento, el jnana yoga es su camino. Para las personas más orientadas a las sensaciones, su camino será el bhakti yoga. Las personas más sensoriales encontrarán en el karma yoga el camino más apropiado. Y para las personas intuitivas e introvertidas tendrá más sentido el raja yoga, el camino de la meditación y los samadhis. Pero antes de decidirse por el que más se adecua a las circunstancias de cada uno merece la pena probarlos todos. Y también es posible que según la fase de desarrollo en que nos encontremos resulte más adecuado un camino que otro. El concepto de que distintos caminos son adecuados para distintas personas y posiblemente en distintos momentos para la misma persona, resulta muy valioso en un mundo en el que, incluso hoy en día, la mayoría de la gente entra en el camino determinado por su nacimiento: la religión de sus padres.

Los caminos y las grandes tradiciones

Prácticamente todas las grandes tradiciones espirituales de la humanidad incluyen todos los caminos en una forma u

otra, aun cuando cada una de ellas ponga el énfasis sólo en un camino. En el cristianismo, el catolicismo pone el énfasis en el karma yoga a través de las actividades rituales que denomina sacramentos. El católico practica consagrando cada una de esas actividades. Por otro lado, el protestantismo destaca el bhakti, ofrendando el amor como gracia, que según el protestantismo no es alcanzable a través de las actividades rituales. El amor y la autoabsolución integran las prácticas principales de las tradiciones contemplativas del cristianismo protestante. Pero las excepciones abundan. San Francisco de Asís proponía la práctica del amor a través del amor a la naturaleza. Un místico anónimo cristiano del siglo XII, en un libro tremendamente evocador titulado *La nube del no saber*, describía prácticas que pueden fácilmente identificarse como meditación mantra.

El budismo no posee un concepto de Dios. La tradición, por lo tanto, está dominada por el camino de la meditación y el jnana yoga. El budismo Zen es famoso por sus koans, acertijos que actúan a modo de «dedos que señalan en dirección a la luna» (de la iluminación). Los koans se utilizan para desencadenar saltos cuánticos creativos más allá de la identidad del ego. El koan desconcierta hasta que se da un salto creativo hacia la comprensión; entonces llega la respuesta. De todos modos, pese a no haber un Dios, en el budismo exotérico se venera a Buda con amor y devoción. En el Soto Zen, el énfasis se sitúa no sólo en sentarse (zazen), sino también en servir a la humanidad, lo que coincide claramente con el karma yoga.

El confucionismo y, hasta cierto punto, el taoísmo, destacan el karma yoga, las acciones éticas. En el taoísmo existe cierta sutileza; el taoísmo pone el énfasis en la importancia de

no hacer, lo que puede malinterpretarse fácilmente. Lo que realmente nos dice el taoísmo es que actuemos desde el centro, lo que el poeta T. S. Eliot denominaba «el punto de quietud».

En el judaísmo, el jnana yoga destaca en forma de estudio de la cábala. Moisés descubrió los Diez Mandamientos, un hito para la conducta ética en Occidente. Por lo tanto, el karma yoga no es un desconocido para el judaísmo; de hecho, es el sostén principal de la práctica espiritual de los judíos. Merece la pena destacar el origen del nombre «Israel». Jacob, uno de los fundadores del judaísmo, luchó con Dios una noche entera hasta que recibió la bendición de Dios y un nuevo nombre: «No se dirá más tu nombre, Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido» (Génesis 32:28). Esta lucha con Dios es, naturalmente, lo mismo que el encuentro con el yo cuántico. Y pese a que el nombre de Dios es impronunciable en el judaísmo, desanimando con ello las relaciones bhakti a nivel individual, Buber transformó la lucha jacobiana con Dios para convertirla en una relación Yo-Tú tipo bhakti.

El sufismo, la tradición esotérica del islam, es un camino bhakti prácticamente sin adulteraciones. Y aun así, uno de sus grandes exponentes fue Ibn Arabi, un gran jnani (el que alcanza la sabiduría a través del camino del conocimiento), desde cualquier punto de vista. La tradición esotérica propiciada por los swamis del Orden Shankaracharya es el camino jnana de Vedanta. El camino bhakti lo siguen los vaishnavites (seguidores de Vishnu, el aspecto mantenedor de la divinidad) y los shaivites (seguidores de Shiva, el aspecto destructor y renovador de la divinidad). Los cabezas de familia, en general, se decantan por el camino karma. Y el raja yoga

queda complementado por el tantra, una práctica orientada hacia la creatividad del cuerpo (véase el capítulo 13) para los vanguardistas que se aventuran dentro de la conciencia.

La cuestión es que, independientemente de la tradición a la que se pertenezca por nacimiento, existen diversos caminos entre los que elegir. Y no hay necesidad de cambiar de religión para seguir un camino que no sea el camino dominante en la religión practicada. Tal y como dijo el gurú de Carlos Castaneda, don Juan, elige el camino de tu corazón, porque ese es el camino que te transformará.

Notas

[1] El encuentro entre el ego y el yo cuántico en la creatividad ha sido destacado por May (1976) y Goswami (1999).

[2] Esta filosofía recibe el nombre de achintya bhedabheda, en sánscrito.

Capítulo 11

La ciencia del ritual y la ética

La primera vez que oí mencionar el término Vedanta práctico (un término originalmente utilizado por Swami Vivekananda) fue en boca del profesor Satyanarayan Sastry (Sastriji para los amigos), un profesor de química jubilado que vive en Bangalore y ha estudiado el Vedanta durante muchos años. Sastriji estaba ofreciendo una serie de conferencias sobre Vedanta en la Vivekananda Kendra Yoga Research Foundation, cerca de Bangalore. Introdujo el término al intentar diferenciar los objetivos del karmakanda (la parte de los Vedas que se ocupa de las actividades rituales) y el jnanakanda (Vedanta, la parte de los Vedas que se ocupa del conocimiento).

Dijo lo siguiente: el karmakanda detalla muchas actividades rituales que, cuando se ha estudiado ya el jnanakanda, podrían parecer superficiales y superfluas, tontas incluso. Cuando se ha encontrado ya el sublime concepto del Brahmán y se intuye la unidad del propio yo con Brahmán, ¿por qué pasar el día vertiendo ghee (mantequilla diluida) en el fuego de un yajna (ritual de sacrificio)? La contemplación, sí. La meditación, por supuesto. Pero el ritual de sacrificio no tiene mucho sentido.

Pensamos así, sin embargo, sólo porque no estamos captando el mensaje de Vedanta o, más bien, no estamos pensando en lo que inmediatamente oscurece la verdad vedántica «Yo soy el Brahmán ilimitado». El hecho es que, identificado con mi ego, siempre corro a impulsar mi identidad ego con la idea de ser quién hace las cosas. Atiendo las señales locales que se producen a mi alrededor para ocuparme de cosas e identificarme con la conciencia contraída que se concentra en dichas tareas.

Las actividades rituales del karmakanda están concebidas para romper estos modelos de forma de hacer. Si examinamos con detalle los rituales, veremos que todo ritual se ha concebido con dos objetivos. En primer lugar, nos ralentizan. Todos los rituales están cargados de detalles; no son para personas impacientes, ocupadas y siempre pendientes del tiempo. O, para decirlo de otra manera, si la gente impaciente lleva a cabo actividades rituales, tendrá que bajar el ritmo. En segundo lugar, el ritual aleja nuestra conciencia de las señales locales inmediatas, permitiendo su expansión.

¿Qué se consigue al ralentizar la conciencia y expandirla? Se consigue identificar más rápidamente el cambio entre el ego y el yo cuántico. Identificados con el ego, apenas conservamos libre albedrío para decir no al condicionamiento (véase el Capítulo 3). Al ir más despacio, el hueco que se abre entre pensamiento y acción aumenta, lo que hace posible un ejercicio más libre de la elección del yo cuántico. La recompensa (la dicha de la conciencia del yo cuántico) es inmediata; esta es la razón por la cual la gente acaba vinculándose a la realización regular de un ritual espiritual (por la noche, por ejemplo).

Patanjali, autor de *Yoga Sutra,* considera el yoga como disciplina y control psíquico. Sastriji no discrepa de Patanjali,

pero amplía su definición con la idea de que yoga es también ralentización. En sánscrito existe un conocido dicho: «Kartum akartum anyatha kartum yogah», que significa que yoga es la elección de hacer, no hacer, o hacer otra cosa. La ralentización permite mayor libertad de elección.

Sastriji destaca que muchos rituales modernos tienen sin quererlo el mismo propósito. Piense en la pausa para el café, por ejemplo. ¿Para qué sirve la pausa para el café sino para bajar un poco el ritmo de trabajo y de pensamiento? A buen seguro que su respuesta inmediata es un «claro que sí». Desde la pequeña crisálida que alberga el ego hasta la dicha del atman, existe una expansión de conciencia (aunque sea pequeña). Normalmente confundimos el objeto de placer, el café, con el origen de la felicidad que sentimos. No. la felicidad alcanzada a través del placer sensorial (bhogasukha en sánscrito) tiene su origen en la felicidad de la identidad con Brahmán (Brahmasukha en sánscrito). «Quien encuentra la alegría lo hace tocando a Brahmán», dijo Shankara.

En términos de la ciencia dentro de la conciencia, la ralentización es la clave para ir más allá de la identificación con el producto final de los procesos de colapso de la percepción secundaria, que es el ego. Y a la inversa, cuando nuestras acciones se originan en la percepción preconsciente, más cerca del yo cuántico, nos parece casi como si el tiempo se detuviese. Pregunte a cualquier deportista. Un jugador de críquet puede realizar una captura espectacular porque ve la bola moviéndose lentamente; para él, el tiempo se ralentiza.

El karmakanda, el libro de los actos rituales, que a primera vista parece absurdo, está de hecho concebido para complementar el jnanakanda, el libro de la sabiduría védica. Naturalmente, los rituales del karmakanda se han ido poniendo

al día y se han adaptado a los tiempos modernos. Los rituales son, no obstante, de gran ayuda para la espiritualidad. Son los rituales los que hacen, para mucha gente, que el catolicismo resulte una práctica más atractiva que el protestantismo. El hinduismo y el budismo tibetano atraen a los occidentales por el mismo motivo. La conciencia expandida que facilitan los rituales nos permite reconocer y colapsar estados no locales de experiencia que nunca se habían manifestado anteriormente. Nos identificamos de manera natural con un yo más amplio que el de nuestra identidad ordinaria. ¡El yo cuántico es la felicidad!

La acción y el fruto de la acción

Una de las claves del karma yoga (la acción como camino hacia la creatividad interior) es la distinción entre el derecho a actuar y el derecho al fruto de la acción. Nuestro derecho a actuar no nos faculta a aprovechar el fruto de dicha acción, dice el Bhagavad Gita. ¿Qué trata de transmitirnos el Gita? ¿Es científico esperar que, con el egoísmo que nos caracteriza, vayamos a renunciar al fruto de nuestra acción? ¿No desaparecerá nuestra motivación si dejamos de esperar el fruto de nuestra acción?

Hay aquí mucha sutileza. El Gita habla de renunciar al fruto de la acción, no necesariamente a la expectación de que ese fruto se produzca. Ser humano, identificarse con el ego, significa esperar: este es nuestro condicionamiento. La expectación tiene que ver con la planificación de nuestro futuro, y cierto nivel de planificación del futuro es esencial para incluso nuestros actos más triviales. Pero pensar que nuestras

expectativas se cumplirán siempre es convertir el ego en algo omnisciente y omnipotente. Y esto no es científico.

Las acciones pueden ser o actos condicionados o actos de creación. En los primeros, el fruto depende de la interacción condicionada de los componentes de un sistema muy complejo, y la predicción del resultado es altamente incierta. En los segundos, la libertad de elección que precipita un acto creativo pertenece a la conciencia unitiva (Dios o el yo cuántico), no a un ego humano individual. Aceptar que tenemos derecho a actuar y a esperar que nuestra acción dé unos resultados, pero que no tenemos derecho al fruto de la acción, nos lleva a aceptar la limitación de nuestra identidad ego, a darnos cuenta de que cuando nos identificamos con el ego nos distanciamos de Dios. Esta aceptación representa una apertura hacia una forma de ser más inclusiva, menos limitada. Ramana Maharshi solía decir: «Deja tu equipaje en el suelo. El tren ha empezado a moverse». Es decir, cuando ya te has subido al tren, ya no necesitas transportar tu equipaje; el tren lo hace por ti. No tenemos ninguna necesidad de preocuparnos por cosas que quedan fuera de nuestro control.

Teniendo siempre presente el consejo del Gita, podemos actuar aun cuando nuestras expectativas no se cumplan. Abrirnos a un posible fracaso forma parte importante de la creatividad. Un fracaso nunca debe impedir que actuemos de nuevo. Aprendemos de los fracasos.

Tenemos derecho a actuar, pero no tenemos derecho al fruto de nuestra acción. Cuando aprendamos a actuar aceptando esta verdad, empezaremos también a ver que nosotros no somos quien realiza la acción. Quien realiza la acción es o bien el condicionamiento pasado de muchas partes que interactúan en un complicado sistema, o bien la conciencia unitiva

con su libertad de elección. La acción involucra a mi cuerpo-mente-ego, eso por supuesto; soy yo quien realiza la conexión causal. Pero soy eso y nada más: un vehículo causal para que la conciencia unitiva lleve a cabo su voluntad.

Estamos ya preparados para la siguiente fase, en la que nuestras expectativas no nos implican solamente a nosotros, sino también a los demás, y no como extensiones de nuestro ego, sino como receptores de nuestro amor.

Ética y ciencia

Las acciones éticas son aquellas que tienen en consideración a los demás y muestran compasión por ellos. La regla de oro de la ética está presente en todas las religiones. Por ejemplo:

- Hinduismo: este es el resumen del deber; no hagas nada a los demás que si te hiciesen a ti te causara dolor.
- Zoroastrismo: la naturaleza es buena si se abstiene de hacerle a otro lo que no sea bueno para sí mismo.
- Taoísmo: considera la ganancia de tu vecino como tu propia ganancia, y la pérdida de tu vecino como tu propia pérdida.
- Budismo: no hagas daño a los demás con cosas que a ti te harían daño.
- Confucionismo: no hagas a los demás lo que no quisieras que ellos te hicieran a ti.
- Jainismo: en la felicidad y en el sufrimiento, en la alegría y el dolor, deberíamos considerar a todas las criaturas tal como nos consideramos a nosotros.
- Judaísmo: lo que tú odies no se lo hagas a otro.

- Cristianismo: todo lo que quieras que los demás te hagan a ti, hazlo tú también a ellos.
- Islam: ninguno de vosotros será creyente hasta que desee para su hermano lo que desee para él.
- Sijismo: estima a los demás como te estimes a ti. (Iyer, 1983, 36)

Bajo el punto de vista de la ciencia materialista, la cuestión de la ética es confusa. El único valor básico que los materialistas sacan a relucir es el instinto de supervivencia. Los genes quieren perpetuarse. Actuar de manera altruista podría ser beneficioso para una «máquina genética» (como nosotros) pues en la medida en que compartimos genes con la persona a la que ayudamos, estamos también ayudando a nuestros propios genes a sobrevivir y propagarse. Bajo este punto de vista, nuestra responsabilidad ética se mueve trazando giros concéntricos: de nuestros padres o hijos a nuestros hermanos, luego a los primos, luego a las personas de nuestro clan con quienes nos emparejamos, y así sucesivamente. Pero el estudio de la gente altruista no coincide con una visión tan estrecha como esta (Ray, 1996).

Si la biología no soluciona el tema, ¿podrá hacerlo la filosofía? Existen dos filosofías éticas destacadas: la filosofía del utilitarismo, desarrollada por Bentham y Mill, y la filosofía de Immanuel Kant. El utilitarismo guarda una especial consonancia con el espíritu del materialismo; la ética se convierte en una cuestión de conveniencia para asegurar el mejor bien para el máximo número de individuos. Hablando como un defensor del idealismo, Kant sugirió que siguiéramos los caminos de la ética debido a un imperativo categórico, la conciencia. ¿Tiene alguna base científica este imperativo categórico? ¿Qué tiene que decir sobre esto la ciencia idealista?

Si la conciencia colapsa la posibilidad cuántica para hacerla realidad y nosotros somos esa conciencia, entonces parecería que somos nosotros quienes elegimos y somos los responsables de nuestras acciones. Pero la cuestión no es tan sencilla. En el momento en que nos identificamos con nuestro ego, dejamos de ejercitar la libre elección. Nuestras acciones son reactivas, defensivas y condicionadas. Somos incapaces de elegir y, por lo tanto, incapaces de sobrellevar la responsabilidad.

Dado que la identidad de la mayoría de la gente está definida por y limitada al ego condicionado, la ética materialista del mayor bien para el mayor número de personas sirve para proteger al inocente de la conducta criminal condicionada. La ética verdaderamente idealista se aplica sólo cuando empezamos a sentir la conciencia o un imperativo kantiano que nos lleve a seguir dicha ética. Entonces, la regla de oro tiene todo el sentido del mundo: no haré daño a mi prójimo porque mi prójimo soy yo. Cuando emprendemos el viaje espiritual más allá del ego, la ética se convierte en una herramienta importante, un camino creativo a seguir (Goswami, 1993).

Ética y amor en la práctica espiritual

¿Cuál es el papel de la actuación ética en la práctica espiritual? ¿Por qué la consideración y la compasión por los demás deberían ayudarnos a superar e ir más allá de la limitación y la esclavitud que impone el ego?

Las acciones egoístas o inmorales, que son condicionadas, generan invariablemente la siguiente duda: ¿Estoy haciendo lo correcto? La voz de la conciencia (viveka en sánscrito) nos divide. Cuanto más conflicto existe entre nuestra actuación y

nuestra conciencia, más constreñida se encuentra nuestra conciencia. La compasión, por otro lado, expande la conciencia y genera de inmediato la felicidad que acompaña esa expansión.

Más aun, teniendo en cuenta que el ego opera por jerarquía simple, cuando estamos identificados con nuestro ego miramos el mundo desde un punto de vista jerárquico, situándonos nosotros en la cima de esa jerarquía. Toda narrativa causal empieza conmigo; toda importancia causal se me atribuye a mí. Puedo amarte, pero sólo si tú eres «mío» en cierto sentido: mi pareja, mi hijo, mi amigo, mi conciudadano. El mundo del ego es solipsista; sólo «yo» soy real, todo lo demás es mi extensión.

Por otro lado, el yo cuántico mantiene una relación de jerarquía enmarañada con los objetos de su percepción. El sujeto y el objeto están divididos, pero son codependientes. Existe experiencia, pero no un yo personal que experimente. Sólo existe el verbo, el sujeto y el objeto son implícitos.

Nuestra actuación pasa a ser auténticamente ética cuando surge de forma espontánea a partir del amor incondicional y la compasión; cuando sólo el verbo (sólo amor, libre de jerarquías) define la actuación. Cuando actuamos desde esa postura, caemos en la jerarquía enmarañada del yo cuántico y abandonamos la jerarquía simple del ego limitado. De modo que la actuación ética, como el ritual, es un vehículo de crecimiento espiritual.

Desde otro punto de vista, rara vez un acto es bueno o malo en sí mismo; su valor moral depende del contexto, que suele ser ambiguo. Por esta razón, la ética no es una cuestión de seguir una regla moral absolutamente en todas las circunstancias. Eso sería fanatismo. Las decisiones morales nos

enfrentan a la elección y a la responsabilidad de un modo que exige una respuesta creativa. Si entramos en el proceso creativo y damos el salto cuántico, la elección ética surge espontáneamente de la comprensión, no de la deliberación (que es limitada y a menudo interesada).

Nuestro estado interior es más difícil de observar de lo que pensamos; es mucho más fácil sermonear a los demás. Por ejemplo, el camino del activismo pacifista parece fácil de entrada, pero suele acabar traicionado por la propia violencia interna del activista. La mística norteamericana conocida como Peace Pilgrim (Peregrina de la Paz) sufrió muchos altibajos antes de que la paz estabilizara auténticamente sus acciones (Peace Pilgrim, 1982).

En términos del concepto hindú de los yugas, existe en nuestra época un motivo para poner énfasis en el altruismo desinteresado. Tres yugas (eras) han precedido la actual, la kali yuga. En los anteriores yugas estábamos menos identificados con nuestro ego, las distracciones resultaban menos atractivas, el estado de separación menos intenso y el viaje de regreso a la unidad menos arduo. ¿Quién dispone actualmente de tiempo para realizar una práctica rigurosa de meditación, al estilo Patanjali? Esta es la razón por la que el sabio dice: En el kali yuga busca directamente la gracia de Dios. Ama a alguien incondicionalmente, sirve a alguien, y recuerda a Dios. «Mi religión es la bondad», dice el Dalai Lama. Convierta la bondad y el amor en su religión. En el kali yuga, basta con eso.

Pero es como si lo supiésemos por intuición. Con el materialismo que impera en Occidente y la distracción que supone la tecnología, cabría pensar que el altruismo está en sus mínimos de todos los tiempos. Pero una encuesta reciente muestra

que está en alza. Más del veinte por ciento de los norteamericanos realizan labores altruistas (Ray, 1996).

El contexto de la reencarnación

A diferencia de las leyes físicas, las leyes éticas son inviolables. Pero esto no nos faculta, aun sin tener una inclinación espiritual, a vivir de forma poco ética. Según la ley del karma, toda acción llevada a cabo intencionadamente tiene efectos tanto inmediatos como a largo plazo. En el contexto del sistema de la reencarnación, esto significa que amar al prójimo nos hace avanzar espiritualmente, mientras que hacer daño al prójimo establece unas reverberaciones kármicas que pueden necesitar una vida entera para resolverse. Comprendido en estos términos, lo más inteligente es evitar los resultados negativos que acarrea hacer daño al prójimo. De lo contrario, lo pagaremos en otra vida.

¿Por qué a la gente buena le suceden cosas malas? Las religiones sin una doctrina de la reencarnación se enfrentan constantemente a este tema. Una respuesta sería simplemente reconocer el papel de las fuerzas condicionadas que actúan en las múltiples partes de un sistema complejo. Pero, con cierta legitimidad, podría pensarse que este condicionamiento forma en sí mismo parte del plan de diseño de Dios. De este modo, la pregunta seguiría ahí.

Según las teorías de la reencarnación y el karma, las cosas malas que les suceden a personas éticas y creativas les proporcionan oportunidades de recuperarse de las propensiones negativas adquiridas en vidas pasadas; es decir, son oportunidades para quemar karmas pasados. Las flechas que por

ignorancia hayan podido salir de nuestro arco, deben volar y seguir su curso, para bien o para mal. Es voluntad de Dios que el condicionamiento no sea sólo en esta vida, sino que nuestras vidas pasadas influyan también nuestras acciones. El universo es una escuela, más o menos; aprendemos a conocernos para alcanzar nuestro destino más creativo. Aprender es responsabilizarnos de nuestros errores y luego corregirlos, incluso los acontecidos en vidas pasadas.

Ética supramental

La ética y la moralidad se conciben en Occidente de forma directa y lineal. No se tienen en cuenta ni la creatividad ni el karma que conlleva la ética, y es por ello que los fundamentalistas comprometidos a rígidos dogmas se han convertido en los portadores del féretro de una ética muerta en la cultura occidental. En las tradiciones espirituales de India, la ética se concibe como una dinámica. (India, por otro lado, carece del «mayor bien para el mayor número de personas» de la ética social occidental, lo que explica por qué hay tanta corrupción e insensibilidad en la sociedad india). Pero la literatura india de la ética resulta confusa, incluso desde un punto de vista dinámico y creativo. Pensemos en el caso de Krishna, por ejemplo. Es un avatara, una encarnación de Dios, nacido sabiendo perfectamente quién es. Pero la gran épica del Mahabharata describe muchas veces a Krishna actuando de un modo que resultaría inmoral para los mortales normales y corrientes.

Por ejemplo, cuando el malvado príncipe Duryodhana se encuentra en situación ventajosa y domina en una pelea con

garrotes a Bhima, el héroe Pandava, Krishna le recuerda a Bhima su juramento de partirle las piernas a Duryodhana, aun cuando golpear al contrario por debajo del ombligo sea ilegal. Y Bhima le parte las piernas a su confiado oponente y se hace con la victoria. (¿Por qué realizó ese juramento Bhima? Para resumir una larga historia, el rey Pandava Yudhishthira condenó a la esclavitud a Draupadi, la esposa común de los hermanos Pandava, al perder una partida de dados contra Duryodhana. Y Duryodhana, lascivamente, invitó a Draupadi a sentarse sobre sus piernas).

O tomemos el caso del gran sabio repudiado Parasara, que vio a la bella Matsyagandha, hija de un pescador, y su deseo carnal se vio sacudido de tal manera que tuvo que hacerla suya. Vyasa, el autor del Mahabharata, nació como resultado de su unión. ¿Pero qué tipo de sabio es quien es incapaz de imponer disciplina a su sexualidad?

Ni el karma ni la creatividad explican tanta dejadez respecto a los principios éticos. ¿Cómo se explica, entonces? La tradición india reconoce un nivel sublime del ser en el que se trasciende incluso la ética. Krishna y Parasara bailaban al son de una ley superior a las leyes de la ética, una ley superior que Auribondo denomina supramental, más allá de la mente.

Los animales inferiores carecen de ética; están tremendamente controlados por sus instintos, que los han condicionado durante millones de años. El ser humano es capaz de someterse a la autodisciplina. Es decir, la mente puede dominar el instinto hasta cierto punto. De ahí que la ética sea importante para la creatividad interior. Pero con la liberación, que es un cambio de identidad desde el ego hasta el yo cuántico, existe libertad total. Esto no significa que los liberados se

convierten en personas faltas de ética o inmorales; todo lo contrario, su unión con la verdad les lleva a trascender incluso las leyes de la ética y la moralidad. Ven la realidad que las leyes reflejan, más allá de esas leyes.

Capítulo 12

El viaje espiritual

El inicio del viaje más allá del ego es tan variado como los caracteres-ego de la gente. Pero el efecto de transformación es el mismo: el cambio de una identidad ego a una identificación con el yo cuántico. Denomino este cambio el despertar del buddhi. Buddhi es una palabra en sánscrito que significa inteligencia. Etimológicamente, la palabra «inteligencia» procede de intelligo, que significa «seleccionar entre». Gracias al despertar del buddhi podemos discriminar entre nuestras elecciones; empezamos a tomar conciencia del yo cuántico y a responsabilizarnos de las elecciones que tomamos, o que toma el yo. A nivel ego, el proceso de selección entre las posibilidades que la mente cuántica presenta a la conciencia es completamente preconsciente.

Cuando el centro del yo cambia para ir más allá del ego y el buddhi despierta, el yo cuántico pasa a ser cada vez más quien inicia la acción. La característica de esta acción es la espontaneidad, que genera la sensación de admiración que el poeta Walt Whitman celebraba con estas líneas:

> «Cada hora de luz y oscuridad es para mí un milagro,
> cada centímetro cúbico de espacio es un milagro,
> cada metro cuadrado de la superficie de la tierra contiene lo mismo,
> cada fragmento de su interior bulle con lo mismo».
>
> Whitman, 1969

El nivel buddhi de la existencia aporta una bienvenida libertad que se aleja de la compulsiva preocupación por uno mismo. Es una libertad que experimentamos a veces (cuando espontáneamente nos ponemos a cantar en la ducha, por ejemplo). ¿Se imagina ese tipo de libertad a lo largo de todo el día?

Ken Wilber se hizo famoso por su idea de un espectro de conciencia, una idea que últimamente ha recibido algunas críticas. En el modelo actual, sin embargo, reconocemos varias bandas dentro del nivel buddhi de identidad y, en consecuencia, apoyamos de algún modo la idea de Wilber.[1] Fíjese en que estas bandas no son jerárquicas, porque a medida que la identidad se aleja del ego, crece un sentimiento de humildad profunda que lleva a la disolución de todas las jerarquías. Se podría decir que estas bandas son, más bien, fases de desarrollo.

La primera podría denominarse banda creativa/psíquica/mística; las personas que se encuentran en esta banda han descubierto el potencial del yo cuántico, la percepción realzada y los saltos cuánticos.

Prosperan en actividades creativas dentro del terreno de las artes, la música e, incluso, la ciencia; tienen experiencias parapsicológicas frecuentes; algunas desarrollan poderes místicos de curación. En resumen, siguen explorando la creatividad exterior y recogen las recompensas que ello les aporta; el nivel buddhi de su ser no está todavía estabilizado. El cambio de su identidad hacia más allá del ego es sólo transitorio.

La siguiente banda podría denominarse transpersonal, pues el contexto psicosocial de existencia deja de fascinar a la persona. En esta banda, la gente descubre la no localidad y

la jerarquía enmarañada de la relación, y su creatividad tiende a dedicarse al amor y al servicio de los demás.

En la medida en que me identifico con el yo cuántico no local, me percato de la conciencia de los demás en relación a mí en términos de jerarquía enmarañada. Ya no caigo presa del solipsismo asociado al ego local y de jerarquía simple. A través de mis relaciones de jerarquía enmarañada, aprecio la otredad de los otros (su individualidad, sus perspectivas únicas y sus problemas únicos), mientras que simultáneamente experimento que compartimos una misma conciencia. Esta experiencia de otredad es esencial antes de poder vivir en esta banda de identidad personal. Se ha iniciado la estabilización en el buddhi.

Jung nos ha mostrado una sutileza adicional relacionada con el descubrimiento de la otredad. Jung hablaba de inconsciente colectivo para expandir el concepto de conciencia en ausencia de percepción sujeto-objeto (Jung, 1971). Tomando prestada de Freud la palabra «inconsciente», atribuía también el concepto freudiano de la represión al inconsciente colectivo. ¿Qué es lo que reprimimos colectivamente? Reprimimos nuestra universalidad para servir a las exigencias de nuestra manifestación en forma individual. Esto incita la creatividad interior, la necesidad de conocernos. Reprimimos también aspectos de nuestra sexualidad. Los varones están facultados para reprimir experiencias «femeninas» y las mujeres sus experiencias «masculinas». Según Jung, tenemos que tomar conciencia de esta represión arquetípica e integrar ambos atributos para poder ser completos. Por lo tanto, el hombre tiene que reconocer su impulso e integrar su anima (la parte femenina reprimida, inconsciente, que vive dentro de él), y la mujer tiene que integrar su animus (su interior masculino).

Se trata de la parte más difícil del descubrimiento de la otredad, y también de la más dulce.

En la tercera banda, que puede denominarse banda espiritual, la persona se rinde al último vestigio del ego individual, la idea de servir al mundo creativamente. Las personas que se encuentran en esta banda actúan en la plenitud del yo cuántico; experimentan la integridad de la conciencia y reconocen la individualidad aparente como un aspecto puramente funcional de la manifestación. La vida está firmemente anclada en la actuación adecuada, sea o no creativa. El buddhi se ha estabilizado.

Así podemos explicar la diferencia entre la creatividad interior de la religión y la creatividad exterior de la ciencia. El ego es el protagonista principal cuando la creatividad exterior se manifiesta. De modo que el fortalecimiento del ego que conlleva considerar un producto como un logro, no le hace ningún daño al producto. Pero en la creatividad interior, un aumento del ego de este calibre va en detrimento del proceso, retrasando o distorsionando la manifestación de la sabiduría de la comprensión.

Mientras que la manifestación de la creatividad exterior se encuentra básicamente a nivel del ego, la creatividad interior implica una rendición del ego. En lugar de ser quien toma las decisiones, el ego pasa a convertirse en una mera función. El ego es necesario como función para llevar a cabo tareas mundanas, pero la distinción entre yo y los demás es una simple conveniencia operacional. Sería parecido al proceso de curación de un paciente con un trastorno de personalidad múltiple: una fragmentación del ego en diversas individualidades con identidades distintas. A medida que avanza la integración, va incorporándose la función de cada

uno de esos fragmentos, haciendo que las distintas identidades dejen de ser necesarias. Lo mismo sucede en la relación del yo cuántico y el ego. A medida que una persona se estabiliza en buddhi, su identificación pasa gradualmente del ego al yo cuántico. Con este cambio llega tanto una humildad cada vez mayor, como un incremento de la libertad de elección y de la creatividad en las acciones. El bailarín se convierte cada vez más en el baile.

Obstrucciones

Una experiencia común entre prácticamente cualquiera que haya seguido un camino espiritual es el de un éxito gratificador inicial, como si acabara de abrirse un nuevo manantial de alegría o relajación o de sutil felicidad. ¡Pero ay! En cuanto empezamos a conocerlo, es como si el manantial se secase. ¿Qué sucede?

La principal obstrucción del viaje espiritual es la tendencia a habituarnos al mismo. Después de un tiempo meditando, la actividad adopta el aspecto de un ritual y deja de involucrarnos. Lo mismo sucede con la práctica jnana. Solucionamos con entusiasmo nuestros primeros koans y tropezamos entonces con alguna traba. O el significado de los tratados espirituales nos parece banal. Descubrimos la alegría del altruismo, y a continuación nos damos cuenta de que no amamos ni a los familiares más próximos. O perdemos por completo el entusiasmo para servir a los demás.

Cuando la costumbre nos obstruye, es el momento de recordar que existen otros caminos a nuestra disposición, que todos los métodos se apoyan entre sí. Usted puede tener una

maravillosa comprensión jnana sobre la naturaleza de su persona, pero debe también manifestarla en su vida dentro del contexto de sus relaciones. Cuando la práctica jnana se agota y los libros cesan de tener sentido y de apasionarle, llega el momento de cultivar su habilidad para amar. Es decir, busque la sabiduría, pero búsquela con amor.

De un modo similar, el bhatki sin jnana podría degenerar en modelos de conducta dualistas y condicionados. El bhatki establece una relación Yo-Tú dinámica con el yo interior. El objetivo es penetrar la falsedad de la relación jerárquica simple del ego con los demás. Pero si la práctica se hunde en un juego de papeles duales, el yoga sufre un sabotaje y la situación se calcifica en forma de condicionamiento. El remedio consiste en desarrollar una profunda comprensión conceptual de la naturaleza de Maya (la naturaleza de jerarquía enmarañada de nuestras experiencias) para esforzarse en lograr revelaciones en la naturaleza del yo cuántico; esta es la fuerza del jnana yoga.

¿Comprende lo que quiero decirle? Los aficionados al bhakti son a menudo drogadictos experimentadores que tienden a restarle importancia a la exploración conceptual. Pero sin los contextos conceptuales adecuados para nuestras experiencias, ¿cómo conseguir revestir de comprensión esas experiencias? A buen seguro, sus avances se quedarán en nada. En cuanto capte los conceptos y las revelaciones que le ayudan a avanzar, podrá regresar al papel de devoto de Dios. Firmemente establecido en la sabiduría de la unidad, podrá jugar su papel sin confusión.

Otra obstrucción que suele confundirnos en el camino espiritual es el profundo condicionamiento genético de la sexualidad. ¿Cómo podemos manifestar una auténtica jerarquía

enmarañada en relación al sexo opuesto sin comprender y controlar nuestras mentes y cuerpos con raja yoga, al estilo Patanjali? La fuerza instintiva de la sexualidad puede llevar fácilmente a racionalizar el deseo de poseer al otro como un objeto amoroso. La frecuencia de noticias sobre escándalos sexuales relacionados con gurús espirituales es una muestra del poder de ese instinto. El método del tantra, la creatividad del cuerpo vital-físico, define un nuevo camino para gestionar la sexualidad (véase el Capítulo 13).

Y, según mi punto de vista, cuando todos los demás viajes del yoga se estancan, siempre queda el apoyo del karma yoga, la acción adecuada. Nada mejor para acabar con las dudas. Pero el karma yoga es difícil de mantener sin el apoyo recíproco del bhakti o la meditación o el jnana.

Las mencionadas son obstrucciones que surgen de nuestra tendencia a condicionar incluso nuestras prácticas de descondicionamiento. Las obstrucciones adicionales se deben al condicionamiento de la niñez, que contribuye a lo que Jung denominó la sombra. El condicionamiento de vidas pasadas tiene también consecuencias importantes para nuestro viaje espiritual, aunque no es necesariamente obstructivo. Y finalmente, como Ramana Maharsi señala, incluso nuestra propia práctica se convierte en una obstrucción.

Dharma y svadharma

Un verso del Bhagavad Gita nos exhorta a seguir nuestro svadharma, nuestro propio dharma; es preferible morir siguiendo nuestro propio dharma, dice el verso, que seguir el dharma de otro.

¿Qué es el dharma? Según el hinduismo, la vida humana tiene cuatro objetivos: dharma, acción correcta o deberes éticos; artha, dinero o seguridad; kama, deseo; y moksha, liberación. La gente suele preguntarse por qué el dharma va siempre en primer lugar, incluso antes de los objetivos egoístas de la seguridad y el deseo. Pero el dharma no son únicamente los deberes morales; es también el destino creativo elegido incluso antes de nacer. Por lo tanto, para vivir nuestra vida de acuerdo con el propósito del universo, nuestras búsquedas de la seguridad y el deseo deben estar guiadas por el dharma.

Una historia de la antigua India ilustra la importancia del dharma. Un día, una bella mujer visitó a un rey rico, capacitado y recto para solicitarle refugio. Como era su costumbre, el rey le ofreció refugio en su palacio. Pero la mujer era mala y siguió practicando sus malas maneras incluso estando bajo la protección del rey.

Primero, fue el jefe de seguridad quien se quejó:

—Oh, noble rey, esta mujer a quien has ofrecido refugio es Alakshmi, la encarnación del mal. Llevo días vigilándola. Échala fuera de aquí, por favor, o tendré que marcharme.

El rey se entristeció porque sabía que el hombre le decía la verdad. Pero no expulsó a la mujer y dejó marchar a su jefe de seguridad.

Uno a uno, los sirvientes del rey, sus familiares, e incluso la reina, llorando, acabaron marchando de palacio. El palacio se convirtió en un lugar sombrío. Y finalmente, una noche, el rey vio a un anciano grandioso con un aura dorada abandonando el palacio.

—¿Quién eres y por qué te vas? —le preguntó el rey.

—Soy el dharma —fue la respuesta—. Marcho porque no me gusta estar cerca del mal, cerca de Alakshmi.

—Oh, dharma, marchas sin causa justificada —exclamó el rey—. Nadie niega que la mujer sea Alakshmi. Pero aun así, ¿cómo podía negarme a cobijarla? Mi dharma me invita a salvaguardar a cualquier persona que desee mi protección. Gobierno sobre individuos buenos y malos. No puedo discriminar y seguir con mi dharma.

El dios de la justicia vio su error, dio media vuelta y regresó a palacio. Y con su regreso, los otros fueron también regresando poco a poco. Finalmente, Alakshmi se acercó al rey y le dijo:

—Ya que has elegido al dharma antes que a mí, tengo que marcharme. —Y el rey, felizmente, la dejó marchar.

En todas las culturas encontramos historias parecidas. Los Caballeros de la Mesa Redonda del Rey Arturo, por ejemplo, vivían para su dharma: su honor, su personaje y, por encima de todo, su deber.

Una tarea importante como mónada cuántica individual (jiva en sánscrito) es descubrir nuestro propio svadharma (nuestro destino, nuestra dicha) y seguirlo. Nuestro personaje es más importante que el guión que sigamos. Aprenderemos a honrar nuestro carácter, nuestros deberes. A menudo, esto implica sacrificar las demandas egocéntricas del melodrama egoísta. Hagámoslo.

Vivir como una mónada cuántica en evolución

Como persona con destino, además del svadharma, debe usted conocer también su deber esencial: servir al propósito creativo del universo permaneciendo unido a la rueda de samsara. Sabiendo esto, la creatividad se convertirá en su inquebrantable forma de vida.

En la práctica bhakti, desarrollará más su carácter y expandirá los contextos de servicio en los que vive actualmente. En la práctica del karma yoga, trabajará para expandir los contextos de sus deberes. Ambas tareas implican también la práctica de jnana y meditación. A través del jnana yoga, descubrirá los contextos de la transformación interior y aprenderá de primera mano que usted es algo más que su ego. Meditará para obtener una percepción mayor de sus modelos kármicos. Conocer estos modelos le ayudará a liberarse y a no crear nuevas implicaciones kármicas.

La psicología india reconoce tres gunas (características) que, en términos occidentales modernos, pueden ser interpretadas como impulsos inconscientes. Tamas es la guna de la pereza y la inercia y puede entenderse fácilmente como el impulso inconsciente del condicionamiento conductista (seguir siendo tal como es ahora). La guna rajas se expresa como inconstancia e inquietud y es similar al concepto freudiano de la líbido. Rajas es la contribución de los programas del cuerpo vital, expresada a través de los genes, a nuestros modelos de pensamiento y conducta. Es rajas la que nos lleva a buscar la prosperidad y el poder material en nombre de la supervivencia y la seguridad. La tercera guna, sattva, que literalmente quiere decir iluminación, es la joya de la corona de nuestros impulsos; es el impulso que nos guía hacia la creatividad. Siguiendo la terminología de Jung, sattva es el impulso colectivo inconsciente de hacer consciente el inconsciente. El dominio o la ausencia de sattva deben atribuirse a la herencia kármica. Conocer sus gunas, especialmente sattva, forma parte del conocimiento los propios modelos de reencarnación. Si su sattva está manchada por un exceso de tamas y rajas, lo mejor es purificarla.

Una vez la identidad está firmemente establecida en la fluidez del nivel buddhi de existencia, descubrirá que seguir su destino, conservar su dharma, e incluso purificar su sattva es fácil y sencillo. Ahora podrá ser creativo sin crear un nuevo karma. Podrá servir al propósito del universo a través de la creatividad exterior y desde un nivel más inclusivo de existencia. Podrá examinar su vida en busca de temas ausentes y concentrarse en descubrirlos. Esto implica trabajar con lo que Carl Jung denominó arquetipos reprimidos: arquetipos como el del héroe, el anima, el timador, y otros que hasta el momento no han encontrado su expresión en nuestra vida (Jung, 1971).

El trabajo con los arquetipos

El anima es la imagen arquetípica que habita en la mente masculina y que comprende cualidades que representan la feminidad. De modo similar, el animus es la imagen arquetípica que habita en la mente femenina de todo lo que es masculino. Un ser humano, hombre o mujer, contiene todas las características humanas. Pero el condicionamiento genético y social ejerce una presión considerable para que exhibamos sólo, o principalmente, aquellas características que se corresponden con nuestro género. Estas presiones, en consecuencia, lastran las probabilidades de las ondas de posibilidad, impidiendo la expresión de conductas inapropiadas para el correspondiente sexo, lo que conlleva a su represión.

Por suerte, esta conducta condicionada no es nuestro destino. Para desarrollar plenamente nuestro potencial humano, es deseable que todos reconozcamos e incorporemos los puntos

fuertes del sexo opuesto. (Fíjese que nuestras debilidades, como el egoísmo, la avaricia, el odio, los celos y otras, no son específicas de ningún sexo). El trabajo con el anima o el animus integra nuestra polaridad hombre-mujer, una integración a la que se alude en la famosa representación hindú del ardhanarishvara, Dios medio hombre, medio mujer. En esta fase, trabajará usted conscientemente para identificarse con su mónada cuántica individual, su jiva, un proceso que finaliza con la individuación (un término acuñado por Jung), la consumación de sus responsabilidades monádicas contextuales. Se trata de un trabajo creativo.

La receptividad, por ejemplo, es una característica básica «femenina» que suele estar reprimida en los hombres. Un incidente en la vida de Mira Bai, una mística india, sugiere el beneficio que reciben los hombres que cultivan este rasgo. Mira, devota ferviente de Krishna, viajó a su ciudad natal, Vrindavan, una meca espiritual de India, en busca de la guía de un gurú que allí vivía. Pero cuando ella le escribió preguntándole si la aceptaba como alumna, él la rechazó por ser mujer. Sin inmutarse, ella volvió a escribirle con este desafío: «¿Cómo es que ser mujer me descalifica ante tu presencia? Tenía entendido que Krishna era el único hombre en Vrindavan». El gurú le escribió de inmediato y la invitó a estudiar con él. Se dio cuenta de que Mira reconocía la importancia de la receptividad al abordar el yo cuántico; es una característica esencial en la creatividad interior para alcanzar la comprensión. Aportar receptividad a la percepción supone una gran ventaja en el viaje espiritual de cualquier hombre.

De un modo similar, la mujer necesita despertar su animus para realzar las cualidades «masculinas» de la preparación, la perseverancia (voluntad) y la producción, las tres «p» esenciales

para el proceso creativo. La heroína de la película *Lobo* va a la deriva por la vida sin ningún tipo de voluntad hasta que conoce al héroe de la película. Impotente ante los poderes del negocio competitivo, él se ha dejado vencer por el malo de la película hasta que redescubre su poder personal cuando es mordido por un hombre lobo. En su relación amorosa con el hombre lobo, la heroína acepta su animus y redescubre también su propio poder en una batalla culminante contra el villano.

Una buena manera de encontrar el anima o animus es a partir de una relación comprometida, una relación que de forma inevitable nos enfrente con la tensión de sexos que existe entre hombre y mujer. Aprender dentro de un contexto amoroso a validar las cualidades del anima/animus que proyectamos en la pareja puede llevarnos a alcanzar la plenitud. En el exclusivo encuentro Yo-Tú que aquí se representa, el «tú» es su propio anima/animus, personificado por su pareja. Los sueños que tenga durante este encuentro pueden servirle de guía para integrar en su persona estos importantes arquetipos.

El del héroe resulta un arquetipo atractivo en el intento creativo de purificar el sattva. Todo acto creativo, sea grande o pequeño, podría considerarse como la culminación del viaje de un héroe; en su cruzada, el héroe se adentra en lo desconocido, alcanza la comprensión y regresa con un nuevo producto: el proceso creativo por excelencia. El arquetipo del héroe resulta atractivo para todos. Zeus, en la *Ilíada*, tira de todas las cosas con una cuerda dorada; las *gopis* (nodrizas) prescinden de todo para estar con Krishna cuando oyen el sonido de su flauta. Y el sonido de la flauta o el tirón de la cuerda dorada, una vez se han sentido, te impulsa irreversiblemente hacia el

viaje creativo interior. Para integrar el héroe, debemos rendir el ego y apostar por el arquetipo en aquellos momentos de intuición o comprensión en los que lo percibimos.

Los retos que supone el viaje de un héroe moderno quedan en evidencia en la película *El turista accidental*. Como en *Lobo*, el héroe, Macon Leary, ha sido vencido, esta vez por una dolorosa pérdida personal. Está emocionalmente muerto y se ha aislado de otras posibles pérdidas dando la espalda a la posibilidad creativa. Ha abandonado el viaje del héroe. Su esposa le deja y conoce entonces a Muriel Pritchard, cuyo calor y energía de tipo Kali (Kali es la diosa india de la purificación) inician un cauteloso deshielo en su gélido paisaje emocional. Descubre que no puede regresar a la desolación de su matrimonio. Buscando desesperado un taxi en el aeropuerto, deja caer la maleta que hasta entonces ha estado arrastrando y con ella, simbólicamente, el dolor emocional que se había apoderado de él. Finalmente, en un taxi, ve a Muriel caminando por la acera. La sonrisa de Macom irradia vida y esperanza; ha reconectado con su ánima y puede reanudar el viaje de su héroe.

Los grandes creativos realizan el viaje de su héroe desde el interior del proceso de su acto creativo. El interior creativo cuyo arquetipo de héroe ha sido integrado es el héroe personificado en todo momento; sin mucho esfuerzo, vive siempre al límite, incluso en la percepción ordinaria, incluso fuera del escenario de la creatividad. En India, la gente considera una persona así como un avatar del arquetipo. Por ejemplo, consideran a Shankara como un avatar de Shiva, el maestro yogi, debido a lo incondicional e integrado que era el yoga de Shankara.

El trabajo con el arquetipo de la sombra

A veces, las personas espirituales son consideradas como «locos» por el resto de los mortales. ¿Pero tienen en realidad alguna cosa en común con los esquizofrénicos? Se piensa que los procesos de percepción primaria y el encuentro fluido del ego con el yo cuántico definen el despertar a la percepción de la creatividad interior. De modo que la pregunta podría formularse al revés: ¿Están los esquizofrénicos influidos por la modalidad cuántica? ¿Son creativos frustrados o cortocircuitados? Bajo mi punto de vista, no; la psicopatología está relacionada con la represión dinámica del inconsciente personal (el ego funciona indebidamente debido a estados mentales y emocionales reprimidos), mientras que la creatividad interior tiene que ver con el yo cuántico universal que trasciende el ego.

Pero las extrañas asociaciones que los pacientes mentales realizan a veces parecen guardar similitud con las realizadas por personas creativas y espirituales. Carl Jung citaba un paciente enfermo mental que sufría demencia paranoide que consideraba el mundo como si fuese un libro con ilustraciones (de un modo similar al gran filósofo Schopenhauer). Para dar más consistencia al argumento, muchos creativos internos (el santo indio Ramakrishna como principal ejemplo) se han referido a sí mismos como «locos».

Sugiero que la explicación de la locura de los místicos es el haberse perdido en lo que Jung denominó el arquetipo de la sombra. La aparente fragmentación de la psique que presentan los creativos se produce entre el ego y el yo cuántico. (En la esquizofrenia, por otro lado, la psique condicionada se fragmenta en múltiples estructuras ego, una fragmentación

que se origina en el inconsciente personal). Cuando el creativo interno busca un nuevo centro a partir del cual actuar, un centro que esté inclinado con más fuerza hacia el yo cuántico, podría tropezarse con una barrera. Esta barrera es la sombra: el material, tanto colectivo como personal, que ha venido reprimiéndose para satisfacer las exigencias sociales y los condicionamientos tempranos. Aportar la «luz» de la percepción a la sombra evita la fragmentación y facilita la plenitud.

Jung consideraba que, debido a la tendencia cultural occidental de reprimir las emociones durante la infancia, la limpieza de la sombra suponía un gran reto para la espiritualidad occidental. En general, los orientales están menos reprimidos desde el punto de vista emocional (los habitantes de la India Oriental, por ejemplo, son personas tremendamente expresivas a nivel emocional) y su sombra es distinta. Por otro lado, los orientales están más condicionados que los occidentales a obedecer y reverenciar a la autoridad y a los ancianos. En consecuencia, su represión se concentra en el terreno mental, y esta es la sombra que, en su caso, tiene que sacarse a la luz.

Animado por las represiones personales, el ego condicionado suele ejercer una defensa fuerte contra la limpieza de la sombra y contra el esfuerzo de integrar los arquetipos de la libertad creativa. En la historia de Orfeo encontramos una bella escenificación mitológica de esta lucha. La música de Orfeo cautiva incluso a los animales. Cuando la muerte se lleva a su amada Eurídice, su anima, Orfeo se introduce en el Hades para ir en su busca. La encuentra y consigue el permiso para devolverla a la luz y a la vida, aunque con una condición: no debe mirar atrás mientras ella le sigue en el camino de salida del Hades. Por desgracia, Orfeo sucumbe a su ansiedad

e, incapaz de soportar la incertidumbre creativa, echa la vista atrás. La muerte reclama a Eurídice, a quien Orfeo pierde entonces para siempre.

Repitiendo el mito de Orfeo, algunos místicos podrían volverse locos o suicidarse. Pero en su mayoría superan con éxito el desafío de la sombra, transformando el mito e incluso escribiendo sobre él. Y esto fue lo que nos proporcionó la *Divina Comedia* de Dante. La Beatriz de Dante, su ánima recuperada, le lleva a la plenitud.

Así pues, la limpieza de la sombra no es en realidad una limpieza; es una integración. El trabajo con la sombra ayuda a limpiar el ego y aumenta la apertura hacia el yo cuántico. El ego entonces, funcionando adecuadamente con fuerza y percepción, es un elemento ventajoso que gestiona la ansiedad que acompaña el encuentro creativo con el yo cuántico. Sólo un ego fuerte permanece abierto a la transformación hasta el momento de la rendición a la modalidad del yo cuántico.

La limpieza del ego permite al místico entrar en terrenos todavía más profundos de creatividad interior. La devoción de Ramakrishna a Kali le volvió «loco». Kali, la diosa desnuda y oscura de la mitología hindú, es la diosa de la limpieza.

El tema de los gurús

En algunas tradiciones espirituales existe el mito de que para iniciarse verdaderamente en un camino de creatividad interior, debemos tener un gurú, un profesor iluminado. Pero el yo cuántico, el atman, es ese gurú, como algunas de esas tradiciones reconocen explícitamente. El gurú no es una entidad distinta a nosotros. Si nos hundimos en arenas movedizas

no podremos salir de ellas tirando nosotros mismos; hay una ley de Newton que nos lo impide. Pero sí es posible tirar de nosotros mismos y salir de las arenas movedizas de la identidad ego, pues la identidad ego no es real. La jerarquía simple del ego y su perspectiva solipsista son una tapadera de ignorancia sobre la claridad de conciencia que es el atman. Esperar que otro, sea gurú o no, realice en nuestro nombre el trabajo creativo es perpetuar la ignorancia.

Pese a todo, las tradiciones tienen un aspecto válido. La investigación de la conciencia es difícil porque «lo que buscamos es lo que estamos mirando». La liberación, el objetivo definitivo de los caminos esotéricos espirituales, siempre está presente. Incluso la tapadera es finalmente una ilusión, por lo que no hay nada que descubrir. Por lo tanto, la Verdad, turiya, es una proposición imposible de demostrar. Sólo un gurú puede ayudarle a romper este callejón sin salida lógico. Una historia sirve para ilustrar la cuestión. Un día, diez pequeños que justo empiezan a aprender a contar, van a clase de natación. La maestra les ha dicho que se enumeren después de clase para que nadie se pierda. Uno, dos, tres... nueve. Uno de los pequeños cuenta y siente pánico. ¿Dónde está el décimo niño? Los otros cuentan también, con el mismo resultado. Entonces aparece un adulto, que ve inmediatamente el problema y lo resuelve: no te habías contado a ti, tú eres el número diez.

Los gurús son como nuestro recordatorio. Por desgracia, se han convertido también en nuestra excusa. Por ejemplo, en el cristianismo, Jesús se utiliza como excusa para evitar la exploración creativa implícita en el mensaje «Jesús nos salva». Sí, Jesús salva, pero para eso es necesario rendirse a él, y para eso se precisa creatividad interior. La creatividad interior exige

que nos elevemos por encima de la jerarquía simple de la identidad ego y pasemos a la jerarquía enmarañada del yo cuántico. Es imposible llegar a una relación basada en una jerarquía enmarañada a través de la jerarquía simple que exija una relación entre gurú y discípulo basada en el poder. Si por casualidad nos tropezamos con uno de esos individuos sabios que comprenden y fomentan relaciones con jerarquía enmarañada, habremos encontrado nuestro gurú. En India, un gurú de este tipo se conoce como un sadguru.

La siguiente historia ilustra lo que no es un sadguru. Entre todos los discípulos de un determinado gurú, había uno que destacaba por su devoción. Tan grande era su devoción, que un día pudo incluso caminar sobre las aguas mientras iba murmurando el nombre de su gurú. El gurú empezó a explicarlo a los demás como un resultado de su propia grandeza. Pero un día, un escéptico le desafió: «Si tan grande es tu nombre, ¿por qué no me demuestras que también tú eres capaz de caminar sobre las aguas murmurando tu nombre?». Perdido por su orgullo, el gurú aceptó el reto e intentó caminar sobre las aguas del río. Y como no sabía nadar, acabó ahogándose.

¿Por qué se necesita un gurú, incluso un sadguru? Los gurús, a través de la interconexión que la no localidad cuántica y la conciencia no local nos permiten, nos dejan vislumbrar lo que puede llegar a ser un ser feliz que vive en su plenitud. Se trata de un fenómeno similar a la inducción electromagnética: el hierro se torna magnético cuando está cerca de un auténtico imán. Los gurús, además, nos indican la dirección a seguir; no pueden darnos la luna, pero sí indicarnos dónde está. Y lo que es más importante, los gurús nos proporcionan inspiración para llevar a cabo la investigación que nuestra intuición nos indica en busca de la comprensión espiritual.

Y existe también el dicho que afirma que cuando el discípulo está listo, aparece el gurú. A lo largo de mi vida he encontrado varias pruebas de ello. Siempre que he necesitado un maestro, allí estaba. En la década de 1970, cuando inicié mi viaje espiritual, leí con voracidad los escritos de Ram Dass y Krishnamurti; eran los maestros que necesitaba en aquella época. Luego, cuando los libros dejaron de serme útiles, llegó una ayuda inesperada. En verano de 1984, me encontraba a más de 1.800 metros de altura, en las Sierras Occidentales, en el ashram de un místico norteamericano, el filósofo Franklin Merrell-Wolff. Con noventa y siete años de edad, su sentido del humor permanecía intacto, pero ya no podía mantener grandes conversaciones intelectuales. De modo que nos sentábamos en su jardín y él iba echando cabezaditas de vez en cuando. Hoy en día, sigo mencionando con orgullo aquel mes que pasé de aquella manera con él como «Shangai-la». Franklin era la confirmación viviente que yo necesitaba para comprender la relevancia de la investigación espiritual.

En 1991, de nuevo sin timón, fui invitado a dar una charla en una conferencia que se celebraba en Bangalore, India. El viaje a India tenía que correr por mi cuenta, de modo que tenía mis dudas, pero el hombre que me llamó por teléfono para invitarme se mostró muy contundente. Me dijo: «Tiene usted que venir». Así que fui. Allí conocí al maestro Vedanta Satyanarayan Sastry, quien me sorprendió al preguntarme: «¿Cómo se encuentra usted cuando está solo?». Esa pregunta me catapultó a la siguiente fase de mi sadhana (práctica), pues cuanto más reflexionaba sobre la pregunta, más me veía obligado a admitir que cuando estaba solo, y si no estaba trabajando, me sentía inquieto y aburrido. Rara vez estaba solo y en paz.

Pero la comprensión plena de aquel dicho (cuando el discípulo este listo aparecerá el maestro) puede apreciarse solamente dentro del marco de la reencarnación. Después de muchas vidas, cuando por fin estamos preparados para el viaje interior hacia la liberación, llega el maestro; no tenemos que buscarlo. Por lo tanto, no hay necesidad de descorazonarse si el sadguru no se ha acercado a usted en esta vida y su deseo de querer a Dios le ha conducido hasta muchos gurús falsos o limitados. No será todavía el momento adecuado. ¡Recuerde! Es una escuela, y no hay marcha atrás. Podemos aprender incluso de los falsos gurús, en quienes se acumula el mal karma. Pero los falsos discípulos no existen.

Notas

[1] El concepto de bandas o niveles de un espectro de conciencia fue discutido por vez primera en la psicología moderna por Wilber (1977).

Capítulo 13

La creatividad del cuerpo vital y el significado del tantra

Lumbreras del nivel de Sri Aurobindo y Teilhard de Chardin han sugerido que la manifestación de la conciencia evoluciona con el tiempo a medida que sus temas se manifiestan cada vez mejor. La cuestión de si existe un progreso general en la evolución de la conciencia manifiesta es debatible. Podemos, sin embargo, identificar muy fácilmente periodos de la historia en los que saltos gigantescos en la creatividad humana generaron saltos gigantescos en las manifestaciones externas del yo y, en consecuencia, en la sociedad. Podríamos preguntarnos entonces: ¿cuál es el futuro de la creatividad humana? ¿cuándo tendrá lugar el próximo salto gigantesco y que forma adoptará? Soy de la opinión de que el próximo gran paso tendrá que ver con la creatividad del cuerpo.

La identidad personal evoluciona creativamente hacia una identidad con el yo cuántico. En los Capítulos 10 y 11, examinamos las prácticas que ayudan a desplazar nuestra identidad hacia el buddhi, hacia otras fases más allá del ego en las que el yo cuántico y las identidades individuales clásicas están más integradas. Pero en realidad, estas prácticas sirven básicamente para purificar el yo de sus tendencias hacia las tamas; sin la tiranía de la mentalidad ego, el yo puede caer espontáneamente en el sattva.

Pero esto apenas sucede cuando hay unas rajas fuertes. Trascender las tendencias hacia las rajas es algo que no suele hacerse directamente. Las rajas están conectadas con el software vital del cuerpo físico y con la conexión cerebro-cuerpo, con nuestro sistema inmunológico y endocrino, etc. Sigmund Freud hablaba de la importancia que la sublimación de la sexualidad tenía para las personas creativas. La trascendencia de las rajas es el mismo tema: la sublimación (o más bien trascendencia) de la sexualidad está conectada profundamente con la creatividad del cuerpo, como veremos en este capítulo.

Empecemos ahora con una discusión sobre salud y curación desde la perspectiva de la creatividad. Soy de la opinión de que la enfermedad, tanto física como mental, es una señal de lo alejados que estamos de abordar con creatividad el cuerpo vital-físico. «El señor Duffy vivía a corta distancia de su cuerpo», escribió el novelista James Joyce. Nos hemos convertido en personales similares al señor Duffy, vivimos con las energías vitales centradas principalmente en el cerebro-mente, como si se tratase de una entidad separada de los sentimientos que se producen en el resto de nuestro cuerpo vital-físico.

Antes de ir más lejos con esta idea, quiero dejar constancia de que las actuales prácticas médicas no contemplan la falta de creatividad del cuerpo como la causa principal (ni siquiera como una de las causas) de las enfermedades. Los psicólogos y los médicos pasan por alto la importancia del cambio paradigmático que está teniendo lugar en la física.[1] Pero hablar de creatividad del cuerpo tiene todo el sentido del mundo cuando consideramos el cerebro-mente y el cuerpo dentro del contexto de la ciencia idealista.

Curación cuántica

La conciencia juega tanto el papel organizador en la vida de una célula, como el papel esencial de conciencia de la propia identidad que surge a partir de la conexión con el complejo cerebro-mente. Es decir, la jerarquía enmarañada autorreferente que cierra una medida cuántica quedó completada en este planeta con la manifestación de la primera célula viva (véase el Capítulo 5). Esta autorreferencia divide una conciencia indivisa en sujeto y objeto, en la vida y su entorno. La posterior evolución de la vida en este planeta es un proceso de la conciencia en el que aplica mapas cada vez más complejos de las funciones vitales del cuerpo vital en el cuerpo físico. Finalmente, el cerebro acaba evolucionando y se genera un mapa mental.

La conciencia, sin embargo, vive la vida y subyace en la intelección, incluyendo en esto los contextos de pensamiento, y en el proceso se identifica tanto con la vida como con la mente. Nuestros cuerpos mentales, vitales y físicos no sólo son interdependientes a través de varios sistemas corporales (físicos), sino que definitivamente están interconectados a través de la conciencia.

Esta visión de la vida de una célula como una identificación manifiesta de la conciencia nos proporciona un modelo completamente novedoso para la conexión mente-cuerpo, distinto al actual modelo médico dualista que trata el cuerpo como algo aparte de la mente, ignora por completo el cuerpo vital y contempla la conciencia como un epifenómeno. El nuevo modelo nos lleva a una nueva manera de abordar la enfermedad y la curación que se basa en la idea de la creatividad del cuerpo a nivel mental y vital. Sostengo que existen

evidencias suficientes de la creatividad del cuerpo y, en consecuencia, su papel en la curación se convierte en un fértil terreno de investigación. Resulta un consuelo que este tipo de investigación haya empezado ya a ponerse en marcha.

Empieza a emerger a la superficie una nueva medicina que responde a la crisis paradigmática de la medicina. La nueve medicina es fundamentalmente una medicina de la mente y del cuerpo: la mente (a través de la conciencia) ejerce efectos causativos sobre el cuerpo físico que pueden producir tanto la enfermedad como la curación. Las técnicas de biofeedback y de hipnosis han enriquecido los conceptos de la medicina mente-cuerpo. El nuevo campo de la psiconeuroinmunología reconoce claramente la conexión que existe entre la mente y el cuerpo y el efecto de la conciencia sobre la curación (aunque a menudo lo hace desde un punto de vista dual; el dualismo, sin embargo, es fácil de evitar, como veremos a continuación).

Más aún, el pensamiento emocional, en contraste con el pensamiento racional, está siendo reconocido como causa del efecto «mente asesina / mente curadora». Las emociones negativas (miedo, lujuria, ira) están conectadas a unos mapas condicionados de movimiento del cuerpo vital que conocemos como instintos. Este reconocimiento ha impulsado también un nuevo interés por sistemas alternativos de curación, como la medicina china y el sistema ayurvédico de la antigua India.

La curación mente-cuerpo lleva practicándose como curación espiritual desde tiempos muy remotos (de manera natural), y la nueva tendencia en la medicina es incorporar estas prácticas a la corriente principal. Un ejemplo de ello es la investigación científica sobre curación con yoga llevada a cabo en India y sobre salud holística que se lleva a cabo en otras partes (Nagendra, 1993; Weil, 1995).

El conocido fenómeno del efecto placebo es otro ejemplo de la curación mente-cuerpo: consiste en administrar a los pacientes simples pastillas de azúcar diciéndoles que se les está administrando un medicamento, y comprobar que el porcentaje de curación entre ellos es más elevado que el presentado por otros pacientes a los que se les administró las mismas pastillas de azúcar pero no se les dijo que era un medicamento. El médico Deepak Chopra, en su revolucionario libro *Curación cuántica*, sugiere que la curación mente-cuerpo en muchos casos parecidos al del placebo se produce con la interacción de la mente y el cuerpo a través de un «cuerpo mecánico cuántico», y con la mediación de la «dicha», es decir, la conciencia (Chopra, 1990). El concepto de Chopra se sostiene sobre una base firme si nos damos cuenta de que la conciencia media en la curación cuerpo-mente a través de la naturaleza cuántica de los cuerpos físico y mental.

¿De qué manera inicia un pensamiento los procesos cerebrales necesarios para generar una sustancia neuroquímica que comunique con los sistemas inmunológico o endocrino para que estos lleven a cabo la actividad de curación adecuada? Desde el punto de vista del paralelismo psicofísico desarrollado en el Capítulo 7, la conciencia reconoce y elige (de entre todas las posibilidades que la mente del paciente ofrece) de forma simultánea, el pensamiento de curación y el estado cerebral que llevan a la producción de la sustancia neuroquímica requerida.

Si recordamos que junto al cuerpo mental y físico, poseemos también un cuerpo vital, la ciencia idealista nos permite formular una teoría incluso más general de la curación mente-cuerpo. Si los movimientos del cuerpo vital (prana o chi o ki) a través de los caminos conocidos como nadis o

meridianos, son movimientos cuánticos (véase el Capítulo 7), podemos postular que la conciencia colapsa y hace realidad simultáneamente las posibilidades de los tres cuerpos (físico, mental y vital). El colapso es autorreferente; la división entre sujeto y objeto implícita en la experiencia es pura apariencia. Esto evita el dualismo en todas sus formas (los dualismos entre conciencia y materia, mente y cerebro, sujeto y objeto, cuerpo físico y cuerpo vital). Este paralelismo biopsico-físico nos permite comprender la medicina oriental e integrar además la medicina oriental en la medicina occidental.

La curación y el proceso creativo

Poco a poco está surgiendo una nueva hipótesis en el campo de la curación mente-cuerpo, la de que en muchos casos de enfermedad, nuestro cuerpo tiene acceso a la sabiduría y a los mecanismos necesarios para su curación y que, simplemente, tenemos que descubrirlos y activarlos. Se me representa como un programa de creatividad para el paciente. Supongamos que adoptamos el punto de vista de que los casos conocidos de remisión resultado del efecto placebo son en realidad casos espontáneos de creatividad del cuerpo: descubrimiento y manifestación.[2]

¿Es posible convertir la autocuración en un programa intencionado de creatividad? Supongamos que en lugar de creer pasivamente que se les administra algún tipo de medicamento, los pacientes operan activamente por la intuición (que se convierte en una pregunta candente) de que su cuerpo dispone ya de los mecanismos de curación, y que basta

sólo con descubrirlos y manifestarlos. El primer paso para un enfoque creativo de este tipo es el de la preparación. Para ello, se animaría a los pacientes a investigar sus enfermedades (siguiendo la orientación activa de sus médicos). En la siguiente fase, ellos y sus médicos pondrían a prueba diversas técnicas (visualización, reprogramación, hipnosis, nuevos fármacos experimentales, por mencionar sólo unas cuantas). Esta es la fase de creatividad en la que los estímulos no aprendidos generan superposiciones coherentes no colapsadas y su proceso inconsciente (véase el Capítulo 3). Estas técnicas se utilizarán no exclusivamente con el fin de la curación, sino también con la idea de que podrían finalmente desencadenar la revelación creativa que lleva al cuerpo a acceder y activar su propio mecanismo de corrección.

Una remisión espontánea, según este punto de vista, se correspondería con una revelación creativa a nivel corporal. Y apoyando esta perspectiva existen muchos datos sobre pacientes que describen la remisión espontánea de sus enfermedades como una experiencia «¡eureka!».

El médico Richard Moss habla de una paciente de cáncer que asistió a uno de sus seminarios. Durante el seminario, la paciente se mostró desafiante y no respondió a los diversos intentos de Moss de darle energía. Pero en un momento dado, Moss abrió una brecha en su resistencia y ella respondió participando en una danza espontánea que la llevó hasta una tremenda experiencia «¡eureka!», curándole el cáncer que padecía (Moss, 1981, 1984).

La fase final de la manifestación es importante también dentro del modelo creativo de curación. Producida la remisión, el paciente tiene que manifestar los cambios de estilo de vida intuidos durante la revelación creativa.

En el caso documentado de autocuración, el fallecido editor de *Saturday Review*, Norman Cousins, siguió más o menos intuitivamente las fases del proceso creativo que acabo de describir (Cousins, 1989). Algunos de los éxitos en el tratamiento de pacientes de cáncer documentados podrían muy bien ser el resultado de esa utilización intuitiva de las fases del proceso creativo (Simonton y otros, 1978).

Un punto importante: la autocuración creativa es un concepto que puede verificarse médicamente. Podemos estudiar tres grupos de pacientes: el grupo del placebo convencional, el grupo de curación creativa y el grupo de control.

Un estudio llevado a cabo por el cardiólogo Randolf Byrd (1988) indica ya la naturaleza cuántica de la curación, en este caso, de la curación de un paciente a través de los esfuerzos de otra persona. Como en todos los actos creativos, una de las características definitorias de la autocuración creativa es la no localidad.[3] Por lo tanto, y de forma similar a lo que sucede con el *brainstorming*, uno debería de ser capaz de obtener mejores resultados si involucrara a más personas en su autocuración creativa. Byrd realizó también un estudio con 393 pacientes de la unidad de cardiología del San Francisco General Hospital sobre el efecto producido por las oraciones llevadas a cabo a distancia por distintos grupos de oración. Los 393 individuos fueron divididos en dos grupos: 192 pacientes que fueron objeto de las oraciones realizadas por entre cuatro y siete personas, y un grupo de control integrado por 201 pacientes que no fueron objeto de ninguna oración. Ni el médico ni los pacientes sabían a qué grupo pertenecían. Byrd descubrió que el efecto de la oración, aun siendo no local, era sorprendentemente positivo. Por ejemplo, los pacientes objeto de oración presentaron una probabilidad

cinco veces inferior de recibir tratamiento con antibióticos y una probabilidad tres veces menor de sufrir edema pulmonar, resultados en ambos casos estadísticamente significativos.

La nueva medicina adquiere mucho más sentido cuando le añadimos el concepto de un cuerpo vital cuántico. Esto nos permite tender un puente sobre el abismo existente entre la medicina occidental y la oriental. La medicina occidental se basa en el materialismo estricto: la vida es química; la enfermedad es química que funciona mal, una cuestión que se soluciona administrando elementos químicos externos al organismo. Por otro lado, la medicina oriental sabe que el cuerpo vital lleva consigo los prototipos (los campos morfogenéticos) que representan los órganos del cuerpo físico. Es evidente que la visión oriental reconoce la enfermedad como un fallo químico en las representaciones físicas del cuerpo vital, pero reconoce también que ese fallo podría provenir de los prototipos del cuerpo vital.

Una enfermedad significa que la representación software de una determinada función vital se ha estropeado y que, por lo tanto, necesita un nuevo camino creativo para operar. La curación mente-cuerpo se produce cuando la conciencia colapsa creativamente nuevas posibilidades en la mente cuántica, lo que impulsa al cerebro (y a través de la conexión cerebro-cuerpo, al cuerpo físico-vital) a crear un nuevo mapa, un nuevo camino para la función vital afectada.

Tanto la medicina ayurvédica como la china van más lejos al afirmar que todos nacemos con determinadas propensiones del cuerpo vital resultado de pasadas reencarnaciones. Estas propensiones suelen estar desequilibradas y dan lugar a defectos que a menudo resultan en mapas o representaciones del cuerpo físico que funcionan inadecuadamente. Para corregir

este tipo de enfermedad es necesario corregir el desequilibrio del cuerpo vital. No basta con la creatividad mente-cuerpo.

La dificultad del enfoque creativo en el cuerpo vital estriba en que, en general, la gente, sea oriental u occidental, no está familiarizada con la energía vital. Apenas prestamos atención a las emociones a través de la conexión vital-física; estamos demasiado centrados en el conjunto cerebro-mente. Esto, naturalmente, es uno de los principales responsables del fenómeno de la «mente asesina». Para alcanzar la curación es importante comprometernos con el concepto de la «mente curadora», pero para ello necesitamos que la creatividad mental se aleje de las emociones negativas que la «mente asesina» ha creado. Aprender a acceder a las emociones a través del cuerpo vital-físico nos permite acabar de una vez por siempre con el pensamiento condicionado negativo. Cuando accedamos a nuestra energía vital igual que accedemos a nuestros pensamientos, podremos concentrarnos directamente en la creatividad del cuerpo a través de la creatividad del cuerpo vital.

Pero el problema es más complicado de lo que parece de entrada. Antes hemos hablado de la identidad consciente a nivel celular del cuerpo. Todas nuestras células están vivas y llevan a cabo las funciones vitales que necesita el colapso de los cuerpos físico y vital correlacionados. Es algo que la conciencia (que no es más que nosotros mismos) hace con regularidad, pero la identificación con el cerebro-mente nos supera de tal manera que ni siquiera somos conscientes de la existencia del yo celular. Aun ignorando nuestra identidad personal a nivel celular, además del cerebro existen otros conglomerados de células orgánicas (por ejemplo, el sistema inmunitario y el sistema endocrino) que realizan funciones orgánicas casi

tan importantes como las del cerebro-mente. La identificación de la conciencia con estos conglomerados es importante para la curación.

Cuando hablamos de tener acceso al cuerpo vital, ¿a qué cuerpo vital nos referimos? En el cuerpo vital existen modelos condicionados que se asocian no sólo al cerebro-mente, sino también a otras partes importantes del cuerpo. Nuestro cuerpo vital está fragmentado, de una forma parecida a la mente de la persona que sufre un trastorno de personalidad múltiple. Por lo tanto, la creatividad del cuerpo vital exige la integración de nuestras varias «personalidades» vitales.

Empieza a quedar claro, así, que para que la curación sea realmente efectiva es necesario recuperar una relación experimental y consciente con las distintas personalidades de nuestro cuerpo vital, o egos vitales; además de la curación mente-cuerpo, tenemos que ocuparnos de la curación del cuerpo vital-físico. Hace muchos años se desarrollaron en Oriente muchas técnicas en este sentido, y son de hecho las mismas que se utilizan para curar a gente enferma y desarrollar una salud radiante en gente sana. De modo que antes de adentrarnos en las técnicas, discutiremos el tema de la creatividad del cuerpo vital-físico para una persona que goce de buena salud.

La creatividad del cuerpo en la persona sana

El concepto de la creatividad del cuerpo vital-físico correlacionado es importante para discutir la autocuración de una enfermedad. ¿Pero cómo se aplica a una persona físicamente sana? Para empezar, ¿qué es la salud? La salud es un equilibrio dinámico entre el ego y el yo cuántico en los asuntos de

los cuerpos físico, vital y mental. La liberación del dolor en el cuerpo físico, el principal foco de atención de la medicina occidental, es importante, pero también lo es la liberación de la tiranía del instinto y las emociones y la liberación de los límites impuestos por el ego pensante.

En las culturas modernas, y especialmente entre los intelectuales, existe la tendencia a ignorar el cuerpo vital-físico. El mulá Nasruddin acompañaba a un sabio pundit en su barca para cruzar el río. El pundit estaba dándole un sermón a Nasruddin sobre la importancia de aprender gramática y explicándole que estaba perdiendo media vida por no estudiar esa materia. Un poco después, el mulá interrumpió al pundit y le preguntó: «¿Sabes nadar?». Y cuando el pundit le respondió que no, el mulá dijo: «En este caso, amigo mío, vas a perder la vida entera. La barca se está hundiendo».

¿Cómo abordar la creatividad del cuerpo vital-físico para una persona sana? A través del ejercicio: deportes organizados, artes marciales, hatha yoga, etc.

Resulta interesante ver que algunos de los deportistas más competitivos se cuentan entre los mayores ascetas de la actualidad. El ascetismo era tradicionalmente una práctica limitada tan sólo a los comprometidos con la vida religiosa. Irónicamente, la tentación del éxito y el dinero en el mundo del deporte ha cambiado la situación. El deporte es algo más que competición y éxito comercial.

Existe un buen motivo para creer que los deportistas acarician la modalidad cuántica cuando alcanzan sus máximos. Como he dicho ya, muchos deportistas hablan de que el tiempo pasa para ellos más despacio; por ejemplo, un jugador de béisbol le dirá que el motivo por el cual puede capturar esa bola tan rápida es porque la ha visto llegar perfectamente,

como a cámara lenta (para otros ejemplos, véase Leonard, 1990). La explicación es que el tiempo de reacción de los deportistas en estas situaciones se abrevia considerablemente con respecto al habitual tiempo de proceso de percepción secundaria para la acción motora. Esta disminución del tiempo de reacción acerca a los deportistas a la percepción primaria, lo que produce la felicidad y una sensación de regocijo.

La inmensa mayoría de los deportistas no alcanza el éxito comercial. Sin embargo, disfrutan del deporte debido a este encuentro realzado con el yo cuántico. En cierto sentido, se vinculan a lo que los teóricos de la creatividad denominan experiencia «flujo». Y esto no se aplica únicamente a los deportistas. ¿Quién no se ha sentido exultante alguna vez como consecuencia de algún tipo de trabajo físico, como la jardinería o, incluso, las labores del hogar? El trabajo físico esconde un flujo.

El encuentro con el yo cuántico siempre es creativo; por lo tanto, en estos encuentros existe la posibilidad de creatividad, incluyendo la creatividad del cuerpo vital-físico. Los logros de los deportistas modernos dejan claro que cultivar el cuerpo humano tiene grandes posibilidades creativas.

Pero desgraciadamente, los deportes organizados prestan escasa atención a la integración de la felicidad de la creatividad del cuerpo con el resto de la vida del deportista, que está limitada por la estructura mental del ego. Existe, sin embargo, un antiguo sistema, desarrollado principalmente en China y Japón pero que se ha hecho popular en todo el mundo, concebido precisamente para integrar la creatividad del cuerpo con la de la mente. Me refiero, por supuesto, a las artes marciales.

Las artes marciales

Los deportes competitivos utilizan la modalidad cuántica del yo, pero sólo en la medida en que se identifica con el conjunto mente-cerebro. Y esto resulta útil porque el cerebro controla el cuerpo a través del sistema endocrino y otros sistemas; sin duda alguna, los deportistas son capaces de utilizar el cuerpo de forma creativa. Pero una forma mejor es aprender a acceder a la «mente» del propio cuerpo: la contrapartida vital correlacionada de los conglomerados del cuerpo físico. Es lo que hacen las artes marciales.[4]

Las artes marciales partieron de los sistemas de autodefensa para personas no violentas. Cabe la posibilidad de que para defendernos tengamos que emprender algún tipo de acción violenta, algo que en general va en contra de nuestra filosofía espiritual. ¿Es posible hacerlo sin violencia mental? Es posible si las emociones están integradas, si tenemos un acceso controlado a nuestras emociones, si la emoción instintiva no invade nuestro modelo de pensamiento. La espada mata, pero esto no exige rabia mental. Esta es, en general, la idea.

En una gran historia de artes marciales, un guerrero samurai está ganando una batalla contra el hombre que mató a su padre. Pero cuando arrincona al enemigo y está a punto de hundirle la espada en el cuerpo, su víctima le escupe en la cara. De pronto, el guerrero baja la espada y se aleja de su adversario. ¿Qué ha sucedido? Cuando el hombre le escupe, la rabia y el odio se despiertan en la mente del samurái, y estaría mal matar a su contrincante con la mente llena de rabia y de odio. Este es el objetivo de las artes marciales: ser un guerrero que personifique un acceso profundo y controle las emociones y el movimiento del cuerpo vital.

En el pensamiento de las artes marciales destaca el concepto del control del chi, o energía vital. La bella danza del tai chi y los maravillosamente estéticos movimientos del aikido son expresiones de este control del chi.

Recuerde que en la célula existe un sistema cuántico y un aparato de medición similares a los que hay en el cerebro. Cuando la conciencia colapsa los estados de este sistema, junto con los estados del cuerpo vital, se identifica de forma autorreferente con el sistema, una autorreferencia que distingue la vida de su entorno sin vida (de un modo similar a la división entre sujeto y objeto). Para un organismo con cerebro, la identificación con sí mismo que surge del colapso en la maquinaria del cerebro supera a la que surge del colapso en las restantes células del cuerpo. Pero al final, la conciencia que provoca ambos colapsos es la misma, y a través de ella podemos influir los mecanismos corporales y los procesos de las enfermedades. Nuestra tarea consiste en recordar la identidad ego olvidada del cuerpo vital-físico e integrarla con nuestra identidad ego cerebro-cuerpo. Y esto requiere un proceso creativo.

«Mira primero con la mente, luego con los ojos, y finalmente con el torso y los miembros», escribió el filósofo japonés del cuerpo Yagyu Tajima. Cuando tengamos un acceso controlado al chi (el movimiento cuántico del cuerpo vital que se correlaciona con el movimiento cuántico de la materia de las células del cuerpo), y cuando por experiencia nos demos cuenta de que la conciencia que colapsa los modos del chi y los modos de las células es la misma conciencia que colapsa los modos del cerebro y la mente, empezaremos a percibir la totalidad cuerpo físico/cuerpo vital/cerebro-mente. El propósito del tai chi, el aikido, y el sistema de yoga de la India Oriental

(en particular, del hatha yoga y los ejercicios de respiración conocidos como pranayama, la práctica de los cuales en su forma más sencilla consiste en seguir la entrada y salida de aire del cuerpo), es unir las identidades de conciencia del cuerpo físico y el cuerpo vital con la identidad mente-cerebro. Yoga, de hecho, significa unión.

Resulta interesante comprobar que algunas posturas del hatha yoga (asanas, en sánscrito) recuerdan animales y por ello reciben nombres de animales; nos ayudan a revivir nuestro pasado evolutivo y a liberar represiones que podrían seguir aún con nosotros. En samadhi, las posturas del hatha yoga se producen a veces de forma espontánea, lo que sugiere la mencionada liberación. Del mismo modo, el hatha yoga podría ayudarnos a retroceder al tiempo que pasamos en el útero materno y a solucionar las represiones que tuvieron lugar en esa fase de la vida. Algunas de las posturas del hatha yoga guardan una clara similitud con las posiciones fetales. Existe también una teoría biológica que afirma que el desarrollo del embrión humano refleja la historia de la evolución de las formas vivas.

Los centros de emoción del cuerpo: los chakras

Ahondemos con más detalle en el tema de las emociones. El psicólogo William James distinguió muy sabiamente entre pensamientos y emociones y dijo que son independientes. ¿Por qué son independientes? James no abordó la pregunta, pero con el concepto de cuerpo vital y cuerpo mental sí podemos hacerlo sucintamente: los pensamientos y las emociones tienen distintos orígenes.

La mente moderna está confusa al respecto debido a la influencia del materialismo. Las emociones surgen de forma concomitante a los cambios que se producen en el cuerpo físico y se perciben mientras duran estos cambios; pero no hay ninguna necesidad de especular, como hacen los materialistas, diciendo que estos cambios físicos son todo lo que hay cuando nos emocionamos. Los cambios del cuerpo físico son sólo movimientos de moléculas, algo parecido al movimiento de electrones en una pantalla de televisión. En ninguno de los dos casos hay una historia inherente. Es la mente la que proporciona el guión, el significado, para el movimiento de electrones que se produce en la pantalla. Del mismo modo, es usted, con su cuerpo vital, quien aporta el guión, las funciones de software como la supervivencia, etc., para el movimiento de moléculas del cuerpo físico.

Los movimientos del cuerpo vital acompañan los cambios físicos y representan la «vivencia» que hay detrás del movimiento físico; es lo que experimentamos como sentimiento dentro de las emociones. Según el lenguaje de la física cuántica, en todo suceso emocional, la conciencia colapsa simultáneamente no sólo los cambios físicos, sino también los cambios vitales que están correlacionados con ellos (y también, habitualmente, los cambios correlacionados de la mente).

Tal vez le sorprenda el hecho de que los movimientos vitales no sean tan desconocidos como parece. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué el día de San Valentín enviamos tarjetas de felicitación con la imagen de un corazón? Existe el mito de que San Valentín es el personaje que caracteriza el romanticismo. Verdad. ¿Pero por qué el mito utiliza la simbología del corazón?

La mitología es la historia del yo. Cuando no recordamos debido a las modas imperantes en el estilo de pensamiento

(como sucede actualmente con el materialismo), el mito nos lo recuerda. ¿Y qué nos recuerda la mitología de Valentín del corazón emparejado con el romanticismo? Recuerde su primera experiencia romántica. La sintió usted en el corazón, pero lo que sintió no era en absoluto físico. Seguramente el corazón le latía con más fuerza, incluso de vez en cuando le daba un vuelco; esto eran fenómenos físicos. Pero junto con lo físico había un sentimiento indescriptible, ¿verdad?

Los sentimientos son sutiles porque experimentamos la totalidad, todo a la vez; no experimentamos por separado lo vital y lo físico. Lo mismo se aplica a los pensamientos; normalmente, experimentamos los pensamientos con un lenguaje, pero esa parte es tan sólo la representación física del pensamiento. Todos sabemos que el pensamiento existe también sin lenguaje. Todos hemos experimentado pensamientos silenciosos, el sonido del silencio, el significado que se filtra sin el revestimiento del lenguaje. La creatividad mental está hecha de este tipo de experiencias.

Y muy similar es lo que sucede en el caso del romanticismo, ¿sabe ya a qué me refiero? No, el romanticismo no existe ni en el cerebro ni en la mente; tampoco existe en el corazón físico; el corazón físico no es más que un mecanismo para bombear sangre. La calidad emotiva del romanticismo, y también del amor compasivo, procede de la correlación vital de los cambios físicos que tienen lugar en la región del corazón físico y que la conciencia colapsa y experimenta simultáneamente.

Occidente ha convertido en mito el movimiento romántico del cuerpo vital a través del corazón del día de San Valentín. Oriente lo hizo de forma más científica. Los orientales identificaron el corazón como un chakra, un centro especial donde

se siente la energía vital asociada con el romanticismo y también algunas de nuestras emociones más nobles: amor, bondad, sacrificio.

El chakra del corazón no es el único que habrá usted sentido. ¿Dónde siente la sensación cuando está nervioso o ansioso? En el vientre, en la zona del estómago («mariposas en el estómago», pero no todo es físico, no todo se debe a una carencia de oxígeno en esa zona), es decir, en el chakra del ombligo según la tradición oriental. Este chakra tiene que ver con las emociones de la supervivencia del ego (celos, ansiedad).

El chakra del tercer ojo se sitúa entre las cejas. Cuando nos concentramos, cuando centramos nuestra curiosidad y nuestro deseo de conocimiento, sentimos nuestra energía vital entre las cejas. Las personas en India que desarrollan intensas prácticas espirituales, se tapan el tercer ojo con pasta de madera de sándalo para enfriarla y aligerar la concentración de energía vital, que va acompañada por una sensación de calor físico. Por el mismo motivo, las mujeres indias llevan un bindi para cubrir el tercer ojo.

Existen siete chakras principales (Figura 16). El chakra inferior se sitúa en la base de la columna vertebral (y está conectado con las emociones básicas relacionadas con la supervivencia: sensaciones de inseguridad, miedo); el segundo se localiza en las gónadas (conectado con el contexto de la reproducción, el deseo). El tercero y el cuarto son, respectivamente, el chakra del ombligo y del corazón. El quinto chakra se localiza en la garganta y se relaciona con la comunicación. El sexto chakra es el tercer ojo. El séptimo chakra, el chakra de la corona, se sitúa en la parte superior de la cabeza. Corresponde a nuestro deseo de integración, paralelo a la función integradora del cerebro.

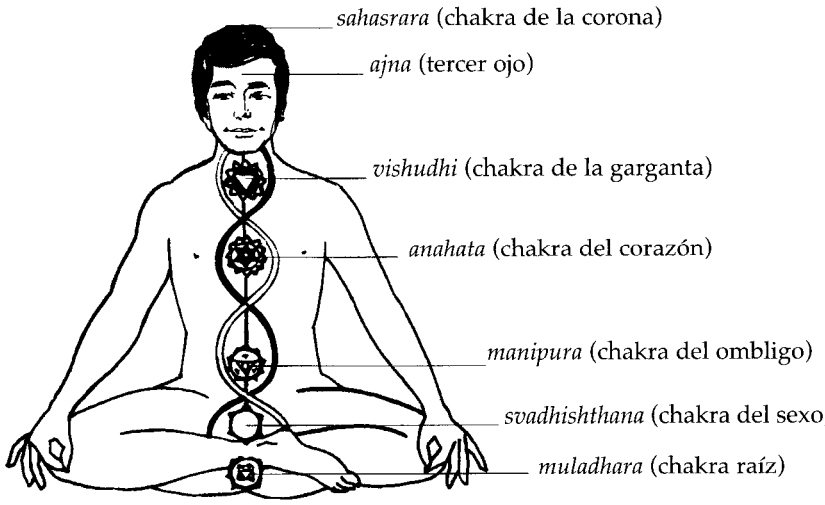


Figura 16. *Los chakras.*

Creo que los chakras son las zonas del cuerpo en las que tiene lugar el colapso cuántico de lo físico en correlación con el colapso que se produce en el cuerpo vital. Es decir, son los lugares en donde se genera el mapa (la creación de las representaciones software) del cuerpo vital sobre el cuerpo físico.

Como resultado de la creación del mapa, cada uno de estos chakras tiene movimientos condicionados. Con un poco de práctica, y si se concentra la debida atención en ese punto, es posible percibir el movimiento de prana en un chakra, además de los movimientos físicos. Los movimientos del prana se sienten como vientos o corrientes, incluso hormigueos. Y son movimientos condicionados. Los movimientos condicionados que más fácilmente se sienten son aquellos conectados con las células localizadas bajo la piel. Se sienten justo debajo

de la piel después de un buen masaje o una ducha. El objetivo del yoga no es sentir estos movimientos condicionados, sino ir más allá de ellos para recuperar creativamente el acceso al cuerpo vital. Los movimientos condicionados, asociados con la mente, le ayudarán a familiarizarse con prana, pero no basta con eso.

La limpieza de la sombra

Existen buenas evidencias médicas de que, al menos en Occidente, antes de emprender el viaje de descubrimiento creativo del cuerpo vital es mejor llevar a cabo lo que Carl Jung denominó limpieza de la sombra. Siguiendo la terminología de Jung, el arquetipo de la sombra representa material mental y emocional reprimido individual y colectivamente en el consciente individual y colectivo.

El complemento del movimiento condicionado del prana es el movimiento cuántico y creativo del prana, lo que se conoce en la literatura como kundalini shakti. La palabra sánscrita kundalini significa enroscado y shakti significa energía. El kundalini shakti hace referencia al prana latente, que será liberado con el salto cuántico creativo que el cuerpo vital realiza cuando pasa de estar guiado por la mente a estar directamente guiado por el intelecto.

La mitología hindú describe el kundalini como un poder latente que permanece enroscado en la base de la columna vertebral (el chakra raíz) y en nuestra sexualidad (el segundo chakra); esta energía se liberará para su uso creativo cuando ascienda hasta el chakra de la cabeza. Por lo tanto, el ascenso del kundalini es una metáfora que alude a la creatividad del

cuerpo vital, en el que se integran las diversas identidades ego del cuerpo vital en los diversos chakras (nuestro cuerpo vital fragmentado). Cuando la energía vital «asciende» hasta el chakra de la corona, alcanzamos una unión de las identidades del ego vital-físico con el cerebro-mente, que lleva a la integración.

En Occidente, en los últimos años, muchos ascensos espontáneos del kundalini han provocado angustias, traumas incluso, al individuo (Greenwell, 1995). El fenómeno kundalini lleva miles de años siendo conocido en Oriente, sobre todo en India y Tibet, y prácticamente nunca se ha oído hablar de daños causados por un ascenso del kundalini excepto en el caso reciente de Gopi Krishna (Krishna, 1978).

Soy de la opinión de que estos efectos traumáticos provocados por el ascenso del kundalini se deben a la sombra reprimida que reina en la psique occidental. La cultura oriental es expresiva emocionalmente, pero no mentalmente. Por otro lado, la cultura occidental ofrece más libertad mental a niños y adolescentes y menos obediencia a la autoridad. Pero al niño occidental se le enseña a reprimir las emociones, en parte debido a la división entre el bien y el mal de raíz judeocristiana (las emociones negativas son malas), y en parte debido a la orientación materialista hacia los logros y la eficiencia (las emociones no son eficientes).

De modo que para el hombre occidental, la limpieza de la sombra emocional es esencial para que el kundalini latente se despierte de manera efectiva y creativa. ¿Cómo se limpia la sombra? La limpieza de la sombra mental podría realizarse con la aplicación regular de la psicoterapia, combinada con una actitud meditativa y testimonial respecto al material reprimido siempre que este salga a la luz. Para la limpieza de

la sombra emocional, lo más efectivo son las técnicas bioenergéticas de reciente desarrollo.

¿Cómo funciona la bioenergética? Cuando nos ponemos a la defensiva, tensamos los músculos. Cuando sufrimos un trauma infantil, algunos de los músculos esqueléticos se tensan y no vuelven a relajarse completamente, de modo que, igual que tenemos un recuerdo mental de ese trauma, el cuerpo conserva también un recuerdo. Puede decirse que un músculo conserva un recuerdo cuando dicho músculo se fija en una determinada posición y le resulta imposible relajarse (Wolf, 1986).

Todo músculo (una serie de células largas que puede alcanzar una longitud de hasta treinta centímetros) contiene una gran cantidad de núcleos celulares y de pequeñas fibras, conocidas como miofibrillas. Las miofibrillas contienen unas unidades repetitivas denominadas sarcómeros, que se disponen en sentido longitudinal a lo largo del largo eje cilíndrico del músculo. La bioenergética del músculo tiene que ver con la libre circulación de los iones de calcio. Cuando un músculo se tensa como consecuencia de un trauma, los sarcómeros del músculo se inundan de iones de calcio. Después del trauma, parte del calcio puede quedarse en el sarcómero, manteniendo con ello la tensión muscular y creando un recuerdo del traume en dicho músculo.

Imaginemos ahora que este recuerdo se reprime. Según la mecánica cuántica, esto significa que si este estado surge en una superposición de posibilidades de pensamiento y emoción, la conciencia no elegirá colapsarlo. De manera que este músculo en particular no será reactivado por los procesos normales de energía vital del cuerpo y la mente y no tendrá la oportunidad de volver a funcionar de nuevo de manera adecuada.

Los músculos con recuerdos encerrados pueden, sin embargo, ser percibidos durante un masaje y un buen fisioterapeuta podría conseguir relajarlos. ¿Cómo se realiza esta curación? La respuesta de la teórica cuántica es el colapso no local. El curador podría visualizar su propio músculo en esa zona del cuerpo, tensarlo y relajarlo a continuación. De forma más efectiva, el curador podría proyectar un buen chi o energía vital hacia la zona afectada. Si los músculos y/o la energía vital del fisioterapeuta se correlacionan con los del paciente a través de intenciones curativas, la conciencia podría colapsar los músculos del paciente simultáneamente con la relajación y el buen estado de salud del curador.

La transformación creativa del cuerpo

Las tradiciones espirituales de India, la cuna mundial de la investigación y las nuevas ideas espirituales, presentan dos enfoques dominantes en cuanto a la realización espiritual. El más conocido, denominado camino diestro o camino de la luz, se basa en la idea de trascender el condicionamiento que impone el ego. Es lo que yo denomino creatividad interior; se centra en la mente. Pero existe también el tantra, conocido también como el camino zurdo o camino oscuro. El tantra habla sobre trascender la sexualidad, casi literalmente: el objetivo del tantra es elevar el kundalini desde los chakras raíz, sexual y ombligo hasta el chakra de la corona.

La observación detallada de la metáfora del kundalini que asciende a través de los distintos chakras ayudará al lector a comprender lo que quiero decir. Los tres chakras inferiores, localizados en la base de la columna vertebral, los genitales y

el ombligo, pertenecen a las identificaciones vital-físicas del ego libidinosas y condicionadas. El cuarto chakra se localiza en el corazón. Las relaciones sexuales producen romanticismo porque la energía vital se percibe también en el chakra del corazón (con la liberación sexual, la energía vital asciende hasta el chakra del corazón, dice la descripción tradicional). La apertura de este chakra, visualizado como el ascenso del kundalini hasta este chakra, está considerada como el primer paso importante de la práctica tántrica. La apertura del corazón significa experimentalmente el florecimiento de la compasión. ¿Por qué? Las emociones asociadas con el chakra del corazón suelen estar matizadas por el condicionamiento mental, lo que incorpora «mi» y «mío» en la ecuación del amor (amor con posesión: te amo porque eres la persona más importante para mí). La apertura del chakra del corazón significa liberar el amor de cualquier asociación con el ego mental.

¿Podría ser que el logro creativo que supone la apertura de cualquier chakra no fuera sólo la posibilidad de controlar de forma creativa la emoción (o emociones) asociada, sino también percatarse de que nuestra identidad no está limitada por el ego cerebro-mente? La conciencia asume una identificación con el cuerpo vital en correlación con el cuerpo físico a través del colapso de las ondas de posibilidad del cuerpo vital junto con las ondas del cuerpo físico (en los puntos de localización de los chakras, por ejemplo). Se trata de la misma conciencia que experimenta nuestros pensamientos. ¿No conseguiría la comprensión directa de la identidad ego vital-física disminuir la identidad ego mental, generando así un distanciamiento del egocentrismo mental? Creo que esto es lo que sucede con el ascenso del kundalini y su final integración.

El destino final del ascenso del kundalini es el chakra situado en la parte superior de la cabeza (sahasrara en sánscrito, el chakra de los mil pétalos). Metafóricamente, esto significa, según mi punto de vista, la unidad completa en la conciencia de las identidades física-vital y mente-cerebro.

Ahora podemos comprender mejor lo que sucede en hatha yoga y las prácticas tantra. Normalmente, nos identificamos totalmente con la mente, tal y como está representada en nuestro cerebro físico. El camino diestro o camino de la luz pone énfasis en la creatividad de la mente (que puede o no involucrar también al intelecto). Por otro lado, el camino zurdo o camino oscuro del tantra pone énfasis en la creatividad del cuerpo vital-físico correlacionado. En estas prácticas, utilizamos el hatha yoga (sus posturas y sus técnicas de respiración) para que el centro condicionado de nuestra identidad pase de la mente al cuerpo vital-físico correlacionado; realizamos movimientos para activar y sentir nuestro chi, como en el tai chi; llenamos de energía nuestro ki con la práctica del aikido; activamos nuestra energía vital a través de los deportes y la danza. El prana, el chi, el ki y la energía vital son, por supuesto, la misma cosa: los modos cuánticos de movimiento del cuerpo vital. Normalmente, sólo experimentamos la energía vital con la ayuda de la mente; por ejemplo, la visualización mental de la persona amada estimulará energía vital en el chakra del corazón. Sin embargo, si experimentamos directamente, sin que la mente interceda, un modo de prana, chi o ki en un chakra, tendrá lugar una revelación repentina. Estaremos reclamando la identidad del cuerpo vital-físico. Es lo que, de forma muy justificada, se conoce como la apertura de un chakra. La tradición india visualiza la apertura de un chakra como la creación de un nuevo camino que parte del

chakra raíz y llega hasta el chakra en cuestión; este nuevo camino recibe el nombre de sushumna nadi.

Se dice que el ascenso del kundalini y su posterior integración vienen acompañados por una fuerza de control inusual, no sólo de las emociones, sino también de muchas funciones orgánicas. Es posible controlar muchas funciones organizas autónomas, como el ritmo del corazón; el libro de Elmer y Alice Green, *Beyond Biofeedback*, comenta sus experimentos con un maestro kundalini (Green y Green, 1977). Hay maestros kundalini capaces de transducir movimientos temporales de prana con un simple contacto (el fenómeno de shaktipat, popularizado en Occidente por Swami Muktannada), una exhibición gloriosa de no localidad cuántica relacionada con el cuerpo vital. Esto supone una verdadera oportunidad para la futura evolución de la creatividad humana.

Vivimos la vida, en parte, bajo la tiranía de la mente: la mente observa y utiliza nuestros instintos para influir el cuerpo. Piense, por ejemplo, en el miedo. El miedo es un instinto esencial sin el cual no podríamos sobrevivir. Pero, ¿necesitamos para algo el miedo imaginario? Este tipo de miedo, básicamente de origen mental (como el miedo que sentimos cuando nos topamos con un desconocido en una calle oscura), guía también nuestro comportamiento y genera oleadas innecesarias de adrenalina y desequilibrios del sistema nervioso simpático. La apertura del chakra raíz nos ayuda a liberarnos del miedo imaginario. De un modo similar, la apertura del segundo chakra nos libera de las fantasías mentales relacionadas con el sexo.

El ascenso del kundalini, por lo tanto, significa devolver el control consciente de los instintos al lugar al que pertenece, que no es la mente sino el cuerpo vital (y, como la psiquiatra

Uma Krishnamurthy (2000) nos recuerda, en último término, el intelecto, que establece el contexto de los movimientos del cuerpo vital).

El mito extendido del tantra dice que cuando el kundalini del hombre asciende hasta el chakra de la corona, el camino del semen masculino cambia de sentido y el hombre se convierte en urdhareta, una persona cuyo semen va en sentido ascendente. No es más que una metáfora relacionada con el control del instinto sexual. (Y no se trata de chauvinismo masculino; la literatura espiritual india describe mujeres urdharetas, entendiendo con ello que se trata de mujeres que han llegado a controlar su sexualidad).

El camino hacia la experiencia del ascenso del kundalini se construye con diferentes prácticas relacionadas con el cuerpo, como posturas de yoga y técnicas de respiración. La respiración es una función que abarca todo el cuerpo, pues el oxígeno viaja, literalmente, por todas las células del cuerpo. Más aún, la respiración es una función autónoma, pero sobre la cual tenemos un control consciente limitado. ¿Podría ser que con la práctica del pranayama estuviéramos tratando de pasar de la identidad personal consciente basada en el cerebro-mente (asociada con el colapso de ondas de posibilidad de la mente, como el pensamiento, y del cerebro, que establece el mapa mental) a la identidad personal correlacionada, normalmente inconsciente, basada en el cuerpo vital-físico (asociada con el colapso de posibilidades cuánticas del cuerpo vital en correlación con importantes órganos corporales, incluyendo el cerebro)?

¿Cuál es el objetivo del pranayama sino ralentizar el ritmo de la respiración? ¿Qué se consigue con la ralentización del ritmo de la respiración? Igual que la meditación ralentiza el

cerebro y la mente (es decir, ralentiza el colapso de las ondas de posibilidad de ambos), el pranayama ralentiza los órganos del cuerpo físico y, en consecuencia, el colapso de los chakras asociados con ellos. Esta desaceleración reduce el proceso de percepción secundaria y nos libera de la esclavitud del condicionamiento. Por lo tanto, el pranayama tiene el mismo efecto sobre los centros vitales que la meditación tiene sobre la mente.

Me gustaría explicarle mi primera experiencia directa de kundalini. Fue en 1981; yo era conferenciante invitado en un seminario ofrecido por el especialista en delfines John Lilly y su esposa Toni en el Esalen Institute de Big Sur, California. Por aquella época era muy popular el gurú indio Bhagwan Shri Rajneesh. Una mañana participé en una meditación «dinámica» utilizando la música de Rajneesh, una música que invitaba en primer lugar, a agitar vigorosamente el cuerpo, luego a una danza lenta, para acabar con la meditación en posición sentada. Agitar el cuerpo resultaba tremendamente energizante. Cuando la música cambiaba e indicaba el inicio de la danza lenta, el director de la meditación nos instruía para que bailáramos con los ojos cerrados. Pero yo tropecé con otro de los participantes y abrí los ojos y me encontré de repente con un par de preciosos pechos saltarines frente a mis ojos. Los cerré de inmediato. Por desgracia, cerrar mi cuerpo mental fue otro cantar. La imagen mental de aquellos pechos saltarines y la turbación que sentí de inmediato, más el miedo a volver a tropezarme con alguien, distraían mi atención.

Solté un suspiro de alivio cuando terminó la danza. Me senté a meditar y me concentré con facilidad. Fue entonces cuando sentí una fuerte corriente recorriendo mi columna vertebral desde la parte baja de la espalda y hasta el cuello. Era extremadamente refrescante, una bendición.

Como en aquella época sabía muy poco sobre el kundalini, no le presté mucha atención ni aproveché la energía que tenía a mi disposición. Posteriormente, en un seminario con el físico Richard Moss, tuve experiencias profundas de prana, pero todavía no comprendía toda su importancia. Sólo después de haberme relacionado profundamente con expertos de yoga en India, he conseguido ahondar en la energía pránica de manera disciplinada. E incluso mi limitada experiencia me ha convencido de que en todo ello existe un importante fenómeno de creatividad que tiene una trascendencia considerable en la consecución de nuestra unidad.

El yoga de la unidad: la integración de cuerpo, mente y espíritu

En India, la curación a partir del yoga consiste en una forma múltiple de abordar quién somos. Los Upanishads contienen una descripción de los cinco cuerpos del ser humano: físico, vital, mental, causal (o intelecto) y dicha (véase el Capítulo 7). En consecuencia, la medicina india se divide en el estudio de cinco modalidades de curación: dieta, plantas medicinales y hatha yoga (asanas, o posturas) para el cuidado y la curación del cuerpo físico; pranayama para el cuidado y la curación del cuerpo vital; repetición de mantra para el cuidado y la curación del cuerpo mental; meditación y creatividad para el cuidado y la curación del cuerpo causal o intelectual; y samadhi o absorción de la unidad para el cuidado y la curación del cuerpo de la dicha. La medicina india es el yoga, el arte de la unidad.

¿Qué significa esta unidad? La psicología india reconoce tres características de la psique, las gunas que anteriormente he comentado. Por decirlo de un modo muy simple, las gunas se corresponden con impulsos inconscientes: las tamas se deben al condicionamiento conductista de nuestro entorno psicosocial y cultural; las rajas son similares a la líbido freudiana y surgen del condicionamiento genético, básicamente sexual, del cuerpo vital; sattva es el impulso (del inconsciente colectivo) hacia la creatividad o la iluminación de la oscuridad provocada por la ignorancia generada por las tamas y las rajas. La unión total significa trascender todas las gunas, todos nuestros impulsos inconscientes. En primer lugar, trascendemos las tamas, el impulso del inconsciente personal debido al condicionamiento mental, a través de prácticas espirituales y de la creatividad interior de la mente. En segundo lugar, trascendemos las rajas, el impulso del cuerpo vital-físico inconsciente, con la creatividad del cuerpo vital-físico. Cuando las rajas se encuentran bajo la influencia del consciente (a través del intelecto, que está más allá de la mente), los deseos surgen sólo cuando son necesarios para llevar a cabo funciones orgánicas vitales, no como consecuencia de juegos mentales. Por lo tanto, podemos integrar con más facilidad una de las principales causas de conflicto: la división entre el bien y el mal. Las posibilidades son ilimitadas.

Y en el tercer nivel, o final, trascendemos incluso el sattva, la creatividad, el impulso del inconsciente colectivo. Entonces somos una unidad. Entonces nuestro estado diario natural pasa a ser el éxtasis creativo o felicidad, ananda.

Notas

[1] Una brillante excepción es Larry Dossey (1990).

[2] Además de los mencionados en Chopra (1990), Dossey (1990), O'Regan (1987) y Moss (1984) aparecen muchos otros casos de curación espontánea.

[3] Dossey (1990) pone énfasis en que el efecto curativo no local de la oración es un ejemplo de no localidad cuántica.

[4] Para un excelente resumen sobre las artes marciales y otras prácticas espirituales relacionadas con el cuerpo, véase Murphy (1992).

Capítulo 14

La liberación

La creatividad interior es un viaje de transformación. Cada vez que nos percatamos de una verdad sobre nuestra persona o tenemos conocimiento de un estado que nos permite cambiar nuestra identidad y avanzar hacia el buddhi y alejarnos de nuestro ego, estamos trabajando la creatividad interior. Las revelaciones, el «¡eureka!» creativo, nos lleva a avanzar por el camino espiritual. Pero la teoría de la creatividad cuántica permite dos posibilidades epistemológicas adicionales. En primer lugar, en la creatividad cuántica existe una fase de proceso inconsciente, un proceso en el que no se percibe la división entre objeto y sujeto. ¿Es posible saber directamente que somos el procesador inconsciente de nuestras revelaciones? Se trataría de una cognición cuyo origen está más allá de Maya, una conciencia sin sujeto y sin objeto (nirvikalpa samadhi; véase el Capítulo 10). En segundo lugar, según la ciencia dentro de la conciencia, la conciencia es la base de la existencia, un concepto que está en concordancia con lo que dijo Shankara, el gran sabio filósofo, haciéndose eco de los Upanishads: la conciencia es una, no existe nada en segunda posición. ¿Es posible conocer directamente esta existencia original, eterna, inmaculada, que la tradición india denomina turiya?

Podemos contemplar la conciencia y sus manifestaciones desde dos perspectivas. Desde la primera perspectiva, las experiencias espirituales, incluyendo todas las savikalpa samadhis, pueden comprenderse claramente como el juego de saltos cuánticos discontinuos hacia estados de percepción en los que la división entre sujeto y objeto tiende a estrecharse y el yo cuántico se experimenta cada vez más. Piense en el proverbial ejemplo de una cuerda que se confunde erróneamente con una serpiente. En las experiencias de savikalpa samadhi, descubrimos verdades más profundas sobre la serpiente, por así decirlo, y estas verdades transforman nuestra vida.

La segunda perspectiva se realiza desde más allá de la división entre sujeto y objeto. Identificarse con la conciencia, sin un objeto y un sujeto, es darse cuenta de que lo que parece una serpiente no es más que una cuerda. Con nirvikalpa samadhi, la esclavitud del ego desaparece para siempre. Y turiya es la gran revelación de la conciencia de la que todas las demás revelaciones de creatividad interior o exterior son simples vistazos parciales.

¿Por qué la gran revelación de turiya es el final de toda la búsqueda? Si conoce la verdad de que usted es la base de toda existencia, sabrá también que el mundo es un epifenómeno, que el ego no es su identidad, de modo que podrá dejar correr su identificación con el ego. Si conoce usted directamente su yo como el conocedor, el conocido, y el terreno de conocimiento, ¿dónde está la gracia de continuar conociendo a partir de su habitual estado de conciencia basado en el ego, o incluso a partir de los estados exaltados de samadhi? Podrá dejar correr, por lo tanto, su identificación con el ego. Si puede sentirse acunado por un amor ilimitado junto

con los demás seres vivos, ¿qué necesidad egoísta hay de buscar el amor en una relación concreta? no ha lugar, y el ego se disuelve en ese eterno mar de amor. Si la acción adecuada fluye sin esfuerzo, ¿por qué identificarse con la libre voluntad limitada del ego?

Nirvikalpa samadhi es la respuesta a otra búsqueda espiritual esencial, la felicidad perpetua e impoluta que existe sin ningún tipo de esfuerzo. Pero incluso el nirvikalpa samadhi es un estado especial, una sensación temporal de plenitud. Más allá se encuentra turiya, donde la existencia es permanente, aun siendo dinámica. Llegar a turiya indica la liberación de la esclavitud impuesta por el ego, la liberación de toda la búsqueda. Se dice que sólo con turiya nos libramos por completo del miedo a la muerte, pues sólo con turiya vamos más allá del ciclo de existencia integrado por nacimiento, muerte y renacimiento.

¿Qué se siente en nirvikalpa samadhi, siendo el procesador inconsciente de la propia experiencia? Franklin Merrell-Wolff, que describió su «imperiencia» como conciencia sin objeto y sin sujeto, fue bastante concreto al respecto:

> «El primer efecto discernible sobre la conciencia fue algo que denominaría un cambio en la base de la conciencia. [...] Sabía que estaba más allá del espacio, el tiempo y la causalidad. [...] Relacionada muy de cerca con el hecho previamente mencionado, está una sensación de libertad completa. [...] No intenté detener la actividad de la mente, sino que simplemente ignoré la corriente de pensamientos. [...] El resultado fue que estaba tanto «aquí» como «allí», mi conciencia objetiva menos aguda de lo normal».
>
> MERRELL-WOLFF, 1995

Krishnamurti describió magníficamente la revelación como estar simultáneamente inmóvil y en movimiento, pero sin que exista una conexión causal entre ambos estados (Krishnamurti, 1995). Estando «allí», en el punto de quietud, en el vacío entre acontecimientos, nada sucede. Estando aquí, hay movimiento, pero el movimiento no puede conectarse causalmente con la quietud. Entre «aquí» y «allí» están la discontinuidad y la jerarquía enmarañada de la medida cuántica.

¿Y qué es turiya? No es un estado especial de conciencia, pero se alcanza en el omnipresente y siempre novedoso estado primario de percepción que es causalmente anterior a todos los demás estados de percepción. Cuando «despertamos» a la sabiduría de turiya, esa percepción del yo primario no cesa jamás. Jamás se «sale» de esa percepción. Reflexione sobre lo que Ramana Maharshi dijo sobre turiya:

> «Fue como un destello intenso, una verdad viviente que percibí directamente, casi sin proceso de pensamiento. "Yo" era algo muy real, lo único real de mi estado presente, y toda la actividad consciente conectada con mi cuerpo estaba centrada en ese "yo". A partir de ese momento, el "yo"" centró la atención en sí mismo con una tremenda fascinación. El miedo a la muerte se había esfumado. La absorción en el "yo" continuó intacta desde entonces. Independientemente de que el cuerpo estuviese hablando, leyendo o haciendo lo que fuese, seguía centrado en el "yo"».
>
> RAMANA, 1978

Otro sabio que plasma en sus escritos la diferencia entre nirvikalpa samadhi y turiya es Swami Sivananda de Rishikesh:

«Existen dos tipos de [...] nirvikalpa samadhi. En el primero, el jnani (persona sabia), descansando en Brahmán, ve el mundo entero dentro de sí mismo como un movimiento de ideas, como una forma de ser o una modalidad de su propia existencia, como Brahmán. Brahmán ve el mundo dentro de sí mismo como el resultado de su propia imaginación (sankalpa). Igual le sucede al jnani. Es el estado más elevado de revelación. [...]

En la segunda variedad, el mundo se desvanece de la vista y el jnani descansa sobre un Brahmán puro sin atributos».

SIVANANDA, 1987

¿Cuánto tiempo se tarda en liberarse?

En la tradición existe una pregunta que viene de antiguo: ¿por qué la revelación final (que la conciencia es la base de toda la existencia y que nosotros somos esa conciencia) tarda tanto tiempo en llegar? ¿No sería posible «ver» o percatarse de la verdad la primera vez que topamos con ella en los escritos o nos la comunica un maestro, y ya está? Existe una bella historia que apoya la postura de que la liberación puede sucederle a cualquiera en cualquier momento. Narada, el gran ángel celestial, pasó cerca de dos mortales. Uno de ellos era un sadhu, un asceta, en meditación. Entonces, le preguntó:

—Oh, Narada, ¿cuándo llegaré?

Narada dijo:

—Pronto tengo una cita con Dios. Se lo preguntaré.

La segunda persona estaba fumando una pipa de marihuana.

—¿Cuándo llegaré?

Narada se echó a reír pero le prometió que también se lo preguntaría a Dios.

A su regreso, Narada fue a visitar al asceta en primer lugar.

—Y bien, ¿qué te dijo Dios? ¿Cuántos años más tengo que pasar meditando?

—Tienes que meditar durante tres vidas más —dijo Narada.

—Vaya, entonces, si durante esta vida no pasa nada, mejor que lo deje correr y me divierta un poco —pensó el asceta, y abandonó su tipo de vida.

El adicto a la marihuana estaba también impaciente por tener noticias de Narada.

—¿Y bien?

—¿Ves aquel árbol de allí? ¿Ves todas esas hojas? Tardarás todas esas vidas en llegar —dijo Narada.

—¿De verdad? ¿Llegaré yo también? —exclamó el tipo, y se puso a bailar. Y en aquel mismo momento alcanzó turiya y conoció su verdadera naturaleza.

Podemos comprender la verdad en cualquier momento, igual que este hombre, y liberarnos con ello. Para la mayoría, sin embargo, comprender la verdad forma parte de un proceso prolongado de creatividad interior, y eso lleva su tiempo. Comprender la verdad es algo que queda siempre más allá del proceso de intelectualización, que queda aparte de cualquier idea que tengamos al respecto; y siempre es una revelación repentina, incluso cuando la comprendemos con la ayuda de otra persona o de las escrituras.

Otra controversia que aparece en la literatura es si existe alguna necesidad de transformarnos más después de tener la gran revelación sobre la naturaleza de la existencia. Conocer la verdad definitiva sobre la conciencia es una paradoja. La verdad *existe*; todos somos siempre conciencia y, por lo tanto,

la base de la existencia. La ignorancia es una ilusión. La cuerda parecía una serpiente, pero ahora ya sabe usted que es una cuerda; siempre fue una cuerda, nunca una serpiente. Por lo tanto, conociendo la verdad, ¿qué necesidad hay de cambiar las cosas? Una vez sabemos que sólo la conciencia es real y dejamos de dudar sobre la naturaleza de epifenómeno del mundo manifiesto, nuestra identificación con un conjunto particular de cuerpo-cerebro se convierte en una mera necesidad funcional. Esto es lo que nos libera de la esclavitud del ego. Y cuando esto sucede, estamos liberados. Deja de existir la necesidad de transformar nuestra conducta externa. El fumador de marihuana de la historia anterior puede seguir fumando marihuana; si no está vinculado a ese comportamiento y siempre se siente feliz, ¿dónde está la diferencia? De un modo similar, existe un dicho Zen que argumenta: antes de la iluminación, me dedicaba a cortar leña y a transportar agua de un lado a oro; después de la iluminación corto leña y transporto agua de un lado a otro. Por lo tanto, los seres liberados no deben necesariamente tener cualidades de santo. Y viceversa, desarrollar cualidades de santo no es garantía de liberación.

Pero en muchos casos documentados, como el de Hui Neng, Sri Aurobindo o Krishnamurti (la lista sería muy larga), se produce un periodo de maduración después de la revelación. ¿Por qué? Una explicación sería que la revelación podría haber sido incompleta, sólo una revelación parcial, sólo savikalpa o nirvikalpa samadhi, pero no turiya.

La revelación incompleta podría ser también la explicación de los escándalos que a veces se comentan en torno a los maestros espirituales. Si no tenemos que identificarnos con el ego, ¿por qué sucumbir a tentaciones puramente temporales

que socavarían nuestra efectividad como maestros? Este punto es especialmente importante en Occidente, donde la gente tiende a declarar rápidamente que se ha liberado cuando lo que se ha experimentado es sólo savikalpa samadhi.

El santón místico Chaitanya pasó años después de su revelación anhelando la unión con Dios, lo que sugiere que no había alcanzado turiya. Expresaba constantemente el dolor de la inevitable separación de la integridad debida a samsara, el juego divino del mundo. Con nirvikalpa samadhi se alcanza la plenitud; cuando regresamos a los estados ordinarios de vigilia, sueño con sueños, o sueño simple, esa plenitud se echa de menos. La historia de la vida de Chaitanya ilustra esta tensión perpetua provocada por no alcanzar la plenitud pese a alcanzar la plenitud en la condición humana.

Ramakrishna creyó necesario probar los métodos de otras tradiciones espirituales. Experimentó cada uno de ellos como un camino hacia nirvikalpa samadhi. Durante el proceso, acabó estabilizándose en la plenitud de la conciencia, una condición de estado ordinario de vigilia en el que la dicha de la plenitud indivisa se repite de forma regular y que recibe el nombre de sahaja (fácil, sin esfuerzo); no es necesario ningún tipo de esfuerzo para ir de «aquí» (movimiento) a «allí» (quietud). Y después Ramakrishna continuó con su actitud de devoto de la Madre Divina.

Cuando la esposa de Franklin Merrell-Wolff falleció, este quedó destrozado. ¿Qué le sucedía si toda la vinculación desaparece con la revelación? Es evidente que había experimentado nirvikalpa samadhi, pero que no había alcanzado turiya.

Buda, que se crió siguiendo la tradición hinduista, identificó el objetivo del viaje espiritual no como samadhi, sino como nirvana: la extinción de la llama del deseo. Nirvana es otra

manera de denominar turiya, que queda más allá de cualquier forma de samadhi, incluyendo nirvikalpa.

Así que vemos que personas a las que la literatura considera místicos, tienen revelaciones distintas. Para algunos, el desapego del ego se produce de forma instantánea. Se trata de casos claros de turiya, liberación o nirvana. Para otros, el desapego de la identidad ego precisa más tiempo. Y aun para otros, tendrán que esperar hasta la muerte. Es decir, la iluminación espiritual, igual que todos los procesos creativos, es un proceso de maduración. La teoría de la creatividad así lo exige, y los datos parecen corroborarlo.

El punto a destacar es que savikalpa o nirvikalpa samadhi son situaciones que no se establecen con facilidad en la condición humana. Franklin Merrell-Wolff me explicó que después de tener conocimiento del estado de conciencia sin un objeto, intentó entrar de nuevo en él, pero tuvo que esforzarse. Con la edad, el esfuerzo requerido se hizo cada vez mayor, así que dejó de intentarlo.

Hasta que se alcanza turiya, ni siquiera los iluminados quedan lejos de la posibilidad de experimentar la separación debida a Maya. Hay quien dice que Maya es tan fuerte que ni siquiera se libran de ella los revelados, tal y como ilustra otra historia de Narada. Como ser realizado, Narada está siempre en compañía de Dios. Un día quiere saber por qué se dice que Maya es tan fuerte. Dios sonríe. Llegan a un río y Dios le dice a Narada que se sumerja en él. Narada se sumerge, regresa a la superficie y ve a una bella doncella, se enamora, se casa y tiene hijos. Entonces, un día llega una inundación y arrastra la casa de Narada, su esposa y sus hijos. Narada se lamenta cuando escucha la voz de Dios: «¿Has acabado ya de bañarte en el río?». Sí, Maya es fuerte.

Existen ejemplos recientes de maestros en los que se estabilizó el estado nirvikalpa: Ramakrishna, Anandamayi Ma, Krishnamurti, Sri Aurobindo, por mencionar algunos. En todos estos casos hubo un periodo de maduración. Durante este periodo, es natural que los especialistas experimentaran con otros métodos, otros caminos. Una revelación jnana soluciona una duda concreta sobre la naturaleza de la realidad, pero no nos prepara para los temas relacionales. Podemos aún fallar, cometer errores. Todo, sin embargo, ayuda a mejorar.

El hinduismo, reconoce sutilmente la fase de manifestación de la creatividad interior cuando declara que «escuchar» la verdad (shravana en sánscrito) va seguido por la contemplación (manana en sánscrito), y por si eso no es suficiente, por más prácticas meditativas (nididhyasana en sánscrito) hasta que desaparece la identificación con el ego.

Los samadhis son iniciaciones a la purificación del conjunto cuerpo-mente. La purificación, como ya hemos visto, nos transforma y socava el ego. Ayuda a cultivar la ausencia de deseo, como le sucedió a Buda. Cuando el cuerpo físico, el cuerpo vital, la mente y el cerebro consiguen integrarse en el sentido que se ha comentado en el Capítulo 13, la persona se libera de las fluctuaciones de humor que provocan los estados ordinarios de conciencia. Finalmente, la purificación da paso a la rendición. La rendición de los logros catapulta la práctica jnana a la aceptación natural de la felicidad espiritual. De un modo similar, la práctica del bhakti se torna dulce (madhuram en sánscrito). Dulce, dulce rendición. El karma yoga es ahora la práctica de la voluntad de Dios; actuamos como la conexión causal entre Dios y la acción que sucede en el mundo.

Para describir el proceso de rendición, Ramakrishna utilizó la analogía de una estatuilla de sal sumergida en el mar.

La estatuilla se disuelve; su estructura y su identidad dejan de existir, pero su función, la salinidad, sigue allí fundida con el mar. Este es el objetivo. El reto está en no huir de las ambigüedades que surgen en el camino hacia este objetivo, en no escapar sumergiéndose en un programa lleno de actividad, sino permanecer al tanto de los movimientos de la conciencia cuando manifiestan la realidad.

En los crematorios de la India, uno de los asistentes a la ceremonia de cremación permanece junto a la pira con un palo. Si alguna parte del cuerpo consigue escapar del fuego, el hombre está allí para empujarlo de nuevo hacia dentro con el palo. Cuando el cuerpo está completamente incinerado, el palo se arroja también al fuego. Si la identificación con el ego desaparece durante la vida, la persona se convierte en un ser libre en vida (jivanmukta en sánscrito). De no ser este el caso, la libertad llega con la muerte (videhamukta en sánscrito).

El camino de la meditación hacia la creatividad interior utiliza la concentración y la meditación de conciencia plena; hay además prácticas avanzadas de meditación que pueden llevar la conciencia más allá de la división entre sujeto y objeto. Estas mismas meditaciones se utilizan también para estabilizarse en sahaja samadhi. En estas meditaciones se nos pide que estemos atentos al vacío que se produce entre dos pensamientos o dos respiraciones, o incluso entre dos estados de conciencia, como la vigilia y el sueño. La ciencia idealista explica la base de estas prácticas: el mundo manifiesto pasa de ser un momento al momento a través del colapso cuántico; no es continuo. Entre la aparente continuidad de la percepción, hay vacíos en los que sólo existe la conciencia. El hinduismo ofrece las ciento doce famosas

técnicas de meditación aportadas por el mismo Shiva para dar el salto cuántico en estos vacíos (véase el apéndice en Reps, 1957). El asunto sobre el que se medita es el salto entre estar «aquí», en la percepción manifiesta, y estar «allí», en los vacíos. ¿Por qué estas técnicas se practican sólo cuando la mente ha alcanzado cierto grado de control? Porque los procesos de percepción secundaria dan lugar a una continuidad de percepción que es muy difícil penetrar hasta que no aprendemos a prestar atención a ellos o hasta que no empiezan a reducirse.

Existen también estrategias para rendirse al ego. En el budismo tibetano existe un tipo de meditación, conocido como dzogchen, en el que se presta atención a una «presencia» más que a los objetos de la percepción. En el cristianismo, existe una forma parecida de meditación conocida como «practicar la presencia de Dios». Seguir el hilo de la felicidad subyacente en uno mismo lleva hasta esa presencia. Esta práctica es avanzada por naturaleza: ¿Cómo es posible meditar sobre la presencia a menos que tengamos una fuerte intuición de que más allá de los cambios de humor superficiales del placer y el dolor existe la felicidad perpetua?

Swami Sivananda propuso la práctica de ver el mundo como un sueño. El estado de sueño de la conciencia resulta útil en fases avanzadas de práctica porque es un estado en el que podemos darnos cuenta con más facilidad de que todos los personajes del sueño no son más que el soñador. Aportar este conocimiento al estado de vigilia es un paso enorme hacia la integridad.

Más allá de la liberación

El renacimiento deja de existir cuando llega la liberación. Y tiene sentido, desde el punto de vista científico. Los Upanishads dicen que todo lo que queda después de la liberación es prarabdha karma, las propensiones causa-efecto cuyo propósito era estar activas durante la actual vida. La ciencia dentro de la conciencia coincide con ello. El trabajo de la mónada cuántica no está hecho hasta que las propensiones acontecidas con este nacimiento se utilizan para completar también su misión mundana. De modo que el prarabdha debe seguir su curso durante el resto de la vida del individuo liberado. ¿Significa esto una vida productiva y llena de acontecimientos? ¿O acaso la liberación es como una jubilación y dejamos de actuar cuando se alcanza?

Buda no finalizó su viaje espiritual cuando alcanzó los samadhis y la liberación, al estilo hindú. En su época, los abusos (gente que experimentaba samadhis y afirmaba estar liberada) debían ser pan de cada día, igual que sucede en la actualidad. Negándose a equiparar el samadhi con la liberación, Buda debió preguntarse: ¿para qué me sirve el samadhi si no tengo nada con que mostrarlo? Después de tanta meditación y práctica de ecuanimidad, y decidiendo sentarse bajo el árbol bodhi hasta que le llegara la iluminación, Buda llegó a la extinción de las llamas del deseo, al nirvana. Después de su nirvana, reflexionando qué hacer y preguntándose quién comprendería sus enseñanzas sobre la extinción del deseo, Buda recibió de los dioses el mandato de enseñar, y estuvo practicando la enseñanza durante muchos años. Ese fue su prarabdha.

Por lo tanto, la liberación no significa en absoluto retirarse de la vida. Podría ser más bien lo contrario. Tengo una visión.

Creo que el prarabdha de algunos seres liberados de nuestra época podría llevarlos a extender el juego creativo del divino y a liderar a la humanidad hacia nuevas cumbres de creatividad: la creatividad supramental.

La supermente

El sabio filósofo Sri Aurobindo era de la opinión de que la estabilización en sahaja samadhi, o liberación, abre la puerta a la investigación de lo supramental, a ir más allá de las leyes causales del cuerpo causal de la conciencia que gobiernan los cuerpos físico, vital y mental (Aurobindo, 1955). Un ser liberado, si así Dios lo quiere, puede actuar de manera supramental practicando lo que denominamos milagros. Siempre en armonía con la voluntad del Completo, un ser así puede crear un cuerpo material en el que manifestarse a voluntad; elegir la inmortalidad, tanto en el cuerpo como fuera de él, según sea necesario; levitar, violando claramente las leyes materiales.

La creatividad mental permanece dentro de las leyes de la ciencia. Los fenómenos paranormales que investigamos en la actualidad reciben ese nombre debido a lo limitado del contexto de la ciencia tradicional. En la nueva ciencia, será una práctica normal crear buenos modelos para la comprensión de lo paranormal dentro de leyes más generales.

La nueva ciencia nos abre además a la exploración de la creatividad del cuerpo vital. Esto continuará generando nuevas formas de entender nuestra salud y bienestar y nos llevará a nuevas revelaciones sobre cómo funcionan los «milagros» de la curación espontánea. Porque los «milagros» de la curación

mente-cuerpo (la curación del cáncer, por ejemplo) se sitúan también dentro de las leyes del cuerpo causal.

Pero la creatividad supramental, como en los verdaderos milagros (crear a voluntad, a partir de cero) queda más allá de las leyes de cualquier ciencia conocida.

Al Vedantin Satyanarayan Sastry le gusta citarme el Yoga Vasishtha, en el que hay referencias a manifestar las formas materiales físicas a partir del pensamiento. Sugiere que la involución de la conciencia (véase el Capítulo 7) debe consistir en el proceso de condensación de formas sutiles a formas más densas, del mismo modo que el vapor de agua se condensa y forma agua líquida que luego se condensa y forma hielo sólido. Yo siempre le contraataco diciéndole que, ya que Sastriji es químico, intenta siempre modelarlo todo según la química. El modelo de condensación no puede funcionar porque viola el principio de la conservación del número barión, que dice que el número de bariones del universo (protones y neutrones) es constante. Los pensamientos no poseen un número barión. Crear bariones de materia a partir del pensamiento requeriría la creación simultánea de bariones y antibariones. Estos antibariones, sin embargo, aniquilarían la materia bariónica ordinaria, generando el caos.

¿Se equivoca entonces el Yoga Vasishtha? Después de reflexionar muchos años sobre el tema, he llegado a la conclusión de que los rishis del Yoga Vasishtha apuntaban al funcionamiento de la creatividad supramental. En primer lugar, nos liberamos; nos establecemos en hablar la verdad (vaksiddha en sánscrito); nuestra voluntad (sankalpa en sánscrito) se alinea con la voluntad de Dios. En este viaje de liberación, un camino integrado, tal y como lo visualizó Aurobindo, resultaría muy útil.

A continuación, aprendemos a retener nuestros pensamientos, visualizándolos durante periodos de tiempo prolongados. Y ya que las leyes de nuestro tema colectivo, el vijnanamata kosha, ya no fuerzan nuestra sankalpa, podríamos ser capaces de manifestar la forma del pensamiento.

¿Somos humanos destinados, en alguna fase de nuestra evolución, a convertirnos en investigadores superhumanos de la supermente, en dioses, en este sentido? El poeta sufí Rumi escribió:

> «Morí como mineral y me convertí en planta,
> morí como planta y me desperté animal,
> morí como animal y me convertí en hombre.
> ¿Por qué tener miedo?
> ¿Cuándo fui menos por haber muerto?».
>
> RUMI, 1988

Cuando hayamos muerto como humanos mentales, tal vez pasemos a convertirnos en seres supramentales, superhumanos. Pero como prerrequisito, tendremos que emprender masivamente el viaje de la liberación, algo que sólo sucederá si la espiritualidad se convierte en una preocupación vital para toda la humanidad.

Capítulo 15

Una guía de física cuántica hacia la iluminación espiritual

Pues ya estamos aquí. Hemos logrado la integración prometida de ciencia y espiritualidad. La metafísica espiritual (la conciencia es la base de toda la existencia) funciona como base de un nuevo paradigma científico. La antigua ciencia encuentra su lugar en el límite del comportamiento condicionado. La tarea de la nueva ciencia está bien definida: entra en juego siempre que la creatividad está implicada. El trabajo pasado de las tradiciones espirituales ofrece una valiosa guía para la nueva ciencia a modo de datos, a modo de andamiaje para los nuevos conceptos. La nueva ciencia resulta útil para distinguir la validez tanto de las cosmologías espirituales como de las técnicas y tecnicismos de los caminos espirituales que definen las diversas tradiciones.

Este capítulo fue inspirado por las conversaciones y la correspondencia mantenida con una mujer inteligente, una profesional no científica, que me acompañó en una odisea espiritual en la India, donde ofrecí una serie de conferencias sobre Vedanta, física cuántica y la integración propuesta. Esta mujer planteó excelentes preguntas; mi intención es volver a abordarlas aquí.

Presento estas preguntas sobre la iluminación espiritual dentro del contexto de varios pasos o fases de crecimiento a lo

largo de lo que Ken Wilber denomina el espectro de la conciencia. A tener en cuenta, sin embargo, que las fases no son ni lineales ni obligatorias. No se experimentan necesariamente en la secuencia en que yo las presento. En la historia hay algunas personas afortunadas que han pasado por alto algunas de las fases y se han acercado más directamente a la liberación.

Fase uno

P: Hablar de fases de espiritualidad o de un espectro de conciencia me pone nervioso. ¿Pretende usted decir que existe una jerarquía de seres, que hay personas «más conscientes» que otras?

R: Lo que digo es que hay personas más conscientes que otras en cierto sentido, pero a nivel muy sutil, y no se trata de una jerarquía. Si es usted un adulto preocupado por los niños, ¿se siente por eso jerárquicamente superior a ellos? Podría sentírselo, pero los adultos equilibrados no suelen sentírselo. El espectro de conciencia es también desarrollista, no jerárquico. Todos realizamos el viaje de aprendizaje de nuestra identidad mónada-cuántica a lo largo de muchas vidas, pero algunos somos ya almas viejas. Hay personas que ya han superado anteriormente el nivel introductorio, de modo que esta vez lo pasan rápidamente y alcanzan antes los niveles más adelantados de formación. En lugar de sentirse superiores a los demás, estas personas se sienten compasivas; están ansiosas por tender una mano y ayudar a los demás.

P: Está usted idealizando. Me he topado con maestros espirituales arrogantes que ven a sus alumnos como seres inferiores.

R: No niego que haya maestros así. Es una desgracia que existan y ello se debe a la inflación del ego que puede producirse en las fases iniciales del despertar del buddhi. Existe, no obstante, una salvaguarda contra la inflación permanente del ego. A fin de cuentas, la conciencia de nuestra identidad nos llega a través de una jerarquía enmarañada. Cuanto más avancemos hacia el yo cuántico, más nos daremos cuenta de que no existe un ego que tengamos que inflar.

La siguiente historia ilustra lo que estoy diciendo. Un clérigo que aceptó un puesto de maestro en una isla encontró tres alumnos mayores que eran particularmente de su agrado. Eran sinceros, honestos y buenos, pero no tenían cultura y ni siquiera sabían recitar adecuadamente las oraciones más básicas. De modo que se las enseñó, y se las enseñó bien... o eso pensaba cuando abandonó la isla a bordo de su barca. De pronto tuvo una extraña visión: tres personas se acercaban a su barca caminando sobre las aguas. ¡Sus estimados alumnos! Uno de ellos le dijo: «Perdone que volvamos a molestarle, pero hemos olvidado las oraciones. ¿Podría enseñárnoslas una vez más?».

¿Quién estaba enseñando a quién?

P: ¿Cuándo diría que empieza la fase uno del camino espiritual?

R: La fase uno se inicia cuando descubrimos o reconocemos que somos infelices. Y esto no es ninguna tontería. Es un descubrimiento sobre uno mismo tremendamente importante, porque las muchas distracciones del mundo actual hacen

que sea muy fácil barrer la infelicidad y esconderla debajo de la alfombra. Pero llega un momento en que esto deja de funcionar.

Yo caí en la cuenta de ello en una conferencia sobre física nuclear en la que había participado. Me había tragado una caja entera de pastillas contra la acidez de estómago y la acidez seguía ahí. Había bebido bastante, pero el alcohol no conseguía apaciguar los celos que sentía hacia mis compañeros físicos y que llevaban el día entero atormentándome. Estaba en buena compañía, pero no lo suficientemente atractiva como para camuflar mi aburrimiento. La pregunta surgió de lo más profundo de mi ser: ¿Por qué vivo de esta manera? Así fue como entré en la fase uno. Y la mayoría de la gente empieza de un modo similar.

Unos pocos afortunados, de buen karma a buen seguro, llegan a la fase uno por medio de lo que el investigador creativo John Briggs denomina matiz, una experiencia sensitiva de la felicidad del mundo, una percepción secundaria del yo cuántico, si aplicáramos el lenguaje de la nueva ciencia. Si estuvo usted bendecido por el matiz en su vida anterior, podría superar rápidamente la fase uno.

P. De modo que estoy en la fase uno. El problema es que sigo siendo un materialista o, según su terminología, seguramente soy un dualista, pues creo en la primacía tanto de la materia como de Dios. Creo que lo que soy es un producto de mi cerebro. Creo también que la espiritualidad es buena para mí. Me gusta leer, sobre todo libros que me confirmen estas dos creencias. Los libros que entran en conflicto con mis creencias, como el suyo, me confunden. Me conmueven en cierto sentido, pero...

R: Lo que usted busca es alimento de buena calidad para el cerebro que le proporcione una receta rápida para la felicidad o, como mínimo, un refugio temporal contra el sufrimiento. O, si llega usted a la espiritualidad debido a una experiencia de matiz, está buscando alimento para el cerebro con la idea de validar, tal vez incluso de repetir, su experiencia dichosa. Leer libros como este en busca de ideas sobre cómo actuar puede resultarle algo desorientador, porque cada vez que lee un buen libro con sugerencias sobre espiritualidad, felicidad y realidad, se convence de que está sobre algo, aunque cuando los libros difieran en su contenido y respecto a su sistema de creencias. ¿Por qué no podrían tener razón todos estos libros? ¿Por qué tiene que elegir? ¿Cuál es la receta correcta?

P: Algunos de los libros que he leído me disuaden de cultivar el intelecto. Los libros me animan a alimentar el corazón. Ama, relaciónate, insisten. No sé. ¿Tendrán razón? Me gusta leer esos libros, pero también me gustan los del otro tipo.

R: Sí y no. Percátese de lo que está en realidad haciendo: en lugar de leer libros de «cabeza», lee libros de «corazón». Pero aun así, no hace más que leer.

Es como la viñeta en la que aparece un tipo leyendo *La dicha del sexo* mientras su novia intenta que se muestre cariñoso con ella. «Déjame. ¿No ves que estoy leyendo?», le dice. Ella está preparada para hacer el amor con él y él sólo quiere leer libros sobre el tema.

La historieta se aplica también a aquellos libros sobre meditación que dedican muchas páginas a la sandez de seguir caminos espirituales cuando todo lo que usted necesita es meditar, simplemente sentarse. Este era el gran gancho

del místico Jiddu Krishnamurti. Escribió un centenar de libros explicando a la gente que lo único que debía hacer era tomar conciencia. ¿Y qué es lo que hacen sus lectores? ¡Cuando se sienten confusos, leen un libro más de Krishnamurti! ¿Pero practicar la concienciación? No, no están todavía preparados para ello.

P: Me interesan las drogas de cara a mi expansión mental. De hecho, algunos de mis momentos más intensos los he vivido tomando drogas psicodélicas. ¿Está mal utilizar esas drogas? ¿Me llevarán las drogas a la iluminación?

R: También utiliza usted las drogas como alimento para el cerebro, recetas rápidas para estados exaltados de conciencia. Las drogas no son necesariamente malas, la verdad (incluso Patanjali las menciona en el contexto del yoga), pero consumidas a menudo pueden producir una dependencia que posteriormente se convierta en una traba. Las tradiciones espirituales siempre han tratado las drogas con respeto y de manera ritual. Y es así como debe hacerse si su objetivo es la espiritualidad, nunca deben tomarse por diversión.

Las drogas son populares porque algunas de ellas producen experiencias «espirituales» instantáneas. Abren la llamada puerta límbica y la actividad predominante del cerebro pasa al cerebro límbico. Cuando la actividad límbica supera el neocortex, la tiranía del pensamiento condicionado mengua y la atención pasa a los procesos preconscientes de percepción secundaria. Entonces es fácil caer en la alegría de experiencias de percepción cada vez más primarias.

Las drogas permiten «sentirse espiritual», experimentar la inmediatez y la alegría de los estados alterados de conciencia sin que sea necesario comprometerse a la transformación.

Pero su punto fuerte es también su debilidad. Tarde o temprano, se dará cuenta de que su felicidad espiritual depende de las drogas. Le gustará la «subida», pero temerá también el aburrimiento de la «bajada». Empezará a cansarse de estar siempre en la montaña rusa.

Algunas experiencias con drogas podrían encajar con las ideas exóticas de algunos libros *new age* que puedan caer en sus manos: universos paralelos, reinos imaginarios, un universo holográfico, encuentros extraterrestres, cerebro cuántico, etc. ¿Quién necesita de prácticas espirituales pasadas de moda, como la meditación, cuando es posible conocer a extraterrestres de un universo paralelo leyendo un libro o tomando drogas?

Pero se dará cuenta de que no todo en la experiencia con las drogas es tan exótico. Por extraño que parezca, la experiencia le proporciona también una ojeada a esa simplicidad de la que hablan los libros sobre meditación. De modo que si las trata con respeto y moderación y de manera ritual, las drogas pueden ser de utilidad en el viaje espiritual. ¿Pueden conducirle a la iluminación? Es poco probable, pero no imposible.

P: ¿Y los libros?

R: Leer no hace ningún daño. Los autores *new age* son creativos y no intentan engañar a nadie. Si selecciona entre los muchos autores, acabará encontrando aquellos que le inspiren hacia la siguiente fase de investigación.

En resumen, la búsqueda inicial para acabar con la infelicidad es frenética; incapaz de comprometerse, se sentirá fácilmente atraído hacia subidas temporales provocadas por

estímulos externos, como los libros o las drogas. Pero estas degustaciones temporales de alegría espiritual acabarán disolviendo su falta de compromiso, su miedo a la práctica espiritual. Empezará a sospechar que la fuente de su felicidad espiritual podría ser usted mismo, tal y como dicen las tradiciones espirituales. Está usted preparado para la segunda fase.

Fase dos

P: ¿Cuándo se produce la transición de la primera fase a la segunda? ¿Cuál es la característica de la segunda fase?

R: En la fase uno usted quiere querer la espiritualidad; la segunda fase se inicia cuando usted quiere explorar la espiritualidad, o Dios, si así lo desea. Aun no está seguro de que Dios o la conciencia sea «de verdad», pero está dispuesto a darle una oportunidad a la trasnochada espiritualidad. Le resulta alentador, además, que en esta nueva época, haya quien parezca ofrecer esa anticuada espiritualidad de forma poco complicada y con poco esfuerzo.

De modo que se inicia en la meditación trascendental y empieza a practicar veinte minutos de meditación dos veces al día. O se convierte en un seguidor de Krishna y canta el mantra de Krishna dos mil veces cada mañana sólo despertarse. O a lo mejor se hace sufí, y expulsa su ego con la ayuda de una danza sagrada. Puede visitar un monasterio budista, sentarse en zazen y observar sus pensamientos o su respiración. Puede regresar a sus raíces y empezar a asistir a ceremonias en su iglesia o sinagoga.

Se toma en serio la búsqueda de la felicidad espiritual. Mientras que antes, su compromiso hacia un maestro o una

enseñanza en particular se prolongaba sólo unos días o hasta la llegada del siguiente libro, ahora está dispuesto a seguir la práctica durante semanas, meses incluso.

P: Tiene razón. Estoy más comprometido que antes. Pero tengo un problema con el compromiso: cada vez que inicio una nueva práctica, dicha práctica me aporta durante unas semanas una alegría y una relajación desconocidas hasta entonces. Muy excitante. Pero entonces, justo cuando empiezo a pensar que he encontrado la práctica que me llevará a la salvación, la alegría se agota. Por eso paso a la siguiente práctica con el siguiente grupo y se repite la misma historia. Por suerte, el supermercado espiritual es enorme y hay mucho que probar. Pero a veces me pregunto cuánto tardaré en encontrar el camino adecuado.

R: Tengo una noticia para usted. Así nunca encontrará el camino adecuado.

P: ¿Por qué no?

R: La práctica se agota no porque no sea buena para usted, sino debido al condicionamiento. El ego convierte en rutinaria cualquier práctica pasado un tiempo. Una práctica rutinaria no es más que una cuestión de ego. No puede llevarle más allá del ego, que es donde se encuentra la felicidad.

P: Tal vez tenga razón. ¿Qué opina de los seminarios *new age*? Me encanta asistir a ellos.

R: Ha descubierto los seminarios. ¡Estupendo! Los líderes más carismáticos de este tipo de seminarios parecen estar al tanto de todo, conocer su volubilidad, su falta de compromiso y recurren a ello. Eso no significa que no estén dispuestos

a trabajar con usted para ayudarle a ascender un paso más. A usted le gusta, parece sincero. Pero la verdadera atracción que usted siente tiene un origen distinto. Usted quiere ser como el líder... igual de estupendo, con una conciencia desarrollada como la suya. Cuando está a su lado, se siente usted más grande de lo que en realidad es. Y al final del seminario se siente como si flotase, ¿verdad? Su conciencia está tan expandida que cuando llega a casa, a su pareja incluso le cuesta comunicar con su «nuevo» usted. ¿Verdad?

P. ¡Cierto! Pero la sensación de conciencia expandida no dura mucho tiempo. Cuando pierdo de vista al conductor del seminario, es como si las prácticas que he realizado con esa persona perdieran su magia. ¿Por qué?

R: El seminario y su líder tienen un efecto sobre usted que podría equipararse a la inducción magnética; tan pronto como el imán se aleja, vuelve usted a su habitual estado de «hierro». Tal vez intente repetir el seminario para repetir a su vez esa magia, pero la segunda vez no suele tener tanto encanto.

P: Eso es lo que me sucedió. Por suerte, siempre hay otro seminario, otro maestro al que escuchar. Pero, ¿existe alguien capaz de convertirme en un imán permanente? Dicen que cuando uno consigue la disciplina necesaria, el gurú adecuado aparece espontáneamente. ¿Por qué no podría ser ese mi caso?

R: Usted no ha llegado todavía a esa situación. Antes, en la fase uno, era un voraz lector; ahora es un adicto a la experimentación. Restándole importancia al intelecto, disfruta usted de cierto sentimentalismo táctil. El motivo principal

por el que acude a los seminarios no es la búsqueda de su crecimiento personal, de la iluminación. Este cambio del intelecto a las emociones le ha llevado a experimentar con más relaciones, y para relacionarse, ¿dónde mejor que en un seminario?

Los psicólogos Amy y Arnie Mindell ofrecen conferencias sobre la conciencia en las que suelen dirigir un ejercicio, a modo de divertimento, en el que piden a los asistentes que se agrupen en cuatro categorías según los motivos que los han llevado a asistir a la conferencia. El primer grupo numeroso, es el de los que se toman la investigación en serio. El segundo, un grupo también numeroso, está integrado por humanitarios, personas que asisten con el objetivo de mejorar en su servicio a la humanidad. El tercer grupo, el de los entusiastas del crecimiento personal, es el mayor; y el cuarto, el compuesto por personas que buscan establecer nuevas relaciones, es el menos numeroso. Amy y Arnie piden a continuación que se clasifiquen por grupos según su objetivo secundario. Los integrantes de los primeros dos grupos suelen intercambiarse, pero los tamaños de los mismos se mantienen. El mayor cambio se produce en los dos últimos grupos, cuando muchas personas del grupo de crecimiento personal pasa a aumentar el grupo de relación.

P: (Tímidamente). Seguro tiene razón. Ahora veo más clara mi perspectiva y mis problemas. ¿Qué hago?

R: Este es el auténtico problema: ¿cómo es posible explorar el significado de nuevas experiencias si sus contextos no han cambiado, si el repertorio aprendido de su ego adulto sigue prevaleciendo? Invariablemente, su tendencia será a repetir viejos modelos.

La seducción de la conciencia expandida como resultado del seminario podría incluso conducir a temas anticuados, que empañarían su intento y provocarían dolor a todos los implicados. Con frecuencia, la experiencia acaba revelándose como una distracción tragicómica y melodramática.

P: ¿Y yo sigo sin cambiar?

R: Eso es. Se queda donde ya estaba. Ha sustituido las drogas por la meditación, los cánticos o la danza sufí. En lugar de la exploración intelectual del mundo de los libros, ahora prefiere explorar el mundo de la experiencia, ¿y qué? Usted sigue siendo prácticamente el mismo, tan egocéntrico como antes.

P: ¿No hay esperanza, entonces? ¿Cómo avanza la gente para salir de esta situación?

R: Tarde o temprano llega la revelación. Es aquí donde las experiencias emocionales funcionan a veces mejor que una búsqueda de la espiritualidad puramente intelectual. A lo mejor es a través de una meditación cada vez más profunda, que le revela sus limitaciones y cómo está usted perpetuándolas al buscar siempre fuera de sí mismo la solución a su sufrimiento. A lo mejor, en el transcurso de un seminario, un maestro realiza un comentario a tiempo que penetra en usted. A lo mejor un toque de creatividad vital o una leve experiencia kundalini expande su corazón más allá del «mi» y el «mío» que normalmente dominan la energía de nuestro corazón. Pero de un modo u otro, usted reconoce su lealtad dividida y ve los límites de su intento compartimentado y poco entusiasta de alcanzar la espiritualidad.

¿Por qué no cambia? Porque tiene miedo de lo que le pasará si cambia. En un seminario, y respondiendo a la solicitud

del líder para que trascendiésemos nuestro ego, afirmé con total sinceridad: «Yo quiero estar presente cuando se produzca la iluminación». De modo que tenemos un pie en la visión materialista del mundo por si acaso la espiritualidad no funciona, y ello permite regresar a la vida anterior en un momento dado, algo que ya conocemos.

Y muchos de los que así actúan por seguridad acaban regresando a su anterior vida después de sus incursiones en la investigación de la conciencia. Muchos nunca continúan hasta la fase tres de la exploración espiritual.

P: Quiero pasar a la fase tres. ¿Qué tiene que suceder para que así sea?

R: Existe una historia sobre un marido que acompaña a su esposa embarazada al hospital para que dé a luz. Al verla sufrir, el marido se muestra compasivo: «Cariño, ¿estás segura de que quieres pasar por todo esto?». Mientras se comporte usted como ese marido, seguirá atorado. Si es como la esposa, todo empezará a suceder.

Regresará de nuevo a los libros en busca de una nueva comprensión conceptual que le facilite un paso decisivo hacia la exploración de la conciencia. Se sentirá tal vez atraído hacia libros que hablan de transformación de la conciencia como principal elemento. Empezará a leer psicología transpersonal o la obra de Carl Jung, no como alimento para el cerebro, sino en busca de pistas sobre la ciencia de la transformación. Incluso es posible que repase algunos de los escritos más tradicionales. Se sentirá atraído hacia ideas de creatividad; pensará en dar el salto cuántico y cruzar de ese modo el abismo que separa el ego del escurridizo yo cuántico.

P: Comprendo. De hecho, ya empieza a sucederme.

R: Es el momento de explorar esos diversos caminos con nombres en sánscrito que antes había evitado (¡no hay atajos!): jnana yoga, bhakti yoga, karma yoga, raja yoga y tantra. Son caminos comunes a todas las tradiciones. Debe empezar a complementar la práctica de la meditación con las prácticas descritas en estos yogas.

Podría visitar un maestro Zen y pedirle que le propusiera un koan para resolver. Los cambios pueden producirse cuando leer sobre koans Zen deja de ser un simple juego intelectual. Reconocerá que el canto proporciona a su vida algo más que riqueza emocional; enciende su bhakti: una relación bidireccional con Dios de jerarquía enmarañada. Con esta comprensión más profunda, el canto vuelve a tener el efecto calmante que tenía al principio y que el condicionamiento hizo desaparecer.

A lo mejor, por vez primera en su vida, empieza a plantearse servir a otra persona como una tarea que merece la pena. ¿Qué tiene que perder, excepto su egoísmo? Servir sólo al «número uno» no satisface tanto como servir a otro, y empezará ahora a descubrirlo.

Las meditaciones dejan de ser simplemente una rutina programada; descubre libertad y creatividad en la meditación. La meditación de conciencia plena o el mantra de su práctica de concentración empiezan a operar de manera espontánea en momentos distintos al dedicado a la meditación. Reconoce la libertad que la meditación le aporta; ralentiza su forma de ver la vida; disminuye su tendencia a reaccionar de manera refleja. Ahora tiene el privilegio, más a menudo, de decir «no» al comportamiento condicionado. Se ha abierto al salto cuántico.

P: Eso suena muy bien. Pero me sorprende un poco que un científico como usted no se aficione a desarrollar nuevos caminos hacia el espíritu para esta nueva época en la que vivimos.

R: Una vez me preguntaron sobre la utilización de la realidad virtual de un videojuego para explorar la conciencia. Dentro del movimiento *new age*, alguien podría pensar en este método, pero me temo que no funcionaría. Cuando nos identificamos con nuestro ego, vivimos ya una realidad virtual. Explorar una realidad virtual generada por ordenador no haría más que aumentar la separación del ego.

La nueva ciencia nos ayuda a ver que la naturaleza de la separación del ego de la plenitud del yo cuántico está condicionada y sigue una jerarquía simple. En cuanto al primer aspecto, se trata de superar el condicionamiento, entrar en la creatividad y establecer un buen equilibrio entre ambas cosas. En referencia al segundo aspecto, se trata de descubrir la jerarquía enmarañada de la relación y luego encontrar un buen equilibrio. Lo primero se consigue a través de la creatividad mental (jnana yoga), el proceso de cognición (raja yoga) y la creatividad del cuerpo vital-físico (tantra); lo segundo a través del bhakti yoga y el karma yoga. Esto no excluye ingeniar nuevas técnicas, pero los yogas serán los mismos; seguiremos practicando para ser más creativos y amorosos. No deje que la terminología sánscrita le confunda; son caminos universales.

P: ¿Y qué sucede entonces si me convierto en un auténtico practicante de la creatividad interior siguiendo uno de estos caminos, o tal vez todos ellos (una especie de yoga integral)?

R: Sucede que se enfrentará a una pregunta abrasadora: ¿existe Dios o no? ¿Es la conciencia la base de toda la existencia

o no? Reflexionará durante horas sobre su pregunta. En otros momentos caerá en el desánimo: ¿para qué todo esto? Las preguntas del mundo deben de tener una respuesta causal, un modelo matemático que los materialistas acabarán averiguando.

Lo que aprenda de la física cuántica, de la ciencia dentro de la conciencia, y de la metafísica experimental, será ahora de gran valor. Estos sistemas de conocimiento le darán la fe en el cambio repentino discontinuo.

Entonces un día, cuando menos se lo espere, comprenderá algo (una revelación repentina, un samadhi, un satori, incluso una conciencia sin división entre sujeto y objeto) que no le dejará la menor duda sobre la realidad de que lo que define su vida es la conciencia. Su búsqueda frenética (¿Es útil el camino espiritual? ¿Forma el espíritu parte vital de mí mismo?). Habrá dado frutos. Habrá superado su identidad ego. Habrá despertado su buddhi. Tendrá acceso creativo una vez más a su cuerpo temático, como si iniciara una segunda infancia. Y habrá nuevos temas a la espera de ser explorados. Estará preparado para la fase tres.

(Si en esta fase se experimenta nirvikalpa samadhi, las demás fases del viaje espiritual continuarán igualmente. Sin embargo, serán consideradas como la manifestación de la revelación obtenida con nirvikalpa samadhi. En casos muy excepcionales, turiya podría causar una transformación instantánea y no serían necesarias más fases. De ser así, la vida se viviría según el prarabdha de cada uno, las propensiones kármicas para esta vida).

Fase tres

P: Y dígame, ¿qué sucede cuando se despierta el buddhi?

R: Con el despertar del buddhi llega una sensación de libertad y poder personal que nunca había sentido. Esto le impulsa como nunca hacia la exploración creativa. Deja de buscar los problemas «factibles» para la experiencia que posee, problemas en los que se implica simplemente porque están dentro de su capacidad de resolución, no porque sienta verdadera curiosidad por ellos. Por primera vez en su vida, investiga el mundo tal y como es, con toda, o al menos parte, de su complejidad.

P: He oído decir que mucha gente desarrolla habilidades especiales, lo que se conoce como siddhis.

R: Hay quien desarrolla habilidades paranormales como la telepatía, la clarividencia, etc. Y es muy sencillo comprender por qué; con el acceso al yo cuántico, las experiencias de no localidad cuántica son más frecuentes. Si antes era usted un curador, ahora es usted un curador con empatía, con una sensibilidad especial hacia sus pacientes que linda lo paranormal; está usted abierto a la no localidad cuántica.

P: ¿Diría usted que muchas personas se convierten en maestros, incluso en esta fase?

R: Sí. El poder personal puede utilizarse para ayudar a despertar a la gente a la conciencia, a la espiritualidad. Podría usted convertirse en maestro espiritual y ofrecer lecturas y seminarios con este objetivo. Podría incluso aceptar la circunstancia de ejercer de guía para algunas personas.

Podría escribir. Piense que posee una visión privilegiada de los mecanismos internos del mundo. Desde esta posición ventajosa, las soluciones creativas a los problemas llegan fácilmente, y el deseo de escribir sobre ellas es de lo más natural. Si fuera usted científico, se implicaría en cambios paradigmáticos. Cambiar la visión del mundo no es tarea fácil, y exige dedicación.

P: ¡Suena divertido!

R: Lo es. Pero debe mantenerse alerta. ¿Juzga usted a sus compañeros creativos por sus puntos de vista limitados y por no apreciar su sabiduría? Como maestro, aportaría cierta frescura a sus enseñanzas, un poder que conmovería a sus alumnos. Cuando ve a otro maestro que no muestra esa chispa de frescura, ¿tiende usted a saltar y criticar a ese maestro y a sus enseñanzas? Imagínese que era usted médico antes de su despertar, que está acostumbrado a la buena vida. ¿Qué hay de malo en seguir viviendo bien desempeñando su nueva vocación de maestro espiritual? Nada. ¿Pero está usted extremadamente vinculado a su elevado nivel de vida? ¿Cómo trata a un buen alumno que no puede pagar su asistencia?

Vive usted en Estados Unidos, el reino del sueño americano. Manténgase al tanto o caerá atrapado en él. Una cosa es que el sueño americano se acerque a usted y usted decida aceptarlo o pasar de él. Pero otra muy distinta es quedar atrapado en la persecución de un sueño que no tiene fin. No, no necesariamente desandará lo andado por convertirse en un materialista, aun comprometiéndose desvergonzadamente al sueño americano. Pero esto le impedirá seguir avanzando en el camino.

P: ¿Hay signos a los que estar atento para evitar caer en estas trampas?

R: Controle su nivel de humildad. ¿Quién está detrás de su éxito? ¿De quién es la voluntad que impulsa sus acciones? ¿Se considera usted una gran mujer, un gran hombre, un gran maestro espiritual? ¿Se dice que si los demás no aprecian su sabiduría es porque usted no se hace tanto bombo como se hacen otros?

Afronte la verdad. La verdad siempre le hará libre. ¿Siguen todavía presentes algunos de los valores basados en el ego? ¿Compite más que coopera? ¿Está acumulando dinero por cuestiones de seguridad, poder o comodidad, en lugar de vivir con sólo lo justo?

Controle su relación con el sexo opuesto. ¿Sigue cultivando ilusiones románticas de adolescente? El romanticismo está bien, pero tejer ilusiones que se sustentan en la gratificación externa no está tan bien; es arrastrar los modelos condicionados. ¿Ejerce su poder personal para conseguir sexo? ¿Siguen siendo jerárquicas sus relaciones?

Controle el nivel de silencio en su interior. ¿Surgen sus acciones de las profundidades del silencio interior, o siguen la tendencia materialista de expandirse horizontalmente a través de acciones innecesarias?

Controle su energía vital. ¿Sigue teniendo cambios de humor que le deprimen periódicamente? Cuando su corazón se expande, ¿se siente compasivo o paternalista?

Controle el proceso mental que precede sus acciones. ¿Sigue actuando a partir de la mente, del razonamiento? ¿Está dispuesto a esperar hasta que una intuición le diga cómo actuar? Es decir, ¿continúa con la práctica de la física clásica de prestar atención sólo a las causas locales, o está abierto a la no localidad cuántica?

P: Me imaginaba que en la tercera fase la gente estaría tan estabilizada en su percepción que podría adivinar automáticamente estas tendencias y hacer las correcciones necesarias. ¿Por qué no lo hacen?

R: Con el despertar del buddhi existe la tendencia a abandonar la práctica rigurosa, pues pensamos que estamos iluminados, pensamos que hemos recorrido todo el camino y hemos alcanzado la liberación. Pero si la infelicidad sigue acechando, si está usted aún delimitado por las preferencias de ciclos perpetuos de placer y dolor, ¿hasta qué punto es completa su liberación?

P: ¿Así que tengo que vigilar la infelicidad?

R: Sí. Es el vestigio delator de la ignorancia. Junto con la búsqueda. Si está usted liberado, ¿para qué seguir buscando? ¿Por qué pensar en los logros? Esta es la pregunta que uno debe formularse con total honestidad.

P: ¿Me quiere decir con esto que abandonar la práctica regular conduce al regreso del ego?

R: Cierto es que se produce una tendencia ascendente hacia el tamas (la conducta condicionada desde el punto de vista psicosocial). Para dominar los tamas, es importante prestar atención a esta tendencia. Tenemos que recurrir al guerrero que llevamos dentro, reunir toda nuestra fuerza personal, superar nuestros tamas. Para estabilizarse en buddhi, va muy bien volver a los libros de vez en cuando o encontrar un maestro avanzado con quien trabajar.

P: No me había dado cuenta de que el ego puede llegar a ser tan persistente.

R: Vivir en el mundo, vivir en el cuerpo, es una tentación continua a sucumbir al condicionamiento y a aceptar las limitaciones. Todos tenemos esas tendencias reprimidas que Jung denominó la sombra, tanto personal como colectiva. Ha llegado el momento de hacer limpieza de la sombra. Leer a Jung y trabajar con un terapeuta de la escuela de Jung puede sernos de utilidad. Si nos rendimos con buena intención, Dios (la madre Kali representa este aspecto de Dios para los hindúes) hará la limpieza por nosotros. Pero tenemos que preguntar, tenemos que ser humildes. Tenemos que desmontarnos de nuestro impresionante caballo.

En esta fase, nuestro movimiento hacia delante podría verse interrumpido por aspectos de nuestra psique que nunca se integraron: personales, a buen seguro colectivos, nuestra anima o animus, por ejemplo. Tendremos que dar prioridad a esta integración. ¿No dijo Jesús (Guillaumont y otros, 1959) «Cuando conviertas el hombre y la mujer en uno solo, de modo que el hombre no sea hombre y la mujer no sea mujer [...] entonces entrarás [en el reino de los cielos]?». La felicidad cuántica no se consigue fácilmente; exige que nuestras relaciones tengan una jerarquía enmarañada. Sin la integración del anima o el animus, la jerarquía enmarañada de la relación seguirá eludiéndonos.

P: ¡Ya lo entiendo! ¿Cómo se va al Carnegie Hall? Naturalmente. Es cuestión de práctica, práctica y más práctica.

R: Sí, pero práctica creativa. La práctica condicionada no dará el mismo resultado.

Con creatividad, con paciencia, con humildad, con la energía del guerrero (todo ello concebido para purificar nuestro sattva), la necesidad natural de iluminación vuelve a aparecer con todas

sus fuerzas; se inicia la integración y se retorna al camino espiritual. Desmonta usted del caballo de la falsa liberación. Asentado en la humildad, está preparado para la fase cuatro.

(Cuando se empieza la fase tres con la experiencia del nirvikalpa, o si alguno de los repentinos saltos en los procesos de individualización tiene que ver con esta experiencia, la búsqueda acaba en este momento. Pero pueden quedar aún otros vestigios de identificación con el ego. Solo turiya nos exime de la identificación con el ego).

Fase cuatro

P: ¿Cuál es el signo definitivo de que se ha llegado a la fase cuatro?

R: La fase cuatro se alcanza cuando la personalidad se integra, un estado que Carl Jung denominó individuación. Los aspectos masculino y femenino están integrados; su forma de conocer, sentir, pensar, percibir e intuir han alcanzado un equilibrio.

Estar en la fase cuatro es verdaderamente maravilloso. Tiene usted poder personal, está abierto a la creatividad cuántica, tiene fortaleza interna y, aun así, no tiene ni el más leve impulso de ir en busca de logros o desdeñar aquellos que le llegan. Su humildad es sencilla y profunda. No se siente tímido ante la necesaria exposición, pero no busca publicidad. Vive de una forma confortable y sin poner en ningún compromiso su libertad, su existencia o sus principios. Sus relaciones mantienen una jerarquía enmarañada y está constantemente atento a fallos imprevistos del ego.

En la fase cuatro, tiene que mantenerse alerta respecto al ego, respecto a las tendencias a habituarse, y mantener la práctica regular con habilidad y diligencia. Podría intentar ser creativo mientras duerme, ver si es capaz de mantener la percepción en la coyuntura entre la vigilia y el sueño. Podría practicar el yoga del sueño para alcanzar el nirvikalpa samadhi. En estado de vigilia, podría practicar la presencia del yo cuántico.

No olvide cultivar las habilidades, sin embargo; sin ellas, cualquier práctica pierde su vertiente creativa y se torna condicionada.

Se siente feliz cuando trabaja, cuando se compromete con el mundo y sus relaciones. Es sensible y responsable. Es una persona pacífica, con un buen equilibrio del yo cuántico y el ego en su identidad personal. Es decir, ya no se identifica apenas con el ego, que es cada vez más y más funcional.

P: ¿Por qué continuar entonces con la práctica espiritual?

R: Extrañamente, aunque no le falta nada, se percata de que sus acciones no son siempre las adecuadas. Algunos de sus proyectos siguen mordiendo el polvo de la insatisfacción, exponiendo la naturaleza limitada de su sabiduría al acometerlos. Algunas de sus relaciones siguen sin entrar en la jerarquía enmarañada y permanecen congeladas. Hay aun algunas sombras escondidas en un rincón oscuro de su armario. Y sigue sufriendo, aunque sea sólo por aburrimiento. Puede filosofar: ¿No dijo Nietzsche «Contra el aburrimiento, incluso los dioses luchan en vano»? Pero sabe a ciencia cierta que el antídoto permanente para el aburrimiento es la felicidad espiritual, que siempre está disponible; lo único que necesita es disipar la nube de ignorancia que aún se cierne sobre ella.

P: ¿Así que el aburrimiento es la señal que delata que no hemos alcanzado aún la liberación?

R: Tenemos que observar cómo somos cuando estamos solos. ¿Nos sentimos inquietos? ¿Tenemos que matar el tiempo con alguna revista o un crucigrama? ¿Necesitamos música agradable para relajarnos? ¿Son estas nuestras propuestas contra el aburrimiento? ¿Nos ponemos nerviosos pensando si tendremos suficiente energía para volver al trabajo?

Su mente se ha ralentizado en comparación a cómo funcionaba antes, pero no lo bastante. Lo que necesita es practicar el no hacer nada. Conoce ya el concepto de no hacer nada en relación con la creatividad: ¿recuerda el «hacer ser hacer ser hacer ser», el alternar hacer y no hacer (ser), el proceso consciente e inconsciente que nos lleva hacia la revelación creativa? Pero eso no es más que una introducción al no hacer nada, porque la creatividad tiene que ver con la acción (externa o interna).

¿Se imagina practicar el no hacer en aras del no hacer, simplemente tranquilizar la mente para tener tranquilidad mental, no para tener combustible para realizar más actividad? ¡Ya tiene bastante de creatividad mental! Ahora llega el momento de practicar la ecuanimidad mental que los budistas denominan samata. Y en realidad, existe un método que lleva a esta aparente locura. Avanza usted hacia una sensación de realizar la acción adecuada. La acción adecuada requiere silencio mental. La acción adecuada requiere una mente que no haga nada, desvinculada, testimonial. Requiere un salto cuántico que lleve de la mente pensante a lo que Aurobindo llamaba la mente intuitiva. Esa es la ley de la naturaleza.

P. Cuente más cosas, por favor.

R: Pongamos un ejemplo de meditación de no hacer. Lao Tzu, un gran exponente de esta práctica, solía pasear por las mañanas en silencio en compañía de un amigo. Un día, el amigo llegó acompañado de otro hombre, al que había advertido previamente que no hablase, para pasear todos juntos con el gran Lao Tzu. La visión del sol levantándose sobre el río era bellísima y el recién llegado expresó su satisfacción. «¡Qué bello está el sol al amanecer!». Ni Lao Tzu ni su amigo dijeron nada. De regreso, Lao Tzu cogió a su amigo y le dijo: «Por favor, no vuelvas a traer a tu amigo para que nos acompañe en nuestros paseos. Habla demasiado».

P: ¿Cómo se practica el no hacer?

R: En primer lugar, debe disminuir cualquier estímulo externo innecesario. En segundo lugar, debe desarrollar la cualidad de poder ser testigo (sakshibhava en sánscrito) de su percepción interna. Al principio, se trata principalmente de ser testigo de pensamientos. A medida que avance en la práctica del no hacer mental, será más consciente de los movimientos del cuerpo vital. Percibirá también el juego de energía vital que se desarrolla detrás de su inquietud y sus cambios de humor. Se dará cuenta de que necesita investigar los movimientos del cuerpo vital conectados con las emociones negativas y acceder creativamente a ellos para estabilizarlos.

Esta es la práctica que debe tomarse más en serio en la fase cuatro. Es fácil dormirse en los laureles, y es lo que les sucede a muchos. ¿Y por qué no? las sociedades tienen una necesidad insaciable de hacedores, de modo que todas las sociedades glorifican el hacer y condenan el no hacer. Pero hacer las cosas respondiendo al servicio del ego es precisamente lo que tanto

daño provoca en el mundo: el agotamiento innecesario de los recursos y la destrucción del medioambiente son dos ejemplos de ello. Hacer para servir a los demás está bien, pero sin la sabiduría que da el hecho de conocer lo que es adecuado, el bien que puede hacerse es limitado.

Si es la voluntad de Dios, llegará usted un día al equilibrio de no hacer. En algunos casos, esto sólo sucede después de mucha exploración creativa de la energía vital. Su kundalini se despertará y estará debidamente integrado. Y esto le dará acceso directo a emociones positivas, como el amor, con las que transformar las emociones negativas. Cuando se consiguen domesticar las tendencias del tamas y del rajas, las acciones del cuerpo-mente-espíritu entran en armonía. La mente que no hace es neutral tanto para el bien como para el mal. Estas dicotomías dejan de preocupar a la psique. El arzobispo Desmond Tutu ejemplificó este estado con su conducta en los juicios para la amnistía en Sudáfrica.

P: ¿A qué distancia está la fase cuatro de la fase tres? ¿Y a qué distancia está de la liberación?

R: En la fase tres, el objetivo más importante era la purificación del sattva de las tendencias del tamas (que surgen del condicionamiento conductista y de las necesidades inconscientes del inconsciente personal y colectivo). Solucionado el tema del condicionamiento del cuerpo vital y del condicionamiento genético (rajas o líbido), empieza el proceso de trascender las tres gunas (tamas, rajas y sattva). En la fase cuatro, el objetivo más importante es el silencio de la energía mental y vital. Es la preparación para el verdadero objetivo de la espiritualidad: la liberación completa de la esclavitud del ego.

P: ¿Cuál es el elemento clave de la liberación completa?

R: Un cerdo y un pollo andan buscando qué desayunar. El pollo quiere detenerse en un restaurante donde un gran cartel anuncia «Bacon con huevos». El cerdo se niega. Cuando el pollo le pregunta por qué, el cerdo le explica: «Para ti, los huevos no son más que una simple contribución; para mí, el bacon es un compromiso total». Del mismo modo, para la liberación se necesita un compromiso total, la rendición total de la voluntad a la voluntad de lo divino, al yo cuántico.

La liberación llega a través de una experiencia de nirvikalpa samadhi o como un salto directo hacia turiya. Después de un periodo de liberación, el nirvikalpa samadhi acaba llevando a la liberación completa. Dado todo el crecimiento que acompaña la maduración, llega un momento en el que la identificación con el ego desaparece instantáneamente, discontinuamente, y sólo existe turiya. Es entonces cuanto estará preparado para afrontar la fase cinco, vivir como un individuo liberado (jivanmukta en sánscrito).

Fase cinco

P: ¿Cómo vive una persona liberada?

R: Esta es quizá una de las preguntas más esotéricas, y seré breve porque no puedo hablar por experiencia personal.

Lo primero a tener en cuenta es que una persona liberada vive feliz. La felicidad siempre está con nosotros, pero nuestra preocupación por el «yo» limita nuestra capacidad para reconocer la presencia constante de la felicidad y disfrutar plenamente de ella. Cuando el «yo» no está, tal y como sucede

en el caso de la persona liberada, la felicidad sí está, incluso el disfrutar de la felicidad. ¿Paradójico? ¿Y a quién le importa? En segundo lugar, el trabajo de la mónada cuántica se realiza o se realizará tan pronto como se viva el prarabdha karma. Una persona liberada permanece estable en la sabiduría de que todo es voluntad de Dios y de que no somos distintos a Dios. Todas las acciones de esa persona son las adecuadas, en el sentido de que no generan conflictos internos. Bajo el punto de vista de esa persona, la perfección reina siempre, sea cual sea el caso.

P: ¿Cuál es el responsable de las enormes diferencias que existen en el comportamiento de los seres iluminados?

R: ¿Lo notamos? Las principales diferencias en el comportamiento se deben a las diferencias en el grado de iluminación: savikalpa samadhi, nirvikalpa samadhi o turiya. Sin embargo, podría ser cierto que distintas personas liberadas escucharan sintonías distintas. Hay quienes se sienten satisfechos por ser pratyeka buddhas, entendiendo por ello aquellos que están interesados sólo en la liberación de su mónada cuántica en concreto. Otros, incitados por la compasión más profunda, quieren hacer todo lo que esté en sus manos para ayudar al resto de la humanidad a alcanzar la liberación. Este es el ideal bodhisattva: «Siempre y en todas partes viviré y lucharé por la redención de todas las criaturas del mundo». Para otros, la práctica espiritual continúa hasta que turiya se revela con una creatividad sin precedentes. Se trata ahora de creatividad supramental, que se manifiesta en el mundo en forma de milagros, violando, aparentemente, todas las leyes físicas.

P: Se trata de un tema que me fascina. Cuénteme más cosas.

R: La creatividad de la fase tres es mental o, como mucho, un salto cuántico hacia el intelecto, queriendo decir con ello que se descubre un nuevo contexto de actividad mental (una nueva ley física, un nuevo estilo de arte, una nueva historia de amor, etc.). El descubrimiento mental tiene, por supuesto, accesorios vitales y físicos, aunque no implican nuevos contextos ($E = mc^2$ se expresa utilizando el mismo lenguaje matemático que antes).

En la fase cuatro, la creatividad involucra al cuerpo vital; los saltos dentro del contexto del movimiento de la energía vital se simbolizan por el ascenso del kundalini shakti. Los individuos que tienen el kundalini integrado realizan gestas extraordinarias, pero estas gestas, observándolas con detalle, no implican ningún nuevo contexto para el movimiento de lo físico; operan dentro de las leyes físicas establecidas. (El latido cardíaco puede acelerarse a voluntad, por ejemplo, pero la energía necesaria para ello sigue viniendo del alimento físico).

En la fase cinco pueden trascenderse los contextos de los movimientos físicos, las leyes físicas. Existe un dominio completo del cuerpo causal. Se trata de creatividad supramental y supravital.[1]

P: Deme, por favor, ejemplos de creatividad supramental o supravital.

R: En este nivel es posible levitar a voluntad, se pueden materializar objetos físicos de la nada, se puede estar en dos sitios a la vez, se puede sobrevivir sin comer. Es decir, se hacen milagros, algo que aborrecen los científicos de todo el mundo, pero de los que existen muchas evidencias: la resurrección de

Jesús es un dramático ejemplo. De hecho, los científicos no tendrían que tener ningún miedo, pues estos individuos, completamente sintonizados con la voluntad de Dios, no hacen ningún daño al mundo físico (no son capaces de hacerlo), ni afectan adversamente el juego kármico de otros seres. Tal y como se expone en *Curso de milagros*: «Los milagros son un reflejo de las leyes de la eternidad, no del tiempo». Esas son las leyes que reflejan.

Fin. Le he explicado todo lo que sé y algunas cosas que tan sólo intuyo. Tathatsu (que así sea).

Notas

[1] Patanjali sostiene que siddhis, el poder de realizar milagros, puede alcanzarse a través de la práctica ardua del samyama, la estabilización del dharana (concentración), el dhyana (un flujo único) y el samadhi sin haber alcanzado la liberación; una posibilidad que no es deseable pues dificulta el progreso espiritual de quien lo practica y es también peligroso para el mundo.

Epílogo

La política de integración

Para la mente moderna, una de las cosas más desconcertantes de las religiones son los constantes dimes y diretes que sufren en relación a cuestiones como la naturaleza de Dios, el alma, el objetivo y el significado de la vida humana, y cómo satisfacerlos. Toda religión tiene su propio guión, que sus seguidores defienden.

El enfoque científico resuelve algunas partes del problema del guión. Las religiones que se originan en una persona (el budismo, el cristianismo y el islamismo, por ejemplo), tienden a deificar a su fundador en algún sentido. ¿Fue la iluminación de Buda superior a la que pudiera tener un budista moderno? ¿Fue Jesús completamente Dios y completamente hombre, una condición imposible para nadie más que él? ¿Fue Mahoma el mayor de todos los profetas? ¿Puede la ciencia solucionar estas controversias? Sí y no. Sí, porque la ciencia nos ofrece contextos más amplios para las preguntas, contextos en los que las preguntas pierden gran parte de su púa localista. No, porque la ciencia tiene, en general, poco que decir respecto a una persona o un suceso a nivel individual.

¿En qué nuevo contexto podremos plantearnos la iluminación de Buda? En la nueva ciencia, se entiende que el despertar se produce cuando un individuo se percata de la falsedad

de la identidad ego e intuye que todo es una sola conciencia y que el mundo aparente es el juego del yo cuántico. Pero esta comprensión tiene diversos niveles de maduración: ¿Hasta qué punto se identifica por completo con el yo cuántico la persona que ha tenido la revelación? ¿Desaparecerá todo el dualismo existente entre la voluntad de esa persona y la voluntad de Dios? ¿Significan los milagros que se producen en torno a esa persona que controla el reino causal? ¿Recuerda la persona iluminada todas sus vidas pasadas? ¿Hasta qué punto está orientada a llevar a cabo la acción más adecuada?

Ken Wilber, creo que correctamente, atribuye estas distintas capas de maduración dentro de la existencia revelada a un espectro de conciencia. Todo el mundo es capaz de experimentar la totalidad del espectro, y todo el mundo acabará haciéndolo. Los fundadores de las religiones fueron individuos especiales porque llegaron a la liberación durante esta vida y el divino se manifestó en su vida con tanta plenitud que sus enseñanzas siguen hasta la actualidad.

¿Son estas personas especiales dioses humanos, plenamente Dios y plenamente humanos? Podrían ser calificados así porque sus acciones reflejan siempre lo más idóneo. Son fiel reflejo de su divinidad porque no se identifican con la individualidad de su ego. Pero son también fiel reflejo de su humanidad porque conservan las funciones de su ego.

Pero la ciencia es incapaz de responder ciertas preguntas: ¿Fue Jesús el único Dios-hombre? ¿Fue Mahoma el más grande de los profetas? Sólo cabe esperar que un enfoque científico haga tan evidente la estrechez de estas creencias que poca gente acabe aceptándolas. En cualquier caso, el viaje espiritual en sí mismo purifica al devoto en esta orientación superioridad/inferioridad.

Podemos preguntarnos también: ahora que tenemos una ciencia dentro de la conciencia, ¿es necesaria la religión? Si esto no fuera, toda la cuestión en torno a la unidad de religiones desaparecería.

¿Puede la ciencia sustituir a la religión?

Un día, estaba dando una charla sobre la nueva ciencia dentro de la conciencia en el salón de casa de mi amigo Larry Brown, en la pequeña ciudad de Jackson, California. Era una pequeña reunión, sólo la gente suficiente para llenar un salón, de modo que la discusión después de la charla fue muy animada. Un maestro de química de la ciudad me sorprendió especialmente con su pregunta.

—¿No está hablando usted de fe pública, de fe obtenible a partir de experimentos públicos?

Me sorprendió la utilización de la palabra «fe» dentro de este contexto. Pero, naturalmente, tenía razón. Cuando el experimento de Alain Aspect verificó la no localidad cuántica y elucidó el concepto de un dominio trascendente de realidad, construyó una fe pública en todos nosotros. Antes de Aspect, la trascendencia debía ser considerada como una fe privada hasta que la intuición directa de la misma la transformaba en un hecho privado. Pero ahora podemos pasar de la fe pública al hecho privado. Los artistas y los místicos siempre han extraído del cielo una mínima inspiración para ayudarnos en las cuestiones de nuestra fe, pero sólo la ciencia ofrece la posibilidad de demostrar la existencia del cielo en experimentos públicos.

Si la fe pública en la trascendencia deja de ser necesaria, supongamos, en aras del argumento, que la nueva ciencia y la

metafísica experimental fueran capaces de proporcionar una comprobación pública de la mayoría de conceptos espirituales. ¿Existiría entonces la necesidad de separar las iniciativas de la religión y de la ciencia? ¿Acaso no es el trabajo de la religión guiar a la gente en el camino de la fe?

Una respuesta rápida es que no existe ciencia capaz de verificar el tema ontológico definitivo: la conciencia como base de la existencia. Eso es algo que cada aspirante espiritual debe verificar individualmente, algo que en general exige la guía de maestros, comunidades y tradiciones. Pero este es el más esotérico de los temas, en ningún momento el foco central de las religiones exotéricas. ¿Cómo se justifican entonces estas religiones?

En la argumentación precedente, he destacado el aspecto personal de la búsqueda espiritual, pero existe también un aspecto social, la necesidad de una comunidad espiritual. Como dijo Jesús: «Cuando dos o más se reúnen en mi nombre, yo estoy en medio de ellos». La comunidad fomenta la práctica espiritual. Las religiones exotéricas apoyan también a la gente en el sentido de vivir con moralidad, proporcionan asesoramiento y terapia espiritual, y ofrecen una guía hacia la creatividad interior, incluyendo la creatividad del cuerpo vital-físico. Las organizaciones relacionadas con la ciencia (universidades e institutos de investigación) complementan, pero no sustituyen, las religiones exotéricas. Debemos permitir que exista un intercambio entre ambos tipos de organizaciones. Debemos permitir que las organizaciones religiosas obtengan información de la nueva ciencia, y debemos permitir que el nuevo científico complemente su búsqueda espiritual y su investigación con las comunidades espirituales, es decir, las religiones.

El nuevo científico y la transformación espiritual

Esta es la historia de en encuentro que mantuvieron durante una comida Krishnamurti y el famoso Premio Nobel de Física, Richard Feynman. Yo diría más bien que aquello fue un desencuentro, porque se vieron, pero no hubo diálogo. Feynman, que había ido a visitar a su amigo David Bohm, era un personaje tremendamente carismático, de modo que la conversación en la mesa giró en torno a él. Terminada la comida, Krishnamurti volvió a su habitación acompañado del chef del hotel. De pronto, Krishnamurti hizo el comentario de que Feynman era una persona muy infeliz (Krohnen, 1997).

¿Estaría Krishnamurti leyéndole la mente a Feynman durante la comida? No lo sé, y no es eso a lo que quiero referirme. Lo que quiero decir es que ese comentario podría hacerse sobre prácticamente cualquier científico, del pasado, del presente y del futuro. Sería aplicable a Newton e incluso a Einstein (sobre todo en su juventud). Muchos de los científicos occidentales dedicados a la investigación de la conciencia suelen ser infelices. Son competitivos, sólo piensan en sus logros y están estresadísimos. De modo que si la investigación de la conciencia tiene supuestamente que aportarnos felicidad, deberíamos preguntarnos qué tipo de conciencia se dedica a estudiar esta gente. La respuesta es evidente. Estos científicos observan la conciencia objetivamente, están estudiando la percepción dirigida al objeto. En su investigación no existe el compromiso a la transformación personal.

La gente me pregunta a menudo si los demás científicos que ven a través de esta maravillosa «ventana del visionario» cuántica ven la misma posibilidad de integración entre ciencia y espiritualidad que yo veo. Y si no la ven, ¿por qué? Y si

la ven, ¿cuándo cabe esperar ver un movimiento auténtico hacia el paradigma integrador entre la comunidad científica? Las respuestas a estas preguntas están vinculadas a la cuestión del compromiso individual del científico a la transformación.

La mayoría de los científicos actuales se dedica a la ciencia por motivos profesionales. Muchos de los que sueñan en un paradigma de cambio quieren descubrir esa nueva idea única que les propulse al instante hacia la fama y la fortuna. El paradigma que integra ciencia y espiritualidad dentro de la conciencia no se basa en una nueva idea. Por lo tanto, estos científicos se niegan a aceptar que la «nueva» idea del cambio de paradigma que andan buscando (la idea de que la conciencia es la base de toda existencia) lleva miles de años entre nosotros. Y aun así, cuando se observa la validez de esta idea, la autenticidad de la ventana cuántica queda clara también.

Para apreciar la primacía de la conciencia, el científico debería de investigar directamente la conciencia. No sólo con conceptos o experimentos públicos en metafísica experimental (por importantes que sean), sino también a través de la experiencia directa. Tenemos la conciencia más cerca que nuestra propia vena yugular, dijo el gran Ibn Arabi. Tenemos que observarnos a nosotros mismos.

Le explicaré otra anécdota personal. Estaba manteniendo una discusión sobre mi persona y mi trabajo con un gran físico que, a diferencia de mí, investiga la conciencia a través de la física cuántica. Después de pasar el día juntos, me invitó muy amablemente a su casa. Durante la cena, me preguntó si disponía yo de alguna prueba de haber encontrado a Dios a través de mi experiencia personal. Le dije que he aprendido

a amar a mi esposa, y que me siento siempre feliz. Mi respuesta no le dejó impresionado.

La ciencia objetiva tradicional exige de sus practicantes la objetividad más estricta: los científicos no deben implicarse subjetivamente con su campo de estudio; es decir, pueden cambiar su campo de estudio, pero no deben permitir que la investigación los cambie a ellos. Debemos insistir en que los científicos que se dediquen a la nueva ciencia cambien radicalmente su metodología en este sentido.

La investigación científica exige tanto teoría como práctica. Pero incluso con la metafísica experimental, el estudio de la naturaleza de la conciencia implica aspectos que deben abordarse puramente de manera experimental. Ejemplos destacados de ello son la naturaleza de doble persona de nuestro ser y el concepto de la transformación de la identificación con el ego. Si no ahondan en su transformación, los científicos seguirán echando en falta la revelación profunda de que la conciencia es la base de toda existencia. Willis Harman y Christian de Quincey (1994), investigadores de la conciencia, coinciden conmigo:

> «El asunto es que la transformación que el científico debe experimentar cuando explora la conciencia es esencial para el tipo de revelación directa y profunda necesaria para adquirir el conocimiento de la psique. Sin ello, el científico estaría como ciego ante los fenómenos y los procesos que está investigando. Esta "visión interna" es el punto de partida, la condición sine qua non, de cualquier ciencia de la conciencia auténtica; es la fuente de datos sobre la que, posteriormente, el científico podrá construir un modelo comunicable».

¿Deberíamos unir todas las religiones?

Si la espiritualidad es científica, si existe una unidad ontológica y cosmológica detrás de todas las tradiciones espirituales, ¿tiene algún sentido tener distintas religiones? ¿Por qué no tener una sola religión universal?

Y en torno a las culturas surge un problema similar. ¿Deberíamos fomentar la diversidad cultural? ¿No sería menos confuso si tuviéramos una única cultura unificada? Un país con diversas poblaciones inmigrantes, como Estados Unidos, vislumbra un «crisol» de culturas, un único caldo cultural de ricos sabores sazonado con las distintas culturas. Pero antropólogos y sociólogos se han dado cuenta ahora de que ese crisol no es posible, porque siempre hay una cultura dominante. Una población culturalmente diversa debería ser un tejido entero cuyo entramado incluyera distintos estampados que reflejaran las contribuciones de las distintas culturas. Comprendemos las ventajas de la diversidad en la evolución biológica, y tenemos que reconocer que la verdadera diversidad cultural tendría que proporcionar ventajas similares a las sociedades humanas.

De un modo similar, debemos conservar la diversidad religiosa. Cada religión refleja la cultura en la que se desarrolló y los caminos tradicionales (conocimiento, amor, acción, meditación, kundalini, etc.) definidos por esa cultura. La gente se siente atraída hacia distintos caminos y, por lo tanto, las distintas religiones cumplen su deber. El respeto hacia la diversidad de las religiones no tiene por qué oscurecer la unidad subyacente.

El hinduismo es un buen ejemplo de diversidad dentro de la unidad. El hinduismo no de define como una religión, sino

como una parte de la cultura de un pueblo que descubrió que la espiritualidad forma parte importante y eterna de la vida. Dentro de este amplio concepto de espiritualidad, existen muchos maestros y muchas enseñanzas. Las distintas escuelas se enfrentan constantemente, pero el amplio parasol del hinduismo da cobijo a todas ellas. Se trata de un modelo útil para la diversidad religiosa dentro de la unidad que la ciencia dentro de la conciencia tan claramente establece. Desde un punto de vista científico, las religiones siempre tienen un componente creativo; nunca deben convertirse en púlpitos de intolerancia y fanatismo, como sucede a veces en la actualidad. Las religiones cambiarán a medida que la ciencia cambie y la cosmología mejore. Las religiones cambiarán también a medida que la cultura cambie y, con ella, la gente a la que sirve la religión.

¿Deberíamos integrar Iglesia y Estado?

El secularismo (la separación de Iglesia y Estado) es la tradición reinante en Occidente. El secularismo funcionó a partir de que la visión del mundo occidental aceptó la división cartesiana entre mente y materia. Garantizaba una religión libre de posibles influencias estatales. Garantizaba también que la educación pública estaría libre de cualquier dogma religioso.

El secularismo ha sido bueno para Occidente porque la iglesia cristiana, la religión dominante, es autoritaria. Era necesario proteger las escuelas públicas. Ahora, sin embargo, la educación pública tiene que protegerse no sólo del dogma de la Iglesia, sino también del dogma científico. Muy legítimamente, no se enseña a los niños diciéndoles que Dios creó

el mundo en seis días (creacionismo clásico), pero se les enseña el dogma erróneo de que todo está hecho de átomos, incluyendo implícitamente en ello la mente y la conciencia.

Si la religión y la ciencia estuvieran libres de todo dogma, el secularismo no sería necesario. Con la ciencia dentro de la conciencia firmemente asentada y la espiritualidad reconocías como una parte importante e incuestionable del ser humano, no habría necesidad de separar Iglesia y Estado. Sería como intentar separar economía y política. Pero ese momento está por llegar.

El fracaso de la vieja ciencia está claro. Y también lo está el peligro del cientifismo. Para evitar los peligros del cientifismo tenemos que plantear preguntas relacionadas con la realidad, preguntas metafísicas, a las visiones alternativas que vayan más allá del materialismo, como la visión espiritual del mundo. Las discusiones filosóficas no deberían evitar las filosofías espirituales. Y lo que es más importante, se debería enseñar a los alumnos a observar su interior, a meditar, teniendo en cuenta sobre todo su intensa exposición a imágenes de su persona manipuladas por los medios de comunicación. La meditación nunca debería excluirse del currículo de la escuela pública porque tradicionalmente ha sido una parte importante de la práctica espiritual.

Tal vez el mayor y más próximo impacto de la ciencia dentro de la conciencia sea el de transmitir confianza a todos los implicados y asegurar que el diálogo entre la ciencia y la religión es seguro, es adecuado en este momento y es fructífero. No tenemos que proteger a nuestros hijos de este diálogo. Dejemos que aprendan sobre átomos y moléculas, pero no les enseñemos que no hay nada más excepto átomos y moléculas. Expongámoslos a visiones alternativas de la mente y la

conciencia, de sí mismos. Dejemos que aprendan técnicas de investigación que vayan más allá de las técnicas intelectuales y experimentales de la ciencia materialista actual, técnicas de investigación interior que expanden el cuerpo físico y vital, la mente, el intelecto y la conciencia... de hecho, la totalidad de la gran cadena de nuestro ser. Sigamos poniendo énfasis en la lectura, la escritura y la aritmética, los tres puntales que garantizarán el éxito de los jóvenes en el terreno de juego externo de la vida, pero completemos su formación con otros tres puntales (la intuición, la perspectiva y la inspiración) que les aportarán felicidad. Y lo que es más importante, respetemos lo bastante a nuestros hijos como para enseñarles todos los hechos y todas las opiniones, aunque sean controvertidas, y dejemos que elijan su propia forma de ver el mundo. Se lo debemos.

REFERENCIAS

Almeder, R., *Death and Personal Survival: The Evidence for Life after Death*, Rowman and Littlefield, Lanham, MD, 1992.

Aspect, A., Dalibard J. y Roger, G., «Experimental Test of Bell Inequalities Using Time-Varying Analyzers», *Physical Review Letters*, nº 49, 1982, pp. 1804-1807.

Assagioli, R., *Psychosynthesis: A Manual of Principles and Techniques*, Penguin, Nueva York, 1976. (*Psicosíntesis: ser transpersonal: el nacimiento de nuestro ser real*, Ediciones Gaia, Madrid, 2004).

Aurobindo, S., *The Synthesis of Yoga*, Sri Aurobindo Ashram, Pondicherry, India, 1955. (*Guía del yoga integral*, Fundacion Centro SRI Aurobindo, Barcelona, 2001).

Bache, C. M., *Lifecycles: Reincarnation and the Web of Life*, Paragon, Nueva York, 1990.

Balsekar, R., *The Final Truth*, Advaita Press, Redondo Beach, CA, 1989.

—, *Consciousness Speaks*, Advaita Press, Redondo Beach, 1993. (*Habla la conciencia*, Editorial Kairós, Barcelona, 2004).

Banerji, R. B., «Beyond Words», preimpresión, St. Joseph's University, Filadelfia, 1994.

Barrow, J. D., y Tipler, F. J., *The Anthropic Cosmological Principle*, Oxford University Press, Nueva York, 1986.

Bass, L., «The Mind of Wigner's Friend», Dublin University, Harmathena 112, 1971.

—, «A Quantum Mechanical Mind-Body Interaction», *Foundations of Physics*, nº 5, 1975, pp. 155-172.

Bateson, G., *Mind and Nature*, Bantam, Nueva York, 1980.

Becker, C. B., *Paranormal Experience and the Survival of Death*, State University of New York Press, Albany, 1993.

Bell, J. S., «On the Einstein-Podolsky-Rosen Paradox», *Physics*, nº 1, pp. 195-200.

Blake, W., *Poetry and Prose*, University of California Press, Berkeley, 1981.

Blavatsky, H. P., *The Secret Doctrine*, Theosophy Co., Los Ángeles, 1968. (*La doctrina secreta*, Editorial Humanitas, Barcelona, 1991).

Blood, C., «On the Relation of the Mathematics of Quantum Mechanics to the Perceived Physical Universe and Free Will», preimpresión, Rutjers University, Camden, NJ, 1993.

Bohm, D., *Quantum Theory*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, NJ, 1951.

—, *Wholeness and the Implicate Order*, Rouletdge and Kegan Paul, Londres, 1980. (*La totalidad y el orden implicado*, Editorial Kairós, Barcelona, 2005).

Briggs, J., *The Fire and the Crucible*, Tarcher, Los Ángeles, 1990.

Buber, M., *I and Thou*, traducido por W. Kaufmann, Charles Scribner, Nueva York, 1970. (*Yo y tú*, Caparrós Editores, Madrid, 1995).

Byrd, R. C., «Positive and Therapeutic Effects of Intercessor Prayer in a Coronary Care Unit Population», *Southern Medical Journal*, nº 81, 1988, pp. 826-829.

Capra, F., *The Tao of Physics: An Exploration of the Parallels between Modern Physics and Eastern Mysticism*, Bantam, Nueva York, 1977. (*El tao de la física*, Editorial Sirio, Málaga, 1996).

Chalmers, D., *Toward a Theory of Consciousness*, MIT Press, Cambridge, 1995. (*La mente consciente: en busca de una teoría fundamental*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1999).

Chopra, D., *Quantum Healing: Exploring the Frontiers of Mind-Body Medicine*, Bantman, Nueva York, 1989. (*Curación cuántica*, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1997).

Cousins, N., *Head First: The Biology of Hope*, Dutton, Nueva York, 1989.

Cranston, S. y Williams C., *Reincarnation*, 2 vols., Theosophical University Press, Pasadena, CA, 1984.

Davies, P., *The Cosmic Blueprint*, Simon and Schuster, Nueva York, 1989.

Dayananda, S., *Introduction to Vedanta*, Vision Books, Nueva Delhi, 1993.

Dennett, D., *Consciousness Explained*, Basic, Nueva York, 1991. (*La conciencia explicada: una teoría interdisciplinar*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1995).

D'Espagnat, B., *In Search of Reality*, Springer Verlag, Nueva York, 1983. (*En busca de lo real: la visión de un físico*, Alianza Editorial, Madrid, 1983).

Dossey, L., *Recovering the Soul*, Bantam-Double Day, Nueva York, 1990.

Eccles, J., *How the Self Controls Its Brain*, Springer Verlag, Nueva York, 1994.

Einstein, A., B. Podolsky, y N. Rosen, «Can Quantum Mechanical description of Reality Be Considered Complete?», *Physical Review*, nº 47, 1935, pp. 777-780.

Eldredge, N. y Gould, S. J., «Punctuated Equilibria: An Alternative to Phyletic Gradualism», *Models in Paleontology*, ed. T. J. M. Schopf, Freeman, San Francisco, 1972.

Elsasser, W. M., «Principles of a New Biological Theory: A Summary», *Journal of Theoretical Biology*, nº 89, 1981, pp. 131-150.

—, «The Other Side of Molecular Biology», *Journal of Theoretical Biology*, nº 96, 1982, pp. 67-76.

Evans-Wentz, W. Y., ed. *The Tibetan Book of the Dead*, Oxford University Press, Oxford, 1960. (*El libro tibetano de los muertos*, RBA, Barcelona, 2006).

Feynman, R. P., «Simulating Physics with Computers», *International Journal of Theoretical Physics*, nº 21, 1981, pp. 467-488.

Gallup, G., *Adventures in Immortality*, McGraw Hill, Nueva York, 1982.

Goldberg, B., *Past Lives, Future Lives*, Ballantine, Nueva York, 1982.

Goswami, A., «The Idealistic Interpretation of Quantum Mechanics», *Physics Essays*, nº 2, 1989, pp. 385-400.

—, «Consciousness in Quantum Physics and the Mind-Body Problem», *Journal of Mind and Behaviour*, nº 11, 1990, pp. 75-96.

—, *The Self-Aware Universe: How Consciousness Creates the Material World*, Tarcher/Putnam, Nueva York, 1993.

—, *Science within Consciousness: Developing a Science Based on the Primacy of Consciousness*, Informe de investigación, Institut of Noetic Sciences, Sausalito, CA, 1994.

—, «Creativity and the Quantum: A Unified Theory of Creativity», *Creativity Research Journal*, 1996, pp. 47-61.

—, «Consciousness and Biological Order: Toward a Quantum Theory of Life and Its Evolution» *Integrated Physiological and Behavioral Science*, nº 32, 1997, pp. 75-89.

—, «A Quantum Explanation of Sheldrake's Morphic Resonance», *Scientists Discuss Sheldrake's Theory about Morphogenetic Fields*, ed. H. P. Duerr y F. T. Gottwald, Scherzverlag, Alemania, 1997.

—, *Quantum Creativity: Waking Up to Our Creative Potential*, Hampston Press, Nueva York, 1999.

Grant, V., *The Evolutionary Process: A Critical Review of Evolutionary Theory*, Columbia University Press, Nueva York, 1985.

Green, E. y Green, A., *Beyond Biofeedback*, Dell, Nueva York, 1977.

Greenwell, B., *Energies of Transformation*, Shakti River Press, Saratoga, CA, 1995.

Grinberg-Zylberbraum, J., Delaflor, M., Attie, L. y Goswami, A., «Einstein-Podolski-Rosen paradox in the Human Brain: The Transferred Potential», *Physics Essays*, nº 7, 1994, pp. 422-428.

Grof, S., *The Holotropic Mind*, Harper San Francisco, San Francisco, 1992. (*La mente holotrópica: los niveles de la conciencia humana*, Editorial Kairós, Barcelona, 1994).

Grosso, M., «The Status of Survival Research», *Noetic Sciences Review*, nº 32, 1994, pp. 12-20.

Guillaumont, A. *et. al.*, trans, *The Gospel according to Thomas*, Harper & Row, San Francisco, 1959.

Harman, W. y De Quincey, C., *The Scientific Exploration of Consciousness: Toward an Adequate Epistemology*, informe de investigación, Institute of Noetic Sciences, Sausalito, CA, 1994.

Hawking, S., *A Brief History of Time: From the Big Bang to Black Holes*, Bantam, Nueva York, 1988. (*Historia del tiempo: del Big Bang a los agujeros negros*, Alianza Editorial, Madrid, 2005).

Helmuth, T. A., Zajonc, G. y Walter, H., en *New Techniques and Ideas in Quantum Measurement Theory*, ed. D. M. Greenberger, New York Academy of Science, Nueva York, 1986.

Herbert, N., *Quantum Reality*, Dutton, Nueva York, 1986.

—, *Elemental Mind*, Dutton, Nueva York, 1993.

Ho, M. W., *The Rainbow and the Worm: The Physics of Organisms*, World Publishing, Singapur, 1994.

Hofstadter, D. R., *Goedel, Escher, Bach: The Eternal Golden Braid*, Basic, Nueva York, 1980. (*Goedel, Escher, Bach*, Tusquets Editores, Barcelona, 1989).

Humphrey, N., «Seeing and Nothingness», *New Scientist*, nº 53, 1972, p. 682.

Huxley, A., *The Perennial Philosophy*, Harper Colophon, Nueva York, 1970. (*La filosofía perenne*, Edhasa, Barcelona, 2004).

Iyer, R., *The Jewel in the Lotus*, Concord Grove Press, Nueva York, 1983.

Jahn, R., «The Persistent Paradox of Psychic Phenomena: An Engineering Perspective», *Proceedings of the IEEE*, nº 70, 1982, pp. 135-170.

Jastrow, R., *God and the Astronomer*, Warner, Nueva York, 1978.

Joy, W. B., *Joy's Way*, Tarcher, Los Ángeles, 1979.

Jung, C. G., *The Portable Jung*, editado por J. Campbell, Viking, Nueva York, 1971. (*Obras escogidas: Carl Jung*, RBA, Barcelona, 2006).

Kamenetz, R., *The Jew in the Lotus*, Harper Collins, Nueva York, 1994.

Kimura, M., *The Neutral Theory of Molecular Evolution*, Cambridge Unievrsity Press, Cambridge, 1983.

Krishna, G., *Kundalini, The Evolutionary Energy in Man*, Shambhala, Boulder, CO, 1971. (*Kundalini: el secreto del yoga*, Editorial Mirach, Madrid, 1998).

Krishnamurti, J., *On Truth*, Harper San Francisco, San Francisco,1995.

Krishnamurthy, U., *Yoga and Mental Health*, (pendiente de publicación, 2000).

Krohnen, M., *The Kitchen Chronicles: 1001 Lunches with J. Krishnamurti*, Edwin House Publishing, Ojai, CA, 1997. (*Crónicas desde la cocina: 1001 comidas con Krishnamurti*, Editorial Kairós, Barcelona, 2005).

Kuhn, T. S., *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, Chicago, 1970. (*La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2005).

Leonard, G., *The Ultimate Athlete*, North Atlantic, Nueva York, 1990.

Libet, B., «Unconscious Cerebral Initiative and the Role of Conscious Will in Voluntary Action», *Behavioral and Brain Science*, nº 8, 1985, pp. 529-566.

—, Wright, E., Feinstein, B. y Pearl, D., «Subjective Referral of the Timing for a Cognitive Sensory Experience», *Brain*, nº 102, 1979, p. 193.

Lockwood, M., *Mind, Brain and the Quantum*, Basil Blackwell, Oxford, 1989.

London, F. y Bauer, E., en *Quantum Theory and Measurement*, ed. J. A. Wheeler y W. Zurek, Princeton University Press, Princeton, 1983.

Lovelock, J.E., *Gaia: A New Look at Life on Earth*, Oxford University Press, Oxford, 1982. (*Gaia, una nueva vision de la vida sobre la Tierra*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1987).

Lucas, W.B., *Regression Therapy: A Handbook for Professionals*, Deep Forest Press, Nueva York, 1993.

MacGregor, G., *Reincarnation in Christianity*, Theosophical Publishing House, Wheaton, IL, 1992.

Marcel, A., «Conscious and Preconscious Recognition of Polysemous Words: Locating the Selective Effect of Prior Verbal Context», *Attention and Performance*, nº 8, 1980, ed. R. S. Nickkerson, Lawrence Erlbaum, Hillsdale, NJ.

Margulis, L., «Reflection», en *From* Gaia *to Selfish Gene*, ed. C. Barlow, MIT Press, Cambridge, 1993.

Maslow, A., *Toward a Psychology of Being*, Van Nostrand Reinhold, Nueva York, 1968. (*El hombre autorrealizado: hacia una psicología del ser*, Editorial Kairós, Barcelona, 1998).

May, R., *Courage to Create*, Bantam, Nueva York, 1976.

McCarthy, K. y Goswami, A., «CPU or Self-Reference? Can We Discern between Cognitive Science and Quantum Functionalist Models of Mentation?», *Journal of Mind and Behaviour*, nº 14, 1993, pp. 13-26.

Merrell-Wolff, F., *Philosophy of Experience*, State University of New York Press, Albany, 1995.

Mitchell, M. y Goswami, A., «Quantum Mechanics for Observer Systems», *Physics Essays*, nº 5, 1992, pp. 526-529.

Moody, R., *Life after Life*, Bantam, Nueva York, 1976. (*Vida después de la vida*, Editorial Edaf, Madrid, 2002).

Moss, R., *The I That Is We*, Celestial Arts, Berkeley, CA, 1981.

—, *Radical Aliveness*, Celestial Arts, Berkeley, CA, 1984.

Motoyama, H., *Theories of the Chakras*, Theosophical Publishing House, Wheatin, IL, 1971.

Moura, G. y Don, N., «Spirit Possession, Ayahuasca Users, and UFO Experiencers: Three Different Patterns of States of Consciousness in Brazil», *Abstracts of Talks at the Fifteenth International Transpersonal Association Conference, Manaus*, Brasil, International Transpersonal Association, Mill Valley, CA, 1996.

Murphy, M., *The Future of the Body*, Tarcher, Los Ángeles, 1992.

Nagendra, H. R., ed. *New Horizons in Modern Medicine*, Vivekananda Kendra Yoga Research Foundation, Bangalore, India, 1993.

Netherton, M., *Past Lives Therapy*, Ace, Nueva York, 1978.

Neumann, J. von, *The Mathematical Foundations of Quantum Mechanics*, Princeton University Press, Princeton, 1955. (*Fundamentos matemáticos de la mecánica cuántica*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1991).

Nikhilananda, S. (trad.), *The Upanishads*, Harper and Row, Nueva York, 1964. (*Upanishads*, Ediciones Libreria Argentina, Madrid, 2005).

Nuland, S. B., *How We Die*, Knopf, Nueva York, 1994.

O'Regan, B., «Healing, Remission, and Miracle Cures», *Institute of Noetic Sciences Special Report*, 1987.

Oshins, E. y McGoveran, D., «... Thoughts about Logic about Thoughts: The Question of Schizophrenia», *Proceedings of the Twenty-Fourth Annual North American Meeting of the Society for General Systems Research*, 1980, pp. 505-514.

Osis, K. y Haraldsson, E., *At the Hour of Death*, Avon, Nueva York, 1997.

Pasricha, S., *Claims of Reincarnation: An Empirical Study of Cases in India*, Harman Publishing House, Nueva Delhi, 1990.

Penrose, R., *The Emperor's New Mind*, Oxford University Press, Oxford, 1989. (*La nueva mente del emperador*, Nuevas Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 2006).

Piaget, J., *The Development of Thought: Equilibration of Cognitive Structures*, Viking, Nueva York, 1977.

Pilgrim Peace , *Peace Pilgrim: Her Life, and Work in Her Own Words*, Ocean Tree Books, Santa Fe, NM, 1982.

Radin, D. I. y Rebman, J. M., «Deep Interconnectedness and Group Consciousness: Exploring the Limits of Mind-Matter Interaction», en *Proceedings of Presented Papers fort he Thirty-Ninth Annual Parapsychological Convention*, 1996, pp. 219-245.

Ramana, Maharshi, *Talks with Ramana Maharshi*, editado por T. N. Venkataraman, Jupiter Press, Madrás, India, 1978.

Ray, P., *Noetic Sciences Review*, nº 37, primavera, 1996.

Reich, W., *Character Analysis*, Orgone Institute Press, Nueva York, 1949. (*Análisis del carácter*, Ediciones Paidos Ibérica, Barcelona, 2005).

Reps, P., *Zen Flesh, Zen Bones*, Doubleday, Nueva York, 1957.

Ring, K., *Life at Death*, Quill, Nueva York, 1980.

—, *The Omega Project*, Quill William Morrow, Nueva York, 1992. (*El proyecto Omega: experiencias cercanas a la muerte, encuentros con ovnis y la mente planetaria*, J. C. Ediciones, Madrid, 1995).

Rogers, C. R., «Toward a Theory of Creativity», en *Creativity and Its Cultivation*, ed. H. H. Anderson, Harper, Nueva York, 1959.

Rumi, J., *The Branching Moments*, traducida al ingles por J. Moyne y C. Barks, Copper Beech Press, Providence, RI, 1988.

Sabom, M. B., *Recollections of Death*, Harper and Row, Nueva York, 1982.

Sancier, K. M., «Medical Applications of Qigong and Emmited Qi on Humans, Animals, Cell Cultures, and Plants: Review of Selected Scientific Research», *American Journal of Acupuncture*, nº 19, 1991, pp. 367-377.

Schmidt, H., «Observation of a Psychokinetic Effect under Highly Controlled Conditions», *Journal of Parapsychology*, nº 57, 1993, pp. 351-372.

Schuon, F., *The Transcendent Unity of Religions*, Theosophical Publishng House, Wheaton, IL, 1984. (*De la unidad trascendente de las religiones*, José J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 2004).

Searle, J. R., *The Rediscovery of the Mind*, MIT Press, Cambridge, 1994. (*El redescubrimiento de la mente*, Editorial Crítica, Barcelona, 1996).

Seymour, C. R. F., «The Old Gods», en *Angels and Mortals*, ed. M. Parisen, Quest, Wheaton, IL, 1990.

Sheldrake, R., *A New Science of Life*, Tarcher, Los Angeles, 1981. (*Una nueva ciencia de la vida: la hipótesis de la causación formativa*, Editorial Kairós, Barcelona, 1990).

Simonton, O. C., Matthews-Simonton, S. y Creighton, J. J., *Getting Well Again*, Tarcher, Los Ángeles, 1978. (*Recuperar la salud: una apuesta por la vida*, Los Libros del Comienzo, Madrid, 1992).

Sirga, S., en *The Roots of Consciousness*, ed. J. Mishlove, Council Oaks Books, Tulsa, OK, 1993.

Sivananda, S., *Vedanta (Jnana Yoga)*, Divine Life Society, Rishikesh, India, 1987.

Sogyal R., *The Tibetan Book of Living and Dying*, Harper San Francisco, San Francisco, 1993. (*El libro tibetano de la vida y la muerte*, Ediciones Urano, Barcelona, 2006).

Stapp, H. P., *Mind, Matter, and Quantum Mechanics*, Springer, Nueva York, 1993.

—, *A Report on the Gaudiya Vaishnava Vedanta Form of Vedic Ontology*, Bhaktivedanta Institute, San Francisco, 1994.

—, «The Hard Problem: A Quantum Approach», *Journal of Consciousness Studies*, nº 3, 1995, pp. 194-210.

Stevenson, I., *Twenty Cases Suggestive of Reincarnation*, Unievrsity Press of Virginia, Charlottesville, 1974.

—, «Research into the Evidence of Man's Survival after Death», *Journal of Nervous and Mental Disease*, nº 165, 1977, pp. 153-183.

—, *Children Who Remember Previous Lives: A Question of Reincarnation*, University Press of Virginia, Charlottesville, 1987.

Stuart, C. I., Takahashy, Y. y Umezawawa, M., «Mixed System Brain Dynamics», *Foundation of Physics*, nº 9, 1978, pp. 301-329.

Taimni, I. K., *The Science of Yoga*, Theosophical Publishing House, Wheaton, IL, 1961.

Tarnas, R., *The Passion of the Western Mind*, Ballantine Books, Nueva York, 1991. (*La pasión del pensamiento occidental*, Editorial Prensa Ibérica, Barcelona, 1997).

Varela, F. J., Thompson, E. y Rosch, E., *The Embodied Mind*, MIT Press, Cambridge, 1991.

Walker, E. H., «The Nature of Consciousness», *Mathematical Biosciences*, nº 7, 1970, pp. 191-178.

Wallas, G., *The Art of Thought*, Harcourt, Brace and World, Nueva York, 1926.

Wambalch, H., *Life before Life*, Bantam, Nueva York, 1979.

Weil, Andrew, *Spontaneous Healing*, Knopf, Nueva York, 1995. (*La curación espontánea*, Ediciones Urano, Barcelona, 1995).

Wheeler, J., «Law without Law», en *Quantum Theory and Measurement*, ed. Wheeler, J. y Zurek, W., Princeton University Press, Princeton, 1983.

Whitman, W., *Leaves of Grass*, Avon, Nueva York, 1969. (*Hojas de hierba*, Alianza Editorial, Madrid, 2004).

Wickramsekera, I., Krippner, S. y Wickramsereka, J., «On the Psychophysiology of Ramtha's School of Enlightment», preimpresión, 1997.

Wigner, E., en *The Scientist Speculates*, ed. Good, L.J., Windmill Press, Surrey.

—, *Symmetries and Reflections*, Indiana University Press, Bloomington, 1967.

Wilber, K., *The Spectrum of Consciousness*, Quest Books, Wheaton, IL, 1977. (*El espectro de la conciencia*, Editorial Kairós, Barcelona, 1990).

—, *The Atman Project*, Theosophical Publishing House, Wheaton, IL, 1980. (*El proyecto Atman: una visión transpersonal del desarrollo humano*, Editorial Kairós, Barcelona, 2005).

—, *Up from Eden*, Anchor Press/Double Day, Nueva York, 1981. (*Desde el Edén: una vision transpersonal del desarrollo humano*, Editorial Kairós, Barcelona, 1995).

—, *The Holographic Paradingm and Other Paradoxes: Exploring the Leading Edge of Science*, Shambhala, Boulder, CO, 1982. (*El paradigma holográfico: una exploración en las fronteras de la ciencia*, Editorial Kairós, Barcelona, 1987).

—, «The Great Chain of Being», *Journal of Humanistic Psychology*, nº 33, 1993, pp. 52-55.

—, *A Brief History of Everything*, Shambhala, Boston, 1996. (*Una teoría de todo: una visión integral de la ciencia, la política, la empresa y la espiritualidad*, Editorial Kairós, Barcelona, 2007).

—, «How Big is Our Umbrella?», *Noetic Sciences Review*, nº 40, 1996, pp. 10-17.

—, «An Integral Theory of Consciousness», *Journal of Consciousness Studies*, nº 4 (1), 1997, pp. 71-92.

Wolf, F. A., *Starwave*, Macmillan, Nueva York, 1984.

—, *The Body Quantum*, Macmillan Nueva York, 1986.

—, *Parallel Universes*, Simon & Schuster, Nueva York, 1990.

—, *The Dreaming Universe*, Simon & Schuster, Nueva York, 1994.

—, *The Spiritual Universe*, Simon & Schuster, Nueva York, 1996.

Zohar, D., *The Quantum Self*, William Morrow, Nueva York, 1990. (*La conciencia cuántica*, Plaza y Janés, Barcelona, 1992).

Listado de figuras

1. Salto cuántico en el átomo de Bohr 60

2a y 2b. Distribuciones de probabilidad de la posición y del momento de un electrón 62

3a a 3e. El experimento de la doble ranura 69-70

4. El cáliz reversible de Edgar Rubin 76

5. El ego y el yo cuántico 86

6. Ondas estacionarias en una cuerda de guitarra 97

7a y 7b. Onda estacionaria de probabilidad de un electrón 98

8. La superposición de ondas sinusoidales 102

9a y 9b. Coherencia e incoherencia de fase 102-103

10a y 10b. Potenciales evocados y transferidos 104-105

11. El experimento de la elección retardada 125

12. La involución y la evolución de la conciencia 176

13. La gran cadena del ser según Plotino y Sri Aurobindo 204

14. La gran cadena del ser vista por la ciencia convencional y la ciencia idealista 210

15a y 15b. El problema de los nueve puntos y la solución 216

16. Los chakras 302